



Doctorado
en Comunicación

UNIVERSIDAD NACIONAL DE LA PLATA
Facultad de Periodismo y Comunicación Social

Trabajo de tesis para optar al título de DOCTORA EN COMUNICACIÓN

“Esto no es droga ni coca, es solo ropa”.

**Experiencia de mujeres bagayeras en dos fronteras
argentino-bolivianas. Configuraciones del Estado,
espacialidades y corporalidades.**

Director: Alejandro Kaufman

Co-directores: Ramón Burgos y Verónica Ficooseco

Doctoranda: Andrea Noelia López

Agosto, 2016

A mi mamá que ante cada una de mis dudas siempre dice
“probá y si no te gusta acá está mamá”.

A mi papá, hoy ausente pero presente
en cada uno de mis pasos.

AGRADECIMIENTOS

Quiero expresar mi agradecimiento a las personas que fueron partícipes de diálogos, experiencias compartidas y momentos de enriquecimiento invaluable.

A Alejandro Kaufman por su dedicación como director, por el apoyo incondicional y la generosidad de brindarme su ejemplo en la academia y en la vida.

A Verónica porque además de co-directora es amiga. Ella en cada debate enriquece e incentiva mi lucha feminista.

A “Moncho” Burgos, Mi Maestro. Cuya labor en esta tesis y en toda mi formación académica -como director y amigo- resultó clave. Con sus palabras de aliento, cariño y comprensión ha sabido guiar gran parte de la tarea que hoy se ve plasmada en esta investigación.

A mi grupo “indigenous peoples”; Melina Gaona, una hermana que me regalo la vida, que incentivó y acompañó de manera invaluable mi carrera de grado y doctorado. Con ella aprendí a “poner el cuerpo” en el campo y la militancia. Gonzalo Zubia, mi compañero de escritura y de participación en congresos. Con él pensé gran parte de esta tesis. Y Verónica Ficosco (nuevamente) por las interminables e enriquecedoras reflexiones teóricas. Ellas y él son los mejores compañeros. Estoy convencida de que nos seguiremos encontrando en muchos caminos, viajes, luchas y aventuras.

A Rodrigo, mi complementariedad. Muchas de las páginas de esta tesis las escribí con su aliento, su apoyo, su acompañamiento, aún en la distancia de nuestros viajes.

A Alejandra García Vargas, consejera y ejemplo de caminos; referente intelectual. A todas y todas las profesoras de la Facultad de Humanidades y Ciencias Sociales de la Universidad Nacional de Jujuy que con su tarea a diario incentivan a miles de jóvenes.

Al Consejo Nacional de Investigaciones Científicas y Técnicas (CONICET) y a la Universidad Nacional de Jujuy, sin cuyos financiamientos no habría podido cursar el doctorado, ni realizar esta tesis. A las y los amigos, colegas y compañeros del Centro de Estudios de Historia, Cultura y Memoria de la Universidad Nacional de Quilmes y a las y los vectores emancipatorios.

A las y los profesores, compañeros y compañeras del doctorado, por los enriquecedores momentos compartidos.

A Felipe y Edit, amigo y amiga que me regaló esta hermosa ciudad. Sus palabras y gestos de cariño me reconfortaron siempre.

A la comunidad colombiana, mi familia durante todos los años de estadía en La Plata.

A Eli Soto, Julieta Valdez y a todos y todas mis amigas jujeñas y salteñas con quienes discutí partes de este y otros intereses.

A mi abuela Margarita, mi mamá Maga (a quien dedico esta tesis), mi hermana Paola, mis sobrinas Maite y Ana Paula, mi cuñado Juan, mis tíos y tías, primos y primas, por su apoyo incondicional en cada uno de mis retos.

A las mujeres de ambas fronteras, por la voluntad desinteresada de compartir sus relatos e historias, en las que me brindaron la oportunidad invaluable de aproximarme a sus experiencias.

ÍNDICE

INTRODUCCIÓN	9
PRIMERA PARTE: DESDE DÓNDE MIRARNOS	
CAPÍTULO I: PENSAR LAS FRONTERAS	
1.1 La visibilidad de un concepto	17
1.1.1 Pensar nuestras fronteras	18
1.1.2 El eurocentrismo y la hermandad latinoamericana como forma de obstaculización	20
1.1.3 La masculinización de los espacios fronterizos	24
1.2 Las ciudades fronterizas como ficciones de principio-fin	26
1.2.1 Fronteras argentino-bolivianas	27
1.2.2 La Quiaca-Villazón	33
1.2.3 Aguas Blancas – Bermejo	36
1.3 Las fronteras reales y/o simbólicas	38
1.4 Trabajos de frontera	41
1.4.1 El bagayeo en Aguas Blancas- Bermejo	43
1.4.2 El bagayeo en La Quiaca-Villazón	46
CAPÍTULO II: LA EXPERIENCIA. DISPUTAS POR EL RECONOCIMIENTO	
2.1 Sobre el concepto de mujer	50
2.1.1 El potencial epistemológico de la experiencia	52

2.2 Sobre el concepto de experiencia	55
2.2.1. La experiencia en los Estudios Culturales	55
2.2.2 La experiencia de la mujer	58
2.2.3 Experiencias de mujeres ‘otras’	60
2.3. La frontera como articulador de la experiencia	64

CAPÍTULO III. ACERCA DE LA INVESTIGACIÓN

3.1. Presentación y objetivos de la investigación	67
3.2 Precisiones sobre el proceso de investigación	68
3.2.1 Los feminismos como punto de partida	69
3.2.2 Estar allí	72
3.3 La crónica como estrategia de comprensión	75
3.3.1 Un oficio de frontera	79
3.3.2 Esto no es droga ni coca, es solo ropa	95

SEGUNDA PARTE: ESTAR ALLÍ

CAPÍTULO IV: CONFIGURACIONES DEL ESTADO

4.1 Las normas y los ilegalismos	108
4.1.1 Ilegalismos de fronteras	110
4.2 El giro punitivo	112
4.2.1 La construcción de un peligro	113

4.2.2. El bagayeo, una actividad por controlar	121
4.3 Ingenierías para sortear las convenciones	127
4.3.1 Soy bagayera. Apropiación de la Injuria	134
4.4 Las mujeres bagayeras: entre la criminalización y la transgresión	138

CAPÍTULO V: CONFIGURACIONES DEL ESPACIO

5.1 Críticas al espacio absoluto	140
5.1.1 El mapa: la herencia de la geografía clásica	143
5.2 Las ciudades Fronterizas	145
5.2.1 El bagayeo: un trabajo de las ciudades fronterizas	150
5.3 Habitar las fronteras y los contrasentidos	153
5.3.1 Mujeres en la frontera	155
5.3.2 Un lugar de continuidades	160
5.4 La fuerza del lugar	163

CAPÍTULO VI: CONFIGURACIONES DE LAS CORPORALIDADES

6.1 La Biopolítica en el cuerpo	167
6.1.1 Cuerpos de frontera	169
6.2 Aprender las mutaciones en la cotidianidad	174
6.2.1 Aprender en el cuerpo	178
6.3 La domesticidad del hogar	182

6.3.1 El límite de un oficio	186
6.4 ¿Cuerpos de cargas?	188
CAPÍTULO VII: CONCLUSIONES	191
REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS	198
ANEXOS (Ver pendrive)	216
Videos	
Noticias	
Frontera argentino-chilena	
Frontera argentino-boliviana	
Entrevistas	
Cuadernos de campo	
La Quiaca-Villazón	
Aguas Blancas –Bermejo	

Introducción

“La comprensión del mundo es mucho más amplia que la comprensión occidental del mundo es fundamental entender esto y luego explicarlo en nuestro trabajo, cosa que es todavía mucho más difícil. La comprensión del mundo es mucho más amplia que la comprensión occidental del mundo y por eso la transformación del mundo puede también ocurrir por vías, modos, impensables para occidentes y las formas eurocéntricas de transformación social”.

De Sousa Santos, 2009

Los recorridos, análisis, reflexiones, descripciones, perplejidades y afirmaciones que dieron cuerpo a esta tesis doctoral tienen como marco la intención de especificar las condiciones y los modos en que se produce la experiencia de mujeres *bagayeras*¹. Experiencia de mujeres² pertenecientes a los sectores populares, que se dedican a cruzar mercadería por circuitos que evitan el control Aduanero y de Gendarmería en dos fronteras argentino-bolivianas: La Quiaca-Villazón y Aguas Blancas-Bermejo³, en relación a configuraciones propias del Estado, las espacialidades y corporalidades.

Tomando como punto de partida que el saber fronterizo posibilita un espacio de enunciación subalterno desde el cual el imaginario del sistema mundial moderno se quiebra (Migñolo,

¹ Entendemos como *bagayeras* a las mujeres que trabajan cruzando mercadería desde Villazón y Bermejo (Bolivia) hasta La Quiaca y Aguas Blancas (Argentina) por circuitos que evitan el control aduanero y de Gendarmería. En otras fronteras del país e incluso en los mismos espacios analizados, figuras semejantes reciben el nombre de *paseras*, *pilotas*, entre otras denominaciones.

² El trabajo del *bagayo* es una actividad realizada por hombres y mujeres. Por una decisión académica pero sobre todo personal y política, en esta oportunidad los espacios y el trabajo solo serán narrados desde la participación de mujeres.

³ La elección de las dos fronteras en esta tesis estuvo pensada para reflexionar sobre la relación argentino-boliviana en dos provincias argentinas, dado que entendemos que el vínculo entre Bolivia y la provincia de Jujuy es distinto al que se produce y vivencia con la provincia de Salta. En razón de cubrir lo mejor posible las experiencias buscadas y dado los tiempos que manejamos, el recorte se acota a dos de las tres fronteras existentes.

2000), nos proponemos reflexionar en torno a la manera en que las mujeres bagayeras pueden establecer formas propias de interacción entre sus modos de pensar, habitar, vivir y transitar los espacios y determinadas prácticas sociales y culturales. El eje central que adjudica sentido y a la vez articula las páginas de la tesis se centra en el análisis de experiencia de mujeres bagayeras en relación con el espacio fronterizo (otro espacio, tan perfecto, tan meticuloso, tan bien ordenado, como el absoluto del Estado), la legalidad e ilegalidad de sus prácticas cotidianas y las mutaciones de sus corporalidades producto de sus trabajos. No se trata de renombrarlos, ni de rearmarlos, sino de hacer delirantes, monstruosas, barrosas, sucias ontologías de comprensión para intentar (inacabadamente) abordarlas.

Se trata también de hablar con el espacio, con la experiencia, de esos cuerpos inapropiados/inapropiables⁴ para designar a aquellas actoras culturales “que no pudieron adoptar ni la máscara del 'yo' ni la del 'otro' ofrecida por las narrativas occidentales modernas de la identidad y la política anteriormente dominantes” (Trinh Minh-Ha, citado en Haraway, 1999: 125). La tesis es una investigación que, a partir de la indagación en la reproducción cotidiana de las mujeres, hace hincapié en lugares y prácticas de continuidades, donde lo universal hace agua frente a los particularismos para dar cuenta de tiempos diferenciados, de tradiciones y de culturas diversas, de territorios múltiples y superpuestos, en definitiva de vivencia en estos umbrales de la historia (Cebrelli, 2011).

La experiencia, el Estado, los espacios y las corporalidades no se presentan en esta investigación como series o regiones analíticas aisladas o segmentos que distinguimos separadamente al interior del umbral problemático construido. Por el contrario funcionan en esta tesis como un paraguas conceptual, o como espirales de contacto permanente (Gaona, 2016) con la intención de desmoldarlos de la abstracción teórica de la que surgen para modularlos de acuerdo con la atracción y refracción empírica concreta. Los conceptos utilizados aquí operan entonces, como un camino amplio por el que se buscan recorrer las

⁴ Haraway entiende a las y los sujetos inapropiados/inapropiables como personas que no se sientan ni “yo” normativo ni “otro” normativo, o a quien la sociedad en la que vive no los considera ni uno ni otro. Ser inapropiado/inapropiable significa estar en una relación crítica y deconstructiva en una racionalidad difractoria más que refractoria, como forma de establecer conexiones potentes que exceden la dominación (Haraway, 1999: 126). Ser inapropiado/inapropiable es estar desubicado en los mapas disponibles.

complejidades de las experiencias de las mujeres en los dos espacios fronterizos, a partir de la materialización del trabajo del bagayeo, y los sentidos que los definen como una práctica cuanto menos conflictiva.

Nos alejamos de la noción de una sociedad como totalidad y por ello asumimos la imposibilidad de un análisis total de las experiencias de las mujeres bagayeras. En nuestro análisis nos esforzamos por una aproximación de tipo fragmentaria que nos permita mirar y focalizar, a partir del relato de las mujeres, sus vivencias colectivas e individuales, sus intereses, sus conflictos, sus contradicciones, etc. Nuestra tesis está pensada como un conjunto de prácticas reflexivas y de escritura que explora “pliegues de sensibilidad” (Richard, 2001) *en, con, sobre, desde, los espacios* de frontera.

No intentamos operacionalizar el conflicto en busca de confirmar premisas, sino como condición experimental analítica de contraste y apertura (Gaona, 2016). Para enriquecer las reflexiones presentes en esta tesis nos valemos de un conjunto amplio de herramientas metodológicas, principalmente el trabajo etnográfico de estar allí (Guber, 2014), en ambas fronteras, en cada uno de los espacios donde las mujeres cumplen sus tareas. Los diálogos con las mujeres trabajadoras tanto en entrevistas como en conversaciones no formales son fundamentales para nuestras reflexiones, así como las observaciones de campo.

Los análisis están basados en distintas vertientes teóricas en el cruce entre cultura y política incorporando elementos característicos para combinarlos en una composición mixta de interpretaciones. Los antecedentes directos y el caudal teórico sobre los que se sostiene lo que exponemos se establece en la confluencia de grandes áreas o formas de conocimiento, que disponen un movimiento entre los estudios culturales y la teoría crítica; los feminismos de la tercera ola, los feminismos latinoamericanos y los feminismos post-feministas; reflexiones sobre las geografías de poder; la sociología del delito, los estudios postcoloniales, de subalternidad y el deconstruccionismo. Esta enumeración no hace más que guiar los bordes del territorio analítico sobre el que nos movemos de manera intersticial a fin de aportar, al menos de manera lateral, a cada uno de ellos.

La búsqueda de reflexionar sobre nuestros objetivos propuestos a partir del conjunto de estrategias metodológicas y el caudal teórico que propusimos no tiene una intención neutral

ni mucho menos. Al contrario, nos sumamos a la creencia de que la teoría se procura con voluntad de intervención a partir de una posición ideológica y una situación asumidas.

Contenido y ordenamiento de los capítulos

Como última parte de esta introducción se genera un recorrido por antecedentes teóricos como lecturas que hacen al cúmulo teórico con el que se aborda esta tesis. La investigación se presenta ordenada en seis capítulos estructurados en dos partes o ejes principales. La primera parte “desde dónde leernos”, de tipo contextual, está destinada a la exposición de los recorridos y debates teóricos, así como de las decisiones metodológicas adoptadas en el proceso de investigación y la proporción de detalles acerca del entorno en que se realizó la investigación y los modos en que se llevaron a cabo las aproximaciones y diálogos con las mujeres cuyos testimonios fueron analizados.

Esta primera parte consta de tres capítulos. El capítulo I titulado “Pensar las fronteras” presenta un recorrido a través de algunas de las líneas teóricas contemporáneas que contribuyeron a la conformación de uno de los conceptos clave de esta investigación: las fronteras. Además, se presentan discusiones y problematizaciones en torno al mismo, se desarrollan las líneas de la posición teórica sostenida y se exhiben los primeros elementos para una propuesta de abordaje que se completará en los restantes capítulos de esta primera parte de la tesis. En el recorrido presentado se hace especial mención al desarrollo teórico proveniente del campo de los estudios de género respecto de las mujeres y los espacios fronterizos.

En el capítulo II “La experiencia. Disputas por el reconocimiento”, se presentan y problematizan algunas de las líneas teóricas desarrolladas en torno al concepto de experiencia. Se dialoga especialmente con los aportes realizados desde diferentes vertientes de los estudios de género y los feminismos sobre los conceptos de experiencia, mujer y experiencias de mujeres, y se destacan en particular aquellas propuestas teórico-epistemológicas referidas explícitamente a la frontera como articulador de la experiencia de mujeres.

El III capítulo “Acerca de la investigación”, como cierre de esta primera mitad de la tesis, expone el desarrollo de precisiones en torno al proceso de trabajo de campo y la construcción

de los materiales de investigación. En este punto se exhiben y reflexionan en detalle las bases teóricas y metodológicas de la perspectiva etnográfica utilizada. También se describen y precisan los materiales que componen el corpus de estudio, las estrategias y dimensiones de análisis planteados en la tesis. Finalmente, exponemos nuestras reflexiones respecto de la crónica como enfoque complementario para nuestro análisis.

Una segunda parte de la tesis, “estar allí” en su conjunto retoma tres momentos analíticos o experimentos críticos, interrelacionados y planteados a modo de entretejidos. El capítulo IV “Configuraciones del Estado” presenta un análisis crítico sobre la visión a veces romántica de la creatividad y fluidez que supondrían las fronteras como metáfora de las identidades “lábilas”. A partir de la experiencia de las mujeres bagayeras se pone de relieve la crudeza y conflictividad de las fronteras (físicas y simbólicas) y de su “atravesamiento”. Aquí también se reflexiona sobre el bagayeo como una experiencia que pone en evidencia la ‘ineficacia’ de algunos dispositivos de control por parte del Estado en estos espacios, pero fundamentalmente las entendemos como ingeniería popular que generan un saber legítimo para pensar en modos creativos de reapropiación, rearticulación, reubicación, como experiencias otras de entender el mundo.

El capítulo V “Configuraciones de los Espacios” se centra en reflexiones sobre el vivir de las mujeres bagayeras en las fronteras como mixtura que entrama en el habitar del territorio - cruzándolo, atravesándolo, cultivándolo- la multiplicidad, la mixtura esquizofrénica de la contradicción. Aquí reflexionamos sobre las bagayeras como experiencias de desobediencias que ponen en evidencia que el logos de la razón nunca llegó a obturar la totalidad de los lugares; que quedaron grietas, pliegues, bordes rugosos, desde donde es posible ver el revés de la trama de los espacios absolutos.

El capítulo VI, el último de esta tesis, analiza las dinámicas y tensiones que se suscitan en las relaciones entre espacio y cuerpo haciendo énfasis en la mutación en las corporalidades de las mujeres bagayeras a partir de cruzar mercadería sobre sus espaldas y enfrentarse al personal de Gendarmería y aduana en las fronteras. Además consideramos que ser mujer bagayera implica un aprendizaje de comportamientos kinésicos específicos que inviste el cuerpo como herramienta de trabajo.

En última instancia, presentamos a modo de “Conclusiones” un breve resumen y balance del recorrido realizado en los capítulos que componen la tesis, explicitando las conexiones entre los diferentes aspectos abordados en cada apartado de esta investigación, separados por motivos analíticos pero concebidos y reflexionados en conjunto, entramados, simultáneos e inseparables.

Primera parte:
Desde dónde leernos

CAPÍTULO I: PENSAR LAS FRONTERAS

*“Para vivir en la frontera debes vivir sin frontera,
ser un cruce de caminos”.*

Anzaldúa, 1987

En este apartado presentaremos precisiones y reflexiones en base a las líneas teóricas y conceptuales que sirvieron de punto de partida para conformar nuestra concepción de los espacios fronterizos y particularmente de las fronteras argentino-bolivianas que sostendremos a lo largo de la tesis.

A modo de aclaración preliminar y apoyados en propuestas teóricas desde muy diversas vertientes académicas, entendemos que habitar las fronteras supone instalarse en los discursos de las paradojas⁵ (Camblog, 2009). La composición poblacional de los bordes se caracteriza por su heterogeneidad y compleja dinámica fragmentaria, movediza, generadora de contactos y entrecruzamientos varios. Se trata no solo de un habitar, sino también de un modo de habitar. Un universo que configura otros mundos posibles con dinámicas diferentes.

Para entender nuestra afirmación consideramos necesario explicitar el recorrido panorámico y no cronológico que puso en contacto algunas consideraciones que se han hecho sobre los espacios fronterizos desde diversas posiciones teóricas. En este recorrido se tuvo en cuenta el surgimiento y la visibilidad de un concepto tan polisémico como es *la frontera*, las críticas a las concepciones universales y androcéntricas, la contextualización y los conflictos sociales que tuvieron lugar en el proceso de conformación de las fronteras argentino-bolivianas y finalmente las particularidades de algunos trabajos que solo suceden en espacios fronterizos.

⁵ Camblog (2009) entiende lo paradójico en los espacios de frontera fundamentalmente del “estar y no estar”. Dicha bifurcación opera con énfasis sobre el límite y distribuye con binaria precisión el sentido, un orden claro que excede las terceridades incomprensibles para la buena-lógica. Sin embargo la estancia de las y los pobladores en las fronteras agudiza el relieve del límite trazado por la historia y exacerba la experiencia de lo contingente. La posibilidad de estar y no estar en simultáneo tiende a estallar en pluralidades, a experimentar las contradicciones en prácticas cotidianas que en muchas ocasiones resulta difícil de explicar.

El propósito de este apartado es doble, por un lado ubicar nuestras inquietudes en líneas específicas del contexto de desarrollo de reflexiones teóricas en torno a la frontera y, por el otro, precisar el sentido de lo que aquí entendemos por fronteras, dato que consideramos necesario dada la ambigüedad del término, y que además nos permitirá introducirnos en los análisis expuestos en los siguientes capítulos.

1.1 La visibilidad de un concepto

La historia de las regiones fronterizas como área de estudio social, cultural e histórico es relativamente joven. Las primeras reflexiones y los estudios sobre las fronteras se situaron en marcos explicativos y geográficos. La preocupación fue antes sobre territorios que sobre las fronteras (Hansen, 2007). Así la invisibilidad de las zonas fronterizas no solo se tradujo en la dificultad de captar los procesos de relación, sino también las alianzas y los conflictos entre distintos grupos sociales.

Poner el acento en las representaciones, los sentidos de la vida, los espacios, el tiempo, el *nosotros y los otros*, fue pensado desde finales del siglo pasado, con preguntas que reflexionaban sobre las dimensiones de lo social para permitir comprender, entre otras cosas, cómo se construyen las relaciones de negociación o disputa entre los mundos de las personas que, por una u otra razón, entran en contacto en las zonas de fronteras (Grimson, 2000).

Las fronteras como concepto abrieron una enorme perspectiva para espacios de diálogo disciplinar. Los procesos que allí suceden hacen que distintos campos disciplinares se vean impulsados a dialogar e interactuar entre diferentes espacios teóricos con el fin de contribuir a reflexionar sobre sistemas complejos, situaciones no lineales, penetradas por distintos acontecimientos, en distintos tiempos, desordenadas, que solo tienen lugar allí (García y Aldaya, 2009). Para moverse adecuadamente en estas reflexiones, las y los investigadores no solo deben interrogarse con datos provenientes de su propia área de conocimiento, sino también deben ser capaces de aprovechar lo que aportan investigadores e investigadoras de otras ramas de las ciencias sociales (Hansen, 2007).

Los conceptos de territorio y fronteras se complejizaron especialmente a través de trabajos etnográficos. Autores como Fredrick Turner (1983) en sus investigaciones instauran estudios fronterizos con una perspectiva poblacional (Quijada, 2002). En el análisis socio-espacial de

los Nuer, Evans-Pritchard (1997) daba cuenta de que las y los pobladores de las localidades fronterizas, ubicadas lejos de los centros políticos y económicos, pueden tener más contacto entre sí que con sus respectivas metrópolis, pero sin embargo no modifican la adscripción nacional. La distancia física entre dos localidades, incluyendo los kilómetros y las dificultades naturales, nada nos dice respecto de su cercanía o distancia social o cultural. Así, las actividades y la esfera de los contactos sociales de las personas pueden o no coincidir enteramente con una división estructural.

Las relaciones entre cultura y sociedad en los espacios fronterizos siguieron profundizándose por reflexiones posteriores. Después de la década de los 60' una perspectiva étnica se suma a la geográfica y la poblacional. Barth (1976), en la introducción de los *grupos étnicos y sus fronteras*, no analiza fronteras espaciales sino distinciones ente grupos sociales, fundando una línea de análisis de fronteras en sentido metafórico asentado en las relaciones sociales. Además, para Barth es evidente que los límites persisten a pesar del tránsito de personas a través de ellos, una conceptualización que desafía los análisis culturalistas de la globalización como proceso homogeneizador. La convivencia cotidiana en una zona de frontera no se traduce necesariamente para la población local en una identificación compartida ya que en muchos casos la propia interacción provoca roces y conflictos.

1.1.1 Pensar nuestras fronteras

A partir de los análisis en sentido geográfico, poblacional, metafórico y social de los estudios de fronteras, como se detalló anteriormente, esta categoría tuvo un gran despliegue, por ello aquí nos parece necesario establecer referentes concretos, términos operativos y conceptos marco para la consideración de la situación fronteriza tal como la entendemos en esta tesis.

Cuando hablamos de frontera no hacemos referencia a un concepto abstracto, no se refiere a una línea sino por el contrario designa un área que forma parte de una totalidad; las orillas de la región interior de un país. Esas fronteras no son naturales ni esenciales, son productos de acuerdos históricos que surgieron de las relaciones entre los Estados y su vínculo con los pobladores locales (Albuquerque, 2010). Las fronteras son de origen social, no geográfico. Únicamente después que haya surgido el concepto de una frontera, la comunidad que lo concibió puede ligarlo a una configuración geográfica. Solo existen aquellos límites que se

buscan establecer en determinados lugares geográficos y en determinados momentos de la historia (Hansen, 2007). Esta diferenciación entre distintos territorios suele avanzar en la medida en que la sociedad se vuelve más estructurada. Así, las fronteras son producto de evoluciones históricas que pueden tener sus períodos conflictivos y dolorosos.

No existe un límite de demarcación política entre naciones que no permita algún tipo de interacción mutua; desde luego, los grados de interacción varían según los casos. Los rasgos distintivos de estas culturas interactivas en las zonas de fronteras se combinan con el ambiente físico, con el ambiente ‘natural’ para dar lugar a una dinámica que únicamente ocurre durante un periodo y un lugar específico (Weber, 1988).

En ambos lados de una frontera se plantean nociones excluyentes de identidad y pertinencia nacional, a pesar de lo cual es posible encontrar un punto de reconocimiento en la doble pertenencia y lealtad. La idea de integración como parte del concepto de una situación fronteriza abarca también la confrontación, pero no necesariamente con la connotación de violencia. Las divisiones fronterizas, al ser definidas y reguladas por las leyes nacionales e internacionales, pueden no coincidir con los deseos o las aspiraciones de las y los pobladores, que a su vez pueden ir cambiando. Los rasgos culturalmente compartidos con otros ciudadanos o ciudadanas del mismo Estado que los diferencian de la localidad y el Estado nacional vecino o, por el contrario, los compartidos con la localidad vecina que los diferencian del resto de los ciudadanos de su propio Estado nacional, podrán ser acentuados en diferentes circunstancias históricas en relación a contextos e intereses específicos (Grimson, 2002).

Muchas veces las y los habitantes de las regiones fronterizas no se sienten atraídos hacia el centro ni circunscritos por el límite territorial de su autoridad; las y los pobladores desarrollan sus propios intereses que no siempre coinciden con los gobiernos centrales. Sin embargo el gobierno central se esfuerza por evitar el debilitamiento de lealtad entre las y los pobladores fronterizos, así como la disminución de distinciones entre las personas de los dos países (Karasik, 2005).

1.1.2 El eurocentrismo y la hermandad latinoamericana como forma de obstaculización

Como sostenemos desde el principio, los estudios sociales de los espacios fronterizos plantean un desafío a cualquier noción estática, uniforme y no relacional de cultura e identidad, alianzas, conflicto social y político. El énfasis insistente en el carácter poroso, ambiguo, no lineal de las fronteras a veces parece olvidarse cuando se intenta reducir los procesos sociales a frases y metáforas que reducen y homogeneizan los espacios.

Las fronteras son muchas y muy diversas, cada una con poblaciones e historias singulares, por ello no son reductibles a una misma metáfora (García Canclini, 2000). Esa heterogeneidad suele ser anulada por miradas generalizadoras y deshistorizadoras.

Como señala Grimson (2000:23), una de las mayores generalizaciones que vacían de sentidos históricos a las fronteras afirma que “todas las fronteras son separación y unión al mismo tiempo”. Existe una perspectiva posmoderna que desafía las concepciones de frontera como límite y barrera para exaltar los datos de nomadismo y los flujos transfronterizos, como si las naciones diluyeran sus fronteras y las interacciones se volvieran más fáciles. Si bien en determinados contextos históricos y en ciertas regiones pueden señalarse tendencias más o menos generales sobre las fronteras, no es menos cierto que los grados de control y vigilancia varían de frontera a frontera y a través del tiempo. Así, hay fronteras más permeables que otras; hay momentos de mayor militarización de los cruces y hay personas que cruzan con facilidad, mientras otras son humilladas y perseguidas (ibíd.; Karasik, 2005).

Usar la palabra frontera, sin contextualización alguna, para pensar en cualquier tipo de situación en la que la idea de límite esté presente, tiende a homogeneizar las experiencias de cruce de hombres y mujeres que suelen ser muy distintas. Resulta revelador adoptar una perspectiva que permita ver las desigualdades estructurantes de poder entre las y los pobladores y los Estados, así como las identificaciones fuertemente distintivas. El estudio de fronteras requiere entonces escapar a las versiones estáticas y homogéneas de culturas unívocas.

Al igual que las metáforas, existen reflexiones sociales de los espacios fronterizos que se presentan como ‘modelos’ de análisis. En los últimos años la frontera de México-Estados

Unidos condensa una gran parte de la imaginación acerca del contacto de culturas al punto de ser considerada el caso paradigmático, ícono y modelo para las investigaciones en otras fronteras (García Canclini, 2000). Situación que resulta problemática si se tiene en cuenta que la frontera entre Ciudad Juárez (México) y El Paso (EEUU) tiene una historia y una estructura muy distinta que la que separa San Diego (EEUU) y Tijuana (México), y ambas difieren de otros puntos fronterizos. La frontera que divide a Estados Unidos de México no es, y nunca ha sido, una zona homogénea (Griswold del Castillo, 1984). Ni siquiera en un mismo punto la mirada sobre lo que ella significa es igual de un lado y del otro⁶.

Varios académicos mexicanos y del resto de Latinoamérica (Tabunca Cordoba, 1997; García Canclini, 2000; Grimson, 2000; Vila, 2000) en sus escritos han manifestado no sentirse representados por los estudios de frontera tal cual es conceptualizada por las actuales versiones hegemónicas norteamericanas. El carácter excluyente que predomina en las reflexiones suele esencializar los procesos sociales en dos claras posiciones que presentan a la migración internacional como una celebración, por un lado, y por el otro como causa de pobreza y busca de mejores condiciones de vida (Griswold del Castillo, 1984) minimizando y hasta olvidando, muchas veces, que se trata de una de las fronteras con mayor estructura de desigualdad y vigilancia conocida en el mundo contemporáneo. La vida cotidiana en las fronteras es todavía mucho más problemática y compleja que la dualidad pretendida.

Aún, dice Vila (2000) muchas reflexiones provenientes de los estudios chicanos, que fueron fundamentales para modificar el devenir de otras disciplinas como la antropología y los estudios de género, que comenzaron como un movimiento que pretendía reflexionar sobre los sectores marginalizados de los bordes se han convertido en un movimiento que a la vez excluye a otros, al unificar y universalizar experiencias de pobladores de fronteras.

La predominancia de los estudios de las fronteras Estados Unidos-México, más allá del posicionamiento, se acerca demasiado a un nuevo etnocentrismo (Grimson, 2000). La invisibilidad de un colonialismo intelectual que posicionó los estudios de la frontera norte mexicana, sus referentes y su literatura como “modelo” de investigación.

⁶ A lo largo de los siglos, los mexicanos y estadounidenses han desarrollado conceptos diferentes con relación a su región fronteriza común. Muchas de las diferencias en perspectivas nacionales, son resultado de sus culturas históricas respectivas y definiciones de interés propio (Griswold del Castillo, 1984).

En el caso de muchos de los estudios de fronteras latinoamericanas, en los últimos años prevalece la imagen de poblaciones limítrofes que llevan a la práctica una integración dando cuenta de una pretendida hermandad, una visión romántica del fin de las fronteras. Una idea de comunidad que intenta minimizar el rol del Estado. Esta versión romántica y esencialista impide comprender una realidad cotidiana de negociación, conflicto, producción de imágenes negativas de vecinos y disputas de intereses (Grimson, 2000b). Para una reflexión comprometida de los espacios fronterizos resulta necesario reconocer los efectos sociales y culturales del largo proceso de construcción de los Estados Nación latinoamericanos y comprender los sentidos prácticos de la nacionalidad para los sectores que habitan las fronteras.

La pretendida hermandad invisibiliza, por ejemplo, relaciones de dominación y violencia en fronteras donde existe gran presencia de las poblaciones indígenas. En Centroamérica, el crecimiento demográfico, la inequidad en la distribución de la tierra, la imposibilidad de acceder a servicios indispensables incrementó la migración estacional y reacomodó poblaciones enteras (Ruiz Juárez y Martínez Velasco, 2015). Este proceso convirtió a la Frontera de México-Guatemala en una de las más transitadas, porque para los centroamericanos la frontera con Estados Unidos comienza en México. Las autoridades mexicanas hacen parte del trabajo ‘sucio’ al país vecino estableciendo una serie de controles y puestos de migraciones a lo largo de la ruta migratoria que persigue a la población indígena centroamericana (Jurado Barranco, 2007).

A pesar de no pasar al país de destino final (Estados Unidos), muchos guatemaltecos deciden permanecer en el estado de Chiapas (México) por su parecido con Guatemala. De esta manera consiguen empleo, educación y salud, pero fundamentalmente realizan un proceso de “uniformación cultural” (Ibíd.). Identidades forzadas para convertirse en un “ser mexicano” e integrarse a la sociedad, encontrar empleo en otras partes del país y, tras conseguir la carta de naturalización, seguir su camino en condiciones menos marginalizadas hacia los Estados Unidos.

El pretendido discurso del fin de las fronteras además enfatiza las relaciones cordiales entre dos poblaciones que en la mayoría de los casos no comparten una identidad fronteriza. En fronteras como la brasileño-paraguaya, los conflictos son concebidos como algo pasajero que

existe solo en algunas localidades y por causa de determinados políticos que incentivan a un grupo pequeño de pobladores. Los brasileños en Paraguay son conocidos como “brasiguayos”, lo que a primera vista puede ser entendido como una identidad fronteriza formada a partir de la yuxtaposición de dos identidades nacionales, es decir los “brasiguayos” serían al mismo tiempo brasileño y paraguayo (Albuquerque, 2010). Sin embargo esa categoría asume otro sentido, no como una mezcla sino una articulación y organización de un reclamo político por tierras y ciudadanía (Grimson, 2000). Lo que ocurre en la práctica cotidiana es una compleja mezcla de situaciones de dominio económico y político de inmigrantes, de conflictos, integraciones y asimilaciones (Sprandel, 2000). La frontera brasiguaya debe pensarse entonces como un campo de conflicto de clase, disputas étnicas, tensiones nacionalistas y choque entre la población capitalista de los empresarios de la soja y las culturas campesinas e indígenas.

Otro ejemplo de conflictos que empañan la pretendida hermandad latinoamericana sucede en las fronteras que tienen fuertes sistemas de intercambio económicos y que fluctúan los grados de permeabilidad según procesos sociales que tienen lugar allí, como por ejemplo las fronteras argentino-bolivianas. Ellas cumplen con una función dual: son barreras y membranas permeables de los estados Nacionales. Es probable que la frontera no opere del mismo modo para algunas cosas y sí para otras, bajo ciertas circunstancias actúan como particiones para bloquear el movimiento de personas de un lado a otro y en otras ocasiones sirven como tamiz para controlar el movimiento a través de sus límites (Karasik, 2005). Mientras algunas personas usan cotidianamente las fronteras para adquirir mercadería a mejor precio, una gran parte de los conflictos sociales se enuncia en un lenguaje nacional que alude a defender el territorio, la soberanía y la nación.

Las zonas fronterizas, no por arbitrarias son inefectivas o improductivas, por el contrario producen consecuencias importantes para los actores involucrados. Incluso en Latinoamérica las fronteras han significado para las poblaciones mucho más que un artificio puesto vana o inútilmente sobre un espacio de pretendida hermandad, sino por el contrario son un generador de revisiones y reformulaciones identitarias (Caggiano, 2005).

En la medida en que las fronteras interestatales son espacios en los cuales se condensan las relaciones entre poblaciones y Estado, constituyen zonas centrales de negociación y disputas

culturales y políticas (Grimson, 2000). Es necesario relevar el carácter histórico de los procesos de construcción territorial de los Estados para conocer la experiencia cotidiana del Estado, de la nación y de sus dispositivos en las distintas poblaciones fronterizas. Y principalmente para revelar cómo las y los pobladores considerados marginales, ubicados en zonas periféricas, pueden cumplir un papel central en la construcción del Estado Nación (Sahlins, 2000).

1.1.3 La masculinización de los espacios fronterizos

Otra característica que empaña las reflexiones sobre los estudios de frontera, además de la homogeneización y la pretendida hermandad desarrollada en el apartado anterior, es la ausencia de la dimensión de género en los análisis. Existe una masculinización constante de los espacios vinculados al Estado, las fuerzas armadas y las fronteras. Siempre se trata de hombres: la patria políticamente hablando es cosa de machos, son ellos los que la inventan y administran. Las mujeres “no pueden ser la patria, sino apenas un complemento simpático y erótico” (Alabarces, 2014: 2).

En muchas de las etnografías “clásicas” existe una unificación de los pobladores fronterizos, invisibilizando que los grupos humanos de los que se habla están conformados por hombres y mujeres, que existen claras definiciones sociales sobre lo que hacen cada uno y cada una, y las violencias que reciben. Aquí además cobra importancia qué significa cruzar para unas y para otros y las definiciones de las otras y los otros (Jelin, 2000). Los hombres y las mujeres de diversos grupos y clases actúan en función de sus expectativas y estereotipos de género, y asignan características de género a hombres y mujeres de su propio grupo y del otro. A veces, las imágenes de género son las mismas para ambos lados del límite entre grupos, sin embargo la mayoría de las veces los atributos del género son profundamente diferenciados. Es en esta intersección entre clase, género, nación y etnia que se construye las y los múltiples sujetos fronterizos (ibíd.).

Muchas aproximaciones analíticas sobre sectores pobres o empobrecidos como el caso de los espacios fronterizos suelen hacer foco en la condición de clase por sobre los demás factores de vulneración, pero además cuando efectivamente se considera el elemento de género para pensar la condición de las mujeres pobres, se lo hace caracterizándolas como colectivo en

función de un rol sociocultural dominante establecido: como vehículos de las necesidades ajenas, como un sector históricamente relegado a la maternidad y a las tareas domésticas, como un sector cuya participación política y en el ámbito público en términos de militancia ha sido invisibilizado, o como colectivo homogéneo con el potencial para establecer una “agenda de temas de mujeres” (Di Marco, 2011), soslayando dichas demandas al perfil hegemónico antes construido.

Buscamos no solo una crítica a lo meramente formal, a la histórica exclusión de los terrenos de las instituciones políticas/públicas, sino que además nos llama la atención la apabullante vigencia y el sostenimiento con que experimentamos lugares permitidos para unas, unos y no para otras, otros (Massey, 1998), sometimientos (Segato, 2013) y disposiciones corporales y de tránsito autorizadas mediante la socialización (Tiqun, 2013). No se trata simplemente de tener informantes mujeres o de identificar los testimonios de hombres y mujeres, sino de incorporar explícita y visiblemente las diferencias entre el accionar diferencial de hombres y mujeres, lo que da lugar a preguntarse sobre las relaciones de género, las relaciones de dominación. Los hombres y las mujeres, sean empoderadas o desposeídas actúan en función de sus expectativas y estereotipos de género y asignan características de género a hombres y mujeres de su propio grupo como a los de otros (Ibíd.). El entrecruzamiento entre clase, género, nación es constitutivo de las y los múltiples pobladores fronterizos.

El proceso por el que se sexualiza el cuerpo y se lo liga indefectiblemente a la naturaleza, a lo doméstico, a la intimidad y la reserva, como artefactos que lo delimitan, hace de la socialización en el espacio por parte de ese cuerpo una experiencia de antemano predefinida por los límites mismos de la normativa de género. Esto hace inherente a cada cuerpo roles y condiciones, posibilidades y expectativas. Es en los espacios donde se actualizan y se ponen en juego las nociones culturales del género, que se concretan en actividades, prácticas y conductas realizadas cotidianamente. Los espacios y los lugares, como los sentidos que se tiene de ellos junto con determinados factores asociados como nuestros grados de movilidad, se estructuran recurrentemente sobre la base del género, lo que conlleva una variación en cada cultura y a lo largo del tiempo (Massey, 1998). Esta estructuración simultáneamente refleja las maneras de cómo se construye y cómo se entiende en cada sociedad el género y los efectos que sobre ellos tienen.

Mostrar a las mujeres como actoras esenciales en la cotidianidad en los espacios donde se construyen la ciudadanía en tanto dimensión cultural y política a partir de las interacciones entre Estado y sociedad, supone un serio problema, pues contrarresta los ideales del universo discursivo hegemónico al evidenciar que su interacción resulta fundamental y constitutiva de tales espacios.

1.2. Las ciudades fronterizas como ficciones del principio-fin

En relación a todo el recorrido panorámico desarrollado hasta aquí, entendemos a las fronteras y sus ciudades fronterizas como creaciones de los Estados-Nación en pos de la soberanía territorial que esgrimen el límite material de la ficción espacial de las naciones concebidas como puerta de entrada o salida al territorio nacional, márgenes de la ciudadanía en su articulación espacial. Las fronteras son los bordes que delimitan el alcance espacial del sistema de derechos, deberes y garantías de un Estado para sí, pero además son la escritura que crea esa misma espacialidad.

El borde fronterizo no es entonces físico sino textual: es a través de éste último que se crea la cartografía oficial en la semiosis del Estado. Vigente cada vez que intenta pensarse la frontera no como espacio de diálogo, de interacción, sino como lugar inmóvil, límite de la nación⁷ y su territorio. No obstante esta ficción protocolizada en cuerpo de la ley que configura la espacialidad hegemónica, las fronteras son también el karma de la pulsión dinámica: el tránsito, el movimiento, el pasaje, la circulación. Espacios no agotados por la cartografía oficial y por tanto lugar de germinación de irreverencias de la ciudadanía y la reinención constante de sus límites materiales. Y consecuentemente i-legítimas según el cuerpo-ley.

⁷ Siguiendo la definición de Anderson (1983) entendemos a la Nación como una comunidad política imaginada inherentemente limitada y soberana: *comunidad* porque a pesar de las desigualdades y la explotación existentes en su interior sus integrantes se conciben desde un compañerismo profundo, fraterno, horizontal; *imaginada* porque existe por tanto la idea de comunión, aunque sus integrantes no se conozcan y no se relacionen entre sí; *limitada* porque sus fronteras son finitas aunque elásticas, y porque la nación nunca se asumirá como la humanidad completa; *soberana* porque todos y todas en la nación sueñan con ser libres, siendo la garantía y el emblema de esa libertad, el Estado Soberano. Las raíces culturales del nacionalismo están en su fraternidad y esta libertad imaginada que justifican incluso que se mate y se esté dispuesto a morir por la nación.

Todo este entramado teórico allana el camino para pensar unas cronologías y topografías que se distinguen del mapa tiempo-espacio de la cartografía oficial de la Nación, a la vez que impugnan el grado cero del espacio abstracto y la mirada neutra que le da fundamento. Los espacios fronterizos deben ser entendidos entonces en tanto performance, como producción y producto en constante proceso, definido y creado por sus actores en una multiplicidad de complicidades y por lo tanto inseparables de la experiencia de los y las sujetos de esos espacios. Espacios que se habitan desde una relación particular con el lugar, el ambiente, la cultura, el territorio y los paisajes sociales. Espacios de formulación experiencial corporal, donde la experiencia sugiere para sí interpretaciones otras de la configuración territorial hegemónica, donde la norma específica desde un deber ser (el arquetipo, el mapa, la ciudadanía, la legitimidad, los géneros) se subvierte desde la apropiación, desde el estar siendo propio.

Son así entonces las fronteras porosas, dinámicas. Espacios caracterizados por su heterogeneidad y compleja movilidad fragmentaria, fluida, donde la experiencia de las y los habitantes, en ciertas ocasiones, transcurre alterada por los golpes arbitrarios del Estado pero a la vez persiste entramada en una continuidad displicente cuya fuerza defensiva, sabia y memoriosa los ampara (Camblog, 2009).

1.2.1. Fronteras Argentino-Bolivianas

Teniendo en claro que el territorio es una de las primeras condiciones de existencia del Estado-Nación, las fronteras son el resultado por las disputas, por la delimitación de ese territorio. El proceso de conformación de los Estados nacionales implica, entre otras cosas, un proceso de institucionalización de límites y fronteras con respecto de otros Estados.

Cuando el Estado Nacional argentino comenzó su lento proceso para definir los límites de su territorio, empezó también una ardua transformación de demarcación de la frontera argentino-boliviana. La discusión diplomática por los límites con Bolivia comenzó en 1881 mediante el primer tratado que posteriormente fue modificado en 1891 y finalmente culminado, con un tratado complementario, en 1925⁸. Los límites fueron impuestos desde las

⁸ Las negociaciones entre Argentina y Bolivia se iniciaron en 1883 y tuvieron su primer punto de coincidencia en 1889 cuando se suscribió un protocolo preliminar que establecía y fijaba el límite del sector oriental en el

regiones centrales de ambos países, Buenos Aires y La Paz, que conocían escasamente el terreno y las características culturales de la población (Cestón y Carbonetti, 2007). Así se crearon tres pasos fronterizos ‘legales’ con Bolivia⁹: La Quiaca y Villazón, Aguas Blancas y Bermejo y Profesor Salvador Mazza y Yacuiba, la primera ubicada en la provincia de Jujuy y las dos últimas localizadas en los bordes de la provincia de Salta. Aquí nos concentramos en las dos primeras de las fronteras enumeradas.

Indudablemente este proceso incluyó una fuerte ofensiva por parte del Estado nacional por imponer una nacionalidad en los pueblos de todo el territorio y fundamentalmente los de la frontera del territorio argentino. La presidencia que se inició en 1862 fijó como problema a resolver una serie de cuestiones fundamentales: la integridad territorial, la identidad nacional y la organización de un régimen político (Botana, 1985). Los dos primeros hacen a la conformación de las fronteras argentino-bolivianas. La integridad nacional debía comenzar primero derrotando los continuos levantamientos que sucedían en el interior del país, para luego imponer los límites espaciales que quedaran bajo el Estado recién conformado.

La identidad nacional era un elemento necesario para que todos los habitantes de las regiones del interior reconocieran el total del territorio, un proceso estrechamente vinculado con la aparición del mundo moderno que buscaba crear y fabricar una determinada identidad

paralelo 22° hasta el río Pilcomayo. El tratado definitivo se firmó en 1889 cuando Argentina renuncia a la provincia de Tarija a cambio de una parte de la puna de Atacama, mientras que Bolivia renunciaba a la demarcación que determinaba el río Bermejo y aceptaba la del Pilcomayo. Este tratado fue revisado y complementado posteriormente, ya que no solo había un desconocimiento geográfico sino que también se ignoraban los antecedentes históricos y las relaciones culturales y sociales (Celton y Carbonetti, 2007). Las formas de dicho tratado llevaron una serie de aclaraciones donde también intervino el Estado chileno por la demarcación de la Puna de Atacama. El tratado Carrollo-Diez de Medina que fijó definitivamente el 9 de Julio de 1925 el límite de los dos países, continúa hasta hoy (Benedetti, 2014). La frontera comienza por el oeste en la cordillera de los Andes en el Cerro Zapaleri y va en dirección noreste hasta el Cerro Panizo, de allí hasta el Cerro Malpaso, sigue hacia el norte por el río San Juan del Oro. En dirección sureste sigue hasta Villazón, después hacia el este, pasando por Villazón hasta las regiones de Bermejo y Toldos, de donde continúa en dirección sureste hasta el Fortín Campero, en la confluencia de los ríos Bermejo y Grande de Tarija. De allí sube por el río Grande de Tarija y el río Itaú hasta la población de Yacuiba y desde Yacuiba nuevamente siguiendo el paralelo 22°S hacia el este hasta el Fortín D'Orbigny sobre el río Pilcomayo, siguiendo el curso de este río hasta Hito Esmeralda que es el punto limítrofe tripartito entre Argentina, Paraguay y Bolivia.

⁹ La frontera con Bolivia tiene 773 kilómetros de longitud en total, pero solo se han instalado tres pasos 'legales', sin embargo por otros lugares el cruce también es posible. Por ejemplo, a 10 kilómetros de la frontera se encuentra el paraje Agua Chica, por allí se puede cruzar “al frente” sin presencia de la Gendarmería.

nacional homogénea y singular como requisito fundamental. Hablamos del resultado de un proceso de constitución de una Nación y un sistema de dominación que supone en un plano nacional el surgimiento y desarrollo, dentro de un ámbito territorialmente delimitado, de intereses generadores de relaciones sociales capitalistas; y en un plano ideal, la creación de símbolos y valores generadores de sentimientos de pertenencia (Foucault, 1995). Las naciones para sobrevivir y consolidarse tuvieron que “inventar una larga serie de ficciones, relatos, narraciones, símbolos que le dieran a la cuestión jurídica algún costadito afectivo” (Alabarces, 2014: 2). La cultura de masas contribuyó enormemente a esas versiones para que la patria se vuelva entonces una experiencia compartida de lo afectivo: la comida, la danza, el deporte (ibíd.).

Un Estado con distintos dispositivos de control y seguridad que comprenden agencias, instituciones (educativas, públicas, de fuerza, etc.), discursos, imaginarios sociales, leyes, sentencias, instalaciones arquitectónicas, pautas cotidianas, rutinas sociales, entre muchos otros elementos (Foucault, 2006.). Elementos diversos que pertenecen al campo de lo decible pero también al campo de lo no decible, estructurados para que la totalidad de los habitantes, sea cual fuere su ubicación geográfica dentro del territorio, piensen y vivieran en un espacio absoluto; una institucionalización del espacio como única cartografía posible. Un lugar estable y estabilizado, con tiempos, ritmos, formas de pensar, mirar, habitar y transitar unificados (López y Zubia, 2014). Un proceso de progresiva unificación y homogenización de los modos de vida.

El Estado Nacional como forma, esto es, como formación estatal, estuvo ligado estructuralmente a la expulsión recurrente de minorías nacionales al condensar costumbres sociales muy diferentes y transformarlas en una pauta sistemática de regulación y de normalización. Si el Estado vincula en nombre de la nación conjurando forzosamente cierta versión de la Nación, entonces también desvincula, suelta, expulsa, destierra. Y esto no siempre ocurre por medios emancipatorios, el Estado expulsa precisamente a través de un ejercicio de poder que depende de barreras y exclusiones (Butler y Spivak, 2009). Sin embargo, dice Segato (2007) a la sombra de la vigilancia cultural, en nuestro país se construyeron ‘alteridades históricas’. Comunidades con un estilo propio de interacción entre sus partes y entre muchos de los dispositivos del Estado que las atraviesan. Se establecieron diferencias, grupos sociales percibidos en la interacción como otros, como

inapropiados/inapropiables (Haraway 1999). Los cuales, por más imposición del Estado pudieron establecer formas propias de interacción entre sus maneras de habitar y transitar, sus espacios y algunos de los dispositivos del Estado.

Desde 1946 las fronteras argentino-bolivianas comenzaron a tener mayor visibilidad institucional y consecuencias político-sociales que transformaron la vida de las personas. Los pasos de control se convirtieron en un espacio de circulación políticamente marcado. Los puentes se tornaron en un lugar hostil en ambas direcciones de circulación, un espacio marcado por el ejercicio real o potencial de la fuerza en ambos Estados (Karasik, 2000).

Esa fecha, 1946, no es azarosa ya que en Argentina asumían el control del Estado Nacional, gobiernos con una importante carga nacionalista que permitieron marcar el territorio y generar una fuerte cultura propia en todo el territorio argentino. A partir del peronismo, las fronteras fueron redefinidas a la luz de la reformulación global de la relación entre Estado y sociedad¹⁰. Este proceso representó la profundización de la presencia estatal a través de las instalaciones de una densa red de instituciones estatales y no estatales en todo el territorio (escuela, hospitales, fuerzas policiales etc.). La imposición de la Nación en los espacios fronterizos se dio, fundamentalmente, a partir de la educación y la intervención del ejército argentino tanto por la ocupación en el territorio como por la incorporación a sus filas de los habitantes jóvenes de estas regiones (ibíd.).

Ser ciudadano argentino comenzó a tener una significación concreta luego de la extensión de derechos civiles y laborales del periodo temprano peronista. El arribo más tardío de los derechos asociados con la ciudadanía argentina dejó al descubierto lo más notorio de las fronteras argentino-bolivianas: la desigualdad social entre ambas ciudades a pesar de su intensa interacción social.

La organización política nacional hacia los límites de la frontera en el siglo XX no solo implicó la defensa territorial como premisa de los gobiernos centrales, sino que estuvo planificada en toda su dimensión de cohesión interna de la población. La radio y la televisión

¹⁰ Escapan a nuestro tema de investigación reflexiones más profundas sobre el periodo peronista temprano en tanto ampliación y transformación estatal. Sin duda ha sido importante la profundización de la presencia material e ideológica del Estado argentino en esta frontera como fenómeno de incorporación política y transformación cultural de la cotidianidad (Jelin, 1996; Karasik, 2005; Caggiano, 2007).

constituyeron un “asunto de Estado” para la construcción de los límites simbólicos y culturales con otras naciones. En este sentido las políticas de comunicación estuvieron fomentadas por la asignación del espectro radioeléctrico nacional a capitales mixtos - privados y públicos- para la instalación y expansión de la infraestructura de radio y teledifusión en radio de frontera (Zegada, 2007).

Desde la década del 50’ en nuestro país se llevaron adelante procesos comunicacionales locales de consolidación de la radiofonía y televisión en frontera. El 25 de mayo de 1967 nació el primer medio de comunicación en la frontera norte “LRA 16 Radio Nacional La Quiaca con el fin de informar, formar, entretener y Hermanar. Para la televisión hubo que esperar hasta 1980, cuando comenzó a emitirse periódicamente la señal LW80 Canal 7 de Jujuy¹¹ hacia la quebrada y puna jujeña. La comunidad de la Quiaca a la fecha ya contaba con un parque de televisores provenientes de la frontera con Bolivia dado que en la localidad existía un emprendimiento de estación de televisión de circuito cerrado propiedad “Del rey Hermanos”¹² (Sosa, 2007: 77).

Ni la localidad de Aguas Blancas ni la ciudad de San Ramón de la Nueva Orán cuentan con una frecuencia de Radio Nacional. Sin embargo a 131 Kilómetros, en la ciudad de Tartagal funciona desde el 30 de agosto de 1978 LRA25 Radio Nacional Tartagal que se pensó con el objetivo de alcanzar con su cobertura los departamentos provinciales salteños de San Martín, Rivadavia y Orán. La emisora además queda a 50 kilómetros de otra frontera argentino-boliviana: Salvador Mazza-Yacuiba.

En cuanto a los procesos económicos, políticos y sociales en estos espacios sufrieron modificaciones por las fluctuaciones y las variaciones monetarias entre ambos países, y consecuentemente por los flujos comerciales de las compras (Jerez, 1999). Hasta principios de la década de los ‘90, las ciudades del lado argentino concentraban el sentido de la circulación de grandes cargas de mercadería. Las ciudades argentinas vendían en grandes

¹¹ LW80 Canal 7 de Jujuy pertenece al grupo Radio Visión Jujuy S. A. que comenzó a funcionar entre 1964 y 1965 en la capital provincial: San Salvador de Jujuy.

¹² Mención en el mensaje del intendente de La Quiaca, Ricardo Jiménez, en la inauguración de la recepción de la señal LW80 TV Canal 7 –Jujuy- Diario Pregón, viernes 6 de junio, 1980 (Sosa, 2007).

cantidades grasas, aceite, jabón, etc. a los comerciantes del lado boliviano y solo los productos importados entraban por el país vecino.

La ley de convertibilidad de 1991 reorientó absolutamente la dirección de los flujos comerciales (Karasik, 2005). Las ciudades bolivianas se volvieron un pujante centro comercial que abastecía de ropa, calzado, alimentos no perecederos, artículos de bazar, limpieza, perfumería, pequeños electrodomésticos, telefonía etc. Además de la población local muchos de los ciudadanos de las capitales provinciales (Salta Capital y San Salvador de Jujuy) viajaban hasta las fronteras a comprar mercadería y servicios desde lo más diversos. En las tres fronteras argentino-bolivianas como en otros puntos del país¹³ las poblaciones de las zonas fronterizas incorporaron los consumos de las ciudades vecinas como un modo de enfrentar el descenso del nivel adquisitivo de los salarios e ingresos, y muchos comerciantes se abastecían de los negocios de las ciudades bolivianas.

Este ritmo se mantuvo hasta principios del año 2002. Uno de los efectos más visibles del fin de la convertibilidad y las devaluaciones en la frontera fue cortar un ciclo asociado con un consumo más barato en el exterior para los argentinos. Desde esa fecha en adelante, se redujeron las ventajas de los pobladores fronterizos en un contexto económico profundamente desigual y nuevamente las compras y ventas de mercadería tuvieron fluctuaciones.

En todos estos procesos sociales, culturales y económicos el Estado estuvo presente a través de sus dispositivos de poder, fundamentalmente la Gendarmería Nacional y el personal de Aduana. En la últimas décadas se observan niveles significativos de tensión en el puente y en las relaciones binacionales que representa. Aumentaron los controles migratorios y aduaneros como resultado paradójico de los acuerdos de integración regional. El Estado parece haber fortalecido su control sobre las poblaciones fronterizas, tanto en circulación de personas como en el cruce de pequeñas mercaderías (Ibíd.).

¹³ Linares (2009; 2010) y Schiavoni (1993) en varios de sus trabajos reflexionan sobre la actividad de las mujeres paseras y bagayeras en la frontera Posadas-Encarnación en el límite argentino-paraguayo. Mujeres que van y vienen constantemente de un lado al otro del río llevando productos, negociando, vendiendo y comprando. La actividad y la forma de vida de estas mujeres dependen de la misma existencia de la frontera, sin ella, sin diferencia de precios y de legislación no podrían continuar con su trabajo de “pasar”, de “cruzar”.

1.2.2 La Quiaca-Villazón

El paso internacional La Quiaca – Villazón pone en contacto a la provincia de Jujuy (Argentina) y el departamento de Potosí (Bolivia) que son actualmente las dos regiones más pobres de sus respectivos países (Caggiano, 2007), lejos del momento en que Potosí era el centro dinamizador y articulador de la economía colonial y las tierras altas de Jujuy un ámbito dinámico de producción y circulación para el abastecimiento en el mercado potosino (Karasik, 2000).

El pueblo de La Quiaca se creó en 1907 cuando finalizó el tendido de las vías del Ferrocarril Central Norte Argentino¹⁴. La fundación fue seguida por acciones concretas de ampliación estatal. A poco de fundarse, La Quiaca ya contaba con todas las autoridades que requiere un pueblo moderno y fronterizo (policía, escuela, agentes del gobierno, etc.) (Ibid.). Al mismo tiempo en terrenos ubicados al otro lado del río se fundó el pueblo boliviano que sería cabecera del ferrocarril Tupiza. En ese entonces el presidente Heliodoro Villazón firmó la adjudicación de lotes en la nueva población que se llamará, en un primer momento, La Quiaca boliviana en relación al pueblo de enfrente (Chambi Cáseres, 2013) y en 1913 recibirá el nombre de Villazón en honor al presidente fundador de la ciudad.

Ambas fundaciones se realizaron casi de forma simultánea, si se quiere espejada, impulsadas por los beneficios económicos que generó la actividad ferroviaria. A diferencia de lo ocurrido en Europa, el ferrocarril en la Argentina no se trazó uniendo poblaciones, sino que los pueblos fueron creciendo en torno al recorrido del ferrocarril, donde se ubicaban las estaciones (Roccatagliata, 1998)¹⁵. La presencia del ferrocarril Central Norte Argentino significó un

¹⁴ El ferrocarril llegó a Jujuy en 1890 y poco después se generaron dos ramales. Uno partía del sur de la provincia, uniendo Pampa Blanca con La Quiaca, atravesando la provincia de sur a norte y surcando las regiones de la Quebrada de Humahuaca y la Puna, conocidas como tierras altas. El otro recorrido era desde Perico hasta Yuto, recorriendo la zona azucarera de los departamentos San Pedro y Ledesma, por las denominadas tierras bajas. La red ferroviaria tuvo su apogeo hacia 1940, y para la década de 1960 comenzó un largo proceso de deterioro, que culminó de manera abrupta en los albores de los años noventa con el cierre de gran parte de los Ferrocarriles Argentinos. Los mismos dejaron de circular por la mayoría del territorio provincial, desapareciendo en las tierras altas jujeñas, conservándose un irregular servicio de carga en las tierras bajas (Bergesio y Golovanevsky, 2010).

¹⁵ Las redes ferroviarias reconfiguraron el espacio puneño penetrando su geografía, estableciendo en nuevo recorrido al atravesar el pueblo minero de Tres Cruces (situado a 50 kilómetros de Mina el Aguilar) hasta la frontera norte jujeña. La llegada y el paso del tren no solo fue coincidente con la fundación de La Quiaca sino

claro progreso económico para la ciudad de La Quiaca, pero también para la ciudad de Villazón ya que la mayoría de los comerciantes del norte del país se trasladaron al pueblo boliviano llevando hasta la zona mercadería en general para su venta. El florecimiento de ambas ciudades fronterizas aumentó en los años posteriores tras el trazado de las líneas ferroviarias Villazón –Atocha en 1925, visible no solo en la cantidad de población, sino también en la organización de las instituciones y las redes de vinculación que se generaron en las localidades.

La dinámica fronteriza tuvo durante mucho tiempo un carácter básicamente aduanero, ya que la presencia de los respectivos Estados no implicó hasta mediados del siglo XX un proceso de construcción propiamente política de esta frontera. La vida social local no estaba segregada hasta entonces por la pertenencia a una u otra comunidad, y parientes y amistades podían residir en ambos lados del límite estatal y circular a través de él sin obstáculo (Karasik, 2005); situación que continuó hasta finales de 1945, momento en el cual la Gendarmería Nacional se hace cargo de “custodiar la soberanía” y comienza un proceso de división de límite estatal (Justo Diaz, 2012). Límite que al día de hoy genera molestias en las poblaciones fronterizas que continúan con interrelaciones económicas sociales y culturales; por ejemplo, la conocida Manka fiesta¹⁶ donde poblaciones de ambos lugares intercambian bienes y se producen vínculos (Campisi, 2001).

también dio lugar al desplazamiento y surgimientos de nuevos pueblos a la vera de sus vías, en las denominadas estaciones del ferrocarril (Calizaya, 2007).

¹⁶ La tradicional "manca fiesta" o "fiesta de las ollas", es uno de los encuentros más antiguos de los pobladores de la puna jujeña y se celebra en la ciudad fronteriza de La Quiaca. Cada año, el tercer domingo del mes de octubre, cientos de feriantes (alfareros, artesanos, orfebres, hilanderas, lutieres, gastronómicos y microproductores agroganaderos) provenientes de toda la provincia de Jujuy y del sur de Bolivia se reúnen por una semana de corrido para el intercambio de variados productos. Campisi (2001) señala que el cruce de la frontera para feriantes bolivianos se vuelve problemático por la interacción con los agentes de la Gendarmería y la Aduana argentina, dada la relación de poder que allí se entabla. En el marco de referencia de los campesinos de Bolivia se hace relevante el país donde viven y éste cobra importancia porque la interacción con los gendarmes impide o molesta el cumplimiento de sus fines prácticos: llegar a la feria, hacer el intercambio y encontrarse con los amigos, colegas, parientes, etc., reproducir los lazos económicos y culturales con los campesinos de Argentina. En esta acción, en el cruce de frontera, ser campesino boliviano es un impedimento para la obtención de los objetivos. El maltrato físico y psicológico que deben sufrir estos productores para llegar al lugar de encuentro es un obstáculo que deben sortear año tras año.

Como ya dijimos, las reformas de la década de 1990 dieron lugar a una reestructuración productiva de la economía con un fuerte impacto sobre el mercado de trabajo. La privatización o cierre de empresas públicas afectó a grandes grupos de trabajadores, los que hasta ese momento habían gozado de estabilidad laboral y favorables condiciones de empleo. Este proceso afectó a una parte de la población de esta ciudad, principalmente a los trabajadores del ferrocarril. En el caso de Jujuy la pérdida de puestos de trabajo se calcula en alrededor del 90%, de los 650 empleados que se estimaban hacia mediados de la década de 1980 (Bergesio y Golovanevsky, 2010). Esta pérdida estuvo conformada tanto por retiro voluntario como por jubilaciones anticipadas y despidos. Para marzo de 1993 buena parte de los trayectos fueron cancelados y si bien algunas provincias asumieron la gestión de determinados ramales, en general o bien los servicios resultaron de muy mala calidad, o bien funcionaron de manera intermitente, o por un corto período de tiempo o, en la mayoría de los casos, dejaron de funcionar por completo (Felder, 2007) como fue el caso de La Quiaca, donde se cerró la estación de tren y se desmanteló gran parte de la estructura férrea.

Desde entonces las actividades económicas de La Quiaca están basada en el comercio fronterizo. Parte importante de ello deriva de las posibilidades comerciales que inauguran las diferencias de cambio y la oferta diferencial de productos para las y los pobladores de uno u otro país y salvo algunas experiencias no hay producción industrial significativa en esta ciudad. Comercios minoristas para el viajero y mayoristas para la exportación, negocios de comida y hotelería son algunas de las actividades que dinamizan y generan empleos en este espacio, así como la administración pública en general y el paso fronterizo (Karasik, 2000).

Si bien este paso está muy lejos de tener la importancia económica de Yacuiba o Bermejo, ambos en la provincia de Salta, representa más densamente en términos históricos y simbólicos la frontera con Bolivia, por ser considerado el punto de entrada de la población boliviana; los inmigrantes más discriminados de Argentina. Existe una estigmatización y visibilización de las y los inmigrantes bolivianos asociados a problemas sociales como la desocupación, la crisis en el sistema de salud y al crecimiento de la inseguridad, reforzado constantemente por actores políticos, sociales y los grandes medios de comunicación (Caggiano, 2007; Grimson, 2001; Sadir, 2009). Y es en el paso La Quiaca-Villazón donde parece estar jugándose el destino de la población boliviana en Argentina (Karasik, 2000).

1.2.3 Aguas Blancas- Bermejo

La ciudad de Aguas Blancas fue fundada el 23 de abril de 1912, a 50 kilómetros de la ciudad de San Ramón de la Nueva Orán, una de los departamentos más importantes de la provincia de Salta. Del lado del frente, la ciudad de Bermejo fue fundada oficialmente el 7 de diciembre de 1952, aunque desde 1902 ya existía población en el lugar producto de una colonia militar y de la perforación del primer pozo petrolero de Bolivia (Souchaud, 2007).

La economía regional de la ciudad fronteriza de Bermejo ha sido fruto del impulso de tres ejes dinamizadores: la industria petrolera, la exportación agropecuaria y el comercio de frontera, concentrando su mayor dinamismo en la producción de la caña de azúcar. Sin embargo, el comercio de frontera, aparentemente informal, es un paliativo que permitió la supervivencia de un importante número de habitantes de la ciudad (Jerez, 2003). Bermejo es una de las ciudades bolivianas que desde 1986 se transformó en un importante centro de recepción de migrantes campesinos y mineros indemnizados, transformados actualmente en comerciantes¹⁷. Apoyada en el crecimiento de Bermejo, Aguas Blancas también se expandió en el territorio argentino. Se da una relación de complementariedad en donde uno de los dos centros urbanos se desarrolla más en momentos en que se ve favorecido por las fluctuaciones y variaciones monetarias entre ambos países y por los flujos comerciales de compra. Sin duda en esta relación simbiótica fue Bermejo el núcleo de mayor expansión urbana y crecimiento demográfico (Rabey y Jerez, 1999).

En cuanto a la economía de la ciudad de Aguas Blancas, la población vive casi exclusivamente del comercio y del tránsito de frontera: negocios de comida, hotelería, comercios minoristas para el viajero y mayoristas para la exportación, así como de los puestos de trabajo que genera la administración pública y el paso fronterizo¹⁸. Un escaso porcentaje

¹⁷ Jerez (2003) estima que la población en la ciudad de Bermejo ya en el año 2003 sobrepasaba los 25.000 habitantes, cifra que en los meses de mayo a noviembre (tiempo en que se desarrolla la zafra azucarera) es superada ampliamente alcanzando los 40.000 habitantes. La población migratoria que año tras año concurre a trabajar a los ingenios azucareros proviene de las tierras altas de Bolivia

¹⁸ Hasta el 10 de Diciembre del año 20015 Aguas Blancas fue una delegación del municipio de San Ramón de la Nueva Orán, cabecera del departamento Orán. En el año 2013 las y los pobladores de Aguas Blancas y San Ramón de la Nueva Orán participaron de una consulta popular a través de la cual expresaron el deseo de

de los y las habitantes se dedican al trabajo de los pequeños conglomerados de fincas de cultivo hortícola y fruticultura (pomelo, limón, mango, papaya, banano, pimiento verde, tomate, sandía, zapallo, melón) de la zona. Aquí nos parece importante marcar que los procesos de privatización de Yacimientos Petrolíferos Fiscales (YPF) en la década de los noventa fueron políticas de gobierno que generaron cambios económicos y sociales para muchas de las zonas extractivas salteñas, sobre todo en las ciudades de Tartagal y Mosconi. El impacto de una baja del 75% de empleo (Gordillo, 2010) también se sintió en ciudades cercanas como San Ramón de la Nueva Orán y Aguas Blancas ya que dada la cercanía geográfica, algunos pobladores de la zona se trasladaban para trabajar en esas ciudades.

Los efectos de la llegada de la Gendarmería Nacional al borde del río y la instalación del puesto de control “28 de Julio” de Gendarmería entre las ciudades de Aguas Blancas y San Ramón de la Nueva Orán, se desplegaron en varios niveles, afectando principalmente la vida cotidiana de las y los pobladores fronterizos. Además de los movimientos con fines comerciales muchas de las personas que habitan estos espacios cruzan al otro lado del río a trabajar, al hospital, a la escuela. Los pobladores de las ciudades argentinas cruzan además para ir a comer a los mercados, para hacer visitas sociales o familiares y es bastante común que las y los jóvenes vayan a bailes del pueblo vecino. La vecindad con Bolivia impregna la vida cotidiana de los pobladores de Aguas Blancas, “se habla de y en torno a Bolivia” (Karasik, 2000), a través de temas como precios, algún evento social y por supuesto el puente, la pasada, las normativas de Aduana, las y los paseros y las y los bagayeras.

Al igual que en la frontera La Quiaca-Villazón, en el paso Aguas Blancas-Bermejo la acción más visible del Estado argentino está focalizada en el control de la población, situación que contrasta con otras fronteras donde el énfasis estatal se da en la afirmación geopolítica del territorio y la soberanía, como la frontera con Chile (Karasik, 2005). Aquí son objeto de intervenciones específicas en términos de control de tráfico de personas y de mercancías consideradas “ilegales” para el Estado. En los últimos años se observan niveles significativos de tensión en el puente, los cruces y en las relaciones binacionales que representa. Los

municipalizar la localidad fronteriza. En las elecciones provinciales del 17 de mayo de 2015 Sergio Gerardo Ávila fue elegido como el primer intendente, quien asumió su cargo el 11 de diciembre pasado.

controles migratorios y aduaneros aumentaron, como resultado paradójico de los acuerdos de integración regional.

Estos espacios están caracterizados por su heterogeneidad y compleja dinámica fragmentaria, movediza, donde la experiencia de las y los habitantes, en ciertas ocasiones, transcurre alterada por los golpes arbitrarios del Estado pero a la vez persisten entramados en una continuidad displicente cuya fuerza defensiva, sabia y memoriosa es motivo de amparo (Camblong, 2009).

1.3. Las fronteras reales y/o simbólicas

En este apartado reflexionamos sobre los modos en que la población de Aguas Blancas y La Quiaca experimentan y expresan la condición fronteriza. Como sucede en muchas fronteras latinoamericanas, la ubicación fronteriza en el territorio suele coincidir con la posición periférica en relación a los centros de poderes económicos y políticos (Sadir, 2009). Las consecuencias del cruce de fronteras físicas sobre las fronteras simbólicas serán diferentes según se trate del lugar del *otro* (Grimson y Jelin, 2006).

Si bien cada una de estas fronteras mantiene su independencia funcional y administrativa, comparten algunos rasgos estructurales. Las provincias norteñas resultaron crecientemente marginadas en la construcción del Estado Moderno, por su articulación en un modelo de desarrollo capitalista cuyo mayor dinamismo se ubicó en las zona pampeana y el puerto de Buenos Aires. En una sociedad como la Argentina, establecida desde un “terror étnico, de pánico a la diversidad” (Segato, 2007:51), el paisaje norteño, la población qolla y la vecindad con Bolivia no fueron rasgos que se desearon asumir o mostrar como parte de la Nación, en un proceso de construcción de límites políticos, sociales y culturales entre lo que se imagina como claramente argentino y lo que no lo sería (Karasik, 2000)¹⁹. En el proceso que llevó adelante el Estado nacional para establecerse como una comunidad imaginada (Anderson, 1983) las personas étnicamente marcadas fueron presionadas para desplazarse de su categoría

¹⁹ Karasik (2000) afirma que existen evidencias también en otras regiones del país en donde ciertas prácticas sociales distintas a las metropolitanas argentinas, son codificadas como “no argentina, y eventualmente dan pie a prácticas de exclusión. “Las practicas diferenciales –y los rasgos somáticos- hacen que para muchos argentinos, Jujuy se confunda con Bolivia (Karasik, 200:155).

de origen, para solamente después poder ejercer la ciudadanía plena (Segato, 2007). Si el Estado vincula en nombre de una Nación, también desvincula, suelta, expulsa, destierra (Butler y Spivak, 2009).

La provincia de Jujuy resultó más afectada que otras áreas por el proceso de desarticulación del territorio, donde se pone en cuestión el significado mismo de la inclusión nacional. Las fronteras son espacios liminares del tejido cultural donde se entrama y se reproduce la diferencia hacia afuera pero, fundamentalmente, hacia adentro del territorio nacional (Cebrelli y Arancibia, 2011). En la población jujeña están presentes las discusiones respecto de la inclusión/exclusión tematizadas, muchas veces, sobre el territorio y sus íconos. Son comunes las conversaciones cotidianas sobre que Jujuy y La Quiaca no serían consideradas como ciudades argentinas (Karasik, 2005). La inclusión nacional es uno de los reclamos característicos de la condición periférica. Los jujeños parecen sentirse simbólicamente excluidos y los reclamos de reconocimiento y de inclusión en el estado son parte importante de los procesos identitarios en toda la provincia (Karasik, 2000; Burgos, 2014). La actual situación de marginalización agudiza la percepción contradictoria de pertenencia y simultánea exclusión, por lo que existe una lucha contra el menosprecio histórico hacia Jujuy y lo jujeño.

La situación política y social de la provincia y la historia de las relaciones sociales incentivaron en Jujuy estrategias de distanciamiento simbólico en relación a lo boliviano y lo qolla (Karasik, 2000). En estas sociedades se delinean procesos que abarcan desde formas simbólicas de estigmatización hasta otras más efectivas de acotamiento de derechos, sobre la base de cuestionamientos de mantener un estatus argentino en esos territorios. Como ya se dijo, la frontera de La Quiaca Villazón representa más en términos simbólicos, ya que es considerado el punto de entrada de la población boliviana²⁰. Estos procesos se ligan directamente con la actuación de las instituciones estatales fronterizas de regulación de los movimientos, pero también con procesos sociales más amplios²¹.

²⁰ Existe una amplia bibliografía que da cuenta de los procesos migratorios en las provincias del norte y fundamentalmente en la de Jujuy. Entre ellos Sala (2000) y Caggiano (2007).

²¹ Como ya se dijo, durante la década de los 90 la migración se definió como un “problema social” en la medida que se consideraba que los nuevos migrantes eran acusados por el gobierno de ser delincuentes y causantes de la desocupación. En este proceso histórico la migración dejó de ser vista como un medio para el desarrollo

Los límites políticos tienen variados sentidos y efectos para las poblaciones locales que vivencian sus propias experiencias de cruces con los controles estatales (Albuquerque, 2010). Otras fronteras sociales son construidas a través del comercio, de las redes de amistades, familiares, de los prejuicios con relación al otro, de los conflictos personales y sociales. La definición política e ideológica de territorios sociales exteriores a la Nación permite explorar procesos de incorporación o exclusión de la población al colectivo nacional en relación a esas definiciones.

La presencia de la Gendarmería Nacional en las fronteras y las modificaciones sobre las condiciones socioeconómicas y sociopolíticas de cada uno de los países cambiaron los modos de identificación e interpelación de las y los actores sociales de los dos espacios fronterizos. El cruce por el puente se volvió hostil para todas las personas que circulan por allí, pero no es menos cierto que se volvió más hostil para los que circulan desde Bolivia hacia Argentina. Los comentarios ofensivos, la seriedad de los gestos de parte de los gendarmes argentinos hacia la población boliviana se hizo común (Karasik, 2005), abusos que se intensifican con las mujeres campesinas y las cholitas bolivianas, acentuando la marcación étnica de la subalternidad, pero también fundamentalmente enfatizando el carácter de género (Ibid.).

Si la circulación es de Argentina a Bolivia la conflictividad asume otra forma aparentemente menos institucional. El cruce de argentinos hacia las ciudades bolivianas parece no ser registrado en términos de migrantes, problema o subalternidad. En Argentina existe un mayor registro y control, la Aduana parece más sistemática que la boliviana y controla siempre.

La relación entre las y los bolivianos y el sistema de salud pública en Argentina suele constituir un escenario de conflicto social en la zona de frontera, surgido por la controversia sobre el derecho de recibir atención. En La Quiaca el planteo del problema adquiere su tono más enérgico. Quizás, el ejemplo más presente en la zona de frontera sea la imagen de la mujer que ya a punto de parir cruza para tener su hijo del lado argentino (Caggiano, 2007). Gran parte de la población quiaqueña entiende este supuesto accionar como injusto ya que tiene como objetivo aprovechar la cobertura estatal gratuita en salud del lado argentino, que

económico y pasó a estar relacionada con el control de fronteras internacionales, vinculado a una cuestión de soberanía (Grimson y Jelin, 2006).

contrasta con la atención paga en Bolivia. La situación se vive al punto de que en el hospital de La Quiaca se cobra a las mujeres bolivianas para ser atendidas (Karasik, 2005).

La cuestión de pertenencia (y la exclusión) nacional está presente en este conflicto. No sólo porque es su condición de extranjeras lo que se esgrime como argumento para impedir su acceso gratuito a la atención del parto, sino también porque es la obtención del Documento Nacional de Identidad (DNI) como madres de un hijo argentino lo que está en juego. Aquí las fronteras y las pertenencias nacionales se encuentran, entonces, atravesadas por la raza y la etnia. Para muchos habitantes de la Quiaca las mujeres embarazadas que cruzan a parir mezclan fronteras y ponen en riesgo ‘la pureza y la salud’ de las y los argentinos (Caggiano, 2007).

La diversidad que venimos proponiendo desde el comienzo no impide reconocer ciertas tendencias predominantes en un contexto espacio-temporal específico. Uno de ellos es la tendencia de muchos Estados a renovar y fortalecer los controles y regulaciones de sus fronteras, a pesar de las idealizaciones de un flujo libre. En Argentina siguen siendo barreras arancelarias, migratorias e identitarias las fronteras argentino-bolivianas (Vila, 2000).

La crudeza de las fronteras empíricas se hace presente en estos casos por sobre la visión a veces romántica de fluidez que supondría la frontera como metáfora. En un esfuerzo teórico y también político por intentar reconstruir las identificaciones nacionales, a veces se pone un énfasis excesivo en la inexistencia de la frontera para las poblaciones locales, como si una constante intervención del Estado y sus dispositivos de control no pudiera afectar a las poblaciones fronterizas (Caggiano, 2005). Lo nacional como dimensión identitaria está lejos de desaparecer. Así considerada, la frontera cumple la función de delimitar y, para ello, construye, destaca y hasta reifica la diferencia cultural.

1.4. Trabajos de frontera

Habiendo dejado en claro nuestra posición sobre los espacios fronterizos y algunas características principales de dos fronteras argentino-bolivianas, en este apartado presentaremos algunos de los trabajos que sirven de sustento para las y los pobladores locales, que ponen en circulación bienes y mercaderías de un lado al otro de las fronteras.

A las fronteras argentino – bolivianas, en los límites Aguas Blancas (Salta) – Bermejo y La Quiaca (Jujuy) – Villazón llegan a diario servicios regulares de ómnibus, minibuses y remises particulares con decenas de compradoras y compradores motivados por una economía favorable²², poniendo en circulación diferentes tipos de mercadería. En este lugar las modalidades de tránsito están controladas, del lado argentino, por los escuadrones de Gendarmería Nacional y por la Dirección General de Aduanas (DGA) de la Administración Federal de Ingresos Públicos (AFIP). Estas formas de articulación y control estatal son las que fiscalizan las formas de circulación, tanto de las personas como de las mercancías. Sin embargo, la conducta tipificada de pasajes es flexibilizada por otras prácticas de tránsito: las “paseras”, “las carreras” y el “bagayeo”, cada una con características propias.

Se reconoce localmente como paseras a las personas que siendo oriundas del lugar trabajan informalmente asistiendo a los compradores individuales a ‘pasar’ mercadería de un lado a otro. El objetivo de esta práctica es sortear el control de Aduana que impone límites para la compra y circulación de mercancías en forma individual. Las y los pequeños compradores que van a Bolivia a comprar mercadería para la reventa en Jujuy, dado el bajo costo del producto, requieren de la asistencia de las paseras para no abonar el derecho de importación correspondiente al volumen de la mercancía.

Por otra parte, las carreras realizan el traslado de grandes cantidades de mercaderías entre una ciudad y otra, generalmente alimentos, es decir son las personas las que realizan el paso de los bienes por el puente. Así por ejemplo, trasladan harina, aceite, azúcar, yerba, cerveza, gaseosa, pañales descartables, artículos de limpieza, entre otras cosas, en cargas de carros individuales. Esta forma de trabajo y traslado permite evadir el pago del canon correspondiente al derecho de importación a los grandes comerciantes.

Es importante aquí remarcar que estas dos primeras formas de circulación de mercancías se realizan por los caminos habilitados para el tránsito: los puentes internacionales y bajo la mirada del personal de los entes de regulación del tráfico: Gendarmería y Aduana.

²² A pesar de la constante devaluación del peso argentino en relación al boliviano -moneda oficial del país vecino- en las ciudades fronterizas todavía se pueden encontrar productos textiles y electrónicos a un costo menor. Si bien estas prácticas aumentan o disminuyen de acuerdo a las distintas temporadas del año, el cruce de mercadería nunca se interrumpe.

Existe una tercera forma de trabajo que pone en circulación las mercancías en la frontera, el llamado bagayeo. Esta práctica es realizada por mujeres de la zona que se dedican a “cruzar” las mercaderías a través de circuitos que evitan el control aduanero y de Gendarmería ya que los volúmenes que transportan son mayores que los permitidos. Esta última modalidad de circulación es la que es objeto de investigación y reflexión en el apartado siguiente. Si bien todas estas formas de circulación de mercadería en las dos fronteras son realizadas tanto por hombres como por mujeres, a nuestro entender y en vista del marco conceptual desarrollado, adquieren características particulares cuando son ejecutadas por mujeres. Es por una decisión académica pero sobre todo personal y política que los espacios y el trabajo del bagayeo en ambas fronteras se describirán a continuación desde una perspectiva femenina.

En el apartado siguiente describiremos detalladamente el trabajo de las mujeres bagayeras en cada una de las fronteras elegidas. Dichas descripciones están basadas en informaciones recogidas durante el trabajo de campo (de nuestras observaciones como de diálogos con distintas trabajadoras) y desarrollo de la investigación. En el capítulo tres de esta tesis se reflexiona y profundiza sobre nuestra intervención en el campo y las técnicas de observación que utilizamos.

1.4.1 El bagayeo en Aguas Blancas – Bermejo

En general el trabajo del *bagayeo*²³ aquí supone una dedicación de más de ocho horas diarias para completar todo el proceso que comienza en las calles de la ciudad de Bermejo (Bolivia) y termina en la ciudad de San Ramón de la Nueva Orán a 50 kilómetros de Aguas Blancas (Argentina). Si bien los diferentes momentos del trabajo no son llevados a cabo por las mismas personas, sí es necesaria la presencia de las y los distintos sujetos durante la espera de la concreción de las tareas de cada participante.

²³ Gran parte de la descripción realizada en este apartado, como en el siguiente (El bagayeo en La Quiaca-Villazón), fueron realizados a partir de nuestras observaciones de campo y de los diálogos con las mujeres entrevistadas. Nuestro posicionamiento metodológico como la descripción de nuestras actividades en cada una de las dos fronteras, están desarrolladas de un modo más profundo en el siguiente capítulo.

El trabajo comienza en la ciudad de Bermejo en la calle Colorado, donde se localizan la mayoría de los comercios que venden sus productos al por mayor. Los bienes y mercancías van desde ropas (camperas, camisas, remeras, jeans, ropa interior), “blancos” (manteles, toallones, repasadores, sábanas) y calzados (zapatillas, sandalias) hasta electrodomésticos de uso particular (reproductores de DVD, pavas eléctricas, celulares, radios, ventiladores, etc.), entre otros. Estos objetos llegan a la ciudad de Bermejo desde el interior de Bolivia, pero no son de producción nacional sino importaciones provenientes de otros países.

Desde la calle Colorado hasta Coronel Araya, además de los diversos negocios, se puede observar a decenas de mujeres a la espera de las y los compradores mayoristas que necesiten del traslado de sus bienes. En la mayoría de los casos las mujeres llamadas “patronas” tienen sus clientes, quienes las buscan o llaman por teléfono para confiarles los diversos productos. Son ellas quienes contratan el servicio de otras mujeres, llamadas *bagayeras* para que las acompañen en su trabajo. Una vez que las 'patronas' reciben la mercadería, sus empleadas anotan cada producto, controlan cada bolsa y las acomodan en sus mochilas o lonas. Así hasta conformar un grupo de cinco, seis o siete personas, la cantidad de integrantes varía de acuerdo con la cantidad de mercadería que se necesita pasar.

Este trabajo implica, casi inevitablemente, el trabajo grupal tanto por la necesidad de confiar en el otro durante todo el transcurso de paso de la mercadería, como por el hecho de viajar en grupo, cualquiera sea el medio que se utilice. Así, muchos grupos están constituidos por integrantes de una misma familia. Esto se relaciona no solo con la necesidad de hacer participar al grupo familiar en el aporte para mejorar las condiciones de vida, sino además por la confianza a la hora de trabajar. Aquellos que se inician en la actividad aprenden el oficio y sus estrategias a partir de la observación de la astucia de las que ya se encuentran desarrollando la actividad y que han tenido mayor éxito o menor quita de mercaderías por Gendarmería y la Aduana-

Cuando todas llenaron sus 'bultos' se localizan taxis que las acercan hasta el río límite entre Argentina y Bolivia. El primero de los controles a sortear es el puesto con las oficinas de migraciones, Aduana y Gendarmería ubicadas en la ciudad de Aguas Blancas. Para ellos el

cruce no se realiza por las Chalanas (lanchas)²⁴, medio convencional de paso en esta frontera, sino a través de 'gomones'. Los 'gomones' son balsas elaboradas por los trabajadores. Se localizan en algunos de los tramos del río Bermejo que no superan una distancia mayor a 200 metros del paso oficial y son manejados mediante la fuerza por sus dueños, que en su totalidad son varones.

Este paso no es ajeno a los agentes de Gendarmería y de Aduana, por el contrario en el recorrido pueden visualizarse gendarmes circulando muy cerca de las trabajadoras. En esta frontera gran parte de la actividad económica deriva de la posibilidad comercial que propician las diferencias de cambio y la oferta de distintos productos: esto incluye el trabajo de las bagayeras. Es por ello que desde hace unos años en estos espacios no se intenta terminar con el paso de mercadería por circuitos alternativos, sino controlarlos. Este acuerdo social no incluye el paso de la hoja de coca ni de grandes cantidades de productos electrodomésticos, que sí son decomisados por los gendarmes.

Así se llega hasta la vera del río pero del lado argentino donde se reacomodan las mochilas y lonas, muchas de las cuales superan los 70 kilos. Una vez que las mujeres se reorganizaron, intervienen otros participantes fundamentales: los chóferes de remises, que en la mayoría de los casos ya tienen un acuerdo previo con las 'patronas'. Ellos son los encargados de transportar a las mujeres, pero además son los informantes de la situación que pudieron observar o escucharon del puesto 28 de Julio de Gendarmería Nacional, el segundo de los controles a sortear. Como puede verse no son meros transportadores sino que se involucran para que las mujeres tengan mayores posibilidades de cruce sin ser intervenidas.

Esquivar el escuadrón N° 28, localizado entre la ciudad de Aguas Blancas y San Ramón de la Nueva Orán, necesita de dos momentos. En una primera instancia se viaja en los remises desde la vera del río del lado argentino hasta cien metros antes del escuadrón, donde las trabajadoras descienden y toman el sendero que abre el camino alternativo para desviar la mercadería por detrás del edificio de Gendarmería y Aduana.

²⁴ El paso por el río por chalana es posible solo para personas sin vehículos. Autos, camionetas, colectivos u otros sistemas de transporte deben cruzar por 'el puente', otro de los controles de la zona que tiene la misma función pero está localizado a un kilómetro de este paso. Dado que el primero se ubica en frente de la zona comercial es el más utilizado. Cuando el río tiene mayor caudal éste queda cerrado y todo el cruce debe hacerse por el puente.

En este trayecto, las mujeres deben sortear distintos obstáculos como tendido de alambrados de las fincas, crecidas del río y lo más común patrullajes y controles de oficiales de Gendarmería. Para cualquiera de estas vicisitudes, las mujeres pergeñan tácticas que les permitan sobrellevar los 'inconvenientes'. Este recorrido es el más largo y pesado del proceso pues se camina alrededor de una hora, sorteando los obstáculos con mochilas que a pesan unos 50, 60 o 70 kilos sobre sus espaldas. La distribución de los pesos de los volúmenes a transportar se realiza a partir de configuraciones históricas de lectura de los cuerpos. Así las y los jóvenes ponen en circulación menores cantidades de mercadería. En esta línea fácilmente podría establecerse la misma distribución de peso entre los géneros, pero la experiencia de tránsito en la frontera se rebela contra esta lectura y da cuenta de procesos más conexos entre cuerpos. Algunas mujeres, en el recorrido de su experiencia llegan a soportar grandes pesos sobre sus espaldas.

Muchas veces este trayecto demora más, producto de algunas circunstancias como por ejemplo los momentos en los que las mujeres deben esconderse para no ser encontradas por los efectivos, el tiempo que les lleve “negociar” o “pelear” para evitar que les decomisen la mercadería. En esta “negociación” convergen dos actitudes: la experiencia de las trabajadoras para establecer acuerdos y la predisposición de la/el gendarme para aceptarlo o viceversa. Es en este “acuerdo” espontáneo que se define el destino total o parcial de la mercadería transportada.

Una vez terminado el recorrido, las mujeres salen por un camino que termina a 200 metros delante del control, donde las espera el remis que las dejó una hora atrás. Allí cargan nuevamente sus bultos y comienza la segunda parte del viaje, desde esta salida hasta la ciudad de Orán, sea en el 'playón' situado frente de la Terminal o en algunos de los galpones establecidos previamente con los compradores. Es allí donde su trabajo termina.

El trabajo de pasar mercadería en la frontera se realiza varias veces al día ejecutando el mismo trayecto una y otra vez. En este tránsito se conoce y reconoce con otras personas que realizan la misma práctica y en los encuentros por distintos segmentos del trayecto se comparte información acerca de las actitudes de control posible de Aduana y Gendarmería.

1.4.2. El bagayeo en La Quiaca-Villazón

El trabajo de bagayeo en esta frontera implica un recorrido propio que va desde Villazón hasta La Quiaca. Su inicio es en la ciudad boliviana a través de un pacto informal entre un revendedor y una bagayera y el final de su recorrido es en la ciudad argentina, cuando se devuelven los bienes consignados.

Las mujeres bagayeras esperan a sus clientes con los cuales trabajan, en la mayoría de los casos, desde hace más de cinco años en el triángulo de las calles República Argentina, coronel Araya y Max Churaga en la ciudad boliviana. Al igual que la frontera Aguas Blancas – Bermejo los bienes y mercancías que se transportan van desde ropas y calzados (pantalones, remeras, camisas), hasta bazar y electrodomésticos de uso particular (pavas eléctricas, telefonía, juegos de video, etc.), entre otros. Los objetos nunca son iguales, varían de acuerdo a la temporada del año, por ejemplo a principio del calendario escolar, mochilas, útiles y zapatillas resaltan sobre otros.

A medida que los compradores dejan sus bolsas repletas de mercadería, las mujeres anotan cada producto y los acomodan para luego cargarlas sobre sus espaldas. Las mercaderías a trasladar son organizadas de tal modo que buscan en el cuerpo mejores condiciones para su traslado ajustándose no sólo a las corporalidades mismas sino también a los desplazamientos de éstas por los lugares.

Cuando las trabajadoras recolectaron y acomodaron los bienes consignados salen en busca de taxis que las trasladan hasta el borde del río. El trayecto del cruce alternativo se realiza por algunos de los tramos del Río La Quiaca, que no superan una distancia mayor a 300 metros del paso oficial. El mismo posee poco caudal de agua durante la mayor parte del año, pero encuentra su complicación en las bajas temperaturas que mantiene. Allí a sus espaldas, en aguayos las mujeres transportan los diferentes artículos.

Si bien este recorrido es realizado para sortear el control de Aduana -ubicado sobre el Puente Internacional Dr. Horacio Guzmán- este trayecto alternativo también es sometido, circunstancialmente, a controles arbitrarios en la zona del recorrido. Sorpresivamente las trabajadoras pueden encontrar gendarmes predispuestos a decomisar la mercadería. Si lo que se transporta son ropas o juguetes comienza una “negociación” entre los gendarmes y las bagayeras. Allí convergen dos actitudes: la pericia de la bagayera para establecer acuerdos y la predisposición del gendarme para aceptarlo o viceversa. Es en este “acuerdo” espontáneo

que se define el destino total o parcial de la mercadería transportada. En la mayoría de los casos las mujeres aprenden a calcular las situaciones para poder prever las reacciones de los otros en juego. Esta interrupción marca un receso temporal en el traslado o la búsqueda de otros caminos para continuar con el tránsito. Incluso, cuando el control es sorpresivo, implica las destrezas de la bagayera: quién corre más rápido y escapa al control, por un lado y por otro, la destreza en el armado de la negociación para evitar la pérdida total de la mercadería.

Una vez que las mujeres cruzan el río, ya en la ciudad argentina, caminan unos doscientos metros donde las esperan remises que las acercan hasta la Terminal de la ciudad, lugar donde finaliza su trabajo. La entrega de la mercadería consignada para el traslado no sólo marca el fin del recorrido de ésta por la zona de frontera sino también del oficio mismo de la bagayera. Es en el lugar de destino donde se realiza el pago del servicio de traslado y, si corresponde, el rearmado de la mercadería distribuida en distintas personas. Aquí también se realiza el reconocimiento de las bagayeras según la fortuna del cruce, de las estrategias para desenvolverse, de la organización entre personas para cruzar grandes cantidades, en fin, actitudes en el final de un recorrido que redundan en el inicio de otros a través de la contratación para próximos cruces.

Las mujeres realizan este recorrido más de una vez por día y en los distintos espacios encuentran a otras compañeras con las cuales comparten información respecto de situaciones y actitudes que se viven en las distintas tareas. Siendo la pasada y los controles de los gendarmes los temas principales.

El bagayeo puede ser definido como un trabajo que claramente tiene una correlación con la economía vulnerable, en particular en lo que se refiere al mercado de trabajo y la precarización laboral. Sin embargo, también encontramos aquí rasgos culturales y sociales que se corresponden con el hecho de que muchas de las mujeres han pasado la mayor parte de sus vidas vinculadas de una u otra manera con esta labor, no solo porque su madre o algunos de sus familiares se dedica a cruzar mercadería desde hace muchos años, sino fundamentalmente por el mismo contacto permanente que implica una cotidianeidad desarrollada en una zona de frontera donde el bagayeo se realiza desde los inicios del poblado. Un oficio cuyas habilidades y conocimiento se transmiten de manera adulta a niña, de madre a hija, en forma casi silenciosa, casi gestual, cotidiana.

CAPÍTULO II: LA EXPERIENCIA. DISPUTAS POR EL RECONOCIMIENTO

*“Cada pedacito de mi confianza en mí misma que laboriosamente lograba reunir,
recibía una paliza diaria. No había nada de mí que mi cultura aprobara.
Había agarrado malos pasos. Algo está mal conmigo.
Estaba más allá de la tradición”*
Anzaldúa, 1987

En este segundo capítulo recorreremos algunas reflexiones y precisiones en torno al concepto de experiencia. Expondremos en primer lugar las reflexiones y problematizaciones en torno a la categoría de mujer ampliamente discutida desde los estudios de género y feministas, con el fin de establecer nuestra posición epistemológica con la que dialogaremos a lo largo de la tesis.

Nos resulta fundamental continuar el armado de esta segunda parte del capítulo dando cuenta del potencial epistemológico de la categoría de experiencia, para pensar la importancia del concepto que permite (re)construir la historia de las mujeres desde sus narrativas centrando su importancia en la vida cotidiana, la memoria y las expectativas del grupo.

Somos conscientes de que resulta difícil captar en su totalidad el tema inacabable de la experiencia, su dinámica y la consiguiente tendencia a analizarla desde determinadas ópticas siempre parciales, complementarias unas y contradictorias otras (Bach, 2010). En el tercer apartado reflexionamos sobre nuestro recorrido por el concepto de experiencia para dar cuenta de que la experiencia se da en múltiples niveles y es susceptible a distintos abordajes que pueden resultar en algunos casos paradójicos.

Finalmente profundizaremos en la importancia de abordar la frontera como articulador de la experiencia. La experiencia de las mujeres está marcada por las complejidades y los entrecruzamientos múltiples que suceden de una manera particular en los espacios fronterizos. Pensamos en las mujeres de los bordes como una categoría analítica, política, que no solo señala una ubicación geográfica, sino que también es utilizada para reconocer y explorar los vínculos entre las historias y las luchas de las mujeres atravesadas por los espacios fronterizos.

Los recorridos que presentamos aquí de ninguna manera tienen la intención de ser considerados definitivos respecto de un concepto tan trabajado en el campo de los estudios de género y feministas como es el de experiencia y específicamente el de experiencia de mujeres. Las referencias, breves y subjetivas, son la base de nuestros desarrollos teóricos.

2.1. Sobre el concepto de mujer

Mujer es una categoría ampliamente discutida y problematizada desde los estudios feministas y de género y que, al mismo tiempo, suele ser una categoría tratada como transparente y naturalizada en otros enfoques de investigación (Ficoseco, 2014) por ello nos resulta necesario comenzar por algunas especificaciones sobre el concepto que permitan exponer nuestra perspectiva, tal como la seguiremos en cada uno de los siguientes apartados.

Entenderemos por mujer una categoría construida social y políticamente en la que se ancla la ideología de la diferencia sexual y la división sexual del trabajo. Al mismo tiempo la categoría permite la articulación política a partir del reconocimiento de una opresión (Curiel, 2011). Con esta definición no queremos inscribirnos en posiciones esencialistas, lo que buscamos es reconocer la tensión constante entre la necesidad de reconocimiento de un colectivo concreto y la permanente y consciente autorreflexión de las prácticas que al nombrar no pretenden cristalizar (Ficoseco, 2014).

Son muchas las líneas de pensamiento que complejizaron y desnaturalizaron la categoría de mujer, los sentidos y cualidades hegemónicas que se le atribuyen. El mito de la mujer (De Beauvoir, 2009) sirvió para manipular el cuerpo, al punto de ser entendido como “natural”, existente antes de la opresión. La opresión que sufrimos las mujeres parece ser entonces una consecuencia de esa naturaleza que está en nosotras mismas. El mito de la mujer, con sus manifestaciones y efectos materiales en las conciencias y en los cuerpos apropiados de las mujeres, existe para confundirnos, para ocultar la realidad de «las mujeres» (Wittig, 2006).

Desde una posición de rechazo a la utilización del término mujer, en tanto formación imaginaria con una pretendida transparencia y universalidad, muchas de las investigadoras reflexionan sobre cómo la subordinación femenina tiene su base en símbolos culturales dado que evocan representaciones múltiples y a menudo contradictorias de ser mujer, visibles en

conceptos normativos que interpretan significados y símbolos en los ámbitos de la sexualidad, la afectividad, la economía y la política en todas las sociedades. Instituciones como la familia, el Estado, la educación, las religiones, las ciencias y el derecho han servido para mantener y reproducir el estatus inferior de las mujeres (Scott, 1999).

Muchas de las investigaciones feministas demostraron que hombres y mujeres participan de manera diferente en el proyecto nacional. Los cuerpos de las mujeres son símbolos de la fertilidad de una Nación, actúan entonces como marcas territoriales, como los límites de la Nación. La heterosexualidad no es una práctica sexual, preferencia u orientación para las mujeres sino una imposición para asegurar la reproducción de la especie y por fuera del matrimonio las mujeres son vistas como disponibles para los hombres y sus cuerpos deben ser visibles, una especie de servicio sexual forzoso. Obligatoriedad que se transmite de generación en generación a través de mecanismos de herencia que son legitimados en el marco de la familia heterosexual (Curiel, 2011). Rechazar convertirse en heterosexual (o mantenerse como tal) ha significado siempre, conscientemente o no, negarse a convertirse en una mujer, o en un hombre, entonces afirmará Wittig (2006), desde un enfoque materialista y feminista, las lesbianas no serían mujeres, ya que no se insertan en el sistema económico social de la pareja heterosexual ni cumplen con el mandato de la maternidad.

Los intentos por resignificar el uso de la categoría mujer cargando nuevos significados sobre ella, producto de deconstruir y problematizar los atributos patriarcales que la normaban, dieron como resultado bases teóricas nuevas. Desnaturalizar el mito de la mujer se puede extender a todas las mujeres que, voluntariamente o no, se inscriben por fuera de las características hegemónicas que constituyen a la mujer del patriarcado. Si en un momento las mujeres empezaron a luchar por sí mismas como un grupo y consideraron acertadamente que compartían aspectos de opresión comunes, el modelo igualitario solo representaba a aquellas mujeres construidas para ser representadas, dejando afuera una amalgama abyecta (Kristeva, 1998) de mujeres marginadas. Por tanto se optó por la noción de diferencia entendida positivamente y valorada en consecuencia, partiendo de la base de que nada en la naturaleza justifica un orden social discriminatorio o injusto (Femenías, 2007).

La noción de diferencia fue recogida por las mujeres de los grupos marginales que comenzaron a reflexionar desde sus propias experiencias. Podemos destacar la pregunta por

la condición de las mujeres trabajadoras negras (Hooks, 1985; 2004), por los estereotipos de mujeres contruidos en torno de las migrantes latinoamericanas (Anzaldúa, 1987), a las mujeres que por su explotación o por estar esclavizadas habitan más de un mundo al mismo tiempo (Lugones, 2008, citado en Bach, 2010) y por las construcciones de la diferencia subordinante en torno a las mujeres asiáticas en países occidentales donde los límites han jugado un papel importante (Mohanty, 1991).

Todas las reflexiones se conforman a partir de un conjunto de prácticas y teorías que se han articulado coherentemente, en distintos momentos históricos, con relación a las reivindicaciones de los derechos de las mujeres (Femenías, 2007). Cada una de las teorías responde a la pregunta de la opresión de las mujeres de modo diferente y propone por ende diferentes causas y diferentes soluciones. Todas ellas tienen en común la crítica al universal de la categoría mujer, en vista de que los estereotipos que el sistema patriarcal inscribe sobre los cuerpos de las mujeres -maternidad, fragilidad, subalternización, objeto de consideraciones y tratos delicados, entre otros – que no pueden ser la base de la mirada sobre situaciones empíricamente diferentes como el caso de las trabajadoras, migrantes, pobres, lesbianas o sin hijos, por nombrar solo algunas.

2.1.1 El potencial epistemológico de la experiencia

Las mujeres para entrar en la historia tuvieron que construir su propia historia con arduas luchas en el campo académico, profesional, político, etc., deconstruyendo las formas tradicionales de escritura que priorizaban en sus narrativas a los hombres. La construcción desde lo femenino supuso una reformulación de las categorías de análisis histórico producido por las narrativas hegemónicas (Tedeschi, 2014). El pensamiento único, patriarcal y colonizador apagó la memoria de muchos grupos sociales, negando el pasado y rectificando en el presente, llevando a las mujeres, los negros y los indígenas (entre muchos otros grupos) a luchar por la desnaturalización esos discursos.

Con el objetivo de reflexionar y cuestionar una historia incompleta, parcializada, despojada de las vivencias y las voces de distintos grupos, desde los feminismos, la decolonialidad, entre otras vertientes teóricas, se otorgó un lugar privilegiado a las experiencias vividas. Se trató entonces de posicionarse desde un pensamiento crítico (Rivera Cusicanqui, 2010) que

cuestionó los sistemas de reglas, valores, normas, conceptos sobre “lecturas” y “significados” androcéntricos que habitualmente pasaban inadvertidos. Aunque continúa siendo conflictiva la intención de establecer, incluso en términos analíticos, alguna especie de unidad esencial inherente a la condición de las mujeres, que actúe como eje articulador que permita visibilizar los modos en que éstas interactúan con sus condiciones materiales, simbólicas, históricas y subjetivas de existencia (Ficoseco, 2014), se hizo foco en la noción de experiencia, como forma de narrar y reflexionar sobre la condición de las mujeres.

Con la intención de subsanar el esencialismo que recubre al término mujer, Donna Haraway (1995) propuso entender la experiencia femenina o experiencia de mujeres, siempre desde una doble acepción, por un lado -coincidiendo con De Lauretis – como una ficción reproducida por los aparatos dominantes modelizadores del discurso, y por otro lado como un hecho político de gran importancia, ya que es en el reconocimiento de la experiencia donde el feminismo temprano encontró la posibilidad de articular los primeros esbozos de la organicidad política de lo personal y el mutuo reconocimiento de las condiciones de subordinación.

De esta manera -a grandes rasgos- entendemos al concepto de experiencia de mujeres como la intersección, nunca fija ni estable, en la que confluyen y se entraman las condiciones materiales, simbólicas y las posibilidades de configuración y reconocimiento de dichas condiciones (Ficoseco, 2014) que marcan la vida cotidiana, la memoria y las expectativas del grupo identificado como mujeres por el discurso hegemónico.

La experiencia puede ser comunicada y no implica apenas las acciones y sentimientos, sino también las reflexiones sobre las acciones y los sentimientos. Con esta noción de experiencia podríamos enfocarnos en las narrativas sobre las experiencias de mujeres e incorporar sus interpretaciones, apuntar articulaciones y desarticulaciones temporales, cambios y continuidades, tradiciones y rupturas.

Si la experiencia es la historia de las personas y el lenguaje es el lugar donde se hace la historia, la explicación histórica no puede separarlos (Scott, 1999). La historia oral se fundamenta a sí misma en la medida en que reconoce que el relato constituye uno de los lenguajes fundamentales del saber popular para poder expresar de forma concreta las figuras, los símbolos que están presentes en el interior de la conciencia colectiva e individual y que

emerge como un testimonio de su propia historicidad. La experiencia recupera la memoria de las mujeres a través del relato, de la entrevista, sus recuerdos como fuente de múltiples tiempos. Se recupera para el análisis del pasado el rastro de un tiempo no escrito haciendo a las propias mujeres sujetos reconocedores su identidad, para la integración con la vida colectiva (Tedeschi, 2014).

Quien narra los relatos de sus vidas hace una dupla entre cualidades de sujetos individuales y colectivos. Los caminos que transitan las mujeres tienen influencia familiar, social, socioeconómica en que vivieron o viven revelando el contexto cultural en el que transitan. Y como sujetos singulares encarnan de manera única e irreplicable valores, modas, costumbres, normas, mitos de orden familiar, grupal, social que incluyen lo que hacen dentro de un contexto social que no es estático, por lo contrario está continuamente afectado por contradicciones, rivalidades y tensiones de los sujetos. La construcción de los recuerdos envuelve, entonces, códigos culturales compartidos. A pesar de que las memorias y las vivencias parezcan ser únicas e irrepetibles, una mujer nunca recuerda a solas, siempre está inmersa en un orden colectivo que la contiene (ibíd.). Las personas hablan como sujetos individuales y colectivos, cuando recuerdan y transmiten sus recuerdos lo hacen a partir de su doble condición.

Esto implica que cuando hablamos de experiencias de mujeres, las dimensiones que constituyen la experiencia (condiciones materiales, simbólicas y posibilidades de enunciación y reconocimiento de esas condiciones) estarán atravesadas transversalmente por dos aspectos entrelazados e inseparables: por un lado, el reconocimiento de un grupo biológicamente delimitado y constituido como subalterno en base a estereotipos y normativas sociales restrictivas; por otro lado, el autorreconocimiento de esas configuraciones subordinantes que permite la disputa de los términos en que se construye la experiencia de las mujeres.

Se trata de entender la experiencia como intersección y articulación, intentar dar cuenta de ella sin desconocer los excedentes y los perfiles inenarrables que la conforman. Abandonar el mito de la experiencia real, aceptar su ambigüedad inherente sería la base para encarar el concepto de experiencia desde la necesidad de opciones creativas que puedan dar cuenta de él.

2.2 Sobre el concepto de experiencia

2.2.1. La experiencia en los estudios culturales

Para muchas feministas, los años '70 representan la base sobre la cual se consolidan los debates en torno a la experiencia. La existencia de grupos de mujeres que se reunían a compartir vivencias personales y construir colectivamente una narración que las nombraba, permitía socializar sus testimonios a partir de las cuales denunciaban sus condiciones de vida opresivas. Para estos años el auto y mutuo conocimiento que se producía en el proceso de interacción aumentaba las posibilidades de autonomía y organización de las mujeres (Elizalde, 2008).

La emergencia de los *Cultural Studies*, a nuestro entender, profundizó los estudios de la experiencia. Los estudios culturales impulsaron una serie de diversas direcciones en la interpretación de la experiencia, muchas de las cuales estuvieron basadas en enfoques ya existentes, que llevaron a alianzas con los estudios feministas y posteriormente los poscoloniales. Una transición fructífera en el que el magma teórico del momento intersecta en conjunto de debates.

Los estudios culturales emergen con un fuerte componente político, como respuesta a los cánones hegemónicos de la academia y sus dificultades para “leer” los procesos de la sociedad por fuera de marcos disciplinares institucionalizados. Esta emergencia es la alternativa política para hacerse cargo de 'una realidad' que se desbordaba y que no era posible contener desde las disciplinas:

“Los estudios culturales describen cómo las vidas cotidianas de las personas están articuladas por la cultura y con ella. Investiga cómo las estructuras y fuerzas particulares que organizan sus vidas cotidianas de maneras contradictorias empoderan o desempoderan a las personas, y cómo se articulan sus vidas (cotidianas) a las trayectorias del poder político y económico y a través de ellas. Los estudios culturales exploran las posibilidades históricas de transformación de las realidades vividas por las personas y las relaciones de poder en las que se construyen dichas realidades, en cuanto reafirma la

contribución vital del trabajo intelectual a la imaginación y realización de tales posibilidades” (Grossberg, 2009:17).

En esta línea la cultura está imbricada en todas las prácticas sociales, alejándola así del papel especular y meramente reflejo que se asignaba a lo cultural. La cultura entonces se entiende como:

“los significados y los valores que emergen entre grupos y clases sociales diferenciados, sobre las bases de sus condiciones y relaciones sociales dadas, a través de las cuales “maneja” y responden a las condiciones de existencia; y como las tradiciones y prácticas vividas a través de las cuales son expresadas esas “comprensiones” y en las cuales están encarnadas” (Hall, 1994:6).

Esta conceptualización reunió dos aspectos importantes, por un lado son las actoras sociales quienes definen sus formas de vida, y por el otro las prácticas en que se encarnan esas formas de vida. Ambos aspectos están presentes en los trabajos de Raymond Williams y Edward Thompson, dos autores claves en los estudios culturales pero no exactamente en el mismo sentido. Mientras que Williams liga los dos aspectos al concepto de cultura, Thompson los fusiona en el concepto de experiencia.

Para Hall, ambos autores leen las estructuras de relaciones en los términos en que estas son vividas o experimentadas, por lo que puede afirmarse que cada uno de ellos concede a la dimensión de la experiencia un atributo autenticador en cualquier análisis cultural. Se trata de dónde y cómo la gente experimenta sus condiciones de vida, lo que para Thompson define por qué cada momento de producción es una cultura, y es lo que para Williams deben proporcionar todo análisis cultural.

La experiencia como intersección de diferentes prácticas desiguales y determinadas puede ser leída como lugar de contacto y acoplamiento –de articulación -de instancias y elementos que no pueden mantenerse diferenciados, que son las que componen el imbricado y complejo paisaje de la vida de una comunidad, sus contextos y sus posibilidades y deseos de acción (Ficoseco, 2014).

El movimiento totalizador que propone el estudio de la experiencia requiere dejar de lado las fronteras disciplinares, otro de los rasgos característicos de los estudios culturales. Al desmarcarse de los anclajes disciplinarios, los *Cultural Studies* permiten el entrecruce de

diversas perspectivas como: las teorías feministas, coloniales y poscoloniales, socio-semióticas, teorías críticas de recepción, la antropología social, entre otras, que posibilitaron hacer foco en la importancia de las personas en un marco reducido por el poder, en la deconstrucción de procesos de normalización que históricamente habían sido leídos como naturales y en la vinculación entre los productos de la cultura y sus productores.

Al comprender la experiencia como articuladora de la identidad (entendida como espacio de lucha ideológica) se produce un doble movimiento: el sentido de las experiencias es producido por la posición del sujeto o el grupo en sus relaciones concretas pero también por la relación de los sujetos con esas condiciones y su posibilidad de percepción y de acción histórica (Delfino, 1998). Así, las mujeres de un grupo social se reconocen a sí mismas en sus producciones culturales y a la vez formulan esas relaciones en los relatos de sus experiencias compartidas.

Las posibilidades de acceder al conocimiento, escucha y comprensión de una experiencia se apoyan en los testimonios, relatos y narraciones de las mismas. Si la experiencia es la historia de las personas y el lenguaje es el lugar donde se hace la historia, la explicación histórica no puede separarlos (Scott, 1999). Son los relatos los que entrelazan todas las dimensiones que componen las condiciones de vida. Así, los testimonios nos hablan de la construcción de un mundo social diverso atravesado por niveles de la práctica, las concepciones que articulan la acción, las condiciones históricas, las posibilidades concretas y la manera en que son entendidas.

Tenemos acceso no a las experiencias sino al relato que se construye de ellas. El testimonio permite el análisis de los conflictos no totalmente formulados. La doble hermenéutica de las operaciones de interpretación de los relatos de experiencia se dirige a las relaciones de los sujetos con sus condiciones de existencia y la percepción y la figuración de esas relaciones, como a la necesidad analítica de construir las condiciones de posibilidad de esas posiciones (Delfino, 1998).

Nos encontramos aquí con la dimensión de la experiencia como espacio de pliegue y contacto entre las condiciones materiales e históricas, la manera en que estas son experimentadas y las narrativas o retóricas que les dan sentido.

2.2.2 Experiencias de la mujer

El concepto de experiencia toma centralidad en los debates del feminismo norteamericano a principio del siglo XIX. En efecto, la categoría analítica permite renovadas interpretaciones de muchos procesos sociales, produciendo un replanteamiento de cuestiones centrales dentro de las ciencias sociales y las humanidades. El feminismo retoma el concepto de experiencia y lo convierte en una de sus categorías centrales, sobre todo el de *experiencia de la mujer*.

Dado que los lugares sociales son distintos y están diferentemente valorados, hombres y mujeres construyen y viven experiencias desiguales. Es constitutivo de las teorías feministas reflexionar sobre la experiencia de mujeres “entendiéndolas como sexuadas, como seres encarnados en contextos sociohistóricos y mostrar cómo la construcción de la experiencia y de la subjetividad están imbricadas en sus inseparables dimensiones personal y social, a partir de la práctica” (Bach, 2010:122). En las jerarquías del sistema occidental vigente, las experiencias de mujeres pueden entenderse desde un lugar subordinado.

Así, la noción de experiencia, en particular la de experiencia de mujeres, es central, de ella se parte y a ella se procura reivindicar al considerar que las voces de las mujeres no solo no han sido escuchadas sino que se las ha desconocido, se las ha encubierto o se ha negado su legitimidad en un contexto androcéntrico (ibíd.). En este marco se elaboran prácticas y discursos específicos, y a partir de luchas se crean espacios sociales, “espacios de mujeres” como los grupos, comités de mujeres dentro de las disciplinas, Estudios de la Mujer [*Women's Studies*], periódicos o medios de información colectivos feministas, entre otros, en los cuales la diferencia sexual misma podía afirmarse, consignarse, analizarse, especificarse o verificarse (De Lauretis, 1989).

Esta efervescencia teórico intelectual representa en los estudios de las ciencias sociales una profundización de los debates en torno a la noción de género. Ya no sólo la categoría “mujer” como significante de la diferencia sino más bien el género como amplitud analítica. Si las investigaciones más clásicas daban por supuesto que la experiencia masculina equivalía a la experiencia humana en general, había entonces que concentrarse en la deconstrucción de las categorías que se habían naturalizado. En el marco de esta búsqueda por despegarse de los modos tradicionales (dominantemente masculinos) de ‘ver’ a las mujeres, aparecieron también preguntas para explorar las condiciones de otros géneros. Se

desenhebra entonces no sólo la perspectiva masculinista de la experiencia sino también la femenina de aquel primer momento de la intersección, abriéndose la discusión a otras diferencias más allá del binomio femenino-masculino.

En este arco de discusión el género ya no se piensa como un equivalente a hombre o mujer. Aunque los sexos parecieran ser binarios en su morfología y constitución no había motivos para creer que también los géneros sean solo dos. Se desarticula la linealidad entre sexo/género/deseo entendiendo que los seres humanos en su vivencia concreta componen innumerables variables de estos elementos, que instituyen complejidades permanentemente abiertas y en constante cambio. No existen masculinidades y feminidades esencialmente verdaderas, pues el género es performativo; se instituye mediante actuaciones continuas, generando configuraciones por fuera de los dos polos restrictivos y de la heterosexualidad obligatoria (Butler, 2007).

Los estudios de género, las teorías feministas y *queer* se han ocupado de preguntar el valor crítico de la dimensión experiencial en clave de género, así como su poder configurador de conocimiento sobre la propia vida y la de los “otros culturales” en cada contexto. Es innegable la proliferación y el impacto en las ciencias sociales de las investigaciones que analizan las vivencias cotidianas de mujeres con la intención de producir modificaciones en la teoría y práctica social, como aquellos trabajos que exploran relatos de vida de grupos subalternizados (Elizalde, 2008).

En este contexto de revalorización el concepto de experiencia tuvo una cantidad significativa de definiciones, al punto de convertirse en una categoría analítica con distintas interpretaciones, muchas veces problemáticas y hasta incluso aparentemente contradictorias. Es Haraway (1999) quien en su definición de experiencia -a nuestro entender- sintetiza muchos de los debates de la época. La autora define a la experiencia de mujeres en un doble sentido, por un lado como una tecnología de inteligibilidad, es decir, una serie de operaciones que nos permiten hacer inteligible y accesible la experiencia, y por otro lado, como un hecho político de gran importancia. La experiencia es así una tecnología de inteligibilidad a partir de la cual podemos abordar lo vivido en una multidimensión que se inscribe en lo social más próximo, sin ignorar los contextos más amplios y las múltiples articulaciones, a partir de las cuales podemos comprender el aquí y ahora siempre relacional y necesariamente provisorio.

Los debates en torno a poner en palabras la experiencia han sido característicos de estos contextos. Una larga historia de subalternidad ha expropiado a las mujeres la posibilidad de tomar la palabra, incluso en aquellas experiencias que son hegemónicamente entendidas como hitos obligatorios o ineludibles en la vida de las mujeres, que les son adjudicadas como propias, por ejemplo los embarazos, los abortos, la lactancia, los partos. Experiencias que fueron habladas por los distintos saberes que las nominaron.

Es por ello que desde el feminismo se apunta no sólo a deconstruir la supuesta 'naturaleza' discursiva, ficcional de toda representación, sino también los presupuestos ideológicos que están presentes en la base de cualquier producción lingüística, más aún si estos provienen de un relato certero de la propia vida (Scott, 1999). Lo que define a las reflexiones desde el punto de vista feminista es adoptar una posición crítica hacia los conceptos androcéntricos que habitualmente pasan inadvertidos. Así la crítica feminista se transforma en crítica cultural al examinar las producciones y representaciones de los signos que escenifican las complicidades de poder entre discursos, ideología, representación e interpretación de las palabras, gestos e imagen que circulan (Richard, 2009).

Es importante advertir que el ejercicio mismo de comprender una experiencia implica la operación violenta de imponerle marcos de interpretación e incluso nos deja próximas a la ficción no inocente de confundir nuestras interpretaciones con la experiencia en sí misma. Para ello, parece interesante mantener altas las defensas de la autorreflexión característica de los estudios feministas.

El feminismo entonces comprende la experiencia como material de construcción y reinterpretación de las condiciones históricas y los significados culturalmente compartidos. Asimilada desde este marco, la experiencia puede constituir cambios políticos en las prácticas en tanto que experiencias de mujeres constituyen el punto de partida de reflexiones teóricas.

2.2.3 Experiencias de mujeres 'otras'

La reflexividad teórica del feminismo sobre el concepto de experiencia se profundiza aún más a finales de los '80, momento en el que la efervescencia teórica de los debates se intersecta con otras líneas críticas provenientes de otros feminismos no anglosajones, que

profundizan las diferencias desde las disidencias y vuelven críticamente sobre aquel recorrido ya trazado.

En este segmento del arco de debates resurge una perspectiva no-anglosajona de feminismos: las producciones en España y Latinoamérica que no sólo aportan perspectivas renovadas sino también discuten el fundamentalismo del inglés como lengua franca de los debates que nos convocan. Perspectivas que recuperan las experiencias de mujeres transfronterizas, de color, inmigrantes, entre otras.

El feminismo anglosajón concebía a 'la mujer' desde una definición hegemónica que unificaba a todas bajo las mismas reivindicaciones, reclamos y necesidades, lo que equivalía a negar la diversidad de esas sujetas históricas y las leía sólo en términos de diferencia respecto a un universal y en términos de reclamos de inclusión, igualdad y visibilidad dentro de ese terreno de disputa también hegemónico. Así, no existían diferencias en absoluto, todas las mujeres no serían sino copias de diferentes personificaciones de alguna arquetípica esencia de mujer, representaciones más o menos sofisticadas de una femineidad metafísico-discursiva (Bach, 2010).

Aquí nos parece importante resaltar que en muchos casos la unificación de 'la mujer' se realizaba con motivo de organicidad política y en búsqueda de reconocimiento de un colectivo demandante con capacidades de disputar en su propio nombre. Las mujeres empezaron a luchar por sí mismas como un grupo y consideraron acertadamente que compartían aspectos de opresión comunes. Desde estas formas de lucha se consiguieron grandes conquistas como parte de un proyecto emancipatorio del feminismo.

El feminismo no-ilustrado, el multiculturalismo y el pensamiento poscolonial (por nombrar solo algunas corrientes feministas) abrieron los debates en torno al concepto de *diferencia*, noción que puso en crisis el concepto de igual y con ella la universalidad (Femenías, 2007). Se reconoce entonces -por ejemplo- que las mujeres negras sufren y perciben el racismo de manera muy distinta a los hombres de color, y la discriminación sexista de manera diferente a las mujeres blancas. Aparece el concepto de interseccionalidad (Crenshaw, 1995) como la expresión de un sistema complejo de estructuras de opresión que son múltiples y simultáneas en las mujeres. El análisis interseccional da cuenta de formas de violencia u opresión que sufren las mujeres como un nexo o nudo donde la pobreza y el empobrecimiento de las

mujeres afecta de manera diferenciada a las mujeres en función de categorías como género, raza, etnia, sexualidad, edad, entre otras. Se produjo entonces la necesidad de discutir una concepción de 'mujer' como parte integrante de un binomio heterosexual y patriarcal que resultaba funcional a la reproducción del sistema capitalista moderno.

Las experiencias de mujeres no occidentales, no blancas, no heterosexuales, no madres reproductoras, han sido históricamente oscurecidas por las grandes narrativas del imperialismo, el patriarcado y el androcentrismo. Muchas de los debates comenzaron a ser tematizados en la academia, uno de los ámbitos en que se desplegaron estas nuevas ramas de feminismo, desde diversas vertientes de los estudios de género, en diálogos con los estudios poscoloniales, posfeministas y los estudios *queer*.

Corrientes que pusieron en crisis el paradigma igualitarista (Ibíd.) cristalizaron su posición: las mujeres 'otras' que han sido históricamente silenciadas o cuando menos segregadas política, económica o culturalmente producen una cantidad significativa de testimonios, relatos de vida y experiencia que desafían cotidianamente las previsiones hegemónicas (Elizalde, 2008). Las pensadoras negras, por ejemplo, han señalado que las experiencias cotidianas de las mujeres no son las mismas para las distintas 'razas'. La diversidad cultural e intelectual se hace sentir de formas diferentes, así las cotidianidades resultan distintas de acuerdo a las formas de opresión experimentadas (Bach 2010).

Gloria Anzaldúa (1987) revaloriza las experiencias de las mujeres chicanas excluidas, en su libro *The borderlans/La frontera: The new mestiza*. La autora sostiene que es en los espacios donde se abren los cruces culturales que atraviesan la experiencia de la frontera, donde surge una nueva "conciencia mestiza". Una conciencia que emerge del estar haciéndose en la frontera "porque yo, una mestiza camina continuamente fuera de una cultura y dentro de otra, porque estoy en todas las culturas al mismo tiempo" (Anzaldúa, 1987:77). Entonces las mestizas transitan sus experiencias cotidianas cuestionando las definiciones de lo claro y de lo oscuro y les otorgan nuevas definiciones.

Los debates en torno a hablar por 'otras' no han sido ajenos a las nuevas perspectivas. Ser "una escritora" garantiza situarse desde una situación de mayor peso, pues cuando la escritura se lleva a cabo sin crítica a menudo resulta ser una dominación. Ser titular de la palabra, por lo general, implica situarse desde una posición de poder. Sin embargo no son pocas las

autoras que hacen referencia a la exigencia de auto-reflexión constante que necesitan los trabajos que se centran en descripción, análisis, pensamiento sobre la experiencia de mujeres. Es una ilusión creer que quien relata las experiencias de otras pueda separarse de ellas al punto de poder evitar que las afecte. Por más individuales que nos pensemos (a la hora de escribir) cuando ‘hablo por mí mismo’ también estoy participando en la creación y reproducción de los discursos a través del cual se constituyen mis propios *otros* (Alcoff, 1992).

Chandra Mohanty (2008 [1991]) introduce al análisis de las experiencias de mujeres la consideración ineludible de lo que llama los recursos subjetivos que se ponen en juego tanto en la narración de la propia experiencia, como también en el proceso de lectura e interpretación de ésta. Spivak (2011) intensifica el debate con su libro *¿Puede el subalterno hablar?* Y nos convoca, dada la imposibilidad que la mayoría de los actores tienen para hablar, a la necesidad de investigar en el "hablar con" el otro. Así la intelectual no limita su función discursiva, no se presupone una autenticidad de los oprimidos y se permite la posibilidad de que los subalternos produzcan una “conciencia” que luego pueden sugerir en una nueva narrativa histórica (Alcoff, 1992).

A menudo, la posibilidad de diálogo queda sin explorar o inadecuadamente persigue a las personas más privilegiadas. El hablar *por* otros debe entenderse como un deseo de dominio para privilegiarse a uno mismo, quien cree tener la verdad sobre la situación del otro o como alguien que puede defender una causa justa y por lo tanto alcanzar la gloria y la alabanza. Y en efecto la práctica de hablar por los demás es a menudo, aunque no siempre, cancelación y reinscripción de clases sexuales, nacionales, y otras jerarquías. Es importante entonces desarrollar estrategias para una distribución equitativa de la capacidad de hablar y de ser escuchados (Ibíd.).

Debemos esforzarnos para crear, siempre que sea posible, las condiciones para el diálogo y la práctica de hablar *con* y *para*, en lugar de hablar *por* los demás. Si los peligros de hablar por otros son el resultado de la posibilidad de hacer declaraciones falsas, la ampliación de la propia autoridad y privilegio, y un ritual en general imperialista, hablar *con* (Spivak, 2011) puede reducir estos peligros (Alcoff, 1992).

El rastreo de las cotidianidades de mujeres y las formas de opresión y solidaridad que se dan en los diversos grupos sociales resulta de vital importancia. El punto de partida innegable del feminismo es reflexionar sobre la experiencia y en particular la experiencia de mujeres desde una visión crítica hacia los valores y conceptos androcéntricos. La diversidad de la experiencia visibiliza lo difícil que resulta captar en su totalidad el tema inacabable y la necesidad de analizarla siempre desde determinadas ópticas, parciales, complementarias y contradictorias.

2.3. La frontera como articuladora de la experiencia

Para el final de este capítulo y a modo de articular reflexiones sobre nuestra concepción de las fronteras y de la experiencia, proponemos recorrer algunas de las autoras que han centrado su análisis entendiendo la frontera como articuladora de la experiencia de mujeres.

A finales de la década de los 80 se comenzó a teorizar sobre las experiencias y los modos de habitar las fronteras; no estamos hablando sólo de las de los Estados sino también de las fronteras simbólicas de género, raza, etnia, por nombrar sólo algunas. Aquí se ubican las investigaciones de aquellas autoras que dieron cuenta de que vivir en la orilla desarrolla una manera particular de ver la realidad, por ejemplo: estudios chicanos y latinos. Se trata de nuevas líneas de problematización de las relaciones sociales en las ciudades fronterizas inscriptas en los feminismos para teorizar la experiencia, la agencia y la justicia desde lentes enriquecidos por el entrecruzamiento cultural.

Las distintas investigaciones dan cuenta de que los pobladores de los bordes están conformados por hombres y mujeres y que existen claras definiciones sociales sobre qué hace cada una y uno, sobre qué significa cruzar para unos y para otras y sobre las definiciones de las otras y los otros (Jelin, 2000). No se trata simplemente de tener informantes mujeres o de identificar los testimonios de hombres y mujeres, sino de indagar en las intersecciones de clase, género, nación y etnia (por nombrar solo algunas) con las que se construyen las mujeres fronterizas. En concordancia con estos postulados reconoce un gran campo de investigaciones latinoamericano que reflexiona sobre distintos grupos subalternizados, especificando su memoria y su voz, acalladas por las narrativas imperiales y nacionalistas, y su condición de sujetos de sus propias historias (Bidaseca y Vazquez Laba, 2011).

Autoras como Mohanty y Anzaldúa reconocieron que en sus experiencias de vida los límites jugaron un papel especial, por lo que resulta fundamental comenzar a reflexionar sobre cómo actúan cotidianamente las mujeres, cuáles son sus formas de resistencia personal y colectiva frente a los conflictos que representa vivir y transitar los espacios fronterizos. En los libros *Borderlans/La Frontera: The new mestiza*, *Este Puente Mi espalda* y *Haciendo Caras*, las autoras explicitan la tensión y la riqueza política de vivir entre varias culturas, en algunas ocasiones empleando varios idiomas y la posibilidad de hacer habitable la propia posición de frontera.

Las mujeres que viven y habitan las fronteras, dice Anzaldúa (1987), no rigen sus vidas solo desde una racionalidad blanca, sino que se adentran en la existencia de ‘otros mundos’ posibles. Ellas no pueden tener conceptos o ideas rígidas, sino una tolerancia de ambiciones, una tolerancia de ambigüedad. A lo largo de sus vidas aprenden a hacer malabares con la cultura porque opera en mundos plurales. No solo sostiene contradicciones, ella se vuelve la ambivalencia dentro de otra persona. Las mujeres que habitan en los espacios fronterizos desarrollan una “conciencia mestiza” una conciencia de lo fronterizo que procede de estar en las “dos orillas” al mismo tiempo. Un desarraigo masivo del pensamiento dualista podría en nuestras mejores esperanzas traer el final de la violencia (ibíd.).

En muchos espacios fronterizos las mujeres se dedicaron a trabajar en labores que derivan de las posibilidades comerciales que inauguran las diferencias de cambio y la oferta diferencial de productos. Así las experiencias de mujeres que van y vienen constantemente de un lado a otro del río, llevando fruta, verdura, ropa, mercadería en la frontera Posadas (Argentina)-Encarnación (Paraguay) dan cuenta de cómo a pesar de las numerosas leyes para “proteger, poblar y controlar las fronteras”, las paseras continúan cruzando el río en lanchas por más de un siglo, ingeniando o improvisando cambios según lo requieren las nuevas disposiciones de control (Montenegro y Jiménez Béliveau, 2006; Linares, 2009).

Las fronteras, como espacios sociales altamente complejos y cruzados por múltiples vectores, constituyen un buen pretexto para entender cómo se construye el sentido de lo propio y de lo ajeno (García y Aldaya, 2009). Como ya señalamos, algunas experiencias de mujeres marcadas por habitar la frontera norte del país quedan visibles en reflexiones que dan cuenta de cómo las mujeres bolivianas embarazadas que cruzan la frontera para parir del lado

argentino en La Quiaca (Caggiano, 2007) ocupan un lugar central en las percepciones y valoraciones de muchos argentinos. Dicha figura es delineada en relación con su supuesto aprovechamiento de la cobertura social del Estado Nacional o del Estado provincial jujeño. Pero principalmente se representan como el peligro de la degeneración y la búsqueda de procedimientos para mejorar la descendencia humana. Es decir, la madre de la (otra) raza mezcla fronteras y pone en riesgo la pureza y la salud de la raza argentina.

La vida cotidiana en estos espacios transcurre alterada por los golpes arbitrarios del Estado nacional, pero a la vez persiste entramada en una continuidad displicente cuya fuerza las protege del colapso. Las experiencias de mujeres que viven en las fronteras argentino-bolivianas dan cuenta de que se trata no solo de hábitat sino de un modo de habitar, con configuraciones de otros mundos posibles con dinámicas diferentes donde se habitúan a los desbordes y a los contrasentidos.

Debemos teorizar desde los feminismos situados (Haraway, 1999) para no homogeneizar ni sintetizar la experiencia de mujeres. Teorizar sobre la experiencia de esas comunidades de mujeres es precisamente lo que puede contribuir a pensar en las resistencias desde los márgenes, en la producción de un lenguaje propio como manifestación de disconformidad. Entendemos que reflexionar desde los espacios fronterizos como articulador de las experiencias puede darnos algunas líneas de pensamiento para comprender determinadas prácticas sociales de mujeres que solo suceden allí y conocerlas en sus propios términos, especificidad y contextos.

CAPITULO III: ACERCA DE LA INVESTIGACIÓN

*“Una representación de la cultura se modifica...
Por la toma de la palabra”.*

Michel De Certeau, 1995

Sabiendo que el análisis propuesto por la tesis requiere reflexiones sobre procesos sociales complejos, situaciones no lineales, en tiempos y espacios *otros*, desordenados, contradictorios, este capítulo brinda mayores precisiones referidas a las estrategias, metodología, los métodos de producción de datos y de análisis que se nos revelaron más pertinentes a utilizar en base a las características particulares del tema y la modalidad de abordaje delineada aquí.

3.1. Presentación y objetivos de investigación

A las fronteras argentino – bolivianas, en los límites Aguas Blancas (Salta) – Bermejo y La Quiaca (Jujuy) – Villazón llegan a diario servicios regulares de ómnibus, minibuses y remises particulares con decenas de compradores motivados por una economía favorable²⁵. En ambos extremos norte del país, en las ciudades salteña y jujeña, se encuentran ubicadas oficinas de control Aduanero y escuadrones de Gendarmería Nacional. Todas las personas y los vehículos que circulan por allí se ven obligados a detenerse para ser controladas y revisadas por los efectivos de ambas instituciones.

Las y los comerciantes no pueden respetar el límite de compra estipulado por la Aduana Nacional de 150 dólares por persona por mes, por ser menor al que necesitan. Es entonces cuando entran en juego las *bagayeras*: mujeres que se dedican a cruzar de manera oculta la mercadería de las y los compradores por circuitos que evitan los controles aduaneros y de Gendarmería.

²⁵ Como ya se dijo, a pesar de la devaluación del peso argentino en las ciudades fronterizas todavía se pueden encontrar productos textiles y electrónicos a un costo menor.

En nuestra investigación nos interesa aproximarnos a los modos en que estas mujeres configuran y viven sus experiencias. Entendemos que mediante el análisis y reflexión acerca de los testimonios y relatos de vida es posible rastrear sus experiencias en el sentido en que son vividas, significadas y valoradas, las cuales desafían cotidianamente algunas previsiones hegemónicas de las distintas relaciones entre mujeres, Estado, legalidad, sociedad, familia, espacialidades y corporalidades, entre otras.

La relación de todos esos elementos arriba mencionados adquiere características particulares, un sentido político diferente, cuando se las piensa atravesadas y estructuradas por relaciones de género. Construimos un análisis interpretativo sobre los sentidos que ellas construyen de la ciudad fronteriza que habitan, viven y transitan. Especificar las configuraciones del Estado que en ellas están presentes, que regulan sus actividades cotidianas laborales, pero también no laborales. Y a partir de las construcciones de corporalidades que ellas relatan y vivencian, pretendemos reflexionar sobre las relaciones de género que en ellas se actualizan o resignifican a diario.

Como ya mencionamos, la elección de las dos fronteras en este proyecto estuvo pensada para reflexionar sobre la relación argentino-boliviana en dos provincias argentinas, dado que entendemos que el vínculo entre Bolivia y la provincia de Jujuy es distinto al que se produce y vivencia con la provincia de Salta. En razón de cubrir lo más acabadamente posible las experiencias abordadas, el recorte se acota a dos de las tres ciudades fronterizas existentes. Cabe aclarar que esta tesis no pretende ser un análisis comparativo entre ambas fronteras, ni tampoco un trabajo homogenizador de dichos espacios. La tesis reflexiona sobre situaciones similares que suceden en estos espacios especificando las particularidades en cada caso.

3.2 Precisiones sobre el proceso de investigación

En función del tema de investigación y los objetivos propuestos para la tesis doctoral, nos encontramos ante la necesidad de diseñar estrategias metodológicas que, desde una perspectiva etnográfica, intenten dar cuenta de la experiencia de mujeres bagayeras en dos fronteras argentino-bolivianas.

Para la construcción de nuestro enfoque etnográfico partimos de una renuncia explícita al monismo metodológico y de método como tendencia estabilizante que instituye un patrón

normativo para la investigación social. Esto implica sortear las tipificaciones de metodología y métodos que establecen para cada quién su cada qué, es decir, para cada investigador -según su disciplina- tal metodología y método de investigación, porque creemos se encasilla, de este modo, la experiencia de investigación encuadrándola en los cánones normativos. Así proponemos poner a prueba las propias certezas y garantías de nuestras posiciones epistemológicas y ontológicas pero también de los métodos a utilizar. Abogamos por indisciplinar los supuestos, para una investigación indisciplinada (Haber, 2011), una investigación que siga todas aquellas posibilidades que el camino olvida, que el protocolo obstruye y que el método reprime.

Sin embargo sortear las tipificaciones no implica anularlas como tales sino más bien abrirse al reconocimiento de otras opciones metodológicas que posibiliten un mayor desarrollo teórico y reflexivo en la investigación. Abandonar la comodidad del mapa, su certidumbre y sus coordenadas, y seguir las huellas en el rastreo errante del caminar exploratorio.

3.2.1 Los feminismos como puntos de partida

En nuestra experiencia la mirada oblicua de los feminismos (Delfino, 1993) es el punto de partida para desandar los mapas y estudiar los reverses de la trama que las experiencias *borders* de nuestros “objetos de estudios” dan cuenta. El uso político que los feminismos otorgan al análisis del discurso nos permite desentramar las maniobras ocultas de los signos que fingen una pretendida neutralidad: “Hacer feminismo es hacer teoría del discurso, porque es una toma de conciencia del carácter discursivo, es decir histórico y político de lo que llamamos realidad” (Calaizzi, citado en Richard, 2009:76). Aporte esencial para desnaturalizar la construcción discursiva del cuerpo y la corporalidad encerrados como categorías formuladas por la cultura, poniendo en evidencia que todo cuerpo está significado por la diferencia sexual al tener que corresponderse con las definiciones y clasificaciones.

El énfasis transdisciplinario con el que se forjan instrumentos para analizar los distintos sistemas de jerarquías, oposición y negación perturban la rigidez del mundo académico acartonado en la disciplina. La crítica feminista no puede sino romper los marcos de vigilancia epistemológica desobedeciendo los límites de disciplinamiento académico que separan los saberes clasificados como pertinentes o impertinentes o, aún peor, los

directamente descalificados (Richard, 2009). Desobediencia no sólo de los recortes de estudio de las disciplinas académicas sino, además, en su aventura a trabajar fuera de la academia, en relaciones entre las universidades y movimientos sociales, demandas ciudadanas, grupos subalternos, entre otros.

La preferencia por una textualidad híbrida conjuga una variedad de estilos y ángulos disciplinarios en muchos dialectos, jergas y lenguas diferentes (Braidotti, 2000) con la finalidad de ser periféricas de las formaciones hegemónicas y jugar con nuevas formas de decir intentando resquebrajar algunos de los parámetros de comunicabilidad dominante.

Así, la crítica feminista se transforma en crítica cultural (Richard, 2009) al examinar las producciones y representaciones de los signos que escenifican las complicidades de poder entre discursos, ideología, representación e interpretación de las palabras, gestos e imagen que circulan. Marco perturbador éste el del feminismo, aún más cuando se conjuga con las perspectivas pos-colonial y latinoamericana. De este modo, el feminismo no-ilustrado y el pensamiento pos-colonial comparten la panacea de conceptos críticos centrados en la noción de diferencia que ponen en crisis la falsa concepción de igualdad y con él, el del universalismo y la representación política con la que se indigestó la primera ola de feminismo (Femenías, 2007). Estas intersecciones van más allá de la simultaneidad, complementariedad o articulación del feminismo con raza, clase, género y sexualidad para pensar en los modos complejos en los que se desenvuelven las multiplicidades de las opresiones y la matriz de dominación (Richard, 2009).

3.2.2 Estar allí

Desde nuestra perspectiva nos replantamos la centralidad de la investigadora como sujetas asertivas de un conocimiento preexistente y nos entendemos, más bien, como sujetos cognoscentes que recorreremos el arduo camino del des-conocimiento al reconocimiento. Nos propusimos trabajar fundamentalmente a partir de conversaciones situadas (Guber, 2014) con la intención de comprender los fenómenos sociales desde la perspectiva de sus actoras. Por ello trabajamos en un método de investigación abierto en un terreno donde realizamos encuestas, observación participante, entrevistas no dirigidas, y principalmente la

residencia prolongada con las mujeres. La experiencia y la testificación son la base de nuestra fuente de conocimiento.

Nuestra observación participante consistió principalmente en estar allí, en ambas ciudades fronterizas pero fundamentalmente en cada uno de los espacios que requiere la presencia de las mujeres para completar su trabajo: las calles de las ciudades bolivianas, los ríos, los caminos del desvío y las terminales del lado argentino donde concluye su labor. Tenemos la convicción de que miradas desde cerca, las prácticas del bagayeo se hacen más significativas y razonables de lo presumible, y que un buen modo de aprender algo sobre cualquiera de esos mundos consiste en ‘someterse personalmente’.

Tuvimos 30 días de estar allí, en la Frontera de Aguas Blancas-Bermejo y 22 días en la frontera La Quiaca-Villazón divididas en dos instancias de trabajo de campo en cada una: En Aguas Blancas-Bermejo desde el 26 de noviembre hasta el 15 de diciembre de 2013 y desde el 6 de marzo hasta el 15 de marzo de 2015. En la ciudad de La Quiaca desde el 9 al 23 de febrero del año 2014 y desde el 22 de febrero hasta el 1 de marzo de 2015. La elección de estas fechas en ninguna de las instancias fue azarosa, por el contrario estuvieron pensadas por el aumento de flujo que se produce en estos espacios cuando se aproximan las fiestas de fin de año (Navidad, Año nuevo y día de Reyes), las vacaciones y el comienzo del calendario escolar. Cuando la compra y venta de mercadería se incrementa, la presencia y el trabajo de las mujeres bagayeras se hace más arduo.

Así, nuestras observaciones participantes consistieron fundamentalmente en presenciar cada una de las instancias del trabajo de las mujeres. Siguiendo a Jacobson (1991) entendemos que la “descripción no es el mundo de los nativos, ni el modo en que ellos lo ven, sino una conclusión interpretativa que elabora el investigador” (Jacobson, 1991, citado en Guber, 2014). Las descripciones que realizamos de los espacios, al igual que de cada una de las tareas, lejos de ser neutrales y objetivas (Guber, 2013) están impregnadas de nuestras subjetividades. No solo nos concentramos en la descripción de la labor de las mujeres sino además en la especificación de los escenarios, los ambientes, las distintas personas que intervienen en esos espacios, como así también las percepciones y sensaciones que allí tenían lugar.

En cuanto a las encuestas nos parece necesario hacer una aclaración. Si bien en nuestro trabajo realizamos más de 20 encuestas en cada una de las ciudades fronterizas, las mismas funcionaron principalmente como marcos de referencia de los niveles de predisposición de las mujeres trabajadoras. En ellas preguntamos informaciones que sirvieron para construir algunas tendencias generales para así desagregar un sector de la población por nivel educativo, generacional, entre otros, que nos sirvieron a la hora de elegir a las mujeres con las cuales decidimos trabajar en profundidad. Sin la intención de convertir nuestro trabajo en una molestia o entorpecimiento para ellas en lo personal y en lo laboral, las primeras preguntas resultaron vitales para entablar relaciones de predisposición, cercanía, simpatía, cordialidad.

En función de los primeros datos obtenidos de las encuestas, sobre todo de la predisposición de las mujeres a contestar las preguntas y de estar presente en el lugar resolvimos entrevistar en profundidad a cinco mujeres bagayeras en cada una de las fronteras. Decidimos trabajar con mujeres que tuvieran en su experiencia más de cinco años de trabajo, que el bagayeo fuera su fuente de trabajo principal y que además tuvieran familiares y/o amigos/amigas que se dedicaran y las acompañaran en la misma actividad.

En la selección intentamos variar en las edades y concentramos nuestra mirada en sus estrategias de desenvolvimiento en las diferentes tareas que llevan adelante como así también en la cantidad de revendedores que las buscan para confiarles sus productos, pues creemos que esto puede relacionarse con un reconocimiento de su destreza. Fundamentalmente fueron mujeres que a nuestro entender tuvieron mayor predisposición para nuestras charlas y con las cuales compartimos encuentros y diálogos en ambas instancias del trabajo de campo.

Si bien en todas las entrevistas partimos de algunas preguntas similares que nos resultaron fundamentales para entablar la conversación, en ningún caso se respetó un orden. Las normas del seguimiento de preguntas mistifican la entrevista (Guber, 2014) y suelen perder las escenas dramáticas, el *ethos* que está en el aire y que no se percibe si se siguen tajantemente las mismas preguntas y el mismo orden. Desde nuestra perspectiva de-constructiva, la entrevista es una relación social, de manera que los datos que proveen las entrevistadas son la realidad que éstas construyen con la entrevistadora en el encuentro. Por ello valoramos los intercambios verbales que se basan en preguntas y conversaciones que surgen en ese

momento de interacción con las mujeres. Entendemos a las entrevistas como un instrumento personalizado.

Como creemos que el sentido de la vida social se expresa particularmente a través del discurso que emerge en la vida diaria de manera informal, bajo la forma de comentarios, anécdotas, términos de trato y conversación (Ibíd.), durante los trabajos de campo también tuvimos diálogos por fuera de las entrevistas con las mujeres. Asimismo conversamos con distintos actores y actoras presentes en estos espacios que no fueron registrados como entrevistas. Durante las esperas en las filas de migraciones, en ambas fronteras, charlamos con compradores y compradoras que nos contaron su experiencia. Del mismo modo, conversamos con parte de las y los comerciantes de las ciudades bolivianas.

Como ya se aclaró previamente en este trabajo tomaremos como fuente principal el relato de la experiencia de las mujeres bagayeras de ambas fronteras. Por dicha razón la voz y el punto de vista de las y los gendarmes no va a formar parte del corpus de análisis ya que trasciende los objetivos propuestos en la tesis, aunque no descartamos que podría ser interesante para futuras investigaciones. Creemos además que si las mujeres nos hubieran visto conversando con ellos/ellas hubiera alterado la relación de confianza que creamos con las trabajadoras²⁶. Por ello tomamos la decisión política de no dialogar con el personal de las fuerzas de

²⁶ Son numerosas las investigaciones que dan cuenta de la necesidad de no relacionarse con las fuerzas de seguridad como forma de generar confianza con las y los entrevistados. Sobre todos en aquellas prácticas culturales que son consideradas “ilegales” para una sociedad. Acá queremos resaltar el ya clásico “Juego profundo: notas sobre la riña de gallos en Bali” de Clifford Geertz (2003). En sus reflexiones el autor cuenta cómo escapar de la policía junto con todas las personas participantes de las riñas de gallo, le permitió ser aceptado de una manera inusitada y completa en una sociedad en la cual resulta extremadamente difícil penetrar a los extranjeros. “Pero sobre todo, estaban sumamente complacidos y sorprendidos de que sencillamente no hubiéramos “sacado nuestros papeles” (pues también sabían de su existencia) y hubiéramos mostrado nuestra condición de visitantes distinguidos, y que en cambio hubiéramos demostrado nuestra solidaridad con los que ahora eran nuestros compañeros de la aldea. Aquél fue el momento de cambio total de nuestras relaciones con la comunidad, y ahora ya nos encontrábamos literalmente “adentro”. Toda la aldea se abrió para nosotros, probablemente más de lo que se hubiera abierto de no haber ocurrido aquel incidente (en realidad sin él, nunca habríamos tenido acceso a la presencia de aquel sacerdote y además nuestro accidental anfitrión se convirtió en uno de mis mejores informantes) y por cierto con mucha mayor rapidez. Ser apresado o casi apresado en una operación policial contra el vicio tal vez no sea una fórmula muy recomendable para alcanzar esa relación misteriosa tan necesaria en el trabajo antropológico sobre el campo, pero a mí me dio muy buenos resultados” (Geertz, 2003: 342).

seguridad que intervienen en ambas fronteras, tanto de la Gendarmería como Aduana. Entendemos este enfoque como una forma que encontramos de mostrar nuestra solidaridad y sororidad con las mujeres bagayeras.

La tesis se propone trabajar fundamentalmente sobre el relato de las experiencias de las mujeres bagayeras. A partir de sus formas de expresar, con sus palabras y también en sus prácticas, buscamos reflexionar sobre sus cotidianidades, sus hechos extraordinarios y su devenir. Es nuestra intención transformar y reunir varias de estas instancias en ‘artefectos técnicos’ para nuestras investigaciones, que nos permitan dialógicamente construir un conocimiento.

Entendemos que el espacio mediático resulta co-constitutivo del espacio social -y de sus vínculos con el espacio físico- por lo que es parte del proceso de formación, estabilización, crítica o ruptura de mayoría de las figuras que se presentan al debate social (García Vargas, 2010). Los medios construyen, distribuyen y ponen en circulación los imaginarios sociales y las representaciones globales de la vida social (Baczko 1991), por ello también realizamos la recolección de noticias en los medios gráficos (nacionales y provinciales), audiovisuales y digitales que se vinculan y/o refieren a las dos ciudades fronterizas argentino-bolivianas y al trabajo de las mujeres bagayeras.

El carácter heterogéneo y a veces contradictorio en que pueden resultar los materiales habla no de la falta de precisión en la definición del problema, sino de una opacidad inmanente a la maquinaria simbólica social como objeto. En estos casos, la heterodoxia como práctica resulta operativa para armar desde fragmentos, mapas de relaciones que se nos presentan como situación de producción de sentido (Delfino, 2013).

Desde nuestra perspectiva no pudimos sino descreer de lo estabilizante y entregarnos a una experiencia de investigación contingente e intuitiva en la búsqueda de una lectura indiciaria de los procesos sociales para, desde allí, trabajar en nuestra forma de mirar. Aspiramos a un trabajo de campo etnográfico que se caracterizó por su sistematicidad. Trabajamos con la experiencia directa, los órganos sensoriales y la afectividad que, a nuestro entender, lejos estuvieron de empañar nuestra mirada. Abrimos la percepción a temas aparentemente inconexos, sin interpretarlos como elusiones, desvíos o pérdida de tiempo. Porque si simplemente seguimos los pasos establecidos habremos concedido dejarnos llevar por el

lugar que nos tiene reservado la institucionalidad de la ciencia, los roles, objetivos, misiones y lenguajes; habremos renunciado a hacer otra cosa que reproducir esa institucionalidad, es decir, gozar de nuestro lugar en ella (Haber, 2011).

Es en esta serie de intersecciones entre el feminismo, la decolonialidad, la crítica cultural, la sabia ignorancia metodológica -intersecciones no lineales- situadas con los pies en Latinoamérica, donde encontramos los puntos cardinales de nuestras reflexiones, desde donde nos preguntamos por las experiencias de las mujeres bagayeras. Mujeres que han sido históricamente silenciadas y/o segregadas política, económica y culturalmente en las representaciones dominantes del mundo social y que a nuestro entender producen una cantidad significativa de testimonios, biografías, relatos de vida y principalmente experiencias que desafían cotidianamente las previsiones hegemónicas con una fuerza política no despreciable.

3.3. La crónica como estrategia de comprensión

¿Cómo contar los sueños empacados en bultos de lona que las mujeres bagayeras cargan sobre sus cuerpos doloridos por más de una hora para evitar el control aduanero y de Gendarmería? ¿Cómo explicar lo legal/ilegal enfocado desde la experiencia cotidiana, desde la necesidad diaria? ¿Cómo contar un espacio bullicioso pero ordenado que a los ojos de un foráneo parece estallar en cualquier momento? ¿Cómo describir el calor, el miedo, los maltratos y los rituales que emprenden a diario las mujeres?

Estas y otras preguntas aparecieron durante las distintas etapas de los trabajos de campo y fundamentalmente en los meses de reflexión y escritura. La angustia de sentir que en el armado y en la redacción de la tesis quedaban escenas, personas y situaciones por fuera, nos llevó a pensar en una complementariedad de escritura que profundizara algunos sentidos y vivencias. Aunque somos conscientes de que jamás podremos traducir la experiencia de las mujeres, la elaboración de las crónicas se nos presentó como una posibilidad otra de reflexión, expresión y lectura.

Desde la década de los 80', la crónica comienza a salir de la marginalidad institucional para alcanzar notoria centralidad como compleja práctica de escritura que organiza su entramado textual como un cruce de discurso, en el que se inscribe una posición superadora de las

dicotomías y una mirada reconstructiva que abre nuevas perspectivas para narrar *la otredad*, y pensar los vínculos entre cultura y sociedad (García Canclini, 1997). Ella se presenta como testimonio de aquello que permaneció en las afueras del discurso, como del valor político, y permite construir otras maneras de mirar y narrar el mundo al desordenarlo de las lógicas de poder (Montes, 2014).

“La crónica, sin resolver la cuestión del acceso a un lugar legítimo de enunciación, fisura el monopolio de la voz única para romper el silencio de personas, situaciones, espacios, normalmente condenados a la oscuridad del silencio. Esto no significa que la crónica aspire a ser “medium” de los excluidos de la palabra, es decir, no se trata de “traer” lo periférico a un lenguaje normalizado, sino, en todo caso, de volver visible lo que suele quedar oculto en la narración (Regillo, 2000: 62).

La crónica, asegura Regillo (ibíd.) no debilita “lo real”, por el contrario, lo fortalece ya que posibilita la yuxtaposición de versiones que acercan a territorio propio y que (re)localizan el relato. Desde estas convicciones, la escritura de nuestras crónicas se propone como otra forma de reflexionar, contar y narrar los procesos/sucesos/hechos sociales. A partir de ellas queremos relatar desde otras geografías los mismos acontecimientos, con la intención de generar otras lecturas, nuevos puntos de vista.

Partimos del testimonio como forma principal de narración. Cada una de las palabras están impregnadas de nuestras subjetividades como testimonio personal de lo real, en tanto estuvimos ahí en la calle, en la voz que narra el desconsuelo, fuimos testigos de aquello que se supone no debería verse ni contarse por doloroso, ridículo o insignificante que se crea. Nos permitimos modificar la textualización para narrar, historias verdaderas, historias fingidas (en tanto son nuestras creaciones) que se mezclan para describir al detalle los escenarios, los ambientes, las personas como así también las percepciones y sensaciones que giran alrededor (Barrios, 2012). Nos concentramos en lo que políticamente es necesario escenificar en la compleja urdimbre de sus paradojas y tensiones, para a través de nuestra escritura, intentar restituirles el derecho a la visibilidad sin el efecto reedificador de los estereotipos y prejuicios simplificadores (Montes, 2014).

En la narración minuciosa aspiramos a describir el movimiento, el flujo permanente como una de las características principales de los espacios fronterizos. Así como detallar a las y los actores sociales, sin caer en el identikit de un formulario policial, porque nuestra intención es escapar a los lugares tradicionales, fisurar las narrativas legítimas (hegemónicas) que representan las fronteras argentino-bolivianas cargadas de otredad y exotismo. Apuntamos a (d)escribir realidades a través de un lenguaje cotidiano, buscamos abrir la complejidad, enunciar los detalles, las escenas, lo que a los ojos de muchos puede parecer insignificante porque creemos que el sentido de la vida social se expresa particularmente a través del discurso que emerge en la vida diaria de manera informal.

Así, en estas escrituras nos animamos a rastrear aquello que se mueve, que escapa, que va más allá de los etiquetamientos, más allá del significado estable (Deleuze y Guattari, 2002) y que en nuestro análisis posterior puede perderse, con el objetivo de desnaturalizar universalizaciones y esencializaciones en normativas sociales que marcan históricamente el devenir de las mujeres, ocultando el múltiple conglomerado de elementos que se articulan en estas experiencias situadas (Haraway, 1999) y en condiciones concretas. En el territorio abierto y fluyente que configura nuestra investigación decidimos sumergirnos en la aventura de escribir dos crónicas, una por cada frontera, con el objetivo de tratar de construir un espacio de escritura y lectura en el cual puedan escenificarse, sin pretensión totalizadora, los paradójicos avatares que tienen lugar allí. Es nuestro deseo narrar las pequeñas historias cotidianas y hacer visible de modo paradójico lo que los relatos hegemónicos no permiten ver (Montes, 2014).

Entendemos la crónica como un género literario emblemático del presente, que desarrolla la función mediadora entre la escritura y los fenómenos sociales (ibíd.). Como ya dijimos, una narración que hace suyas las banderas y las características del testimonio. En la proliferación de voces encontramos el escenario para dar a conocer los testimonios de las experiencias que tienen como centro el trabajo de las mujeres bagayeras en ambas fronteras.

Aquí la escritura de las crónicas funciona como otra fuente de interpretación, como una forma más de abordar los materiales; como un complemento que nos permitió dar cuenta de sentidos y vivencias que se nos escapaban en el análisis propuesto. Las crónicas se escribieron a partir de un *collage* entre fragmentos de diálogos con las mujeres -la mayoría de los cuales no

formaron parte de las entrevistas sino como conversaciones en los distintos momentos que requiere su trabajo- y con algunos comerciantes. A ellos sumamos la descripción de ambientes, escenas, personas a partir de nuestras observaciones, de lo que significó para nosotras el estar allí. La operación de narrar no es ingenua, en ella se ponen en juego estrategias retóricas que responden a una determinada política. Quisimos presentar una/nuestra manera de mirar el mundo.

Con nuestra escritura no pretendemos simplificar lo problemático ni cristalizar las historias en un sentido único, ni reducirlas a meras noticias banalizándolas. Tampoco deseamos configurar un mundo completo, cerrado y organizado por un principio estructurante de totalidad (Garramuño, 2009). No nos proponemos hacer un mecánico reflejo, ni cristalizar en un sentido único y conciliador las historias que quisimos narrar. Nuestra intención es habilitar un espacio para que las y los lectores puedan salir de los modelos que fijan un sentido reestablecido. La narración de nuestras crónicas constituye los sentidos plurales y polémicos de aquello que siempre se manifiesta como heterogéneo e inasible.

3.3.1 Un oficio de frontera Aguas Blancas –Bermejo

El encuentro

La sensación de ser presa de los mosquitos es la misma que la primera vez. Nunca alcanzaron ni las camisas, ni los pantalones largos para evitar que la piel se hinche y moleste como cuando tuve varicela. El calor en cambio parece aumentar año tras año. El sol de verano se posa rápidamente sobre nuestros cuerpos y nos acompaña a cada paso.

Hasta aquí llegan los micros que viajan desde ciudades aledañas. Se abren camino acariciando los puestos de comida que se instalaron a uno y otro lado de la vereda, unos treinta metros antes de toparse con el alambrado de Gendarmería y Aduana Nacional. De ellos descienden decenas de hombres y mujeres que dan forma a las interminables filas para obtener la salida oficial del país. Aquí, en Aguas Blancas, la última ciudad de la provincia de Salta antes de pisar suelo boliviano, un orden invisible permite que a diario centenares de personas se trasladen de un lado al otro en busca de beneficios económicos.

Los suspiros de las personas en las filas se hacen más frecuentes. A mi espalda, un hombre de aproximadamente 40 años, robusto y alto, saca su mate y alrededor de él la charla comienza. En la conversación se añoran los tiempos aquellos en los que viajar hasta la frontera representaba comprar *todo y un poco más*. Familias enteras se trasladaban hasta aquí para asegurarse útiles escolares, equipamientos de casa, regalos de navidad, reyes y día del niño a un costo menor. Pero poco de esas imágenes quedan. Aunque aún se consiguen productos a menor costo, hoy este espacio fronterizo se convirtió en el sitio de revendedores que encuentran un beneficio económico en la compra de grandes cantidades de mercadería.

Ya va una hora de espera y por fin escucho:

- *Buenos días señorita. Documento por favor* - Dice detrás de un escritorio la empleada de migraciones.

- *Firme aquí* - señala una de las tres lapiceras que cuelgan del escritorio. Sella el papel y lo entrega con una sonrisa.

Entre los casi cien metros que separan las oficinas de control y el Río Bermejo me espera Noelia²⁷ quien, por ser ciudadana de la frontera, puede movilizarse hasta la ciudad de enfrente sin más control que presentar su documento. Aquí, donde el sol tibia los ojos y poco permite ver, nuestro primer encuentro sucede.

- *¿Mucha fila no? Así se pone los jueves y sábados. La gente llega temprano para comprar rápido y no sufrir tanto el calor* - Frase que resulta imposible de creer cuando a las nueve de la mañana me brilla la frente, me sudan las manos y mi remera parece una segunda piel.

Ella es una mujer de 38 años de edad. Tiene el cuerpo grueso, aunque no es gorda; una masa de músculos concentrada en los brazos, la espalda y el cuello. Sus ojos achinados son de un negro profundo y tiene la boca gruesa pero bien delineada. A su sonrisa suele ganarle un rictus de concentración que, luego entendí, se relaciona con el nerviosismo que le provocan algunas escenas de su trabajo.

¿Vos trabajas así desde chica? alcancé a preguntarle antes de comenzar a caminar hacia el río.

-*Sí. Pero antes era peor. Ahora viene menos gente. Cuando yo comencé era mucho más. Con mi mamá hacíamos dos o tres viajes por día, no alcanzaban las horas.*

Para aprender a cruzar mercadería por circuitos que evitan los dos controles aduaneros y de Gendarmería de la zona, solo tuvo que sentarse en la piedra ubicada en la vereda de su casa y observar cada paso que realizaban sus vecinas, amigas y parientes.

-*Aquí todas nos conocemos* – Afirma con una sonrisa igual a la de una niña que recuerda una travesura o guarda algún secreto. Su todo no solo

²⁷ Los nombres de las mujeres en ambas crónicas han sido cambiados para preservar su identidad.

incluye a sus compañeras sino también a gendarmes, oficiales y personal de aduana. En esta pequeña ciudad todas se ven a diario, todos transitan los mismos espacios y todos se (re)conocen.

Con un caminar lento llegamos al borde para cruzar el río Bermejo por medio de lanchas a las que los pobladores bautizaron chalanas. Seis personas más acompañan nuestro viaje y a nuestros pies decenas de bolsas negras iguales a las pesas rusas de un gimnasio. El flameo de la bandera argentina en la parte de adelante indica que estamos en marcha.

-¿Cómo va hoy doña Mari? – pregunta Noelia.

-Y acá estamos, bien. Trabajando como negra para intentar vivir como gringa. Que más nos queda – responde una mujer sentada enfrente.

-No queda otra y encima el calor está fuerte hoy. ¿Cómo está el bebé de la Marta?

-Bien, grande ya.

-¿Para cuánto tiempo más tiene?

-Unos días más. Pero no muchos porque hay que trabajar, has visto que no alcanza la plata ahora.

-Y sí. Quien hubiera dicho que la Marta ya es madre. Me acuerdo cuando se quedaba en mi casa y jugábamos a que yo era su maestra. Hasta penitencia le hacía cumplir.

Mientras la charla de Noelia y doña Mari sucede nos acercamos al medio del río, un lugar privilegiado para observar las escenas de tránsito que aquí tienen lugar. Del lado argentino decenas de mujeres trasladan mercaderías en carros, corren de un lado a otro gritando para alertar a los transeúntes que los esquivan con desgano, como toreros con reflejos tardíos. A unos doscientos metros hombres y mujeres atraviesan el río caminando como camellos de una joroba: muchos de ellos con el torso desnudo cargan sobre sus espaldas encorvadas grandes lonas azules. Y un poquito más allá unas especies de improvisadas balsas se trasladan por el río de un lado al otro.

Del lado boliviano, escenas muy similares. Aquí los policías acompañan con su mirada el caminar de las personas. Un poco más allá decenas de lonas azules y verdes dan refugio a la variedad de puestos que se ubican en las veredas de la ciudad.

En todas estas escenas las personas caminan, corren, ríen, gritan. Desde afuera, cualquiera pensaría que todo está a punto de colapsar. El foráneo ignora que hay una especie de orden invisible, una dinámica y una lógica que permite a cada pieza encastrar con la otra.

Del otro lado

Noelia pisa suelo boliviano y da fin a la conversación con doña Mari.

-Hasta más tardecito doña Mari. Voy a tratar de ir a su casa para verla a la Marta.

- Dale china, así seguimos charlando. Por ahí me he enterado algunas cositas.

A medida que se suben los siete escalones desde el borde del río aparece la ciudad de Bermejo. Ya en el tercer escalón las Mujeres con sombreros bombín y sus largas trenzas ofrecen té, mate o café acompañados con tortillas fritas y queso que se saborean al costado del río.

El conjunto de calles, donde hace décadas había casas, se convirtieron en un laberinto irregular de negocios que a falta de un nombre han bautizado La Banda. La Banda es el borde del borde, el extremo de la ciudad de Bermejo, el sitio donde las peleas por vender más barato aquello que pudo haber venido de un taller de la zona o de una fábrica tecnologizada del sur de China, producen gritos teatrales de vendedoras por segundo. Mujeres sentadas en sillas de madera preguntan a cada persona que pasa por el frente de ellas:

-¿Qué va a llevar amiga?

-¿Qué anda buscando amiga?

-Pantalones, remeras, ropa interior.... ¿Qué busca?

Algunos vendedores dicen que esta feria al aire libre e irregular tiene más de mil puestos. Noelia en cambio piensa que hay tres veces más si se cuenta aquellos negocios que rodean el mercado central de la ciudad. En Primera hilera hay más de trescientos puestos de venta: cada uno está encastrado con el anterior. Algunos ofrecen medias y boxes para niños con estampados de Los Simpson y Ben 10. Otros exhiben camisetas de fútbol, remeras de mujer y camisas de manga corta.

-¿Adidas o Nike? -pregunta una vendedora.

Y enseguida muestra un conjunto deportivo: un pantalón y una campera con un estampado de hilos.

-Esto -explica orgullosa- es una imitación perfecta, por si quedaban dudas de que no se trata de algo original. La vendedora intenta convencer al comprador, mientras abarca todo con la mirada: su cliente, la mercadería, la gente que pasa, la chica que le ayuda a vender.

Noelia se desliza por las calles de este universo bullente y ordenado con la familiaridad que le han dado años de trabajo. Esquiva autos, saluda vendedores y siempre sonrío ante mis torpezas.

En las calles de atrás los negocios siguen. Cajas y bolsas de sandalias y zapatillas apiladas de a cientos como botellas en una bodega. Toallas y toallones estampadas con dibujos de princesas, *Mickey y Minnie Mouse* y *las princesas de Disney* cuelgan de la parte superior de algunos puestos como hojas de árboles copos en temporada de verano.

Estas calles pavimentadas a diario quedan cerradas para el paso vehicular, no solo por la cantidad de puestos, sino también por la multitudinaria presencia de comerciantes ambulantes que se ubican en el centro de ellas. Triángulos de colores verdes, rojos y amarillos forman las decenas de sombrillas que dan sombra a los alimentos exhibidos. En cada uno de las mesas se ofrecen una variedad de comidas y bebidas que sacian el apetito de muchas trabajadoras en horas cercanas al medio día.

Mientras camino, cuando no tropiezo, puedo mirar los colores y respirar los olores de cada una de las comidas. Los platos hondos cargados de una cremosa mezcla hervida sin grumos ni durezas de maní procesado con agua y aceite forman la base de la aclamada sopa de maní que se corona con un pedazo de carne, papas fritas recién hechas por encima y finalmente perejil. Puedo respirar las especias con las que se condimentan las partes de un pollo frito que se acompaña de ensaladas y arroz. Puedo contemplar las mesas que exhiben pirámides de naranjas acompañadas de grandes rodajas rojas con bordes verdes que fueron recién cortadas de una sandía. La transpiración de los vasos rebalsados de limonada o jugo de pelones hace que mi lengua moje cada parte de mis labios deseando refrescar mi garganta.

En La Banda todo se puede pagar en pesos argentinos, bolivianos o dólar estadounidense. Para las trabajadoras es un requisito fundamental conocer el cambio del día. Son ellas las que realizan la convertibilidad de las monedas en el instante de la compra.

Las gradas

Entre el folclore boliviano, el calor, los olores y colores culinarios, entre las risas y los gritos de los vendedores, caminamos hasta llegar a la intersección de las calles 23 de marzo y Colorado en la ciudad boliviana. Allí Noelia se detiene y encara a una mujer.

-Hola doña Silvia. Y.... ¿hoy hay trabajo?

-Si china, ya empezamos. La Norma ya salió a buscar el primer bulto – contesta.

-Qué bueno porque estoy necesitando la plata. La Natalia tiene un quince y todavía no le compramos ni la ropa- Dice Noelia con su sonrisa mientras se acomoda en su lugar.

Son dos gradas de cemento que sirven de asiento y descanso al grupo de cinco mujeres que hoy trabajan aquí. Están sentadas en una semi-ronda como

si fuera una reunión de amigas que se dispone a tomar mate un sábado a la mañana. Ellas se conocen desde hace mucho tiempo y a diario atraviesan la frontera una y otra vez. Tienen como regla esencial jamás separarse en los cruces para nunca enfrentarse solas a los controles de los oficiales con uniformes verdes.

Pero no son a las únicas que se pueden localizar en estas calles. A unos veinte metros de nosotras cuatro mujeres más conforman otro grupo y en frente un tercer conjunto se prepara para armar sus mochilas. Al igual que los puestos de ropa y comidas, cada grupo ganó con el tiempo un lugar estable, aunque los espacios con sombra son lugares de disputas.

Eli es la más chica. Es además la mejor amiga de Noelia, fue ella quien le presentó a Silvia y consiguió un lugar aquí. Siempre pensó que a sus 27 años estaría recibida de enfermera y trabajaría en la ciudad capital de la provincia.

-Pero fui mamá cuando tenía diecinueve años y aquí estoy- dice Eli.

-Pero ella es tonta - acota Noelia

-Vos porque sos una mala madre - responde mientras lleva la botella de agua a su boca para tragar la nostalgia de recordar sus sueños.

-Su mamá le dice que se vaya a estudiar, que ella la va a ayudar y que lo deje al Fran (su hijo) con su papá, pero ella no hace caso. Para mí que le preocupa más el padre que el hijo- dice Noelia y larga una carcajada en complicidad con el resto del grupo.

-Vos callate gorda que yo cuento lo que me enteré - replica Eli señalando a Paola, otra de sus compañeras.

Y antes que el diálogo pueda continuar Silvia da la orden para que Eli salga en busca de encargos. Entre chistes, cargadas, anécdotas y pequeñas charlas, las mujeres hacen más entretenida esta parte de su trabajo.

Silvia, la patrona del grupo, como dice Noelia, es una mujer de pocas palabras, concentrada en cada una de las tareas que requiere el trabajo. Ella es responsable de negociar con las personas que necesitan pasar sus productos.

Veinte años aquí le permitieron conservar clientes que la buscan para confiarles sus mercaderías. Siempre tiene en su mano su libreta azul y revisa de a ratos sus anotaciones. Con el tiempo aprendió de precios pero también de itinerarios. Sabe a quiénes encontrará hoy.

Su celular suena por minutos y siempre dice:

-Ya está listo otro. ¿Ahora a quién le toca?

Para que Noelia, Eli o algunas de sus compañeras, de acuerdo a su turno, salga a paso acelerado y se pierda entre medio de todos los negocios, traigan hasta aquí las compras de algún comprador. Las mujeres en las gradas anotan cada producto que llega a sus manos, controlan cada bolsa y las acomodan en mochilas que, a la hora del cruce, cargarán sobre sus espaldas.

-Hoy está lindo- Alcanza a decir Noelia y vuelve a salir en busca de mercadería.

Los minutos avanzan y las remeras de algodón están completamente pegadas a nuestros cuerpos. Tres botellas de litro y medio de agua, ahora vacías, sirvieron para hidratar al grupo durante la espera. El sol se siente arriba de las cabezas y las gotas de transpiración que recorren los rostros son cada vez más grandes.

Las mochilas grises y lonas azules del grupo están casi llenas. Finalmente Adrián llega, el último cliente al que esperaban

-Por fin terminé. Aquí debe hacer más calor que en el infierno. Dice mientras se refresca con un sorbo bien grande de *Coca-Cola* que compró hace dos minutos.

A Silvia el chiste no le hace gracia, pero sonrío por cortesía. De hecho, cada mes Adrián, el tucumano, llega para comprar ropa que luego venderá en su provincia, repite la misma broma y Silvia se ríe. Ella sabe que ese hombre viajó más de seiscientos kilómetros en un micro de asientos apenas reclinables sólo para conseguir precios baratos, que luego volverá a su tierra a intentar vender todo lo antes posible y recomenzar el ciclo que cada mes lo devuelve a las

rutas, la vida en los micros, Aguas Blancas y Bermejo como destino final. Es como si a Silvia se le despertara una especie de solidaridad de clase: porque al fin y al cabo los dos viven de trasladar mercadería.

El cruce

Ahora sí se cierran las cinco mochilas. Las mujeres se levantan y el cruce comienza.

- *En la esquina están los remises. Vamos a tener que ir amontonaditas hoy* –grita Silvia mientras ultima los detalles para un cruce y paso exitoso. Ella sabe que en cada viaje los vendedores arriesgan más de diez mil pesos en mercadería, por eso realiza su trabajo lo más comprometida posible.

El primero de los controles que deben sortear son los puestos de Gendarmería y Aduana ubicados en la ciudad de Aguas Blancas, el mismo lugar por donde hace cinco horas entramos. El taxi deja a las mujeres en el borde del río del lado boliviano a unos doscientos metros de las oficinas de control. Aquí las esperan los gomeros. Hombres que cargan sus mochilas en balsas para cruzar el río. Aquello que desde las chalanas se veían como meras lonas resultan ser balsas muy bien elaboradas por sus dueños. Cuatro cámaras de gomas de tractor forman la base, en cada una de ellas hay parches de bicicletas que sus propios dueños pegan cuando algún elemento que trae el río provoca daños; sobre ellas palos de cañas atados en cada extremo con nudos ciegos uno a lado como si fueran las rejas de una casa con dueños temerosos de la inseguridad. Y, con una prolijidad única, cartones y grandes lonas recubren la totalidad superior.

-*Bueno china te espero del otro lado. Vayan rápido que ya vamos tarde*– dice Silvia

-*No necesitas nada más*– pregunta Noelia

-No. Tenemos todo. Si quieren comprar un agua después arreglamos. Vayan, vayan- dice Silvia que decidió acompañar el viaje de las mochilas por miedo a que algo se moje o sea robado.

El grupo, en cambio, camina unos doscientos metros bordeando el agua para cruzar nuevamente por las chalanas, bajo un silencio que incomoda.

-Nosotros sabemos que esto es ilegal -dice Paola con la cabeza bien en alto-. Pero no nos queda otra, por más que nos persigan. Lamentablemente no hay trabajo en la frontera. Aquí o sos bagayera o sos pasera.

De alguna manera la frase de Paola representa el pensamiento y la vivencia de muchas ciudadanas y ciudadanos fronterizos. La mayor parte de la economía de la ciudad deriva de las posibilidades comerciales que inauguran las diferencias de cambio y la oferta diferencial de productos. Comercios minoristas para el viajero y mayoristas para la exportación, negocios de comida y hotelería son algunas de las actividades que dinamizan y generan empleos en este espacio, así como la administración pública en general.

Ella jura haber probado suerte en las fincas de la zona

-Me levantaba muy temprano, antes que los gallos canten, y trabajaba en la tierra todo el día para volver con ochenta pesos en mi bolsillo. No alcanzaba para nada. Pero cruzar mercadería no solo resulta más rentable sino también implica menos horas fuera de su casa, lo que alivia la tarea de su mamá que se encarga de cuidar a los cuatros hijos de Paola.

El grupo llega a la boletería para cruzar el río nuevamente en chalana que ahora tiene en su extremo una bandera con los colores rojo, amarillo y verde. El río es nuevamente el punto por excelencia para observar las diversas escenas de tránsito. En un abrir y cerrar de ojos se vuelve a suelo argentino. Las mujeres deciden sortear el control y acortar el viaje por el costado de las oficinas, un camino lleno de 'yuyo' pero directo a donde Silvia las espera.

Y entonces el primer encuentro con los gendarmes sucede.

-Buenos Días, ¿cómo va?—saluda Noelia.

-Bien. ¿Usted trabajando otra vez? – responde un gendarme con voz vibrante.

-Vio. Y ya vamos tarde– dice Noelia mientras camina a un paso acelerado.

-Espero no tener sorpresas hoy. Miren que hace mucho calor para salir a buscarlas– contesta Fernández, o por lo menos ese es el apellido que lleva pegado en el pecho, mientras la mira de arriba a abajo, una a una. Una especie de control que en algunas ocasiones puede ser más riguroso.

Noelia y el grupo parecen ignorar sus últimas palabras, siguen su camino en fila, sin perder tiempo.

Al llegar al lugar donde los gomeros dejaron a Silvia, las mujeres se reorganizan para comenzar la parte más larga y pesada del trabajo.

El desvío

A los pies de las mujeres se estaciona un Falcon azul. Un auto que Ramón compró en un remate y con el cual ha disfrutado de innumerables vacaciones familiares. Dejó sus mejores años en la empresa Yacimientos Petrolíferos Fiscales de Tartagal pero cuando la privatización arrasó con los trabajadores se vio obligado a retornar, junto a su mujer y sus niños, a la casa de su infancia en la ciudad de Orán. Sin más oportunidades que ésta, a los cuarenta años de edad se dedica a transportar a Silvia y su grupo para mantener la alimentación, educación y algún que otro capricho de sus tres niños varones.

En la casa del frente alguien subió el volumen al máximo: el ritmo lo marca, el hit del verano “tirate un paso” de los Wachiturros, una canción de cumbia efectiva para levantar el ánimo.

La orden está dada, el grupo debe subir al auto para emprender el desvío.

Si alguien se sienta en los bancos de madera de la plaza principal de la ciudad de Aguas Blancas, además de la Iglesia católica reconocida por su alto

campanario, una pequeña comisaría, un hotel sin desayuno incluido pero con aire acondicionado en las habitaciones y algunas decenas de maderas y chapas clavadas que forman algunas casas, se oyen y observan pasar autos cargados de lonas. Esa escena se repite una y otra vez, durante todo el día. Los bocinazos se oyen a cada minuto, no solo por la familiaridad que existe en estos espacios, sino porque con los años se estableció como señal de aviso: un grupo salió para el desvío.

Cincuenta kilómetros separan las ciudades de Aguas Blancas y San Ramón de la Nueva Orán, lugar donde termina el trabajo de Noelia y sus compañeras. Justo en el medio de la ruta se encuentra el puesto 28 de julio de Gendarmería Nacional, el segundo de los controles que las mujeres deben sortear. Allí están los oficiales más antiguos que han hecho del maltrato de las trabajadoras, su fama.

En los minutos de viaje todos hablan, ríen, gritan. Cualquier chiste, anécdota o comentario sirve para no pensar en la escena que viene. Es como si por esos minutos solo fuera un viaje de amigas que comienzan sus vacaciones soñadas. Hasta que aparecen las casas de madera, los autos cargados y algunos improvisados puestos de bebida.

-*Y otra vez los bananales* – dice Ramón - terminando cualquier fantasía.

El grupo baja del auto para apropiarse del sendero que abre camino al desvío de la mercadería. A un paso acelerado se colocan en el borde. Alzan sus mochilas y las colocan sobre sus espaldas. Ramón y Silvia siguen camino, ellos harán la ruta oficial.

Noelia coloca unas hojas de coca en su boca para mantener húmeda la garganta. Eli acomoda un chupetín rojo y dos caramelos ácidos en los bolsillos de su pantalón, la dosis justa que le permite mantener su azúcar siempre arriba, Paola realiza un rodete con su largo cabello negro y lo asegura con una gorra blanca arriba. Estas prácticas se repiten cada vez que el cruce comienza, siempre de la misma forma como si fuera un ritual, su ritual.

El trabajo del bagayeo permitió que las mujeres soporten grandes pesos sobre sus cuerpos. Con el paso de los años han sufrido una mutación. Son cuerpos duros, fuertes, resistentes, que cargan y caminan durante una hora con más de cincuenta kilos.

Cuando el sendero queda vacío a la vista, el grupo se pierde entre el paisaje. En fila caminan alrededor de una hora para cruzar el puesto de control por la parte de atrás. Un camino de tierra, donde no hay sombra que resguarde del sol y que cada día presenta obstáculos distintos; tendido de alambrados de las fincas que deben cortar, crecidas de río que deben cruzar, piedras grandes que deben pisar con cuidado y lo más común patrullajes y controles de Gendarmería.

Pero no están solas aquí. Además de hombres y mujeres de distintos grupos, aquí también hay gendarmes. Hoy son diez en todo el trayecto del desvío, llegan en cuatriciclos y se ubican justo en la mitad del camino. Los gestos en sus corporalidades y sus palabras reafirman constantemente el poder que el Estado les otorga por usar esos uniformes verdes.

Noelia y sus compañeras caminan, por ratos a un paso acelerado, por ratos con un andar lento. Siempre atentas a lo que sucede a sus alrededores, siempre en grupos. Hasta que el control aparece. Noelia es la encargada de responder las preguntas. Aprendió a no tenerles miedo aun cuando en su cuerpo luce cicatrices producto de los atropellos, golpes e insultos de muchos gendarmes que hoy la miran.

Barrientos dice el uniforme del oficial, que con una voz gruesa y ruda dice:

-Bajen sus bultos.

-¿Las seis están juntas? ¿Cuántas veces cruzó hoy? ¿Usted armó su mochila? ¿Qué está llevando? Mientras desarma su mochila Noelia enumera:

-Dos docenas de zapatillas, diez jeans, cuatro juegos de sábanas, una pava eléctrica, ropa interior, camisas y remeras. Y así sigue su lista.

Los gendarmes miran atentos las manos de Noelia que entran y salen de su mochila como si fueran las de un mago en plena actuación. Es un requisito describir no solo los productos que cargan sino también el orden en el que están encastrados perfectamente en sus lonas.

-Listo. Guarde todo y salga de mi vista.... Cinco, cuatro, tres, dos, listo que pase la otra. Grita Barrientos mientras permanece tieso, orgulloso.

Así se revisa cada una de las mochilas que pasan por aquí, para evitar el paso de lo prohibido y temido: la droga.

-Los gendarmes saben que estamos llevando mercadería cuando nos paran: creo que ninguno piensa que tenemos droga– dice Noelia cuando la revisión del grupo termina.

Aunque la presencia de Gendarmes es continua, pasar la revisión del medio permite relajar un poco.

El recorrido de las mujeres termina doscientos metros delante de la oficina de control ubicada sobre la ruta. Allí están Ramón y Silvia esperando. El control en el desvío es exactamente el mismo que el oficial, hasta parece una burla para quienes necesitan del trabajo. Allí también se controla a todas las personas que circulan. Cuando se llega 'al 28' se debe detener al costado de la ruta y, casi siempre, declarar ante los oficiales lo que se transporta. Claro que aquí la violencia del habla, gestos y preguntas no son tan evidentes y recurrentes.

-Menos mal que terminó, mi rodilla ya no aguantaba más. Y la calor está pesada hoy.

Con esas palabras Paola carga nuevamente su mochila en la parrilla del Falcon. Sabe que hoy dormirá con un corcho bajo su almohada por si los calambres en su pierna derecha aparecen.

El final

Antes que Ramón dé arranque al Falcon Silvia toma su teléfono y llama a su prima, patrona de otro grupo que debía salir más tarde al desvío, para avisarle que sus trabajadoras no tuvieron inconveniente.

Ya en marcha las cuatro mujeres sentadas atrás se abanicaban con lo que tiene a su alcance, pañuelo, gorras y hasta las manos sirven para intentar disfrutar un poco más de viento en sus caras. Las botellas de líquidos van y vienen, pasan de mano en mano mientras retoman el diálogo entre ellas.

En los parlantes del auto suena: *olvídala, mejor olvídala.... arráncala de ti.... Busca otra ilusión.*

-Los Palmeras papá, la mejor cumbia del recuerdo- dice Ramón que hace más entretenida y relajada la última parte del viaje.

Al llegar al playón de la Terminal de Orán el auto estaciona cerca de un alambrado y las mujeres bajan para localizar su espacio en este predio. Al igual que en las calles de Bermejo cada grupo mantiene un lugar propio. Ramón dice

-Hasta el martes si Dios quiere- y parte al encuentro de su familia, en tres días volverá a buscar al grupo para trabajar en el desvío.

El playón está lleno de colectivos con motores encendidos, son todos tours de compra casi listos para retomar las mismas rutas que los trajeron hasta aquí. Hay decenas de hombres y mujeres que entran y salen del predio, intercambian plata, acomodan mercadería. Por fuera del alambre los pinchos de carne frita con una papa en la parte superior se llevan todas las miradas.

El sol ya no se siente arriba de nuestras cabezas pero la temperatura no bajó mucho. Silvia se sienta sobre la piedra más grande. Desearía que toda esta mercadería fuera de su propiedad y con ella poder abastecer un negocio con el que sueña hace años. Pero saca su cuaderno azul y comienza a enumerar:

-Para Carlos: una docena de zapatillas deportivas, dos docenas de medias, dos juegos de sábanas, cinco toallones, tres equipos deportivos....

-Un pantalón jeans cuesta cruzar tres pesos, cada par de zapatillas diez pesos, un juego de sábanas diez pesos– suma Noelia.

Mientras ella canta lo anotado, el resto del grupo reacomoda la mercadería en bolsas. Con tijeras y cinta en sus manos reubican los productos, escriben el nombre de sus dueños, y las ordenan en hileras frente de ellas. De a poco aparecen sus dueños. Se los reconoce a simple vista, tienen sus cabellos mojados, relucientes y sus ropas sin transpiración.

El reloj negro de plástico que luce Silvia en su muñeca derecha marca pasaditas las cinco de la tarde. El cruce fue exitoso y toda la mercadería esta entregada.

-El trabajo terminó-. Grita Paola levantando bien arriba sus brazos, como si estuviera levantando una copa de primer premio. Palabras que mágicamente sacan una sonrisa en todas las mujeres del grupo. Ahora sí pueden descansar tranquilas, no queda nada ajeno por cuidar.

Paola es la primera en levantarse. Sacude por completo su pantalón deportivo con las palmas de sus manos, despega su amplia remera de la espalda y seca el sudor de su cara con un pañuelo. Saluda a todas con un beso y toma de la mano de Silvia su paga: tres billetes de cincuenta pesos. Segundos más tarde el resto la alcanzan para juntas volver a sus casas.

De a poco los micros vuelven a la ruta y todos se retiran. Sin colectivos ni trabajadoras, sin negocios de comidas y bebidas, el galpón vuelve a ser el refugio de algunos autos, perros y personas en situación de calle, hasta las primeras horas del día siguiente, cuando nuevamente se ponga en marcha el corazón del bagayeo. Esas tareas y espacios que crecieron con reglas propias lleno de un progreso desordenado, caótico.

3.3.2 “Esto no es droga ni coca, es solo ropa”. La Quiaca –Villazón

El puente

La mañana del martes no era de las mejores, aunque el día anterior el sol pegó fuerte, ese día las nubes y un viento frío casi indomable quedaban como resabio de la intensa lluvia caída la noche anterior. Aun así, desde muy temprano las personas llegan hasta aquí, decenas de mochileros y mochileras dan forma a la larga fila de migraciones. La Quiaca – Villazón es sin duda la frontera argentino – boliviana más usada por hombres y mujeres que vacacionan, tren de por medio, en las hermosas e históricas ciudades de Tupiza, Oruro, La Paz para continuar viaje al lago Titicaca y la Isla del sol. Lo más afortunados llegan hasta las imponentes ciudad de Oruro y las espectaculares ruinas de Machu Pichu, en Perú. A ellos se suman las y los compradores que a diario llegan a la zona para aprovechar los precios al por mayor de miles de productos que luego venden en las ferias de sus barrios. También están las y los viajantes bolivianos que intentan volver a casa.

-¿Documento? ¿A qué se dedica? ¿Cuándo cruzó? ¿Para qué cruzó? ¿Solo ese bolso lleva? ¿Viene sola? ¿Tiene familiares en Argentina?– son solo algunas de las preguntas que el hombre de migraciones con un tono policial, pide responder a la mujer de trenzas largas, pollera ancha de color rosado brillante, medias azules de lana y sandalias abarcas, ubicada adelante mío. Revisa su documento una y otra vez mientras le ordena abrir su bolso para controlarlo. La observa de arriba abajo por más de veinte segundos con una mirada intimidatoria y finalmente la deja pasar.

-¿Buenos días señorita, Documento por favor? Me pregunta segundos después el mismo hombre.

-Haga esa fila, llene los papeles y entregue su salida cuando pase por enfrente. Que disfrute su día – dice con una amabilidad que sorprende.

En ventanilla la ficha a llenar es sencilla, preguntas similares a cualquier formulario administrativo, lo más difícil sin dudas es conseguir una lapicera que funcione para completar y firmar el papel. Y en menos de cinco minutos en ventanilla el permiso para entrar y salir del país por el día está en mis manos.

Villazón

El puente sobre el río La Quiaca es la entrada, o salida de acuerdo a como se transite, a la ciudad boliviana de Villazón. En las paredes que sirven de apoyo pinturas y murales retratan algunos de los hermosos paisajes puneños de la zona. Los cien metros de puente son una hermosa mezcla de colores vivos que dan forma a los grandes y coloridos cerros, el suelo árido cargado de llamas y vicuñas y un cielo celeste embellecido con un sol radiante. Mujeres de trenzas largas que finalizan con pompones de colores, sombrero bombín, mejillas rojas y sus polleras coloridas también son parte de las imágenes pintadas.

Y a continuación un universo impotente. Avenida República Argentina es el nombre de la calle que concentra la mayor parte de los negocios. EXCHANGE: peso argentino 0,50 centavos – Dólar 6,45 bolivianos dicen los carteles afuera de las primeras casas de cambio que cruzo. Y acto seguido decenas de negocios levantan las persianas de sus vidrieras. En este laberinto de calles angostas, los primeros locales están llenos de productos en tela de aguayo. Uno junto a otro los y las vendedoras ofrecen desde lapiceras, remeras, bolsos, carteras bordadas, manteles, hasta cubre-cama en la tela colorida que suben hasta lo más alto de la pared. Mantas y telares hechos a mano con un estilo inconfundible de las artesanías del altiplano se llevan la mirada y el asombro de miles de personas que transitan a diario por aquí.

Las bolsas llenas de hojas de coca apiladas como pirámides verdes una encima de la otra se venden por todas las calles. Ellas se cotizan no solo para los pobladores del norte argentino, sino también para los foráneos que intentan

suavizar los malestares que implica caminar por 3442 metros sobre el nivel del mar.

-Entre amiga y vea los precios, no hay mejores. Le hacemos descuento – grita un vendedor. Los compradores que llegan desde los valles de Jujuy en remises o colectivos temprano dedican sus primeras horas a buscar precios, los expertos en estas calles saben que la clave es el regateo. Ellos y ellas se dejan tironear por las y los vendedores que los llaman agitando las manos y voceando sus ofertas.

Los juguetes son sin duda la mayor atracción. Muñecas y princesas con sus cuerpos esculturales, bebotes de ensueño como si fueran copiados de publicidades *de Pampers o Huggies*, autos, motos y camiones de tamaños y colores infinitos, osos de peluche que expresan amor infinito en un corazón rojo, micrófonos con sonidos que prometen reproducir una voz igual a la de Violetta y toda una serie de productos que usan las imágenes de los programas infantiles de moda. Algunos son imitación de los originales, pero la mayoría son inventos cuyo único objetivo es aprovechar la furia de los dibujitos de las series televisivas.

-Esto está a buen precio– dice el vendedor que intenta convencer a una mujer para que compre una muñeca ‘Darbie doctora’. Aquí no hay engaño, el que compra sabe que es un producto alternativo.

Conjuntos deportivos para niños con estampados de Los Simpson, Ben 10 y la cerda Pepa Pi copan los tablonos de muchos negocios. Otros exhiben colgadas en su entrada una a lado de la otra una variedad de camisetas de fútbol de equipos argentinos, brasileros, españoles e italianos, así como indumentaria de los seleccionados.

-La camiseta de Messi- con una sonrisa contesta el vendedor cuando le pregunto qué camiseta vende más.

-Disculpe ¿sabe dónde puedo encontrar a las mujeres que pasan mercadería? Pregunté a una mujer sentada en la vereda al lado de una canasta llena de Mentisan, una pomada verde fabricada en las altas montañas

de Los Andes bolivianos que por acá, en el norte, utilizamos para aliviar los síntomas del resfrío, la gripe, picaduras de insectos o quemaduras leves.

-Acá a la vueltita están, o si no en el río. Siempre hay, vos hablala y ellas te pasan – respondió con una sonrisa que dejaba al descubierto sus dos dientes de oro.

El encuentro

Dos cuadras después, en el triángulo que forman las calles avenida República Argentina, coronel Araya y Max Churaga encontré a las mujeres. Están sentadas de a grupos, algunas tejiendo, algunas charlando, todas esperando recibir mercadería de sus clientes, siempre con el teléfono en la mano.

-¿Hola, cómo va?- pregunto a Justina

-Bien, buscando mercadería para ir al río. Esperame un ratito- responde mientras se levanta y sale al encuentro de una clienta.

Justina es una mujer nacida y criada en La Quiaca. Ha trabajado como empleada doméstica en casas de familia muchos años de su vida aguantando día tras día los maltratos de su patrona

-Boliviana” me sabía decir cuando se enojaba”- recuerda- “su marido era un gendarme que no estaba gran parte del día en la casa, esos gendarmes que tienen altos cargos aquí, que traen a sus mujeres y sus hijos para que se aburran porque acá no hay mucho para hacer. Además yo creo que la engañaba y ella lo sabía por eso vivía enojada – sonrío con una carcajada como si esas palabras la ayudaran a exorcizar algo de sus recuerdos. Así resistió hasta que conoció al padre de sus hijas, el hombre con el que se juntó a los dieciocho años para formar la familia ideal. Pero con el tiempo los maltratos y los golpes se hicieron cotidianos.

Cuando su hija menor comenzó la escuela primaria conoció a la mamá de una de sus compañeritas, Elsa, que se convirtió en su mejor amiga. Ella ya

trabajaba cruzando mercadería por el río y convenció a Justina de unirse a la labor para así poder dejar atrás la vida con su marido. Desde entonces se convirtió en una refugiada en la casa de su madre, una mujer que le hace sentir su extranjería en los objetos más cotidianos, por ejemplo un sillón en el que nadie más que ella puede sentarse.

-Sabén dónde está Gladis?— pregunta una mujer que tiene en sus manos bolsas negras repletas de juguetes que parecen rebalsar en cualquier momento.

-Recién se fue al río doñita, ¿necesita pasar esas cositas?— responde Rosario, una de las compañeras del cruce.

-Sí, pero yo trabajo con ella. No me atiende el teléfono — dice la mujer mientras guarda su celular en una riñonera negra que tiene en frente el escudo del club River Plate.

-No se preocupe doña, sí está trabajando, ya viene. No quiere dejar sus cositas aquí yo se las cuido y cuando venga la Gladis le aviso. Así usted puede seguir con sus compras — dice Rosario.

-¿Seguro? Mira que es mucha mercadería — advierte la compradora.

-Sí doña, déme que yo se lo guardo acá mire- mientras agarra las bolsas y las coloca en el medio de un grupo de mujeres.

Temerosa, pero sabiendo que el tiempo es tirano aquí, la mujer se aleja para seguir

buscando y comprando los productos que el fin de semana venderá en la feria 'del Bachi 6', en el barrio San Pedrito de la capital jujeña.

-Hoy no hay mucha gente, pero a principio de mes se llena. Y más que los gendarmes se han puesto más duros, dicen que han encontrado droga pero para mí es mentira, así dicen para no dejarnos pasar — cuenta Justina mientras reacomoda algunos juguetes para generar más lugar.

Su celular suena y ella se pierde entre los negocios de la ciudad.

Como en cada ciudad de Bolivia, aquí los vendedores ambulantes de comidas y bebidas están presentes en casi todas las esquinas. Cada mañana Carmen instala su carrito de comida: un cubo de alambre muy similar a los carros de cartonero. Con solo dos ruedas, cargado de ollas de aluminio que en su interior tiene sopita de arroz, guisado y la famosa sopita de maní. La sopa que según dice la leyenda popular fue lo último que comió el Che Guevara antes que lo mataran.

-Ya tengo mucho, yo voy para el río nomás – dice Justina a Rosario apenas llega.

-Cuidá lo de la Gladis, Rosario. Mira que con ella no se jode- bromea buscando complicidad en Carmen.

-Yo no le tengo miedo – Grita Rosario mientras se acerca a Carmen para tomar el plato de sopita que cada media mañana saborea antes de salir al cruce. Rosario es sin duda la clienta más fiel y es también la que ayuda a Carmen cuando el negocio se llena de clientes y faltan las manos para servir, cobrar, lavar los platos en el balde rojo y volver a servir.

Justina sube con sus bolsas a un taxi. Son seis, tres llenas de juguetes, dos rebalsando de ropa, una con sábanas de polar y toallas con dibujitos animados y la última hinchada de ropa interior y medias. Además cruza dos acolchados de dos plazas.

-Dicen que están los gendarmes en el río y que no dejan pasar, que hay que esperar- cuenta el taxista mientras nos lleva al borde del río. Aquí al igual que en la frontera de Aguas Blancas– Bermejo los taxistas se mantienen informados sobre las condiciones diarias del cruce para ayudar a cumplir con su trabajo a las mujeres de la mejor manera posible.

-Y vamos a ver, espero no estén pidiendo coca para dejar pasar porque no traigo nada, nadita ahora – Justina sabe que cuando el control es arduo en el río debe pagar un ‘derecho de paso’ materializado en hojas de coca. No le queda otra opción, es una desgracia más o menos regular que cada tanto deja sus ganancias por el piso.

-Andan diciendo que encontraron droga. Debe ser que como es fin de mes necesitan quitar cosas para después vender ellos– sigue el taxista.

-¡Es mentira! – Afirma Justina con bronca -pero como salió en el diario de ayer ahora se van a poner jodidos. Seguro alguno cobra acá”.

Ella estaba tan confundida y preocupada como yo, aunque tenía muchos motivos más. La preocupación la invade porque sabe que las condiciones de paso van a cambiar por unos días. Los gritos, los insultos y las corridas con los gendarmes volverán a verse y sentirse como consecuencia de los rumores de droga. Cada tanto algún diario o programa que se dice periodístico revive ‘el problema del narcotráfico en la frontera’ y los oficiales de Gendarmería toman represalias con las trabajadoras, aun cuando ellos saben muchas de ellas nada tienen que ver.

-Bueno doña hasta acá llego, espero que tengan buena suerte- dice el taxista mientras Justina paga y retira todas sus bolsas.

El río

En el borde el clima es el de una Terminal de micros en cambio de temporada. Decenas de hombres, mujeres y niños cruzan el río de un lado al otro, algunos cargados de bolsas y productos, otros apenas con una mochila. El río es angosto, con un caudal que apenas supera los tobillos pero que encuentra su mayor dificultad en la baja temperatura que alcanza el agua. Siempre – dice Justina para tranquilizarme- hay dos o tres chicos con sus carros listos para cruzar por tres pesos a quienes quieren evitar cualquier posibilidad de contacto con el agua fría.

Los olores a empanadas, tortillas fritas con queso y las ollas rebalsando de sopas se perciben apenas bajamos del taxi. Los improvisados negocios a la vera del río, atendidos por mujeres de a poco se llenan de personas que buscan renovar sus fuerzas de trabajo mediante la comida.

Aquí todos parecen conocerse, las risas, los gritos de saludos y advertencias son parte cotidiana del espacio.

-Cuidado, vienen gendarmes- grita un hombre enfrente mientras baja corriendo al río cargando en su espalda una lona llena de ropa. Y detrás de él nueve mujeres corren desesperadas en la misma dirección.

Diez segundos de silencio invaden el borde del río, todos miran el frente, sin emitir palabra, esperando que solo haya sido una equivocación de quienes gritaron el aviso. Hasta que estaciona una camioneta *Cross fox* gris y baja un gendarme. Desde acá parece un comisario canoso, un hombre gringo que flota en su propio ego sin importarle nada más que su metro cuadrado. Camina a paso lento con las manos sobre su cintura como sacando el pecho todo el tiempo y una sonrisa sobrada adornada de un par de hoyuelos.

-¿Que hacen todos aquí?, hoy no se puede pasar nada. Son órdenes de arriba. Mejor vuelvan a sus casas y dejen de bagayear- dice en voz alta y luego ríe fuerte.

-No nos queda otra que esperar acá sentadas- me advierte Justina mientras extiende en el piso su aguayo y acomoda las bolsas a trasportar. Antes de sentarse ata con desgano su pelo y arriba coloca una gorra negra. Ahora sí puede sacarse su saco de lana marrón, si bien es verano en las alturas el calor de sol se siente recién en horas del mediodía.

-¿Y qué parece? ¿A dónde te agarró?- Pregunta Justina a su amiga Elsa que salió veinte minutos antes.

-Ya había pasado el río, justo estaba por agarrar un taxi cuando lo vimos venir y me vine corriendo. Es el gringo malo. Desde temprano esta así, se va unas horas y vuelve- responde la mujer agitada.

- Así es éste pero ya debe terminar su turno – susurra Justina como si alguien más la pudiese escuchar.

Elsa se sienta al lado de Justina y comienza a hablar en quechua. Una clara señal de que mi presencia no es de su agrado. Justina me mira, sonrío y

responde con las pocas palabras en esa lengua que aprendió. Su conversación sigue así durante gran la espera; entre miradas cómplices y risas.

En la voz de Elsa, se oía más de lo que sus palabras formulaban, por años ha sufrido en su cuerpo el maltrato de los gendarmes y por ello prefiere evitar problemas:

Una vez – recuerda Justina- corrimos tanto juntas que terminamos muy lejos, allá donde no hay nada más que montes. El gendarme nos gritaba que tarde o temprano íbamos a volver, tuvimos que esperar horas y horas bajo el sol. Aquí mucha gente tiene miedo por eso ella no te quiere hablar”- dice Justina un poco nerviosa, inquieta, tal vez intentando encontrar las palabras justas para explicar por lo que les tocó pasar a ellas y a gran parte de los que hoy se encuentran esperando.

En el río solo quedan tres niños que juegan entre ellos. Deben tener entre nueve y diez años. El más alto sube a una piedra grande mientras su amigo se ubica en el medio del agua y tira una chancleta hacia el cielo. El niño de la piedra salta e intentar agarra la chancleta en el aire, antes de sumergirse en el agua pero en el primer intento fracasa. Las risas de los niños se contagian a casi todos los que esperamos aquí. Los tres corren de un lado al otro, saltan, ríen, juegan. Para ellos en este momento el límite no es un límite.

Veinte minutos después, Justina comienza a impacientarse, el gendarme parece decidido a quedarse un rato más. Una mujer se acerca a él y le pide que la deje pasar pero obtiene una respuesta negativa. En su rostro enrojecido por la labor del sol se puede ver el cansancio que contrasta perfectamente con la frescura del gendarme. Esa frescura que mostraba como burla. En frente de ella el gendarme saca una botella traspirada de frío, la lleva a su boca y ante la mirada de la mujer tira al suelo lo que sobra de agua.

El gendarme uniformado de un verde oliva, siempre tiene su mano en la cintura, al costado bien ajustada está la cartuchera de su pistola. Camina de un lado al otro, recorriendo el borde del río, con gestos bruscos y autoritarios.

Hasta que por fin decide subir a su camioneta y salir rápido dejando nubes de tierra a su paso.

-Vamos rápido, mira que este te manda a otro- dice Justina mientras se levanta, alza su aguayo cargado y lo coloca en su espalda.

En el borde, desata las trenzas de sus zapatillas, las cuales como no puede ser de otra manera compró en esta ciudad, las coloca en su mano izquierda y arremanga sus pantalones arriba de los tobillos. Cruza el río como quien salta charcos de agua, tratando de pisar las piedras más grandes que marcan el camino hacia el frente. Son diez segundos de puro equilibrio con un peso superior a treinta kilos sobre su espalda.

Ya del otro lado Justina seca sus pies con una pequeña toallita rosada que tenía escondida en el bolsillo de su pantalón gris, se calza y sigue su camino a paso de trote. En frente, en ambos costados y detrás de ellas decenas de mujeres hacen lo mismo. Todos aquí corren como si jugaran carreras. Se esquivan unas a otras, las que van y las que vienen, esquivan a los perros que huyen asustados ante la situación y a los dos chanchos que se entierran en los charcos de barro al costado del río.

En la primera calle después del río están los autos que funcionan como remises para acercarlos hasta la terminal de la ciudad. Si bien el camino no es largo, se debe estar atento durante el viaje porque periódicamente aparecen controles de Gendarmería por estas calles y eso representa un peligro.

- ¿Alguien quiere agua?- pregunta el remisero y saca una botella de debajo de su asiento.

-Si. El gringo no se iba más. Espero ya no vuelva hasta mañana- dice Elsa mientras seca su transpiración de la frente con el brazo.

-Es jodido ese, no deja trabajar a nadie- continúa el remisero mientras mira atento por la ventanilla y el espejo retrovisor. Justina, Elsa y la mujer que está sentada en el asiento de adelante hacen lo mismo. Miran cada una de las ventanas rogando no encontrar a ningún gendarme.

La Terminal

Cuando la Terminal de la Quiaca aparece comienzan a sentirse los suspiros de alivio: la mercadería está a salvo. Al bajarse del auto las mujeres se acomodan en su lugar, al igual que en Villazón cada una de ellas tiene su espacio ganado. Todas se ubican en algún rincón de la parte de atrás, cerca de las oficinas donde las agencias venden los boletos de colectivos a 'cualquier parte de la Argentina', o así dice un cartel.

Justina desata el nudo de su aguayo y ordena las bolsas a la espera de sus dueñas.

-¿Vos volvés al río?– pregunta Justina mientras se moja los labios para refrescarlos.

-Sí, vamos a ver si hacemos otra pasadita – responde Elsa.

-¿Che y vas a ir a la fiesta de la hija de la Lidia? – interrumpe Justina después de cinco minutos de un silencio que incomoda.

-Si consigo qué ponerme– aclara y sonríe Elsa -Si no hay trabajo vamos a ese negocio bonito de la esquina – continúa.

El trabajo de ellas termina cuando hacen entrega de la mercadería y reciben su pago. A sus clientas en cambio les queda cinco o seis horas de viaje por una ruta que suele tener controles de Gendarmería, los cuales deberán sortear hasta llegar a destino. En su mayoría las compradoras viajan hasta aquí en remises particulares desde los valles de la provincia: San Salvador de Jujuy, el Carmen, Perico, donde los fines de semana venden los productos en las grandes y populares ferias de estas ciudades.

-Acá está todo, nos tardamos por los controles. Espero ustedes no tengan problema– dice Justina mientras entrega las últimas bolsas.

-Gracias, está medio fea la cosa pero yo sí o sí tenía que venir. Capaz en tres semanas esté de nuevo, cualquier cosa te llamo- responde la mujer mientras sube a un auto junto a tres personas más que la espera para retomar el camino a casa.

Justina despide a la última de sus clientas y guarda su pago en el bolsillo derecho de su pantalón gris. Aunque en este momento su cuerpo es puro dolor, expresado en los constantes gemidos al levantarse, junto a Elsa deciden volver a la ciudad de Villazón para seguir trabajando. Saben que deben apurarse porque pasado el mediodía pocas personas quedan comprando, pero quizás alguna que otra compradora despistada del tiempo necesita su servicio.

-Bueno nosotras volvemos. Mañana voy a estar ahí de nuevo- me despide Justina y rápidamente comienza a caminar junto a Elsa hacia el camino que las devuelve a la rutina laboral.

Se alejan de la Terminal a pasos acelerados, siempre sonriendo y hablando en voz baja. Seguro hay mucho para contar, mucho más de lo pudieron hablar en mi presencia. Chismes nuevos, secretos a develar, preocupaciones que compartir, porque no solo son compañeras de trabajo, son vecinas, son amigas y confidentes desde hace muchos años.

Segunda Parte:

Estar allí

CAPÍTULO 4: CONFIGURACIONES DEL ESTADO

“De no haber existido la piratería marítima, el comercio no habría podido funcionar y las personas no habrían podido vivir (...) La ilegalidad era una de las condiciones de vida, pero al mismo tiempo significaba que había cosas que escapaban al poder y sobre las cuales no tenía control”.

Foucault, 2014b.

En este capítulo, el primero de la segunda parte de la tesis, reflexionamos sobre las configuraciones del Estado presentes en el relato de las experiencias de las mujeres bagayeras, con el objetivo de pensar las formas en las que ellas se relacionan principalmente con el personal de Gendarmería. Para ello hicimos un recorrido que comienza por exponer distintos procesos que sentaron la base para colocar el tema de la inseguridad en la cima de las preocupaciones sociales y generar en la opinión pública el consenso necesario para que desde las distintas fuerzas de seguridad se lleven a cabo acciones contra las mujeres bagayeras.

Aquí también enumeraremos y reflexionaremos sobre un conjunto de experiencias que tienen en común sortear normas y formas de consumo, haciendo visible la ineficacia de algunos dispositivos de control pero fundamentalmente exponiendo ingenierías populares espontáneas y precarias, que nos permiten pensar en formas distintas de relacionarse con las normas sociales, y desde la experiencia generar un saber legítimo para considerar *otros* mundos posibles.

4.1 Las normas y los ilegalismos

La modernidad se caracterizó por una paulatina conformación de sociedades de normalización y regulación, en las que aquellas formas dramáticas y apasionadas de ordenamiento de la sociedad fueron gradualmente emplazadas por formas de organización y subordinación. Procesos que tuvieron lugar principalmente a partir de formas de disciplinamiento y la biopolítica (Foucault, 2007) como nuevos modos de ejercicio de poder

que intervinieron con fines controladores y modeladores que resultaron centrales para la vida moderna en las ciudades. La creación de las normas, al igual que la aplicación y el control de las mismas, se formularon a partir de los intereses de los sectores dominantes. Desde allí se trató de gobernar, marcar a las personas, producir separaciones binarias: puros/impuros, malvados/inocentes, normales²⁸ y anormales en el conjunto gobernado. Dichas categorías han sido históricamente construidas en términos de relaciones desiguales de poder entre los diferentes sectores sociales, económicos, políticos y étnicos.

Se formó entonces la utopía de una sociedad universal y públicamente punitiva donde ciertos mecanismos penales, siempre activos, funcionarían sin retraso ni mediación, ni incertidumbre. Se pensaron leyes doblemente ideales por ser perfectas con sus cálculos y estar inscritas en la representación de cada ciudadano para bloquear todas las prácticas consideradas fuera de las leyes. El ensamblaje de los dispositivos de (bio)poder produciría, a la sombra de las grandes representaciones colectivas, la verdadera fisonomía de la sociedad.

Todos los grupos sociales establecieron reglas y, en determinado momento y en ciertas circunstancias, también las aplican. Esas reglas sociales definieron los comportamientos y las situaciones que se consideraron apropiadas, diferenciando las acciones “correctas” de las “equivocadas” y “prohibidas”. Es decir para cada conjunto social habría una determinación colectiva de lo bueno y lo malo; lo justo y lo injusto; lo criminal y lo honesto; así como de los ejercicios legítimos o ilegítimos de la violencia. Y cuando una regla que debe ser aplicada es sorteada, es probable que la o el supuesto infractor sea considerado como una persona incapaz de vivir según las normas supuestamente acordadas por el grupo y que no merezca confianza.

La paradoja del control del Estado es que los esfuerzos oficiales por desterrar las actividades no reguladas mediante la proliferación de reglas y controles muchas veces refuerzan las propias condiciones que generan esas actividades (Portes y Haller, 2004). Entonces al crearse las normas, se creó también la desviación. La desviación no es una cualidad del acto, sino una consecuencia de la aplicación de las reglas y sensaciones sobre las personas a manos de terceros. Un acto, para ser considerado desviado depende también de la forma en que se

²⁸ Siguiendo a Goffman (2012) entendemos a los normales como todos y todas aquellas personas que no se apartan negativamente de las expectativas particulares que están en discusión.

reaccione ante él. La normalidad es en definitiva la condición del monstruo cotidiano (Foucault, 2014), un individuo al que se debe corregir.

La mayor parte de las personas que cometen ilegalismos (ibíd.), es decir que actúan fuera de las leyes, son perseguidas y castigadas pero no así apresadas en las redes de los distintos dispositivos penales. En realidad se trata de trazar límites de tolerancia, de dar ciertos campos de libertad a algunos y algunas y aplicar prisión sobre otras, de excluir a una parte y hacer útil a otra; de naturalizar a estos y sacar provechos de aquellos. “La penalidad no reprimiría pura y simplemente los ilegalismos, los diferenciarían, asegurarían su economía” (ibíd.:317). Toda una gestión diferencial que sirve fundamentalmente para aumentar los intereses de una clase y profundizar una justicia de clase.

Se puso el acento ante todo en los microdelitos y las conductas catalogadas como ‘incivilizadas’, asociadas a la pobreza (Rodríguez Alzueta, 2014). Un delito circunscrito al delito callejero y acotado también a ciertas infracciones contra las personas y contra la propiedad. El objetivo específico del sistema penal consiste en seleccionar, perseguir y castigar sólo algunos de los comportamientos ‘ilegales’ que se diseminan a lo largo del cuerpo social, y estableciendo que es esta una función vital en la reproducción de las relaciones de poder vigentes en dicho conjunto. Se persigue y castiga selectivamente ciertas infracciones (principalmente las practicadas por sectores populares), los vuelve visibles como peligros sociales, dejando al mismo tiempo –y por lo mismo– en la sombra y en libertad de acción al resto.

4.1.1 Ilegalismos de fronteras

Cuando el Estado Nacional argentino comenzó el proceso para definir los límites de su territorio con la delimitación de las fronteras argentino-bolivianas, comenzó también los procesos de demarcaciones respecto de términos que se usarían o permitirían usar para nombrar determinadas prácticas que sucedían en esos espacios. En este proceso se agrupan, reordenan, crean y recrean categorías que se tomaron como versiones oficiales del mundo social. Mientras una narración se instaura como versión oficial y colectiva, otras son destinadas ‘al basurero de la historia’, como sostiene Alejandro Grimson (2011). Fueron

clasificaciones cuyo poder constructivo está determinado a partir de ciertos valores preponderantes que se inscribieron significativamente en la historia (Renoldi, 2008).

Primero no me gustaba porque era feo porque vos de aquí salías, te ibas en el auto, llegabas allá al monte donde descargan al desvío y te metías para adentro y ahí pasabas, no había gendarmes nada, pasabas. Y un tiempo ha decidido ponerse la aduana y era feo porque los aduaneros te correteaban, vos te metías por un lado que no conocías, porque a veces te quitaban la mercadería. Había días que los gendarmes estaban a los tiros porque no querían dejar pasar mercadería, no querían nada, no eso es un contrabando y no se puede, no tiene por qué pasar por acá' y cuando empezaba uno a gritar uno que sí que nosotros vivimos de eso, nosotros comemos esto, nosotros ganamos la plata para darle de comer a nuestro hijos entonces el gendarme decía 'está bien yo los entiendo tiene hijos tiene familia, pero antes que ustedes pasen esta merca yo la tengo que revisar' y te hacía sacar todo y te buscaban todo, por eso yo decidí ayudar a mi mamá porque vos te metías al monte y tenías que desviar, porque ella no podía correr y los milicos te correteaban y todo. Un tiempo era que ellos te preguntaban 'por qué usted hace esto, que por qué usted ha decidido traer esta clase de mercadería' y yo le decía porque no había otro trabajo, porque era verdad antes no había otro trabajo, porque primero era un tiempo, era la pechada de carro, después se terminaba esa temporada y si o si tenías que ir y venir y rebuscar para que tengas, para que le des de comer a tu hijo, de comer a tu familia. Había un tiempo muy duro porque había como es, que no entendían, los gendarmes no entendía, no comprendía.

Angélica, mujer bagayera de Aguas Blanca-Bermejo²⁹

Fue a partir de la definición de los límites y la instalación de los controles aduaneros (posterior a la creación del código aduanero argentino) que dicha actividad se denominó contrabando. Al ser considerada una actividad ilegal, las mujeres que se dedican al bagajeo, es decir al cruce de mercadería por circuitos que evitan los controles aduaneros y de Gendarmería instalados en la frontera, son consideradas “outsiders, marginales” (Becker, 2012:21). Se trata de una construcción procesual y relacional de etiquetas, que naturalizaron a este grupo de personas dentro de la categoría ‘fuera de lo normal’, quien se desvía de un grupo de reglas.

²⁹ Al igual que en las crónicas, los nombres de las mujeres bagayeras entrevistadas han sido cambiados con el firme propósito de no perjudicarlas. Asimismo las transcripciones de las entrevistas intentan respetar las palabras y las formas utilizadas por las mujeres.

4.2 El giro punitivo

En los últimos 30 años se desarrolló en buena parte de Latinoamérica, con diversos momentos de surgimiento, ritmos e intensidades en los distintos contextos, un giro punitivo (Hallsworth, 2006; Garland, 2005). Hablamos de un crecimiento generalizado de políticas penales basadas en estrategias excluyentes y estigmatizantes que apuntaron a anclar la multiplicación de estereotipos de alteridad radical, profundizar movimientos sociales y políticos ligados a la consigna de cero tolerancia al delito y a formar grupos de vigilancia vecinal. El crecimiento de la punitividad puede visibilizarse en diversos indicadores, entre los que se destaca una creciente tasa de encarcelamiento. Entre 1992 y 2012 en Brasil la tasa de encarcelamiento aumentó un 270%, en Colombia un 211% y en Argentina un 140% (Iturralde y Sozzo, 2015).

La creciente legitimidad de exacerbación de la violencia y accionar duro por parte de las fuerzas de seguridad visibilizó un modelo de “tolerancia cero” conducido por los Estados frente al delito. La consecuencia de dichas acciones debe analizarse en clave de práctica social y no únicamente como parte de una cultura institucional. Hablamos de prácticas sociales que se producen en redes que exceden los límites institucionales de las fuerzas y se insertan en un tejido más amplio y difuso. El ejercicio policial se apoyó en marcos de legitimidad mucho más amplios que los de la legalidad (Ayo, Dallorso, Rangugni y Recepter, 2010).

La intervención policial se basó en sentimientos de hostilidad hacia las personas que fueron definidas como portadoras de una inseguridad. Una inseguridad que no se asocia a los delitos de tránsito, ni a la violencia de género -de hecho las personas que cometen dichos delitos no son percibidos como portadoras de inseguridad- sino a las personas históricamente vulnerabilizadas por los sectores dominantes, que concentraron el rechazo y los temores sociales. La inseguridad constituye una amenaza que no recae de forma aleatoria, sino por el contrario se vincula con la estigmatización y la criminalización de la pobreza. Tiene una relación directa con el autoritarismo, la fractura del sentido de comunidad, la desconfianza entre clases, el apoyo a las formas de crimen mal llamadas ‘justicia por mano propia’ y el

incremento del armamento (Kessler, 2009). El dinamismo de estos procesos logrado en cada país varía de acuerdo al grado de preocupación política frente al delito.

En Argentina, la inseguridad se convirtió en el centro de las preocupaciones públicas al punto de competir solo con la cuestión socioeconómica. Luego de la estabilización de la economía en 2004, el desasosiego por el delito por primera vez superó al provocado por el desempleo y a partir de entonces siguió un curso en general ascendente (ibíd.). Desde entonces la preocupación por la inseguridad estuvo emplazada como principal demanda en oposición a un pasado tranquilo en el que el temor era insignificante (Caimari, 2004). El delito y el miedo al delito se transformaron en los tópicos de la dirigencia política y la ciudadanía. Ya no como preocupación solo de las grandes ciudades sino también de las pequeñas localidades. Muchos lugares del país se convirtieron en espacios peligrosos.

Las prácticas institucionales brutales y discriminatorias se sustentaron y legitimaron en el resentimiento y en los procesos de institución social que demonizaron y extranjerizaron al *otro* diferente del ‘buen ciudadano argentino’. Este proceso de esencialización negativa del otro (Young, 2012) profundizó la estigmatización de las clases bajas y de algunas poblaciones inmigrantes hasta convertirlas en el blanco perfecto de prácticas de resentimiento y colocarlas en el foco de la atención pública. Una batería de etiquetas clasistas aportaron el consentimiento para que determinados sectores de la dirigencia política habiliten y focalicen el poder punitivo contra ellos y ellas, lo que contribuyó a vulnerabilizar aún más a esos sectores de la población (Rodríguez Alzueta, 2014). Parte de este proceso es aquel en el cual la persona estigmatizada aprende a incorporar el punto de vista de los ‘normales’ adquiriendo así las creencias relativas a la identidad del resto de la sociedad mayor. Aquí las personas asimilan un estigma particular a partir de generar en ellos un sentimiento de culpabilidad por ser portadores de dichas etiquetas negativas como una forma de explicar su inferioridad. Prontamente además aprenden las consecuencias violentas de poseer ese estigma (Goffman, 2012).

4.2.1 La construcción de un peligro

En el proceso de criminalización de cierta parte de la población los medios de comunicación, en todos sus formatos, resultaron fundamentales. Los medios masivos no pueden

considerarse como intermediarios transparentes de acontecimientos, sino como constructores activos de sentido (García Vargas, 2008). Ellos “fabrican y emiten” -más allá de las informaciones de actualidad- los imaginarios sociales, las representaciones globales de la vida social, de sus agentes, instancias y autoridades, los mitos políticos, los modelos formadores de mentalidades y de comportamientos, las imágenes de los “líderes”, etc. Las informaciones que emiten estimulan la imaginación social, y los imaginarios estimulan la información, en un proceso de circulación continua, en la que los fenómenos se contaminan permanentemente unos con otros, en “una amalgama extremadamente activa a través de la cual se ejerce el poder simbólico” (Baczko, 1991:32). Así, el espacio mediático resulta co constitutivo del espacio social - y de sus vínculos con el espacio físico- que no se limita a dar forma a algo previo y ya existente sino que es parte del proceso de formación, estabilización, crítica o ruptura de la mayor parte de las figuras que se presentan al debate social (García Vargas, 2010).

En el contexto de la doctrina de la seguridad nacional y como consecuencia del proceso de criminalización del otro se militarizaron las fronteras. Todos los pasos y franjas limítrofes, especialmente las fronteras argentino-boliviano, se transformaron en ‘áreas de peligro’ que debían ser custodiadas por la Gendarmería Nacional, una fuerza ubicada entre la policía y el ejército. Desde su creación en el año 1935, la Gendarmería se transformó en una fuerza móvil de despliegue con capacidad para intervenir rápidamente en cualquier situación considerada peligrosa (Rodríguez Alzueta, 2014). Una fuerza con inscripción territorial en casi todo el país a la cual se le confirió el combate de tráfico de drogas³⁰.

Si bien las fronteras nacionales siempre han sido fronteras de exclusión, a partir de la estigmatización de la población boliviana el cruce de inmigrantes de dicho país se transformó

³⁰ Utilizamos el término droga en forma genérica para hacer referencia a las sustancias cuya utilización no depende de prescripciones médicas. Particularmente en Argentina la cuestión de las drogas recién se plantea como problema social a mediados de 1960 como eco de la situación mundial. La percepción de las drogas llamadas ilegales y los estupefacientes está basada en la dimensión moral de la sociedad occidental moderna. Las ideas y las percepciones de las drogas refieren intereses económicos y clasificaciones de orden moral capaces de producir estigmas y etiquetamiento. Lo moral, es decir la construcción de clasificaciones que atribuyen cosas a lugares, arbitrarias en su totalidad, permiten definir sentidos para distinguir lo aceptable de lo inaceptable (Douglas, 1973; Renoldi, 2008).

‘una invasión del territorio argentino’³¹. Se construyeron cifras ‘oficiales’ de delincuencia que hacían referencia a casi una totalidad de crímenes cometidos por las y los bolivianos que sirvieron para justificar el accionar violento y una supuesta inferioridad de dicha población (Grimson, 2000). Aunque hay voces contrastantes, desde la perspectiva de los sectores dominantes argentinos, las personas nacidas en estos bordes dadas las similitudes étnicas y socioculturales con sus vecinos también se convirtieron en receptores del proceso punitivo. Como ya dijimos (en el primer capítulo de la tesis) el paisaje norteño y sobre todo la vecindad con Bolivia no son rasgos que se desean asumir o mostrar como parte de la Nación. La idea de hermandad entre los Estados y la de igualdad ante la ley de una nación esconde un proceso de selección que requiere jerarquización tanto en la concepción de las personas peligrosas y grado de responsabilidad, como en el nivel de pruebas y evidencias (Renoldi, 2008).

¿Viste noticias que hablen sobre la frontera?

Si, vi. Venía yo más atrás un día y los changos decían che ahí están filmando, tan filmando, escuendansen chicas. ¿Que ha paso les digo? Ahí están filmando... mirá, mirá a aquella la están filmando. Un día nosotras con la gorda [hermana] nos tiramos al yuyo, está loco para salir en la tele dice la gorda. Nosotros cuando vamos por el desvío los milicos están con el celular sacándote foto. ¿Por qué trabaja así señora? dice el milico, porque no hay otro trabajo le digo.

¿Y cuándo vos ves las noticias que sentís?

Por ahí hablan bien has visto, pero por ahí hablan como que medio mal. Yo le digo a mi mamá yo no sé porque hablan así si cada uno sabe lo que uno está llevando. Sí yo sé que es un contrabando pero si no hay otra cosa, porque ellos hablan mal de lo que dicen son los bagayeros.

Angélica, mujer bagayera de Aguas Blancas-Bermejo.

³¹ Para Caggiano (2012) es posible identificar tres momentos principales de puesta en agenda de la inmigración boliviana durante la década del noventa: “a) 1992, con la crisis del sistema de salud y de potabilización del agua y la detección de casos de cólera y de enfermedades que se suponían desaparecidas del país desde hacía muchos años; b) 1994, con el crecimiento del índice de desocupación que alcanzó ese año el 18%; c) 1999, con las explosiones delictivas en Buenos Aires y la creciente tematización de la inseguridad urbana” (Caggiano 2012: 12). La constitución de esos tres escenarios fue producto de los discursos de dirigentes políticos y funcionarios estatales y de la intervención de los medios que produjeron, a su vez, datos e información a los que aquellos dirigentes podían recurrir luego. Las noticias que tenían a las y los bolivianos como protagonistas era las crónicas de delitos comunes y hechos de sangre, y las noticias sobre explotación laboral (presentada siempre como una violación de las leyes y de la moral local) (ibíd.)

La prensa gráfica de los noventa, enmarcada en un proyecto neoliberal, se caracterizó por un incremento de “noticias referidas a delitos como sitio de discusión de los actores y las acciones que implican inseguridad”, característica que se sostuvo pos-periodo menemista³² (García Vargas, Arrueta y Brunet, 2009). En este contexto se inscriben buena parte de los hechos noticiables sobre las mujeres bagayeras. La difusión sensacionalista respecto de las prácticas culturales que suceden en los espacios fronterizos sembró pánicos morales³³ en la opinión pública que apoyó las acciones violentas contra tal amenaza (Thompson, 2014). En esas agendas, pero también en la conversación diaria, la seguridad fue percibida como un problema policial que solo se resuelve o contiene con mayor presencia de las fuerzas de seguridad en las calles, las fronteras y todo lugar que represente un peligro.

Las noticias sobre la frontera argentina-boliviana en la mayoría de los casos empezaron a estar relacionadas con hechos vinculados al narcotráfico³⁴, como por ejemplo “*Las*

³² Para Caggiano (2012) dicho rasgo se ha mantenido a lo largo de la década del noventa y de lo que va de la del dos mil diez, a pesar de las diferencias detectadas entre estos dos momentos. Las consecuencias económicas, políticas y socioculturales de la crisis de 2001 implicaron un tratamiento público diferente de la inmigración procedente de países vecinos. En un contexto en que la pobreza, el desempleo e inclusive la desigualdad estructurales se impusieron por peso propio en la agenda política y mediática, ya no fue posible una operación sencilla de señalamiento de la inmigración como responsable de estos males. No obstante, la forma en que las y los inmigrantes fueron mostrados y mostradas en imágenes no presenta variaciones.

³³ Entendemos pánicos morales como una expresión directa y espontánea frente a la preocupación y la ansiedad extendidas y vinculadas a la percepción de una amenaza del mal. La amenaza o el peligro son vividos como más importantes que cuando se los evalúa de manera más realista (Thompson, 2014). Ante estos pánicos, el sistema penal y policial tienen el deber de dar respuesta inmediata al miedo y al sentimiento de inseguridad aun cuando las muertes ocasionadas por el uso indebido de medicamentos son casi diez veces mayor a las producidas en ocasión de robo y que también son mayores las producidas por accidentes viales (por citar solo algunos casos) sin embargo, se trata de temas de mucho menos impacto público (Kessler, 2009).

³⁴ El narcotráfico ha sido un tópico que creció en los últimos años en los medios argentinos. Desde episodios de sicarios en los *shoppings* o la muerte dudosa de empresarios vinculados a la efedrina hasta la narco-modelo colombiana Angie Sanclemente Valencia, pasando por un sinfín de denuncias de la connivencia entre la política y las drogas o las pastillas diseñadas y las fiestas electrónicas, las noticias acerca del narcotráfico abundan cada vez más. La producción audiovisual no se ha quedado fuera de esta tendencia y la narco-ficción ha inundado las pantallas locales: *Sin tetas no hay paraíso* (Colombia, 2006), *Escobar, el patrón del mal* (Colombia, 2009), *El señor de los cielos* (México-EE.UU., 2014) transmitidas por Canal 9, ocuparon el *prime time* contándonos

caravanas de compras ilegales, un nuevo negocio millonario en la frontera” “*descontrol en el límite*”, “*La frontera, puerta de entrada de la cocaína*”, “*ajuste de cuentas por droga*”, “*una zona crítica de contrabando de todo tipo*”³⁵. Estas noticias reproducen una mirada metropolitana de la Nación que carga de otredad a la vida social en las provincias no pampeanas, especialmente la de sus sectores populares (Karasik, 2000). “*Cualquiera puede entrar a nuestro país sin presentar absolutamente nada*” o “*Salta y Jujuy son un colador donde cada uno si quiere hace lo que quiere para entrar a la Argentina*” son frases que plantean una homogeneidad absoluta del mundo representado (Cebrelli y Rodríguez, 2013) y fundamentalmente vacían de sentido histórico a las fronteras. Afirmaciones como esta niegan la particularidad de cada una de ellas, dado que existen fronteras más permeables que otras, momentos de militarización de los cruces, como personas que cruzan con facilidad mientras otras son humilladas y perseguidas (Grimson, 2000).

No es la intención de este capítulo, ni de la tesis en general, hacer un análisis particular de cada una de las noticias, las exponemos como ejemplo de cómo se construye el trabajo de las mujeres bagayeras. Sin embargo nos parece interesante remarcar algunas cuestiones que hacen a nuestros objetivos. La primera de ella es señalar cómo en el interior de las noticias describen el accionar de las y los bagayeros de forma despectiva pero además, en ellas, se borra todo el trabajo y el sacrificio que requiere el cruce de mercadería con frases como “*dice este boliviano que cruza el río entre su ciudad de Bermejo y la argentina Aguas Blancas como si fuera de la cama al living*”. La nota oculta los efectos de un feroz poder de

las vicisitudes del mundo del narcotráfico y sus exóticos personajes, todos de otros países. En pocos años, la narración del narcotráfico y las drogas se ha instalado transversalmente en la sociedad argentina.

³⁵Así se titulan algunas de las noticias que hacen referencia a las dos fronteras argentino-bolivianas analizadas. Nos parece interesante señalar que durante el trabajo de campo y gran parte del proceso de investigación encontramos algunas notas que hacen referencia a la cantidad de compras y venta de productos electrónicos en la frontera argentina-chilena tituladas: “Chile, el destino para hacer compras”; “Aprovecharon el fin de semana extra largo para hacer compras”; “Chile, “nuevo Miami” de los argentinos: con precios súper bajos en electrónica y ropa, el turismo sube 60%”. Como se ve en los titulares y en el interior de las notas, dicha frontera no representa ningún conflicto y las grandes cantidades de compras no se denominan contrabando. Con cierta regularidad también aparecen en los medios gráficos porteños noticias de la triple frontera que las colocan como una “tierra sin ley”, una región “remota y extraña” sobre la cual los tres países (Argentina-Brasil-Paraguay) no han podido establecer ningún tipo de orden (Montenegro y Giménez Béliveau, 2006). Y Finalmente no encontramos noticias referidas a la compra de mercadería de la frontera con Uruguay. Ver anexos: noticias.

dominación y todas las violencias que viven a diario las y los trabajadores por parte del personal de Gendarmería, que se utilizan para celebrar las diferencias entre las y los bagayeros y ellos.

Lo segundo que nos parece interesante señalar es la masculinización que se hace de los espacios vinculados al Estado, las fronteras y las fuerzas armadas. En los informes de televisión al igual que en las noticias de la prensa escrita, los actores legitimados para participar de estos espacios son, en su mayoría, hombres. Son entonces 'los bagayeros', con una clara predominancia de imágenes donde pueden observarse a varones de distintas edades cruzar mercadería, los que representan un peligro para la Nación. Masculinización que también se construye cuando se habla sobre las instituciones que deben controlar las zonas. Desde quien relata lo que acontece en la frontera, hasta los jueces, diputados y gendarmes que visibilizan los informes, son varones.

La visibilización de la participación de las mujeres tiene una íntima vinculación con el orden social y con el mantenimiento, la creación y la potencial transformación de situaciones de dominación. Mostrar a las mujeres como parte esencial en la cotidianidad en los espacios donde se construye la ciudadanía en tanto dimensión cultural y política a partir de las interacciones entre Estado y sociedad, supone un serio problema (Vallejos, 2009) ya que contrarresta los ideales del universo discursivo hegemónico al evidenciar que su interacción resulta fundamental en tales espacios. Las mujeres no pueden representar un peligro dado que su interacción en la sociedad solo puede darse desde espacios y actividades que fueron naturalizados en ellas: la casa, el cuidado de los niños: trabajos donde puedan desplegar la sensibilidad y emocionalidad que las caracteriza. La generalización que se construye en los discursos estereotipados tiene como fin reafirmar el sostenimiento de estrictas normas patriarcales que hacen una exigencia especialmente dirigida a las mujeres para que ocupen 'su lugar' en la sociedad.

Las representaciones que los medios ayudan a construir son siempre políticas (Cebrelli y Rodríguez, 2013) y escenifican el mundo social a partir de imágenes, descripciones, explicaciones y marcos para entender cómo es el mundo y cómo funciona. La imagen pública que se creó de las y los actores de la frontera, especialmente de las y los bagayeros, está estrechamente vinculada con una exotización de las y los pobladores y las prácticas que

tienen lugar allí pero sobre todo con una exacerbación de la diferencia del otro, comprobable en la manipulación de la selección de las imágenes que se muestran y los calificativos que se utilizan. Estas acciones que se califican como criminalizantes las y los ubica en espacios peligrosos y las y los agrega al grupo -supuestamente restringido y cerrado- de individuos estrechamente ligados a las prácticas delictivas sostenidas como a la delincuencia y el contrabando.

¿Cómo es en el desvío?

A partir de ese accidente que hubo del chango que ha fallecido ya han venido los gendarmes. Habrá como quince, veinte gendarmes adentro y ellos te revisan bien. Vos caminás hasta la mitad, en la mitad más o menos están los gendarmes y vos llegas hasta ahí y ellos ahora ya te hacen hacer fila. Vos tenés que esperar ahí hasta que te toque el turno, bajás la lona y te revisan. Algunas veces con suerte te ven re cansada y que sos mujer y hay algunos gendarmes que te tienen lástima y te dicen bueno usted señora vaya nomás pero siempre te revisan. Te sacan todo, algunas veces te cortan la lona, le ponen al perro encima para detectar si hay droga, si llevás o no llevás. Ahora estamos trabajando bien porque nos dejan, antes no, antes tenías que escaparte. Cuando venía el gendarme donde sea vos te tenías que tirar con la lona y si te pillaban te quitaban todo. Ahora gracias a Dios no, te revisan si bien, pero te dejan.

¿Alguna vez te quitaron mercadería?

Sí.

¿Cómo es ese momento?

Antes cuando vos tenías que escaparte entonces me han quitado. Cuando yo iba entonces en ese momento apareció la camioneta y la gente que va con vos tiene que ayudarte a ver tu mercadería, o sea las patronas te dicen corré porque ven los milicos y como son tanta gente. Esa vez yo he corrido pero me han alcanzado a mí porque me ponen zancadillas y yo caigo con la lona. Y bueno, yo no me dejaba quieta, entonces saca el cuchillo el gendarme y empieza a cortar los tiros que uno lleva en la mochila para quitarte la lona. Ese día yo agarro y me prendo de la lona y los gendarme han agarrado y me han echado gas pimienta en la cara y yo no quería soltar la lona, la mercadería, nada, entonces me han agarrado del pelo, me han ramiado me han patiado. Y así antes era cuando me quitaban, hacían eso. De repente te salían y si vos no largabas porque querías defenderte, te arrastraban, te pegaban.

¿Y vos que hacías, como te hablaban?

Mal. Que suelte, que no podía llevar. Lo primero que ellos hacían cuando vos no querías soltar era pegarte, eso sí, te pegaban, te tironeaban, te agarraban de los pelos, te rameaban como si estuvieran con un hombre y no era uno, eran varios, pero sí o sí perdías.

¿Todos eran varones o había mujeres?

Había dos, tres mujeres pero los que te iban a quitar y hacerte todo eran mayormente todos hombres, los más malos son los hombres, y ese día a mí me han tocado todos hombres. Me han raamiado, me han pegado, me han tirado' al suelo, me han puesto la rodilla en la nuca, todo.

Noelia, mujer bagayera de Aguas Blancas.

Todos los procesos descriptos hasta aquí: la denominación de ilegalidad a la práctica del bagajeo por parte del Estado, el giro punitivo con tolerancia cero a los delitos, la militarización de los espacios y la construcción de las fronteras argentino-bolivianas como espacios peligrosos, tienen consecuencias en la vida las personas que habitan dichas franjas fronterizas. Los estigmas (Goffman, 2012) que están emplazados en la sociedad producen efectos 'de realidad'. Atravesar puestos de controles, cruzarse con gendarmes en función de patrullaje ostentando la portación de armas, ser insultadas, humilladas y golpeadas por ellos se convirtieron en una postal que está emplazada en las vidas cotidianas de las y los pobladores. En el relato dominante, las fronteras y principalmente las y los trabajadores que cruzan mercadería por circuitos que evitan el control aduanero y de Gendarmería, son consideradas personas 'incivilizadas', dueñas de un estilo de vida que ofende y alarma a las y los ciudadanos argentinos. Razón que 'justifica' cada uno de los atropellos que ellas reciben³⁶.

Al entender a las mujeres como *outsiders*, mujeres que realizan una actividad fuera de la ley, las bagayeras son perseguidas, maltratadas y humilladas por las y los gendarmes y el personal de Aduana. El argumento que subyace a este rechazo es el contrabando: las bagayeras representan a los agentes más concretos y visibles del mismo. La supuesta ilegalidad que

³⁶ Nos parece interesante remarcar aquí que asistimos al planteamiento del control de las fronteras como una política imprescindible para la erradicación del narcotráfico y, por ende, de la drogadicción como problemática social endémica, visible en gran parte de las campañas electorales de 2015. Desde el planteamiento de radarificación limítrofe hasta la más reciente ley de derribo, pasando por el uso de drones y aviones para el control fronterizo o la construcción de un cerco perimetral que divide La Quiaca y Villazón, la política de protección del Escudo Norte iniciada en 2011 continúa siendo fortalecida en la actualidad con el Operativo Fronteras, creado a principio de 2016 por decreto N° 152/2016, y cuyo funcionamiento es en la órbita del Ministerio de Seguridad de la Nación. Como se ve, las fronteras norte son cada vez más escenarios de control y vigilancia.

rodea a esa actividad tiñe de desprecio todo lo vinculado a ella, ésta es la razón de más peso para sustentar el repudio (Schiavoni, 1993). La distancia que ellos se encargan de imponer a partir de la violencia entre las bagayeras y un ‘ellos’ está basado en la xenofobia y principalmente en la subalternidad de género, la cual profundizaremos en el siguiente apartado.

El accionar de la Gendarmería en estos espacios es ante todo, una discriminación moralista entre lo que está bien y lo que –se supone- está mal (Rodríguez Alzueta, 2014) basados en una ‘moralina pacata’ de Seguridad Nacional que ha exigido durante más de un siglo fronteras largas y bien definidas. El control ejercido por la soberanía del Estado nacional no es una entelequia que se aprende en los libros o en ‘una situación excepcional’, sino que las mujeres bagayeras la conocen desde la infancia y a lo largo de su vida. Cotidianamente entonces las trabajadoras tienen la experiencia directa de controles, maltratos y forcejeos múltiples (Camblog, 2014).

Por políticas de la institución, las y los agentes que forman la Gendarmería Nacional en las fronteras vienen de otra parte del país y tienden a leer cada una de las situaciones que atraviesan desde sus propias idiosincrasias, lo cual sumado a la falta de voluntad para comprender los códigos que manejan las poblaciones de estos lugares, sus lenguajes y sus modismos hacen que toda interpretación sea entendida como una falta de respeto, un accionar que rompe las reglas. Becker (2012) señala que las y los agentes de la ley son proclives a asumir una visión pesimista de las personas, muchos de ellas y ellos no suelen creer que quienes rompen las leyes pueda ser ‘reformados’. Desde esta visión el uso de sus fuerzas es entonces la respuesta ‘natural’ legitimada antes las formas variadas de una interpretación concebida como irrespetuosa, inmoral. La fuerza será percibida como legítima, es la respuesta moralmente tolerable a lo que ellos entienden son ‘malos hábitos’, al abuso verbal, o -lo que ellos creen- el desacato de las personas (Garriga Zucal, 2012).

4.2.2 El bagayeo: una actividad por controlar

Las condiciones del paso, como el accionar del personal de Gendarmería varían de acuerdo con hechos y procesos que suceden en los espacios fronterizos. Así existen momentos en los que se vive mayor militarización y momentos donde *solo* se controla la actividad.

“Antes era feo para ir por el desvío, antes yo era campanera porque yo de aquí me iba vacía al desvío y cuando salían los gendarmes del desvío yo tenía que llamar para que salgan, para que vayan los changos, antes si nos cargábamos ahora ya no. Después de lo que pasó, del accidente del chico que mataron está mejor, los gendarmes lo único que hacen es revisarte, antes no era lo mismo, antes si te pillaban te arrastraban con las lonas sino te dejabas quitar te pegaban, te pateaban, te echaban gas, todo, a mí una vez me pegaron con la linterna y tenía el brazo hinchadísimo por el golpe porque la linterna era esa pesada y un día un gendarme me amenazó, íbamos en la noche teníamos que pasar a cualquier horario cuando ellos no estaban y cuando ellos nos pillaban teníamos que hacer todo lo posible para que no nos quiten y un día un gendarme me dice ‘te voy a tirar al río, me dice’ y se agarró con mi marido justo estaba él trabajando con nosotros y se agarró con él y se pusieron a discutir, siempre eran las peleas. Antes era así, antes si te agarraban teníamos que pelear para que no te lo quiten o si no escapar, correr. Mi trabajo era de campanera como antes se decía correr de un lado para el otro y cuando no haya nada recién llamaba para que salgan o si no se juntaban todos en grupo y juntábamos tres, cuatro o cinco vacías que íbamos adelante y otras atrás cuidando a la gente que íbamos entre nosotros porque antes de quitaban. Ahora te revisan, ahora no hay problemas porque te revisan tranquilo, te revisan que vos llevas solamente ropa, si no llevas nada más de eso entonces te dejan pasar, antes no era así, antes lo que tenías te quitaban”.

¿Vos conociste a la persona que falleció, que mataron?

“Sí yo estaba ahí. Ese día nos juntamos como siempre en caravana como sabíamos decir, éramos las chicas del colectivo como decían, porque eran las chicas del colectivo y dos o tres que íbamos en auto. Ya cuando estaba feo todos esperaban a las chicas del colectivo porque nosotros no nos dejábamos quitar si teníamos que pelear la mercadería, la peleábamos aunque nos agarren a patada los gendarmes y ese día estábamos pasando bien, los gendarmes todos revisando, cortaban la lona, todo bien.

La femenina fue la que comenzó todo ese día, agarró y empezó a gritar esto es coca, esto es coca y nada que ver nosotros siempre llevábamos todo ropa nada más, algunas veces si se mezclaban lo que eran de otro grupo. Se mezclaban entre nosotros pero nosotros como no era de nosotros no defendíamos nada, lo de nosotros nada más defendíamos y ese día la femenina gritaba de un lado ‘esto es coca’ y del otro lado ‘esto es coca’ empezaba a hacer quilombo, a gritar y ese día los gendarmes estaban con casco, tenían una escopeta no sé qué era que tiran bala de goma, estaban como si hubieran ido a la guerra ese día. Como nunca estaban y dice ‘esto es coca, esto es coca’ y el chango el chico ese que mataron tira la lona diciendo revisá, no es coca, tenían una lona en la camioneta que ya habían quitado y el chico que le habían quitado andaba por ahí porque sabía que íbamos a hacer quilombo si nos querían quitar y le dejan pasar a eso y empezaron a tirar gas y las chicas se enojaron y empezaron a tirarle piedra y los que tiraban piedra solamente había dos chicos nada más después éramos chicas también se

había quedado ese día mi mamá y yo le digo andaté mamá, andaté porque empiezan a tirar piedra y ahí empiezan a tirar las balas de goma y se puede llegar para cualquier lado.

Cuando empezaron a tirar las balas de goma y los chicos empezaron a tirar las piedras para los gendarmes nosotras nos tiramos para el lado del río con otra chica más y cuando ya salimos la camioneta estaba estancada ahí, y cuando yo salí lo vi tirado a él y los chicos decían dejalo, dejalo que tiene epilepsia o algo, una enfermedad y le digo no está mal y nos fuimos por el lado de la camioneta y después volvimos y él seguía ahí se quiso parar y se volvió a caer y le digo ¿Tercero estas bien? no, me duele me dice así, y cuando se pone de costado le veo la sangre entonces yo le empecé a gritar a las chicas y mi prima dice ayuda, ayuda empezamos a gritar y cuando se dieron cuenta los dos vagos que estaban con nosotros en el grupo para defendernos a nosotras las mujeres, le digo tiene sangre, tiene sangre porque yo le saque la mochila y la mochila tenía sangre y entonces le decimos a los gendarmes ‘por favor ayúdenos, sáquenlo’ no se bajó ninguno ese día, la femenina, la que empezó todo el quilombo ese día solamente se bajó de la camioneta en la parte de la cabina y dijo ‘tráiganlo, tráiganlo’ pero nosotras éramos mujeres, hasta que llamamos los chicos más atrás y lo cargamos ya en la camioneta, ya estaba como muerto, ya estaba amarillo yo lo vi. Un compañero se subió a la camioneta para ir con él y los gendarmes los bajaron, se pararon ahí y le dijeron que no iban a ir a ningún lado si no se bajaban de la camioneta, entonces lo bajaron y yo con dos chicas más nos fuimos para la guardia. Ese día llegamos a la guardia y ellos ya lo habían metido para el fondo, en el fondo hay una cabaña por ahí lo metieron, yo llego y le digo ‘por favor llévenlo al hospital’ y había una femenina ahí y le digo ‘por favor le digo que lo lleven al hospital’ y la femenina de la guardia me dice ‘yo no sé nada, lo del monte, es lo del monte lo de aquí es lo de aquí’ y agarra y me corre ‘vayasen, vayasen’. Justo pasaba un auto conocido y me subo con la mochila de él y le digo te encargo la mochila porque él era del grupo del colectivo de las chicas, conocidas de nosotros pero no era del grupo mío, me bajo y le digo ‘chicas le dispararon, tenía sangre de arma de verdad’ entonces ahí bajaron todos los chicos del cole y fuimos para la guardia con otra amiga que estaba embarazada para ese entonces, fuimos a la guardia y al jefe de guardia le digo ‘por favor donde estas, lo llevaron o no lo llevaron al médico’ y dice ‘no, ya no hay nada más que hacer, está muerto, ya está, yo no sé nada’ entonces recién había llegado la ambulancia y la chica que estaba embarazada se desmayó. Cuando los vagos del colectivo se enteraron que había muerto su amigo se alzaron todos, agarraron piedra, destrozaron todo el veintiocho, hicieron corte ahí y después se levantó el corte del veintiocho y se fue todos a la entrada de Orán, yo ya no fui a ese corte porque no había nada que hacer, nos fuimos al hospital y ahí nos quedamos hasta que le entreguen el cuerpo y después al velatorio. Después la petición de justicia y con el auto funerario ya a enterrarlo”.

¿Vos sabés qué pasó con el gendarme?

“No, no sabemos nada, nadie nos dijo nada. Yo a la familia yo no la conozco ese día la conocí recién a la mujer que tenía un bebé, solamente aquí en este rubro nos conocemos por vista y algunos se saben sus nombres y algunos no, todos por apodo más que todo”.

Adriana, mujer bagayera de Aguas Blancas-Bermejo.

El asesinato de Gerardo Gabriel Tercero, un bagayero de 20 años muerto de un disparo el 28 de julio de 2013 en el cruce del puesto 28 de Gendarmería en Aguas Blancas, provocó distintas protestas y manifestaciones por parte de las y los bagayeros que terminaron con un acuerdo entre la intendencia, el personal de Gendarmería y las y los trabajadores. En ese momento el intendente de San Ramón de la Nueva Orán -Marcelo Lara Gros- no solo reconoció el trabajo de las y los bagayeros como una actividad que ocupa más personas que el Ingenio el Tabacal³⁷ y el propio municipio, sino también pidió públicamente a la Administración Federal de Ingresos Públicos (AFIP) y la Gendarmería que sean flexibles con las y los trabajadores³⁸.

Desde entonces no se prohíbe el bagajeo, pero sí se controla la mercadería que transportan las mujeres para evitar el cruce de drogas, hojas de coca o electrodomésticos en grandes cantidades. A partir de dicho acuerdo, los golpes e insultos hacia las mujeres trabajadoras se redujeron, aunque no es menos cierto que las mujeres deben soportar a diario la seriedad de los gestos y sobre todo los comentarios ofensivos que enfatizan el carácter de género. La visibilidad y el carácter rutinario de las actividades no impiden que el Estado las reprima, algo que con frecuencia se lleva a cabo en momentos de elevado *sentido de misión cívica y pública*³⁹.

³⁷ El ingenio San Martín del Tabacal es una de las empresas azucareras más importantes del Noroeste Argentino. Se encuentra ubicado cerca de San Ramón de la Nueva Orán y ocupa un porcentaje importante de la población como trabajadores. En la actualidad, Tabacal participa en los negocios de azúcar, alcohol, biocombustibles, generación de bioenergía eléctrica y fabricación de bioabonos o abonos orgánicos a partir de los residuos generados en la fabricación de azúcar.

³⁸ Ver anexos: Noticias

³⁹ Según Bazcko (2012) los agentes de la Gendarmería en estos contextos enfrentan un doble problema para justificar la existencia de su cargo. Por un lado deben demostrar a la población que la actividad de bagajeo es un problema dadas las regulaciones del Estado y que ellos deben hacer cumplir las reglas ‘castigando’ dichas

En el relato de las mujeres y en las observaciones en el trabajo de campo puede observarse cómo los gendarmes no escatiman malos tratos verbales, miradas y gestos humillantes al revisar los equipajes, arrojar los productos al piso gritando por ejemplo “*esto no pasa*”, “*armen sus bultos y salga de mi vista*”, “*vuelvan a sus casas*”. El control de los objetos que transportan las bagayeras no se percibe como un acto agresivo por parte de la Gendarmería, sino como un acto de control, de protección; un acto de defensa de la Nación donde se pone en juego el Estado y su seguridad.

La organización que requiere el cruce de mercadería (narrada en el capítulo tres de ésta tesis) está pensada a partir de los controles de Gendarmería que, como dijimos, ya no intentan terminar con la actividad, sino llevar adelante una vigilancia general de la población. Una vigilancia casi siempre violenta, por momentos muda. El bagayeo, como gran parte de los ilegalismos populares, es tolerado porque resulta difícil de detener ya que mucha gente se favorece económicamente con él. Ya no se trata de expulsar a las mujeres bagayeras, sino por el contrario, de establecer, fijar, dar su lugar, asignar sitios, asignar presencia (Foucault, 2011). Quizás lo que desde afuera de la institución de la fuerza pueda entenderse como una falla o incompetencia por no frenar el llamado contrabando, es en realidad una condición necesaria para el ejercicio legítimo de un tipo de violencia simbólica que posibilita la reinstitución cíclica del campo de poder.

El hecho de que alguien haya cometido una infracción a la regla no implica necesariamente que las y los otros, aun sabiéndolo, respondan ante los actos y lo traten de manera diferente. Las respuestas de las y los ciudadanos a los comportamientos considerados desviados, al igual que las leyes y normas, varían enormemente. “El grado en que un acto será tratado como desviado depende también de quién lo comete y de quién se siente perjudicado por él” (Becker, 2012:32). Suelen aplicarse las reglas con más fuerza sobre ciertas personas y no

infracciones. Y por el otro deben demostrar que sus intentos de hacerla cumplir son efectivos y valiosos, que enfrentan adecuadamente el mal que deben combatir. Por lo tanto las agencias de cumplimiento de la ley, en este caso la Gendarmería y Aduana, oscilan típicamente entre dos tipos de afirmaciones. En primer lugar aseguran que gracias a sus esfuerzos el problema del que se ocupan está controlado, pero al mismo tiempo crean y actúan pensando que el problema está peor que nunca (aunque no sea su culpa) y que se debe exigir redoblar los esfuerzos para mantener la actividad bajo control.

tanto sobre otras. Así el personal de Gendarmería permite el bagayeo, pero se sienten con potestad de humillar y maltratar a las mujeres.

¿Y cómo son los gendarmes?

Cuando te encuentran con mercadería son agresivos los gendarmes, ellos piensan que con un poco de agresividad van a tener lo que ellos quieren. A alguna gente le pegan.

¿Y adónde va a parar esa mercadería que te quitan?

Cuando es mucho el valor de la mercadería te hacen un acta pero no siempre. Pero te hagan o no el acta lo mismo te tratan mal. Hay algunos que son comprensibles.

¿Y vos sabes si se vende esa mercadería?

Si, un montón de veces y nada es eso, si no que después a mí me vienen a ofrecer las cosas y un montón de veces he comprado mi mercadería para recuperar, he comprado varias veces.

¿Qué hacías?

Y puteaba pero no me quedaba otra porque no podés ir y decirle nada. Ellos siempre lo hacen y la que va a salir perdiendo soy yo.

Gladys, mujer bagayera de La Quiaca- Villazón.

Becker (2012) afirma que muchos infractores casi siempre pasan inadvertidos y no son incluidos en la población de desviados. Es sabido que los gendarmes cuando realizan un decomiso a las trabajadoras suelen negociar, mediante lo que se denomina coima, el destino de la mercadería: kilos de coca o un porcentaje de la mercadería funciona como parte de pago para que las mujeres puedan trabajar. Y sobre ellos no cae ninguna etiqueta ni acción peyorativa. Existe una distribución estratégica de las penalidades que corresponde a grosso modo a las necesidades de una estructuración social desigual en términos de relaciones de producción, poder y propiedad. En otras palabras, son perseguidos los ilegalismos populares y toleradas muchas de las conductas ‘desviadas’ de los grupos dominantes. Sería hipócrita o ingenuo creer que la ley se ha hecho para todo el mundo en nombre de todo el mundo, es más prudente reconocer que se ha hecho por algunos y que recae sobre otros; que en principio obliga a todos los ciudadanos, pero que se dirige principalmente a las clases más numerosas y menos favorecidas históricamente.

La aplicación de las normas sociales no concierne por igual a todos y todas las integrantes de una sociedad, ya que existe una clase social encargada de sancionar el orden y el disciplinamiento a otra que está vinculada estrechamente ‘al desorden’. Las normas traen aparejados a la vez un principio de calificación y un principio de corrección. Es decir, en intervenir selectivamente sobre la multiplicidad de conductas ya tipificadas como delitos, sancionando efectivamente algunas y permitiendo otras. Los ilegalismos populares se desarrollaron entonces según necesidades con un entendimiento otro de las normas y los reglamentos que los impiden.

4.3 Ingenierías para sortear las convenciones

En el primer apartado de este capítulo reflexionamos sobre cómo la mayoría de las normas sociales que rigen en los espacios analizados se corresponden con intereses de los sectores dominantes, lo que dificulta el trabajo de las mujeres bagayeras ya que son perseguidas y castigadas por el personal de la Gendarmería. A continuación describimos el crecimiento de políticas penales que se llevaron adelante en nuestro país, basadas en la exclusión y la estigmatización de un sector de la sociedad y, a partir de ello, cómo las fronteras argentino-bolivianas se construyeron en las representaciones sociales en espacios inseguros y peligrosos. Como consecuencia, aumentó la militarización de los espacios y las situaciones de violencia en el trabajo de las mujeres bagayeras.

En este apartado nos interesa reflexionar en torno a una serie de micro-sub-versiones que, recurriendo a una terminología estándar para presentar estos problemas, alteran el código de programación original hackeándolo, abriéndolo, reprogramándolo. Pensamos en ingenierías populares como el bagayeo de las mujeres que, al sortear normas y formas de consumo, pierden su eficacia y se modulan otras formas posibles.

¿Vos trabajás todo los días?

Sí, de lunes a sábado, todos los días.

¿Tenés diferentes patronas?

Una sola. Ella es la que agarra la mercadería y nos da a nosotros para que le llevemos.

Ella agarra de todos los que vienen de distintas partes y nosotros agarramos y armamos una mochila y llevamos.

¿Y cómo hacen para contactarse?

Yo voy a Bolivia y ahí la veo a ella. Todos los días ella no tiene, algunas veces si voy y busco de otras has visto, pero la mayor veces llevo de ella.

¿Me podrías relatar cómo es un día?

Me levanto a las ocho doy vuelta acá y me voy a las nueve de acá. Voy a Bolivia y la veo ahí a mi patrona, y ahí se quedamos esperando que lleguen los clientes de ella que llegan y van ellos comprando de poco en poco, y ahí esperamos hasta que ya haya bastante mercadería para poder armar la mochila. Después de ahí ellos terminan de comprar y nosotros terminamos de armar todas las lona y se venimos. Cargamos en una camioneta, se venimos a eso de las doce-una, no hay horarios para venirse porque algunas veces llegan tarde y se venimos a las dos o tres algunas veces de allá de Bolivia, cargan la camioneta que lleva hasta el río y allí hay unos gomones y ahí cargan y nosotros cruzamos las chalanas y esperamos acá, cargamos ahí en los autos y se vamos al 28. Antes del 28 ya bajamos y tenemos que caminar más o menos una hora, según como esté el tiempo porque cuando hace mucho calor tenés que descansar si o si y cuando está fresquito entonces caminás nomás, pero es una hora de caminar por el monte. Antes íbamos todo el yuyo pero ahora como ha crecido el río y han hecho como una defensa así que por arriba nomás vamos, han hecho como una defensa y han puesto los ripios es como un camino porque por ahí entran también las camionetas de los finqueros... andan por ahí y por ahí caminamos. Caminamos más o menos una hora, cuarenta y cinco minutos y salimos al otro lado y cargamos el auto y se vamos a Orán.

¿Y en Orán donde paran?

En el playón, y ahí esperamos a que lleguen los dueños para entregarles las cosas.

Noelia, mujer bagayera de Aguas Blancas-Bermejo

¿Qué pasás?

Mercadería, juguetes, zapatillas, lo que te traiga la gente

¿Cómo es su trabajo?

Viene el cliente y vos tenés que agarrar las bolsas y de ahí las llevás al río. Así pasás todo y lo llevás hasta la terminal o donde está el cliente.

¿Cómo es el cruce del río?

Depende si están los gendarmes malos hay que esperar, hay veces hasta la tarde tenemos que esperar para poder cruzar. Hay veces pasas rápido pero hay veces que no están y después aparecen y te quieren quitar todo.

¿Y qué pasa si te quitan?

Perdemos, qué le vamos a hacer, pierde el dueño también y hay veces que le tenemos que reconocer la mitad de todo. Por eso no conviene pasar rápido porque hay veces están escondidos y salen rápido. Hay que esperar y ver.

Rosario, mujer bagayera de La Quiaca-Villazón.

Como ya dijimos, las élites estatales han mantenido en el transcurso de los siglos el monopolio de la definición y la regulación de la dicotomía de lo legal/ilegal. Dicha dualidad afecta la vida de las personas al delimitar un camino ‘del bien’ y otro ‘del mal’. Pero cuando enfocamos el problema desde la experiencia cotidiana, de las necesidades diarias de innumerables decisiones, esas nítidas fronteras se vuelven borrosas (Bartolomé, 2008). Es allí donde entendemos se produce un agotamiento de la eficacia o, lo que es lo mismo, la emergencia de la ineficacia. Con estos sintagmas sintetizadores intentamos articular un análisis en torno a la pérdida de la eficacia. Esto es, a la pérdida de la capacidad de lograr una serie de efectos determinados.

Aquí nos parece interesante pensar la ineficacia en tanto zonas blandas, lugares de la intelección en donde los efectos pierden su fuerza dando lugar a formas otras. Son los efectos de aquellas tramas de fuerzas conductivas que guían los procedimientos, las acciones sociales. Consecuencia de las institucionalizaciones, los efectos son las modalizaciones de las tramas de poder cuya eficacia se comprueba, a grandes rasgos, en el cumplimiento de los objetivos propuestos. Esto es: en la ecualización de la modulación que genera, cual fuerza analógica, la coincidencia entre el origen y su reproducción. Pensamos en el seguimiento de los protocolos que determinan modos conductuales del proceder. En esta secuencia, la eficacia se alcanza por la alta fidelidad. Es decir, por la “exactitud” entre los objetivos propuestos y sus efectos. Ahora bien, reconocemos en algunas escenas la introducción de “ruidos” que arruinan tal fidelidad y que hacen a la ineficacia de los efectos. Y es allí, en esa zona liminar, donde el efecto pierde eficacia y aparecen otras formas posibles.

Estamos pensando entonces, a grandes rasgos, en dos campos de tensión que se superponen mutuamente con sus fuerzas. El primero de ellos es el de las convenciones, el de las normas, el de los protocolos de usos y consumos. Pensamos en los conjuntos prescriptivos que establecen unas determinadas condiciones de posibilidad, de funcionamiento, de movimiento. Una serie de convenciones cuyos efectos reguladores determinan modos

eficaces de comportamiento, de funcionamiento. Estos modos prescriptivos contienen elementos encriptados de codificación jurisprudencial que predefinen cierto funcionamiento protocolar.

El otro campo de tensión, que se vuelve sobre el primero, es aquel que subvierte tal codificación, contrarrestando sus efectos a la vez que proponiendo otras condiciones de posibilidad. Es justamente en el cruce entre ambos campos de tensión, como fronteras liminares, donde ubicamos ciertas potencias imaginativas que auguran otras condiciones de existencia. Es en el hiato interseccional entre estos dos campos de fuerza donde se revelan prácticas populares que dan cuenta de la ineficacia de la norma en tanto estrategias coyunturales de resolución. Al pensar en la ineficacia, estamos pensando en las tramas culturales allí donde éstas se dinamizan augurando otros efectos posibles. Estamos, en suma, pensando en las tramas de poder y en sus modos de circulación a través de los formatos prescriptivos, como condiciones de uso, pero también modos de inversión que desarticulan tales protocolos de funcionamiento y proponen funcionamiento otros, diferentes, como estrategias posibles.

Nos interesa, desde esta perspectiva, pensar en la ineficacia como aquella zona liminar de la cultura en la que la norma, la regla, el formato cerrado, la convención, se agota, se inflexiona, se subvierte. Son múltiples las formas posibles de denominar esa pérdida de efecto y su contrario, a la vez de problematizar ese intersticio donde ubicamos cierta potencia para estudiar el campo popular. Cierta ingenio de supervivencia, de intervención, que refiere a escenas creativas en las que la imaginación se presenta como posibilidad subversiva. Es en las prácticas como experiencias resolutivas de las coyunturas en las que se ubican donde se da cuenta, en definitiva, de la finitud de las convenciones pero también de los modos creativos y precarios de reapropiación, rearticulación, reubicación, que tienen las experiencias otras.

El bagayeo en tanto cruce de mercaderías por circuitos que evitan los controles aduaneros de Gendarmería es un ejemplo de estrategias populares que sortean normas y producen maneras otras e ingeniosas de compra, transporte y circulación de mercadería en las ciudades fronterizas. Ciudades que quedan casi exclusivamente para vendedores y compradores, grandes pesos en mercadería que se transportan en autos que, por ese tiempo, se convierten

en remises, crecidas de ríos que sortean con balsas hechas por los pobladores, marcas de caminos que se convierten en desvíos para evitar los controles, botellones de agua, pañuelos en las cabezas, chicles, chupetines y hojas de coca que ayudan a soportar las condiciones climáticas y lo más común, estrategias de espera, caminatas grupales, escape, corridas y/o negociación en cada encuentro con los oficiales de la Gendarmería. Estas mujeres saben qué técnicas utilizar en cada situación que se les presenta. Aprendieron cómo manejarse porque hacen de su experiencia un saber.

Así como las normas se sortean, también las personas sortean formas de consumo. Existen experiencias que dan cuenta de formas otras de acceder a diferentes consumos. Un ejemplo son las experiencias de reconocimiento de “compartir el cable” con un familiar y/o con un vecino. Esta es una estrategia de los sectores populares y medios ampliamente difundidos que desafía las formas de consumo y que consiste en realizar conexiones múltiples en lugares adyacentes a partir de una sola ‘bajada’ del cable del tendido urbano. Esto implica una sola titularidad en la contratación del servicio privado de videocable - por lo tanto, una sola facturación- y una multiplicidad de conexiones que se extiende hasta 2 o 3 hogares adyacentes y más televisores aún. Esta forma de abaratamiento del consumo vía conexiones domiciliarias varias facilitan el acceso a contenidos audiovisuales a un menor costo (García Vargas, Ficoseco, Gaona, López y Zubia, 2015).

Aquí podemos nombrar una variedad de investigaciones que dan cuenta de actividades prohibidas por las elites al considerarlas primitivas, atrasadas o impropias de una Nación, que se realizan con extraordinaria frecuencia y que ponen en evidencia actos que sortean normas. Por ejemplo: las cajas de Whisky escocés que se producen y exportan legalmente en un país pueden ser introducidas y vendidas ilegalmente en otro (Lins Ribeiro, 2012). O el consumo de marihuana (Becker, 2012), que aun cuando se prohíbe por algunos Estados, muchas personas se reconocen como fumadoras. De igual manera existen investigaciones que reflexionan sobre la piratería como acciones que sortean formas de consumo. Una apropiación desigual de los bienes económicos y culturales del mundo globalizado por parte de los sectores subalternos (Lins Ribeiro, 2012). Todos estos ejemplos muestran la existencia

de una globalización económica no-hegemónica⁴⁰ (ibíd.) formada por mercados populares y flujos de comercio que están, en gran medida, animados por gente del pueblo y no por representantes de las elites. Actividades que en general se consideran ilegales o contrabando. Lomnitz (1988) explica que así como el orden crea el desorden, la economía formal crea su propia informalidad.

La acción de catalogar estas escenas, es decir de ponerlas en comunión, ubica en estos momentos/lugares potencialidades creativas del orden social, en tanto remueven éste, lo subvierten. Se trata de analizar y reflexionar, a partir de ellos, el funcionamiento formalizado de los efectos y sus modos de circulación y cómo en éstos se distinguen las grietas posibles de intervención para hacer de ellos, otros usos posibles. Si en la actividad del bagayeo, comerciantes pero principalmente mujeres bagayeras, reconocen el funcionamiento de circulación a través del espacio fronterizo y el intercambio de bienes, inscriptos en códigos de movimiento fronterizo y comercialización en este lugar, encuentran en ellos grietas que vuelven ineficaces sus trabajos. Es decir, al distinguir los modos de circulación y comercialización que determinan el funcionamiento en la zona fronteriza, y sus efectos, se valen de esta distinción para evitar el control aduanero y de Gendarmería.

Agotan la eficacia de los protocolos de funcionamiento y se aprovechan de estos para generar estrategias propias de supervivencia: para realizar su trabajo y obtener ingresos. Estas

⁴⁰ La existencia de protosistemas mundiales no-hegemónicos fue impulsada por el trabajo de los marineros que conectaban las tierras del Nuevo Mundo con Europa, creando circulaciones diferentes de las de las clases hegemónicas. Nos parece interesante remarcar la posición de Lins Riberiro (2012) al denominar a este sistema no-hegemónico y no anti-hegemónico. “Los agentes no intentan destruir el capitalismo global o instalar algún tipo de alternativa radical al orden prevaleciente. Es no-hegemónico porque sus actividades desafían el *establishment* económico en todas partes en los niveles local, regional, nacional, internacional y transnacional. Como consecuencia, sus agentes son percibidos como una amenaza al *establishment* y sienten el poder de las elites políticas y económicas que quieren controlarlos” (Lins Riberiro 2012: 51). El sistema mundial no-hegemónico constituye una composición de varias unidades situadas en diferentes espacios *globales* que están conectados por agentes que operan en la globalización popular. La globalización popular está formada por redes que trabajan de manera articulada y que en general se encuentran en diferentes mercados que conforman los nudos del sistema mundial no-hegemónico. Esta articulación crea interconexiones que le confieren a este tipo de globalización un carácter sistémico y hacen que sus redes tengan un alcance de larga distancia. El sistema mundial no-hegemónico conecta muchas unidades en el mundo mediante flujos de información, personas, mercancías y capital (ibíd.).

estrategias, potentes porque frágiles, son espontáneas, precarias, pero lo suficientemente contra-eficaces para llevar adelante su cometido: cruzar la mercadería por la frontera evitando la incautación, el decomiso. Pensadas estas estrategias en una genealogía de lecturas posibles acerca de prácticas populares creativas, lo que hacen es poner el acento en el revés de la trama formal y en la finitud de la eficacia de la norma formalizada. De la de-codificación de los modos normados de circulación por la frontera y sus efectos, a la vez que la intervención sobre ellos.

Lo mismo sucede con los modos de funcionamiento de las conexiones múltiples. Las conexiones múltiples abren el formato tecnológico, la caja negra, para intervenir sobre ellos, dándoles otros usos, otras formas. Esta intervención sobre la tecnología genera una aparatología otra, otros sentidos que van más allá de la función original y sus efectos. Intervienen sobre el código de funcionamiento y sus efectos, agotándolos en tanto ineficaces. Y operativiza modos de intervención sobre el artefacto y su funcionamiento para generar otras funciones posibles.

Aquí no parece necesario aclarar que gran parte de las estrategias son llevadas a cabo con una reducción de obstáculos, ya que gran parte de los problemas que enfrentan al dar otros usos ya han sido sorteados por otros antes que ellos y muchas de las soluciones ya existen. Así las personas en muchos casos conocen/conviven con personas que les enseñan a sortear estas normas y las formas de consumo. Las ingenierías populares, muchas veces catalogadas como ilegalismos, dan cuenta de acervos de tradiciones que las personas incorporan rápidamente pero que ante nuevos retos proponen nuevas soluciones.

Si bien el orden de relaciones sociales es cristalizado y visibilizado como normativo, mientras que otras posibles configuraciones son clausuradas al producirlas ubicadas como marginales o impropias en un marco de inteligibilidad que solo permite entenderlas de esa manera, prácticas como el bagayeo dan cuenta de una serie de recurrencias espontáneas, precarias, situadas en tiempos y espacios específicos, que convierten una necesidad en una estrategia. Estas series de recurrencias presentadas en los ejemplos pueden servirnos como vértices para pensar el campo popular en donde una situación de escasez, de falta, de impedimento, genera una subsecuente serie de acciones espontáneas que sortean esas disyunciones generando otras condiciones de posibilidad. Son esas creatividades espontáneas las que queremos ponderar

como potentes para pensar *otros* mundos posibles. Como afirma Lins Ribeiro (2012) una parte importante de la globalización no-hegemónica son aquellas y aquellos trabajadores, cuyo ‘crimen’ es trabajar fuera de los parámetros definidos por el Estado. Estas actividades son ilegítimas desde el punto de vista de los poderosos que las combaten en nombre de la legalidad.

4.3.1 Soy bagayera. Apropiación de la injuria

¿Qué te dijo tu familia que trabajes de esto?

Nada porque la mayoría, casi toda mi familia trabaja en esto... mis tíos, mi mamá, todos y los familiares que no tengo aquí están en el sur se fueron hace casi siete años y están trabajando allá y no volvieron, vienen de visita nada más.

¿Alguna vez alguien te dijo que esto era malo?

No. Cuando iba a la escuela y tenía que ayudarle a mi mamá no me gustaba que me digan bagayera, pero todos acá trabajan de eso.

¿Y ahora?

No, todos nos dicen así. Nosotras también nos llamamos bagayeras.

¿Sabes por qué le dicen bagayera?

No, desde que yo me acuerdo le dicen así.

¿Pero no saben por qué?

No, nunca pregunté.

Adriana, mujer bagayera de Aguas Blancas-Villazón

¿A veces pasa por el puente?

No por el río nomás. Por el puente no te dejan, apenas vas a pasar con dos prendas nada más. Ahí te quitan mucho. Si llevás pocas prendas podés sino tenés que ir por el río.

¿Cuánto tiempo más piensa trabajar?

El que pueda. Es que hay que trabajar porque si no trabajás qué comes.

¿Tu mamá trabajaba?

No mi mamá no trabajaba, mi papá nomás trabajaba. En cambio yo estoy acostumbrada, desde chica trabajé. Trabajé arrancando zanahoria, en la manzana. Estuve por varios lados porque si no trabajo es como si me agarrara la depresión. De chica trabajo porque tenía varias hermanas y mi papá no tenía un buen trabajo por eso yo tenía que trabajar. Por eso tampoco estudié porque no alcanzaba para hacerme estudiar.

¿Alguna vez cruzó mercadería de noche?

De noche, de noche no. Los trabajos que agarro son a la mañana. A la noche es más peligroso, estás pensando si vas a pasar bien o no vas a pasar, igual algo de plata ganás.

¿Sabe cómo las llaman a ustedes?

Te dicen paseras, bagayeras. Los gendarmes así te tratan de bagayera, así te dicen bagayera váyase de acá.

¿Es un trabajo bueno?

No sabemos qué va a pasar, ahora viene poca gente. Este trabajo es temporario no es bueno.

Justina, mujer bagayera de La Quiaca-Villazón.

Como ya hemos mencionado en apartados anteriores, las noticias de medios gráficos como los informes de los programas televisivos que hacen referencia al trabajo de cruzar mercaderías por circuitos que evitan el control aduanero y de Gendarmería, criminalizan la actividad haciendo una relación directa de la misma con el contrabando y el narcotráfico. Las y los trabajadores, con una importante masculinización en los espacios y el trabajo son enunciados y representados solo como productores de prácticas delictivas con adjetivos negativos y descalificativos, omitiendo toda experiencia personal. *Afirmaciones como “nadie controla qué llevan, adonde lo llevan o para qué lo llevan”*⁴¹ coloca a las mujeres como personas constitutivamente diferentes de la media de las y los ciudadanos argentinos al percibir las como una otra enemiga, intrínsecamente peligrosa.

Si bien ninguna de las mujeres entrevistadas saben el por qué del nombre, existe una explicación que se comenta entre gran parte de las y los pobladores fronterizos. La palabra bagayera deriva del inglés “*baggage*” (equipaje) y tiene una relación directa con los ‘atados de ropa’ y los utensilios de pertenencia personal que suelen cargar sobre sus espaldas las personas que viven en situación de calle. Otras acepciones definen al *bagayo* como “mujeres de fea apariencia o un conjunto de objetos robados” (Real Academia Española, 2016). Del mismo modo el personal de Gendarmería, los medios de comunicación y parte de las y los

⁴¹ Fragmentos del informe televisivo “frontera colador” emitido por el programa Telenoche en Canal 13, el día 23 de octubre de 2012. Ver anexos: Noticias.

pobladores comenzaron a utilizar la palabra para nombrar a las trabajadoras de las fronteras, como una forma de designar el (supuesto) contrabando a pequeña escala.

¿Hay cambios entre tu trabajo de empleada y este?

Si, acá vos ganas un poco más.

¿Y cómo las llaman?

Nos dicen paseras, otros nos dicen pasadoras o bagayera. Pero la gente dice que las bagayeras son las que hacen el trabajo completo para el sur, hasta otro lugar.

Hay muchas mujeres ¿por qué crees que se da esto?

Yo creo que las mujeres siempre han trabajado porque se han separado de sus maridos y ellas acá de otra cosa no pueden trabajar. Ellas si trabajan de empleada doméstica por supuesto van a recibir su pago pero mes a mes, mientras acá en seguida te pagan y si se puede llevar todo los días acá cercano por eso hay más mujeres. Hay hombres pero en general los hombres se van a trabajar en otra cosa. Pero las mujeres siempre trabajan para llevar la comida a casa, es por la necesidad.

¿Alguna vez llevaste a tu hijita a trabajar?

Sí. Y cuando ven los gendarmes los chicos lloran porque tienen miedo. Yo me pongo a pelear, discutir cuando ellos se ponen malos.

Estas mujeres saben que al ser definidas por los gendarmes, los medios de comunicación y parte de muchos sectores sociales como bagayeras llevan un estigma, pero no se impresionan, ni se compunguen por ello, por el contrario a lo largo de los años las mujeres han podido definir su trabajo con el mismo nombre. Ellas tomaron un lugar dentro de ese discurso, se sirvieron de sus imágenes y sus símbolos para reapropiarlos y definirlos a su manera. En el discurso de las mujeres el trabajo no hace una relación directa y lineal con la legalidad/ilegalidad y el contrabando, sino que está cruzado por procesos de crisis económicas, y fundamentalmente socioculturales.

Muchas no solo reivindican su labor sino que tampoco pueden imaginarse en otro trabajo. Ellas han pasado la mayor parte de su vida vinculada de una u otra manera con esta actividad, no solo porque muchos de sus familiares y amigos se dedican a cruzar mercadería desde hace mucho tiempo, sino fundamentalmente por el contacto permanente que implica una cotidianeidad desarrollada en zonas de fronteras que tiene como uno de los modos más conocidos de subsistencia el bagayeo.

“Soy bagayera” es vivencial y también corporal⁴². Para realizar su trabajo las mujeres incorporan movimientos corporales y conductas. Un aprendizaje que está acompañado de imágenes y metáforas que se transfieren en la cotidianidad. Imágenes inscriptas en el proceso de socialización así como reactualizadas en sus actos. Las mujeres establecen y forman su agencia dentro del imaginario impuesto por la mirada dominante. Reinscriben en su discurso y en sus prácticas los mismos términos que la sociedad hegemónica, pero como una forma de afirmarse subjetivamente.

Pensamos en sus trabajos y sobre todo en la forma en la que se enuncian como trabajadoras⁴³ bagayeras como una forma de desestabilizar parte de lo instituido, al cuestionar las etiquetas y no aceptarlas como algo dado. Ellas disputan los valores de los grupos que han establecido esos juicios y los procesos de valoración con las que se llevan a cabo. En este contexto, denominarse del mismo modo, con el mismo término que lo hacen las miradas hegemónicas, se puede entender como una forma de batalla discursiva, simbólica, existencial ante las trampas del Estado, que nos presenta una única forma de deber ser y estar.

Ellas se reapropian de la injuria para reinvertirla de sentidos. Dan vuelta la escritura para reapropiarse de la palabra y convertir su experiencia en una legitimación de un saber. De esta manera producen una resistencia afirmativa en tanto toman un lugar en el contexto social. Son los pliegues de los espacios fronterizos donde tiene lugar de posibilidad aquello que no es contenido en la construcción hegemónica del espacio-tiempo y que vuelve en tanto forma de apropiaciones y se presentan como experiencia otras de trabajar, de vivir, de transitar. La presencia masiva de una corporalidad diferente obliga a desubicar a aquel que se constituye como naturalmente propietario y como normal reproductor de una forma hegemónica de convivencia en la ciudad.

En sus discursos, ser mujer bagayera puede tener un sentido legítimo de ser frente a la violencia real y simbólica que se vivencia en esos espacios. En este sentido consideramos

⁴² Un análisis más exhaustivo sobre la corporalidad de las mujeres bagayeras se encuentra en el capítulo 6 de esta tesis.

⁴³ El uso del término trabajadora en toda la tesis respondió a que durante el trabajo de campo las entrevistadas denominaron de esta manera su actividad. Ejemplos de esto pueden observarse en los relatos de las mujeres a lo largo de la tesis.

que un lugar donde cobran visibilidad social utilizando el nombre de bagayeras no puede ser solo pensado como reproductor de desigualdad, porque si no estaríamos pensando a las mujeres como incapaces de comprender las prácticas y los espacios donde deciden intervenir⁴⁴. Ellas toman los significantes racializados y al nombrarse con el mismo nombre los invierten, se apropian de la injuria, produciendo algo distinto, allí donde lo establecido señala solo debilidad y marginalidad.

4.4 Las mujeres bagayeras: entre la criminalización y la trasgresión

Para terminar este capítulo queremos remarcar nuestra mirada respecto de las reflexiones que se dieron. Existe un gran número de investigaciones que hacen referencias a hechos y procesos que suceden en los espacios fronterizos, que a grandes rasgos pueden separarse en dos. Una visión simplista esencialmente estadística que considera a gran parte de las y los pobladores fronterizos como marginales (Beker, 2012), es decir personas o grupo de personas que se ‘desvían’ de un conjunto de reglas sin adentrarse en las experiencias personales.

Por otra parte existen miradas sobre las fronteras y sus pobladores que dan cuenta de procesos más complejos, contradictorios y conflictivos en estos espacios, observaciones que se

⁴⁴ Una apropiación similar sucede, por ejemplo, con la comunidad lésbico, gay, bisexual y transexual y la marcha del orgullo. Podemos reconocer en torno a los regímenes de visibilidad LGBT a partir de la década de los ‘70 la institución del orgullo como consigna política y de la progresiva adopción de la tecnología de visibilidad *marcha del orgullo* a nivel global. Como lo plantean Gaona y Ficoesco, (2012), estos festejos no pueden interpretarse como tan sólo eso. En la medida en que se incorporan a espacios de las ciudades que, sea por su condición de clase, género o por portar características étnico-raciales no accidentales, no le correspondían (plazas principales, vereda de casa de gobierno, calles del casco céntrico de las ciudades) sus intervenciones operan como un despliegue en exceso para reubicarse como interlocutores capaces de apropiarse y resignificar los sentidos hegemónicos de la ciudad. Con la presencia misma, demandan pertenecer y performan su pertenencia (Butler y Spivak, 2009). Es con el ánimo de la visibilidad que el espesor político de estas luchas por los términos de representación de los cuerpos, los espacios y los modos de habitar ambos, se hace especialmente visible en el caso de la marcha del orgullo que se inscriben por la disputa por la configuración de un colectivo ya no sólo en la arena de las reivindicaciones étnicas, de clase y de ciudadanía, sino también en el derecho al propio cuerpo y al placer. Una visibilización potencial contra hegemónica adquiere dicha marcha de este tipo en el contexto de una ciudad mediana, de frontera, tradicionalista, con las reservas morales que continúan operando aún en la actualidad (Gaona y Ficoesco, 2012).

construyen desde una visión cualitativa (Camblog, 2009; Linares, 2010; Cebrelli, 2012; Benedetti, 2013).

A nuestro entender ambos líneas de investigación piensan a las trabajadoras sólo en función del incumplimiento de reglas y normas sociales que en ciertos momentos y bajo determinadas circunstancias se impusieron. Así el accionar de las y los bagayeros es nombrado en términos de estructuras de poder, infracción, delito, contrabando, violación de las leyes o práctica que pone en cuestión un ordenamiento administrativo sobre las zonas de los límites y se le atribuye a ‘esas ilegalidades’ una motivación política, actos de trasgresión.

En toda nuestra tesis, pero particularmente en este capítulo, no es nuestra intención quedar entrampados en ninguna de estas líneas de investigación porque creemos que ambas lecturas se hacen desde los sentidos y discursos hegemónicos, al arrancar las acciones de los contextos y erradicarlas de sus sentidos prácticos. Tampoco queremos presentar desde una visión romántica y celebratoria el trabajo de las mujeres. El significado del bagayeo debe interpretarse comprendiendo los regímenes de sentido en los cuales se encuentra situado. Los hábitos culturales sólo pueden ser entendidos en el marco de un universo específico de sentido. Pretender evaluar estas prácticas fuera de sus contextos, a la luz de valores diferentes implica no solo desconocer la diversidad de prácticas socioculturales sino principalmente actuar de modo etnocéntrico y nacionalista (Grimson, 2012).

En este trabajo preferimos pensar las experiencias de mujeres bagayeras como un emergente sociocultural que implica redes complejas y agencias no previstas para ellas como sujetas, que solo pueden ser entendidas *con, bajo, en, desde*, las condiciones en las que viven. No se trata de hechos aislados sino de prácticas sociales que forman parte de zonas donde existen sistemas *otros* de normas que reconocen y completan ‘la legalidad’ que define el Estado. En la mayoría de los casos ellas obedecen convenciones sociales participando de acciones convencionales en la interacción social o en la vida familiar, pero no se limitan a su accionar, a un deber ser.

CAPITULO 5: CONFIGURACIONES DEL ESPACIO

“Las palabras no siempre son capaces de dar cuenta de quienes habitan monstruosamente el mundo y esa ansiedad del silencio necesita de una comunidad de pertenencia en la que sea posible comenzar a vivenciar, sentir y pensar”.

Lugones, 2016

En este capítulo reflexionamos sobre las configuraciones de los espacios fronterizos presentes en el relato de las experiencias de las mujeres bagayeras, con el objetivo de pensar las formas en que las mujeres se relacionan, a partir de su trabajo, con las ciudades y en los modos de habitar dichos espacios. Lugares *borders*, no solo por su ubicación física en la ficción estado-céntrica de la geografía clásica, sino también porque las experiencias que allí suceden subvierten los órdenes de la modernidad: el mapa, el límite territorial, la ciudadanía, la naturaleza, el género, entre otras; e impugnan los límites y la estabilidad así como las lecturas estabilizantes que de estos ordenes se desprenden.

El “lugar” entendido y vivido como propio y la posibilidad de propiedad “para sí” en las escenas relatadas, tensiona el espacio cartografiado desde el logos moderno y da cuenta de la frontera porosa de la experiencia. Lugares negados en la cartografía estado-céntrica que se vuelven amenaza de las certezas positivas y se interrogan por el “deber ser” en tanto “siendo” desde experiencias particulares. Lugares de inflexión pero también de continuidades. Dislocaciones que des-ubican epistemologías desde la disidencia y que van más allá de las cristalizaciones del discurso multicultural. Léxico que parece opaco visto a la luz del Estado moderno y su espacio.

5.1 Críticas al espacio absoluto

La búsqueda de una reflexión sobre las formas de habitar las ciudades fronterizas por parte de las mujeres bagayeras nos abre la teorización del espacio social como búsqueda de

interpretación de otros mundos posibles y de las alternativas que conllevan. Una apertura que debe problematizar, cuestionar y discutir al menos el problema del espacio como espacio absoluto.

A nuestro entender la crítica al espacio absoluto no puede realizarse sin antes una revisión del pensamiento geopolítico clásico y su concepción estado-céntrica del espacio social. Una perspectiva aún vigente que se presenta como síntomas de determinadas formas de interpretación del espacio y que encuentra sus raíces en lo más profundo del proyecto de la razón iluminista de la Modernidad, bajo la consigna de “orden y progreso” en el Estado argentino. Una epistemología geográfica que planteaba la relación entre Estado y espacio como unidades de análisis y cuyo proyecto subliminal se preocupaba más por el devenir de los Estados y la construcción de sus naciones que por una reflexión acerca de la relación espacio y sociedad en sus particularidades. Dicha perspectiva tenía por función colaborar en el proceso de organización de la Nación.

Es sabido que la geografía y la historia tuvieron un papel central en la transmisión de valores de la época, difundidos a través de la enseñanza:

“En el proceso de consolidación, la geografía y la historia tienen un papel central como transmisores de los valores de la época: contenidos y valores fundamentales para un discurso necesario, difundido a través de la enseñanza, que lleva a la construcción de la nación” (Chiozza y Carballo, 2009:13-14)

Como encargado de la construcción del espacio en la modernidad, el programa de la geografía no podía ser ajeno a otros proyectos contemporáneos, por lo que formó parte de la construcción de los nacionalismos, el auge de la revolución industrial, el poderío militar y económico de las grandes potencias, el expansionismo colonizador. Hubo superposiciones genealógicas entre el origen de las ciencias naturales y sociales en el origen de la modernidad con los proyectos de dominio y control social (Murillo, 2012) a la vez que con el auge del capitalismo. De allí que la noción de espacio que heredamos y que aún se mantiene vigente en forma sedimentada provenga de estas perspectivas de espacialidad hegemónica.

En esta línea, el ensamble del dispositivo moderno de la razón fue el que organizó el conocimiento del espacio como espacio absoluto, es decir: neutro, grado cero de la espacialidad, no-relativo. Justamente –y no casualmente– el espacio de la abstracción para la

gestión de la ciencia. Esta consumación del espacio neutro alcanza su más éxtasis en el mapa como tecnología de representación espacial a la vez que como política representacional de la identidad. El mapa se transformó en la tecnología de gestión para la espacialidad ampliada. Un repaso por la periodización de las formas de gobierno y control y gestión del territorio y su población (Foucault, 2006) dan cuenta de la serie de operaciones orientadas hacia la construcción de un espacio homogéneo y estable. Así, nuestro pensamiento del espacio heredado de esta geografía clásica "proviene de la confluencia entre las tradiciones jurídico-política y naturalista de base biológica. La geografía clásica se conformó como una geografía del estado" (Benedetti, 2011:17).

Desde esta articulación socio-histórica y también espacial en tanto geografía del poder (Massey, 2012) emergen dos categorías funcionales: la ciudadanía como población del territorio nacional y el territorio –bajo la égida de la escuela clásica de la geografía– como la superficie del suelo cuya gestión estaba y está a cargo del Estado. Una doble operación tendiente hacia la homogeneización social y del ambiente a la vez que la disolución de sus particularidades. Una escisión ontológica que libera a la sociedad de su ambiente y al ambiente de su sociedad (Segura, 2015) como campos autónomos: si el recurso natural – conversión cambiaria del territorio puesto en circulación en el mercado– es la estrategia política para separar el territorio de las sociedades, la ciudadanía es la estrategia política para separar las sociedades de sus territorios. Territorio-Recursos Naturales y ciudadanía son los dispositivos que mancomunan en la Nación una doble operación de falsa igualdad y autonomía cuyo proyecto es volver escindible la cultura y el territorio natural esencializando sus identidades (Zubia, 2012)⁴⁵.

⁴⁵ Alejandro Haber (2008), realizando una crítica decolonial al texto arqueológico, se acerca desde otras perspectivas a la misma problematización: "para el Estado español, subsidiado como estaba por el flujo tributario indígena, fue funcional que se tratara de indígenas. Para el Estado argentino, que subsidia políticamente los intereses del mercado capitalista, es funcional que tierras, recursos y fuerza de trabajo no conformen entre sí vínculos indisolubles y que, entonces, estén a libre disponibilidad del mercado. El Estado Nacional debió ser capaz de movilizar recursos clasificatorios en cuyo marco se establecen tales políticas de la identidad, los discursos académicos que la justifican y los discursos pedagógicos mediante los cuales se reproducen. Los discursos abstractos elaborados por miradas externas disponen de los mecanismos de colonización de las experiencias locales y de sus auto-comprensiones contextualizadas" (Haber 2008: 106). La fractura de ese vínculo, el des-enlace con el territorio, pone en circulación como mano de obra a la población

El espacio absoluto emergió entonces como parte del mito moderno de la razón, como lugar estable y estabilizante a la vez que ordenador de categorías más amplias. Y allí, cuando la vida misma se presenta como una vida pasible de ser gestionada mediante la tecnología burocrática estado-céntrica se solapa una vida saturada de poder (Butler y Spivak, 2009).

5.1.1 El mapa: la herencia de la geografía clásica

De la geografía clásica hemos heredado el mapa como cartografía de los espacios que trabajamos y de los cuales formamos parte habitándolos, porque no solo describimos nuestros espacios sino que también los formamos. Heredamos entonces no sólo el mapa, en tanto producto histórico-espacial de una construcción social determinada, sino también la configuración histórica que le dio lugar, que lo produjo y que en definitiva termina dando configuración actualizada al espacio que habitamos. Para hacerlo más claro, heredamos tanto el mapa como las prácticas que le dieron forma.

El conjunto de operaciones estabilizantes y esencializadoras de los territorios sigue desfigurando la formación de los lugares al mostrarlos como planicie inconmensurable en el análisis, frente a una topografía que se muestra diferente. Es esta la tensión analítica que se presenta en los análisis de las espacialidades diferentes y que se consuman en el mapa. Por ello, sostenemos que las experiencias de habitar los espacios constituyen formas otras diferentes y desiguales de aquellas consagradas en el mapa y desde esta diferencia es que sostenemos la necesidad de desandar el mapa armando otras cartografías. Desde esa misma coyuntura también denunciemos la pulsión por lo estable que se sucede a través de una serie de operaciones múltiples –en tanto dispositivo– que someten la dinámica del espacio a una quietud perpetua que se conjuga en cada congelamiento analítico: su estabilidad.

La institucionalización del espacio como única cartografía posible –logos-grafía del espacio absoluto– es transmitida como mapa oficial del territorio a través de múltiples procesos de escolarización, la literatura patriótica desde finales del siglo XIX y también de los medios de comunicación en la actualidad. Configuraciones actualizadas presas del mapa heredado: no

en tanto que deja en disponibilidad la gestión del territorio. Se trata, entonces, de Territorio Nacional-Recurso Natural y Ciudadanía operando articuladamente como modo dual de escisión territorial.

sólo lo heredan en cuanto objeto sino también en cuanto práctica que lo hace posible. Una herencia “noble” difícil de sortear porque se encuentra inscrita en la genética analítica de la taxonomía social. Es por todo ello que el mapa, como artefacto técnico analítico representacional, se mantiene vigente en las interpretaciones actuales de las espacialidades. Vigente cada vez que se interpreta a los espacios fronterizos no como espacio de diálogo, de interacción, de entrecruzamientos varios, sino como lugar inmóvil, límite de la nación y su territorio.

Un análisis en donde la ficción se hace realidad: el límite del espacio es el límite de la nación y su territorio, y es su mapa el que configura el modo de interpretación de la habitabilidad del lugar. Vigente cada vez que intenta pensarse el territorio escindido de su cultura, el suelo como recurso posible de ser gestionado unilateralmente por el Estado e independiente de las comunidades que hacen uso de él habitándolo. Vigente también cada vez que intentan pensarse los espacios como escindidos de su sociedad. El espacio como vacío que es posible de ser gestionado y manufacturado. Ejercicio plástico sólo desde la norma y funcional a ella que moldea el lugar para sí, para un nos-otros nacional.

En casi todos los mapas conocidos hasta el siglo XVI (los griegos, romanos, medievales) el centro étnico y el centro geométrico coincidían (Castro Gómez, 2005). Los mapas más que determinar un sentido de lo real, parecen estructurar y orientar la observación posibilitando algunas, e imposibilitando otras miradas y prácticas. El espacio-cuerpo social es entonces fabricado por la tecnología de ese mapa heredado desde la norma según la configuración espacial histórica determinada: la construcción de la Nación. Y hace parecer que no hay posibilidad de pensar los lugares desde los mismos lugares. Sólo es posible pensarse en la mismidad de la otredad convertida en mono-logos: el espacio absoluto, el mapa, la Nación, la ciudadanía. Ésas son las únicas alternativas posibles, las formas domesticadas de las que hacer uso para poner nombre a la experiencia habitacional.

No obstante, desde los resultados obtenidos y apoyados en reflexiones e investigaciones deconstruccionistas, sostenemos que existen otredades que se nos presentan como radicales ya que su invitación es, justamente, a abandonar el mapa heredado. Aquello que la norma específica desde el deber ser (otra vez: el arquetipo, el mapa, el ciudadano) se subvierte desde el estar siendo disidente. Devenir histórico que se transforma en la acción, en la

performación. Estos escenarios bordes que se habitan monstruosamente (Lugones, 2016) sugieren para sí usos otros de los espacios en tanto que configuran lugares otros de posibilidad y subversión: bordes de la modernidad por su disidencia, por caerse del mapa y de lo que éste significa. Lugares en los que la misma ficción de la traza alcanza su propio límite y revela la finitud de la trama frente a la contigüidad del territorio habitado. Otredades que interpelan el mapa heredado y dejan de lado la cartografía oficial en tanto se abre a la exploración del espacio como posibilidad, como aventura.

5.2 Las ciudades Fronterizas

¿Hace cuánto trabaja de esto?

Yo hace ocho años

¿Y por qué comenzó?

Porque no tenía trabajo, no tenía trabajo y tengo los chicos y de ahí me vine, una amiga me ha traído.

¿Su amiga ya trabajaba?

Si, trabajaba ya más antes.

¿Cómo aprendió?

Mi amiga me ha enseñado. Ella es la que me ha hecho dar el trabajo también porque no te dan así nomás la gente, entonces ella me hacía dar y así me quedé.

¿Antes de este trabajo tenía otro?

No, no tenía. Iba pero a la finca dos veces a la semana, a veces una vez.

¿Hay diferencia entre el trabajo de la finca y el de acá?

Sí, es mucha porque en la finca vos tenés que levantarte a las cinco de la mañana y si por ahí no te llevan, a veces llevan contaditos y madrugabas de ganas nomás porque no te llevaban. Aquí es un rato nomás será cuatro horas, cinco horas.

¿A qué hora comienza su trabajo?

A las nueve, venimos a las ocho y a las nueve ya comienza a llevar la gente.

¿Y a qué hora llega a su casa?

Ahora temprano nomás, seis, siete ya estamos pero hay veces más antes como a las cinco, cuatro. Depende cuando la gente compra rápido nos vamos rápido. Hay patrones que vienen tarde y ya vamos tarde

¿Cuántos viajes hace por día?

Uno nomás. Ella nos da uno nomás.

¿Cuánto son del grupo?

Nosotros somos poquitos nomás, más son de la madre de ella. Ella sí tiene mucho. Aquí somos yo, la chica, después está mi marido que ya se fue a llevar al otro lado, por eso no está y también está aquel, pero él más trabaja con la madre. Somos nosotros nomás los que estamos, antes éramos varios pero como no hay trabajo casi, ya está pobre todo, así que se van a buscar a otro lado. Hemos quedado nosotros nomás.

¿Me contás cómo es un día de trabajo?

Bueno tengo que ayudarla a ella a acarrear la mercadería para que armen, ella tiene para temprano entonces hay que ir temprano, hay que preparar la mercadería para que se vayan, después si hay más mercadería ellos vuelven otra vez a llevar más, le ayudamos a ellos. Nosotras ya armamos al último para llevar, primero le ayudamos a ellos. Vamos en auto, cargamos por el río, va ella con la mercadería por el río cuidando las cosas, nosotras la esperamos del otro lado que cruce y ya nos vamos en el auto hasta el 28. Allá en el 28 nos bajamos en el portón ese y de ahí ya se vamos para el monte. Ahí caminamos una hora debe ser.

¿Hace cuánto que vivís en Orán?

Yo me he criado en Orán, tengo 46 años ya.

¿Y desde que usted es chica ve como cruza mercadería?

Si. Pero yo trabajo desde que tengo a mi hijo.

¿Pero antes venía a Bolivia?

Si, venía a hacer compras, compras nomás.

¿Y su marido de qué trabajaba antes?

Albañil y quedó sin trabajo y también se ha venido para acá.

¿Tienen más familia que trabajan en esto?

Si, él es mi hermano. Yo lo he traído también. Estaba sin trabajo y lo he traído yo también, he hablado con mi patrona y así ha venido él también.

¿Le puedo preguntar cuánto cobra por viaje?

150 pesos por viaje, según si se carga un poco más a ellos hasta 180, hasta 200.

¿Y a vos?

130, cuando llevamos más pesado 150 pesos.

¿Por qué cree que hay tantas mujeres?

No sé, será por necesidad esa es la situación mía.

¿La mayoría de sus compañeras son madres?

Si todas son madres.

¿Usted cuantos hijos tiene?

Tres.

¿Y están en edad escolar?

Uno, otro ya es más grande tiene 22 años ya.

¿Trabaja acá?

No, es empleado porque tampoco estudió.

¿Y el otro?

Y la otra se ha ido a Santa Fe a trabajar. Y tengo el chiquito que tiene 10 años, ese está conmigo y va a la escuela.

Marta, mujer bagayera de Aguas-Blancas Bermejo.

¿Hace cuánto años trabaja?

Yo, ya va a ser 13 años.

¿Recuerda cómo aprendió?

Una vez vine y justo mi cuñado estaba llevando cosas de acá y me dijo si quería pasar, si le podía pasar y yo no sabía pero le dije bueno. Pero por el puente me hizo pasar, esa vez dejaban pasar, hasta con una mochila vos pasabas. Y después con el tiempo como había otros paseros me dijeron vamos por el río y así empecé yo a ir por el río para pasar más.

¿Cuánto llega a pasar?

Hay veces cargo no muy pesado porque es mi fuerza nomás. No sé cuantos kilos pesa hoy pero es mucho. Hay veces que una vueltita nada más cargamos y hay veces hay más.

¿Me cuenta su día?

A las nueve de la mañana vengo para aquí y hay veces que me vuelvo a las una o a las dos de la tarde y cuando hay mucho trabajo vuelvo a la tarde. Hay veces cuando hay mucho gendarmes te tenés que quedar hasta las noche y esas veces nos vamos como a las ocho, nueve.

¿Por qué decidió trabajar pasando mercadería?

Bueno, lo importante es que trabajamos para comer y para comprar los útiles de los chicos. Mi hijo está en Salta, está estudiando enfermería y yo trabajo para ayudarlo, para comprarle ropa, sus útiles, las cosas que necesitan mis chicos.

¿Cuántos hijos tenes?

Cuatro.

¿Le puedo preguntar cuánto gana?

Hay veces llevamos no muy pesado será unos 50 pesos, 60 pesos por día. Hay veces que no hay nada, como ya no viene tanta gente como antes⁴⁶.

¿Por viaje?

Sí, hay veces hacemos un viaje, hay veces dos y hay veces nada.

¿Trabaja todos los días?

De lunes a sábado. Los domingos tengo que hacer de cocinera en mi casa y hay veces que los sábados no vengo porque no hay mucho.

⁴⁶ Hay que recordar que todos los precios y montos corresponden a las fechas de trabajo de campo.

¿Tiene clientes?

Si. Hay veces me llaman, me mandan un mensaje o hay veces me encuentran acá porque yo tengo que estar acá.

¿Trabajaba de otra cosa?

Cuando era soltera, no tenía a mi marido si trabajaba en la colonia de Santa Rosa en las plantaciones de verduras y después solía ir a trabajar a las cañas. Después cuando volví trabajaba como en la casa de un gendarme pero su esposa era bien mala entonces apenas pude me fui.

¿Vive lejos de acá?

Vivo en La Quiaca por el puente, es un paso, cerca.

¿Cómo toman sus familiares que usted trabaje acá?

Mi mamá no quiere que trabaje acá y mis hijos tampoco, es un trabajo pesado, peligroso por ahí por la Gendarmería, hay veces cuando pasan mucho a los gendarmes no les gusta mucho.

¿Y les gustaría que su hijo trabaje de esto?

No, no me gustaría. Prefiero que hagan otra cosa.

¿Y cuánto gana por viaje?

La verdad que no se gana mucho pongamos que sea unos 100 pesos por viaje, pero de ahí hay que descontar el taxi.

¿A veces pasa por el puente?

No por el río nomás. Por el puente no te dejan, apenas vas a pasar con dos prendas nada más. Ahí te quitan mucho. Si llevás pocas prendas podés, sino tenés que ir por el río.

Justina, mujer Bagayera de La Quiaca-Villazón.

Todo intento de reflexión sobre la forma de pensar y habitar las fronteras por parte de las mujeres bagayeras nos lleva a explicitar nuestra forma de entender los espacios. Como venimos sosteniendo, existen lugares por fuera de las espacialidades construidas a través del mapa heredado. Espacialidades y corporalidades que pasan a emerger como posibilidades alternativas. *Lo border*, lo fronterizo, las y los inapropiados (Haraway, 1999), una otredad que interpela una ‘mismidad’ es lo que pone en evidencia la ficción de la construcción de las fronteras, a la vez que cuestiona los procesos y las certezas sobre las que se asientan.

Una buena parte de los estudios sobre ciudades a nivel regional vistos habitualmente en el ámbito académico, político o mediático refieren a estos contextos solo en función de las ciudades globales (Sassen, 1999). La mayoría de las reflexiones y los estudios de frontera se

sitúan en marcos explicativos geográficos clásicos, económicos, demográficos, y políticos. Son muchos menos, desafortunadamente, los trabajos que ponen el acento en las representaciones, los sentidos de la vida, del espacio, del nosotros/nosotras y los otros/otras, una dimensión más complicada de abordar. Pero si no se indaga en ello, no se podrán comprender las relaciones de negocios y/o disputa entre los mundos de las y los sujetos que por una y otra razón, entran en contacto (García y Aldaya, 2009).

Aquí lo fronterizo no es entonces el límite del territorio plano según la geografía clásica sino el lugar de la articulación de la densidad histórica ampliada, el peso de la cultura, pero también la posibilidad de la acción. Lugar de (re)creación social del tiempo y del espacio como instancia performativa. Es en ese pliegue del espacio donde tiene lugar de posibilidad de aquello que ha quedado forcluido (Butler, 2002) en la construcción epistémica del espacio bajo el diseño del Estado y que vuelve en tanto forma de amenaza y/o desvío. Psicosis que se presenta como una experiencia otra de transitar el espacio: como lo hacen las bagayeras en las fronteras La Quiaca-Villazón y Aguas Blancas-Bermejo.

Como ya hemos planteado durante gran parte de esta tesis, entendemos a las fronteras y sus ciudades fronterizas como creaciones de los Estados-Nación en pos de la soberanía territorial que esgrimen el límite material de la ficción espacial de las naciones, concebidas como puerta de entrada o salida al territorio nacional, márgenes de la ciudadanía en su articulación espacial. Las fronteras son los bordes que delimitan el alcance espacial del sistema de derechos, deberes y garantías de un Estado para sí, pero además son la escritura que crea esa misma espacialidad. Étienne Balibar (2003) establece que no existe una definición esencial de frontera, sino que el significado del término se produce a partir del espacio local, temporal y subjetivo. Desde la perspectiva de este sociólogo las fronteras son dispositivos de control que, basándose en criterios étnico/raciales, de género y de clase, establecen quiénes tienen derecho a tener derechos.

El borde fronterizo no es entonces físico sino textual: es a través de éste último que se crea la cartografía oficial en la semiosis de la gobernación. No obstante esta ficción protocolizada en cuerpo de la ley que configura la espacialidad hegemónica, como puede observarse en los relatos de las mujeres, las fronteras son también el tránsito, el movimiento, el pasaje, la circulación. Espacio no agotado por la cartografía oficial y por tanto lugar de germinación de

i-rreverencias de la ciudadanía y la reinención constante de sus límites materiales. Y consecuentemente i-legítimas según el cuerpo-ley. Es así que el cruce de mercadería por circuitos que evitan controles aduaneros y de Gendarmería, como práctica contraria a los “buenos usos y costumbres” –la moral del movimiento y el cuerpo– se constituye como un flujo que tensiona de manera continua las fronteras.

5.2.1 El bagayeo: un trabajo de frontera

El bagayeo mancomuna esfuerzos y tareas entre ambas ciudades y de muchas personas. Las mercancías que fluyen cambian varias veces de mano, atravesando diversos espacios regulatorios, hasta llegar a los consumidores finales. Como ya dijimos, tanto La Quiaca y Aguas Blancas como Villazón y Bermejo corresponden a las regiones históricamente vulneradas de sus respectivos países; muy distinto del momento en el que la ciudad boliviana de Potosí era el centro de la economía colonial, y las tierras de Jujuy eran espacios de producción y circulación de mercadería para el mercado potosino (Karasik, 2000).

De acuerdo con el censo 2010 la población de La Quiaca contaba con 14.852 habitantes y la ciudad de Aguas Blancas con 2.395. Ambas ciudades presentan asimetrías históricas generadas a partir de la postergación económica regional y un estancamiento en el crecimiento de la industria local. A ello debe agregarse el fuerte impacto económico, productivo y social que produjo para el conjunto de las provincias norteñas la instalación de un modelo neoliberal por parte del estado Nacional hacia finales del siglo XX. Tal como lo afirman Lagos y Gutiérrez (2009) la desregulación del mercado, la eliminación del proteccionismo, la transferencia de la renta a los sectores económicos más altos, el desfinanciamiento de la seguridad social y el desarme de las empresas públicas con posterior venta, afectó de manera más pronunciada en las regiones periféricas por no tener una inserción clara en el nuevo modelo. Todos estos elementos produjeron una metamorfosis social que devino en el incremento de los índices de desigualdad iniciados hacía décadas en las ciudades de la provincia de Salta y Jujuy.

La falta de empleo a partir de la reducción de mano de obra debido a las privatizaciones provinciales a inicios de la década de los '90 como parte del proceso que transcurría como receta económica a nivel nacional, supuso un destino laboral incierto, desconcierto en los

sectores de mano de obra no técnica. Aquí remarcamos nuevamente los procesos de privatización de Yacimientos Petrolíferos Fiscales, los ferrocarriles y la empresa siderúrgica Altos Hornos Zapla como las más significativas para estas provincias. Buena parte de la población en estas ciudades se vio obligada a recurrir al autoempleo, el cuentapropismo y los microemprendimientos (Bergesio y Golovanevsky, 2010).

Así, la falta de oportunidad de trabajo en estas ciudades se presenta como la razón fundamental por la cual las diez mujeres entrevistadas decidieron dedicarse a dicha actividad. Ellas, al igual que gran parte de la población fronteriza, han pasado la mayor parte de su vida vinculadas de una u otra manera con el trabajo, sea porque sus familiares se dedican a la misma actividad desde hace mucho o por el mismo contacto permanente que implica una cotidianidad desarrollada en ciudades que tienen como uno de los modos más conocidos de trabajo el bagayeo.

Una amiga o un familiar (lo más frecuentes son primas o tías), que enfrentaba condiciones económicas y socioculturales similares acercaron a las mujeres al oficio ya que para formar parte del grupo es necesario que alguien “la presente” y para permanecer en él resulta imprescindible observar determinadas reglas. La mayoría de ellas han trabajado en casas de familias de la zona como empleadas domésticas pero han encontrado en el bagayeo mejores condiciones de pagos. Una bagayera que invita a una amiga, comadre o vecina a formar parte de un equipo, es responsable tácitamente frente a las otras de la lealtad de esa mujer para con ella y por carácter transitivo, para con las otras mujeres miembros del grupo. Ellas se incorporaron sin mayor problematización acerca de cómo el Estado y sus instituciones catalogan dicho trabajo.

Resulta fundamental señalar que casi todas las mujeres entrevistadas no terminaron los estudios secundarios. Justina, Gladys y Sandra no pudieron terminar la escuela primaria por tener que trabajar tempranamente para ayudar a sus familias. En una población donde la mano de obra es mayormente no calificada y mal remunerada, el oficio del bagayeo se presentó como una alternativa con mejoras salariales, ante una vida “destinada” al empleo doméstico y/o las tareas en las escasas fincas de las zonas⁴⁷. Frente a las condiciones de múltiples

⁴⁷ Recordamos que las mujeres bagayeras de Aguas Blancas-Bermejo tienen un pago fijo que ronda entre los 150-180 pesos de acuerdo a la cantidad de mercadería transportada sobre sus espaldas. Por su parte la

exclusiones -social, cultural, de género, étnica-, connaturales al modelo de Estado-Nación, las pobladoras de la región han generado empleos desarrollando estrategias individuales y colectivas que rompen con los patrones tradicionales de entender las fronteras, las leyes, los mapas y que han contribuido de manera significativa a la emergencia de oficios más incluyentes. De esta manera, frente a las desigualdades y la exclusión surgieron empleos desde la subalternidad (Alvarado y Vommaro, 2010).

La compra de mercadería y su cruce, pero fundamentalmente la relación de las mujeres con el espacio, sugieren para sí interpretaciones otras de la configuración territorial no contenida en la norma de la construcción del cuerpo territorial -individual y colectivo-. Si “los geopolíticos clásicos desarrollaron discursos autoritarios y con connotaciones de clase y de género” (Benedetti, 2011:16), el corrimiento de perspectivas organicistas y naturalistas del cuerpo social –individual y colectivo– resulta la clave hacia nuevas interpretaciones posibles. El corrimiento de aquella perspectiva estadocéntrica del espacio en los relatos de las mujeres es lo que nos permite la posibilidad de interpretaciones otras del espacio y la experiencia en los núcleos de abordajes que trabajamos.

Ya las críticas de las geógrafas feministas negras y chicanas y sus referencias a espacios de diáspora (Brah, 2011), las identidades en las fronteras (Anzaldúa, 1987), renovaron la discusión por el lugar, desde la diferencia, que cruzan la identidad en los ensamblajes históricos particulares en tensión con los entramados legales a través de los cuales se constituye la espacialidad hegemónica. Todo este entramado teórico allana el camino para pensar unas cronologías y topografías que no acuerdan con el mapa tiempo-espacio de la cartografía oficial de la Nación, a la vez que impugnan el grado cero del espacio abstracto y la mirada neutra que le da fundamento. A semejanza con las representaciones en perspectiva, el mapa sugiere la presencia de una mirada única pero, a diferencia de ellas y de la experiencia cotidiana del espacio, la mirada que el mapa representa no está presente en ninguna parte del discurso de las mujeres.

remuneración de las mujeres patronas varía de acuerdo a la cantidad de clientes y clientas que le confíen sus productos. Ellas cobran por prenda a cruzar, por ejemplo cada pantalón *jeans* a transportar cuesta 4 pesos; un par de zapatillas 10 pesos; la docena de ropa interior 15 pesos. En la frontera La Quiaca-Villazón las mujeres trabajan sin patronas, son ellas mismas las que realizan el trato con las y los clientes. En esta frontera también se cobra por prenda a cruzar: un acolchado 30 pesos, un par de zapatillas 10 pesos.

El relato de las experiencias de las mujeres da cuenta de que ningún punto de la superficie de la tierra puede ser mirado tal como pretende el mapa ya que el conocimiento de la tierra no puede prescindir de la mirada y del sujeto que la mira. Por lo tanto, no sólo la experiencia del mapa nos introduce en una comprensión del espacio que es en sí abstracta, sino que además es completamente externa (Haber, 2008). Desde estos abandonos del mapa y su perspectiva tecnológica de la espacialidad entendemos a las ciudades fronterizas como “heterotopías y heterocronías” (Foucault, 1999) excéntricas: tiempos-espacios otros que des-sintonizan la utopía del Tiempo-Espacio Oficial (esta vez en singular y en primera persona) arquetípica en la construcción de la Nación. En tanto heterotopías, las fronteras dislocan la ubicuidad de la cartografía dominante y sus lógicas, abriendo el espacio a la experiencia material. Es en este acto de profanación del mapa y límite donde el cruzar la frontera hace del lugar un espacio otro

5.3 Habitar las fronteras y los contrasentidos

Al entender los espacios fronterizos como performance, como producción y producto en constante proceso, definido y creado por sus actoras y actores en una multiplicidad de complicidades, los mismos son inseparables de las experiencias de los y las sujetos de esos espacios que al actuarlo se actualizan (reafirman o cambian) a cada vez (Ficoseco, Gaona y López, 2013). A la vez que en cada acto político se inflexiona su lugar de enunciación como territorialización de la palabra.

Al ser definido por sus actoras y actores, los espacios son un producto en proceso, nunca algo ya terminado, ni una totalidad cerrada. Un devenir, diríase. Se construyen con nuestras interacciones, pero también con sus ausencias y con las ausencias que nos construyen, tanto humanas como no humanas (Román Velázquez y García Vargas, 2008.). Los espacios no pueden dissociarse de la experiencia espacial –sea en el encuentro presencial o en manifestación virtual– y tales experiencias no pueden separarse de su condición corporal. Así, los cuerpos contruidos son la forma y representación de un sistema que los genera, los nombra y los ubica casi siempre en un sistema de binarismos genérico (Ficoseco, Gaona y López, 2013).

No concebimos al espacio fronterizo como vehículo, superficie o contenedor de relaciones y prácticas, como exterioridad ajena y preexistente al sujeto, objetiva, natural o virtual; sino como proceso, forma y dimensión de lo social (Román Velázquez y García Vargas, 2008), inestable, constantemente producido, valorado, percibido y apropiado de forma relacional. Es en los espacios donde se actualizan y ponen en juego las nociones culturales de los géneros, que se concretan en actividades, prácticas y conductas cotidianas. Los espacios y los lugares, como los sentidos que se tiene de ellos, se estructuran recurrentemente sobre la base de los géneros, razón por la cual varían en cada cultura y a lo largo del tiempo. Esta estructuración, simultáneamente, refleja las maneras de cómo se construye y cómo se entienden en las sociedades los géneros y los efectos sobre ellos (ibíd.).

Una definición así plantea, entonces, una relación particular con el lugar. El vínculo emocional diríase, de cada una de las comunidades involucradas con el ambiente, la cultura, el territorio y los paisajes sociales no se encuentran contenidos ni enunciados en la lógica hegemónica y su lenguaje. Si el artilugio del mapa y la ciudadanía han sido la estrategia a través de la cual se ha escindido el territorio de su población, como se ha sugerido anteriormente, el vínculo emotivo de estas comunidades con sus territorios no se encuentra contenido en la escena de argumentación legal de la defensa de sus derechos.

El falso universalismo binario, tierra-territorio y comunidad-ciudadanía, facilita la gestión independiente de ambos a la que vez que dificulta la lectura desde anclajes particulares específicos. Cuando pensamos a la ciudad latinoamericana como bastión espacial histórico por excelencia del delineamiento y ejercicio de poderes y privilegios (Romero, 1976; Rama, 1984), podemos considerar como afrenta a este orden toda presencia ajena a la razón occidental normalizada que se haga visible. Así, de forma vinculante, se pueden considerar las ciudades fronterizas argentino-bolivianas. Se trata entonces de lugares fronterizos entre la Razón del logos y otros logos posibles: otras palabras, otros enunciados, otras formas de transitar y habitar la espacialidad. Otros recorridos que vuelven como modalidades de impugnación para plantear en ella una forma de habitabilidad e identidad disidente de la hegemónica⁴⁸ (López y Zubia, 2014).

⁴⁸ Según Anzaldúa (1987) las fronteras son establecidas para definir lugares que son seguros e inseguros, para distinguir un nosotros/nosotras de ellos/ellas. Una frontera es una línea divisoria, una franja estrecha a lo largo de un precipicio. La frontera es un lugar vago e indeterminado creado por el residuo emocional de un límite no

5.3.1 Mujeres en la frontera

¿Hace cuánto se dedica a esto?

Hace como 8 o 9 años.

¿Y por qué comenzó?

Yo por necesidad porque tenía cuatro chicos y estaba sola, mi marido de entonces me dejó y tuve que trabajar. Ahora ya tengo seis así que más necesito. Yo trabajaba más antes y después conocí al que era mi marido que trabajaba en otro grupo y como después quedé sola tenía que trabajar.

¿Alguien la ayudó a entrar?

Si, una amiga. Después me hice conocida y pasaba yo por aparte. Entonces me han hablado para que les pase unos y después más y así. Ahora yo consigo y nos venimos nomás.

Ahora que usted es patrona ¿Cuánta personas tiene trabajando?

Depende del día, hay veces viene poca gente y entonces somos cuatro o cinco, pero hay veces que viene más y somos menos. Hoy tengo cinco personas trabajando.

¿Ya tenés clientes?

Si. Hoy vinieron los de Tucumán que son tres. No vinieron más

¿Y cómo se ponen en contacto?

Me llaman al celular o a la casa y me avisan cuando sale y yo los espero allá. Siempre voy porque si nos van ellos se van con otro grupo, hay que estar ahí esos días.

¿A qué hora comienza su trabajo?

A las nueve ya estamos todos allá, para salir a la una del mediodía.

¿Hay mucha gente trabajando de esto?

Si. Cuando yo era chica fui unas cuantas veces a Bermejo con mi papá y no recuerdo haber visto tanta gente pasando.

¿Cómo es tu trabajo?

Nosotros vamos a Bermejo donde la gente que viene a comprar compran todo y te dan las cosas para que vos pases y ahí tenés que pasar el río en los gomones o caminando, a veces cuando el río no trae mucha agua los varones pasan caminando nomás. Ya cada uno tenemos un auto que espera y nos vamos para el 28. Ahí cruzamos por el monte

natural. Está en un constante estado de transición. Lo prohibido y lo vedado son sus habitantes. Los atravesados viven aquí: la y el bizco, la y el perverso, la y el *queer*, la y el problemático, la y el mestizo, la y el mulato, la y el zambo, la y el medio muerto; en resumen, aquellos y aquellas que cruzan, que pasan, o que van a través de los confines de lo “normal”.

hasta el otro lado, caminamos cuarenta y cinco minutos, a las mujeres le lleva más tiempo.

¿Usted también cruza por el desvío?

Antes pasaba todo los días, ahora hay veces cuando hay mucho trabajo si, peor hay veces yo paso con el remis.

¿Qué días trabajas?

Ahora los martes, jueves y sábados.

¿Antes de trabajar aquí, trabajaba en otro lado?

Si, de empleada pero era feo, mucho trabajo y no te pagaban nada.

¿Prefiere trabajar acá?

Y sí. Una que es menos cansador y otra que ganás más. Acá no cumplís horarios, tenés más libertad.

¿Su marido le dice algo del trabajo?

No le gusta que trabaje con ellos, pero es más libertad para mí también ya no tengo esa dependencia del hombre porque trabajo yo también. Él me dijo que dejara y yo no quise ya porque es una ayuda más que tiene la casa. Somos muchos nosotros.

¿Le gustaría trabajar de otra cosa?

No, yo trabajo porque me gusta también.

¿Cuánto gana usted como patrona?

Depende de la cantidad que tengamos pero en el día gano 400-500, porque yo tengo que pagar todo, los gomeros, los taxis, todo y a ellos también.

¿Cuánto sale cada prenda?

Depende, 4 pesos sale pasar cada jeans, 10 pesos cada par de zapatillas, 50 pesos los ventiladores pero eso solo pasan los varones. Y así cada cosa sale diferente.

¿Cuánto les paga a ellos?

Por bulto 170, depende del bulto y de las cosas que llevemos. A veces no sacamos mucho pero cuando viene mucha gente a comprar se saca más.

¿A qué hora terminan?

Cuando entregamos todo, como a las ocho.

¿Sólo entregan acá?

Si, acá nomás. Todos vienen a buscarlo acá nada más. Nosotros nos quedamos hasta el último que viene.

¿Y conviene comprar cosas en Bermejo todavía?

Sí, sí conviene. Es más barato. Ahora sufrís el calor pero sí conviene.

¿Alguna vez trabajó en las fincas?

Yo no pero mi marido sí, es muy feo, muy pesado y no te pagan bien.

¿Y cómo es trabajar con su familia?

Bien, entre nosotros nos ayudamos porque sabemos que tienen que trabajar.

¿Y alguna vez alguien le dijo algo sobre el trabajo?

Acá la gente ya sabe cómo es el trabajo, todos nos conocemos. Hay muchas familias que trabajan y se ayudan. Ya saben.

Susana, mujer bagayera de Aguas Blancas-Bermejo.

Las entrevistas a las mujeres y los modos en que transitan ambas ciudades nos hablan de formas distintas de vincularse con la ciudad, de modos diferentes de vivirla. En efecto si dirigimos nuestra mirada, nuestro cuerpo a la frontera para conocer otras vidas, nos encontramos con otras ciudades, las cuales remiten a experiencias, trayectorias y territorialidades distintas a las imaginadas y diseñadas hegemónicamente. Modos diferentes y desiguales de estar y de hacer la ciudad, de experimentar el lugar.

Aquí nos parece importante entonces, volver a remarcar que existen diferentes tipos de representaciones sobre los espacios, las producidas por arquitectos, urbanistas y los políticos, entre otros y los espacios representacionales propios de las y los actores que habitan y viven la ciudad, elaboradas a partir de las primeras representaciones pero no reductibles a estas. En palabras de Segura, “la experiencia del espacio no puede realizarse sin categorías sociales, a la vez que las categorías que posibilitan y modulan dicha experiencia no lo agotan” (Segura, 2015:79).

Desde una mirada exótica de los confortables centros se observa el paisaje del vivir en las fronteras con soberbio asombro, con tolerante condescendencia solapadas en formas políticamente correctas (Camblog, 2014). Se piensa y se imagina a las y los pobladores de los espacios fronterizos como comunidades homogéneas, donde las acciones de sus residentes deberían coincidir con los límites de tales unidades territoriales⁴⁹. Sin embargo hacia el interior de las ciudades fronterizas, existe disputa entre los sentidos hegemónicos acerca de lo que representa vivir en la frontera y de las y los actores presentes en ella. La

⁴⁹ Las ciudades fronterizas también han sido visualizadas por las narrativas hegemónicas como “lugares de paso”, como si su población fuera golondrina, como si nunca se hubieran establecido y por lo tanto como lugares de territorialidad efímera con relaciones sociales inestables propias de la trashumancia o nomadismo impuestos por la proximidad de la frontera. Asimismo, se ha pensado en ellas como ciudades ruralizadas y pequeñas (Jerez, 2003).

diversidad de experiencias de ciudad, de tránsitos, accesos y condiciones de habitabilidad la hacen particular para cada uno de las y los habitantes (García Vargas, 2010). Un conjunto de dimensiones como el acceso desigual a la ciudad, el género, la procedencia, las relaciones con las instituciones del Estado, especialmente sus contactos con la Gendarmería y el tiempo de residencia, dan cuenta de una variedad de personas con distintos modos de vincularse.

Queremos destacar dos elementos que nos parecen significativos en la forma de transitar y habitar las ciudades por parte de las mujeres. El primero de ellos está relacionado con su condición de género.

¿Alguna vez te quitaron mercadería?

Uff, sí muchas veces.

¿Y cómo es cuando te encontrás un gendarme?

Cuando vos te encontrás con un gendarme obvio te tiene que revisar y ahí a veces te quitaban las cosas y no te queda de otra que dejarle que te lleven las cosas porque siempre hay unos abusivos gendarmes, siempre están los abusivos que te quieren pegar o te quieren manosear, entonces es mejor soltar la mercadería e irte con las manos vacías. O algunas veces ves que está viniendo el gendarme y escapás con las cosas, escapás y otras veces te quitan la mitad de las cosas y otra mitad no dejás que te quiten o bien te perdonaban que te quiten.

¿En qué horarios pasás vos?

Vos sabés que un cambio de guardia de los gendarmes es a las siete de la mañana, de siete a ocho y el otro es al medio día de una a tres de la tarde, así pasamos. Otra, pero esa es tarde, a partir de las seis de la tarde, esa es la hora que se puede.

Gladys, mujer bagayera de La Quiaca-Villazón.

Como Gladys, todas las mujeres entrevistadas pueden relatar en sus experiencias violencias por parte de los gendarmes en los espacios por los que transitan para cumplir con su trabajo. El género entendido como el primer significante de poder (Scott, 1999), atraviesa los sentidos sedimentados acerca de los espacios y lugares permitidos para hombres y mujeres. El carácter ideológico por el cual producimos los espacios, les damos sentidos, contiene en sí una fuerte carga que generaliza, clasifica y organiza en dimensiones de lugar y territorio los vínculos permitidos o posibles. La legitimación de estos sentidos da pie a una materialización reconocida como parte del orden natural por el cual los espacios fronterizos se nos presentan (al parecer, de antemano) tácitamente blancos y masculinos.

En el relato de las mujeres, en el esfuerzo y los riesgos del trabajo, parece no existir diferencia entre hombres y mujeres dado que ambos realizan el mismo recorrido; sin embargo, cuando decimos que la forma de entender los géneros y los espacios producen efectos en la vida de ellas, nos referimos a la magnitud que supone sentirse condicionada por ser mujer. Para los habitantes de las fronteras, no produce demasiada extrañez la participación de las mujeres bagayeras en estos espacios dado que históricamente han trabajado en el bagayeo, pero sí creemos, a partir del relato de las entrevistas de las mujeres y fundamentalmente de nuestra observación de campo, que el personal de Gendarmería y Aduana se siente con el poder de minimizar, golpear, insultar y denigrar en cada “encuentro” con mayor énfasis a las mujeres por su condición de género. Así, la seriedad en los gestos, los insultos y comentarios ofensivos, el menosprecio por el cuerpo, la intimidación, el acoso, se presentan con más dureza hacia las mujeres, enfatizando el carácter de género. Estas escenas se pueden observar en ambas ciudades fronterizas. Por ello para las mujeres resulta fundamental transitar las ciudades de manera grupal, como estrategia para intentar ‘paliar’ las consecuencias que tienen su trabajo y su condición de mujeres en momentos de cruce.

En segundo lugar queremos remarcar las condiciones étnicas a la hora de vivir y transitar las fronteras. Las marcas étnicas predefinen los términos en los que se incluye/excluye a las mujeres en estos territorios. A mediados del siglo XIX, cuando la migración boliviana, altamente involucrada con la producción zafra y minera, se tornó muy importante para gran parte de las provincias de Salta y Jujuy, comenzó un proceso de criminalización y marginalización de los pobladores nacidos en esos territorios. Desde entonces se caracterizó a las y los bolivianos como usurpadores de nuestras tierras y aprovechadores (Caggiano, 2001) de políticas públicas, en especial en lo que se refiere a salud y educación (Karasik, 2005). La violencia y agresividad aumenta cuando las mujeres cholas bolivianas se hacen presentes en los espacios del lado argentino de la frontera, enfatizando el carácter de género y la marcación étnica de la subalternidad.

La forma en que las distintas mujeres experimentan cotidianamente la ciudad, la carga simbólica del lugar donde residen, el acceso desigual al espacio urbano, los tiempos o los medios para desplazarse de un lado al otro del río, la forma de tramitar los encuentros y las interacciones en el espacio público con el personal de Aduana y Gendarmería es un proceso

que posibilita aprehender la posición en que los distintos grupos sociales ocupan el espacio social y urbano, reproduciendo límites y divisiones.

5.3.2 Un lugar de continuidades

El lugar (social y espacial) desde el cual un actor social mira y vive la ciudad, hace la diferencia a la hora de comprender las discrepancias de las cartografías. Las diferencias en los modos de representar y transitar una “misma” ciudad constituyen indicios que hacen posible comprender formas distintas de ver, vivir, y significar la ciudad que remite a condiciones de vida, trayectorias biográficas y posiciones sociales desiguales. Al decir de Segura (2015) constituyen “Cartografías discrepantes” donde existe una heterogeneidad constitutiva de la experiencia urbana de acuerdo a distintas intersecciones (género, nacionalidad y clase social, por decir solo algunas). Se trata de una heterogeneidad inestable y dinámica, donde las casas, la iglesia, los comercios y los ríos no significan lo mismo para los foráneos que para las y los pobladores de la zona, ni para cada uno y una de ellas.

Las diez mujeres entrevistadas marcan las ciudades de enfrente -Villazón y Bermejo- como el lugar donde comienza su trabajo, pero también como lugar de encuentro con amigos, amigas y familiares, de paseo, de compras, de disfrute, donde el cruzar por el río o por el control de migraciones no representa mayor preocupación que sus comodidades y necesidades. Para decirlo más claro, el lugar por donde deciden cruzar al frente está vinculado estrechamente con la cercanía y comodidad de donde residen. En sus experiencias cotidianas no preocupa cruzar por el río o por el puente.

Para gran parte de la población argentina las ciudades fronterizas están asociadas con el peligro -como ya vimos en el capítulo anterior-, sin embargo, para las mujeres entrevistadas al igual que para las y los comerciantes que vienen a comprar mercadería y para las personas que venden, las preocupaciones rondan más, por ejemplo, por el cambio del día, el clima, los controles de Gendarmería y la posibilidad de trabajar. De hecho durante el trabajo de campo en ambas fronteras vimos como muchas de las personas que llegaban hasta las oficinas de control migratorio, al ver el largo de las filas decidieron caminar unos metros más y cruzar por el camino del río en el caso de la frontera La Quiaca-Villazón. En la frontera salteña las personas caminan unos metros más, evitan las oficinas de control, y deben subirse a las

chalanas o los gomones⁵⁰ para cruzar el río⁵¹. En la mayoría de los casos las personas toman el mismo camino por el que entraron a las ciudades bolivianas para regresar a las ciudades argentinas.

Las mujeres bagayeras saben por experiencia propia que cruzando el río se cruza la línea, se cruza la aduana y se está en otro país, con otra moneda, con otras leyes. Pero el cruce no les provoca extrañeza porque del otro lado están los mismos vecinos o sus familiares. Ponen en circulación un ir y venir de documentos, de monedas, de “legalidades” que se entretajan, que se manejan y se trasgreden con la indiferencia de hábitos arraigados. Saben estar ahí, transitar esa ciudad como saben estar y transitar el otro lado. Saben en qué consisten las diferencias entre una ciudad y la otra pero también en qué consisten las continuidades vecinales, la familiaridad compartida en ritmos, tonos, acentos, gestualidades, olores, comidas, vestimentas, peinados, colores, distribución de lugares, etc. Las mujeres bagayeras, como gran parte de la población fronteriza saben que atraviesan las fronteras pero también saben que son atravesados por las fronteras (Camblog, 2009).

La posibilidad de imaginar los espacios por fuera de esta rutina de lectura acostumbrada encuentra en los espacios fronterizos los motores para iluminar otras concepciones de la ciudad. Bermejo y Villazón como prolongación de las ciudades fronterizas argentinas, lugar de continuidades en sus vidas ya que en muchas charlas diarias se habla de y en torno a procesos que suceden allí, distintos de aquellas delimitaciones realizadas por las miradas de

⁵⁰ Ver capítulo 1.4.1 El bagayeo en Aguas Blancas- Bermejo.

⁵¹ Durante el trabajo de campo también observamos a mujeres comerciantes llegar con sus hijos hasta las oficinas de control y dado que no tenían autorización por escribano público del padre (requisito fundamental para que un menor de edad pueda salir del país) caminaban hasta el río y cruzaban por allí. Dada la normativa algunas de las mujeres fronterizas como Adriana deciden inscribir a sus hijos solo con el apellido de ellas: *Vos has visto que si un chico es reconocido por su papá tenés que andar en un juez sacando un permiso para los chicos. Mis hijos son reconocidos por mí, yo le decía a mí mamá en un tiempo yo no quiero que a mis hijos lo reconozca su papá. Porque yo sé que se va a poner feo después para cruzar la frontera y cuando yo quiera ir a Bermejo con los chicos voy a tener que ir a buscar a su papá andar de aquí para allá en un juzgado, en un abogado para sacar el permiso de ellos y tengo que estar cambiando el permiso cada seis meses y no me conviene, le digo. Por eso todos mis hijos llevan [apellidos de ella]. Cuando voy con ellos me piden la partida de nacimiento, y yo le digo los cuatro son [apellidos de ella, los cuatro son reconocidos por mí, ah bueno vaya nomás.*

los foráneos. Mientras que el Estado sostiene la fantasía de límites claros y estables con una distinción absoluta y ejecutable entre interior y exterior, las fronteras para las pobladoras entrevistadas en sus cotidianidades pueden resultar claras o difusas, fijas o cambiantes, pueden generar consensos y disensos. Las diferencias en las representaciones no serán ponderadas entonces con su menor o mayor adecuación a “la realidad”, sino que nos hablarán de experiencias urbanas disímiles. Como sostuvo Ledrut (1973, citado en Segura, 2015), la imagen de la ciudad expresa menos la ciudad que la relación que las personas mantienen con ella.

La vida cotidiana en los espacios fronterizos y en particular la vida de las mujeres bagayeras transcurre alterada por los golpes del Estado, pero a la vez persiste entramada en una continuidad displicente cuya fuerza defensiva, sabia y memoriosa, las protege (Camblog, 2009). Habitar y vivir en estos espacios supone instalarse en los discursos de las paradojas. El universo en el que ellas se mueven y desplazan con una naturalidad que sorprende, configuran otros mundos con dinámicas diferentes. No nos referimos únicamente a la frontera que se ubica en el límite geopolítico, sino también a todo tipo de fronteras que las sociedades gestan y potencian con diversos rangos de estabilidad. Hablamos de la habitabilidad de fronteras periféricas y geopolíticas. Se trata de un modo de habitar.

Como ya dijimos las y los habitantes de los bordes se habitúan a los desbordes y a los contrasentidos: “las contradicciones son el pan de cada día” (Camblog, 2009: 131). Ellas no hablan de paradojas, sino más bien, las actúan, las habitan y la transitan en su praxis y en la experiencia cotidiana. Las y los habitantes de la frontera montan las fronteras (Anzaldúa, 1987). Viven en una perpetua dinámica paradójica que sin abolir la contradicción, por el contrario la sostiene, la reproduce, la potencia y la convierte en continuidad. Son ciudades cheje o chixi al decir de Rivera Cusicanqui (2010): mixtura esquizofrénica de la contradicción.

Las mujeres de fronteras tienen una alta tolerancia a la ambigüedad. Ellas no pueden tener conceptos o ideas rígidas. Las fronteras y los muros se suponen están para mantener las ideas indeseables afuera, son en realidad hábitos arraigados y patrones de comportamientos, estos hábitos son enemigos internos. En estos espacios solo se puede ser flexible. Las mujeres son capaces de estirar las normas horizontal y verticalmente. Las mujeres bagayeras

constantemente tienen que desplazarse fuera de las normas, del pensamiento convergente, del razonamiento analítico al modo occidental unívoco. Las y los pobladores fronterizos han desarrollado una tolerancia a las contradicciones, a la ambigüedad (Anzaldúa, 1987).

La frontera es un espacio poroso pero también tenso y conflictivo; allí las certezas vacilan, se quiebran, se diseminan y, a veces, hasta desaparecen (Cebrelli, 2014). Para cumplir con el bagaje nada es 'como debe ser', nada responde a las regulaciones de los espacios. Las mujeres de los bordes aprenden a hacer malabares con la cultura. Ellas tienen una personalidad singular que opera de un modo plural. No solo sostienen las contradicciones, se vuelven la ambivalencia dentro de una persona (Anzaldúa, 1987).

5.4 La fuerza del lugar

Ambas fronteras se nos presentaron con fuerza. Sinergia que germina en la contigüidad física, en la proximidad de un punto al lado del otro en el espacio. Contigüidad que hace a la comunicación y la solidaridad en la cotidianidad, en la co-presencia del otro (Giddens, 1993) en el espacio compartido como praxis creadora.

En el lugar, ese orden cotidiano compartido entre diversas personas, instituciones, cooperación y conflicto es la base de la vida en común. Debido a que cada uno ejerce una acción propia, la vida social se individualiza; y debido a que la contigüidad es creadora de comunión, la política se territorializa con la confrontación entre organización y espontaneidad. Entonces el lugar es el marco de referencia pragmática al mundo, del cual le vienen solicitudes y órdenes precisas de acciones condicionadas, pero es también el escenario insustituible de las pasiones humanas, responsables, a través de la acción comunicativa, por las más diversas manifestaciones de la espontaneidad y de la creatividad (Santos, 1997).

En cada una de las dos fronteras la co-presencia en comunidad –el otro, la otra a la par– pero también la cronotopía y topografía del espacio, su continuidad y calidad como contextualismo que hace a la escena de interacción, marcan tanto los límites como las posibilidades y aunque contradictorias es el vaivén de fuerzas lo que genera su dinámica. El espacio deja de ser entonces la extensión del ámbito de posibilidades pre-pautadas para pasar a ser un lugar donde esas posibilidades se convierten en acción. El lugar es entonces el territorio –individual y colectivo–: experiencia del cuerpo cotidiano que transita por el

espacio recorriéndolo pero también armándolo a la vez que desafiándolo. Construyendo sus propias marcas: experiencias propias para sí y para otros y otras.

Es desde estas fronteras que estudiamos, desde los bordes, que los lugares marcados por las identidades propias abren la discusión por el cartografiado de los espacios en los cuales no han sido representados y cuyas experiencias propias no son contenidas en el Estado. Y no se trata ya de los no-lugares de Augé (2000) de la antropología posmoderna sino de lugares que han quedado por fuera de la epistemología globalizada –y globalizante–, cargados de una identidad negada históricamente.

De lo que se trata aquí es justamente de la particularidad de los lugares para el análisis social, por un lado y por otro, de un análisis social particularizado para los lugares. Discusión ésta que viene a perturbar la configuración del espacio como texto plano extenso sólo posible -y no casualmente- desde la ciencia, el derecho y la geografía positiva. Se trata, en definitiva, de lugares forcluidos (Butler, 2002) que habían quedado por fuera de la enunciación del logos y hoy regresan en tanto amenaza de su imposición: la del espacio como Nación y el límite internacional, el cuerpo como lugar de reproducción y el deber ser del género y, por último, la epistemología de la razón y su imposición en la diferencia. Operaciones que se conjugan en paralelo⁵².

⁵² “La búsqueda de la evidencia y la univocidad, el culto de la conceptualización abstracta y el subsiguiente desprecio de lo contextual, incluyendo el desprecio por el sujeto concreto, han hecho cada vez más necesario en el desarrollo de la historia de la filosofía dominante que se postule y afirme la existencia de una razón filosófica única como criterio y medida de toda argumentación racional posible. Y sabemos también que con la absolutización de esta razón por el racionalismo europeo moderno ese medio de humanización que era, y es, la capacidad reflexiva de los seres humanos deja de ser tal para convertirse en un fin en sí mismo. Absuelta de la precaria contingencia humana y de la equivocidad de las contextualidades situacionales la razón es entronizada como instancia suprahumana y supracultural. Para el mundo, para los seres humanos y su historia es ahora esa razón la *Ley* que los regula y que ellos, por tanto, deben internalizar. De este modo la razón absolutizada e hipostasiada no es únicamente fin ordenador. Es igualmente, y acaso sobre todo, un principio subordinador; y, por lo mismo, aniquilador de las diferencias.

Se sobreentiende que bajo el reinado de esta razón la interculturalidad es imposible y que el mejoramiento de las condiciones para su práctica requiere una especie de rebelión contra la *Ley* que representa la razón absoluta; la rebelión de las contextualidades situacionales subordinadas a un orden abstracto que las condena a la desaparición. Sólo así podrán emerger voces y discursos liberados que, anulando la cultura del sometimiento a una Razón que se entiende como potencia *legisladora*, hacen posible una cultura razonada de las muchas formas contextuales en que los humanos dan razón de la situación de su condición” (Fornet-Betancourt, 2006: 15).

Las dos zonas de fronteras dan cuenta de que el dominio nunca es tal; de que siempre queda algo por fuera. Ese fuera es el que vuelve para amenazar nuestras certezas, nuestras seguridades: lo que sabemos que es el espacio. Sin embargo, se trata también de lugares de continuidades (la anarquía es sólo una utopía más en la configuración del espacio). Lugares propios que se habitan bajo ‘la norma’ pero también desde la exploración, no desde la certeza de aquella sino más bien desde la confusión de lo posible. El lugar donde la norma se hace carne pero también donde la carne hace a la norma (López y Zubia, 2014). Y donde esa norma se confunde y amplía los límites de lo posible.

Lugares confusos y contradictorios entonces los de los bordes donde la norma no se relaja sino que no alcanza a obstaculizar la acción disidente. Y se abren allí fronteras creativas que aprovechan la confusión entre la norma y la posibilidad para ampliar los límites de ese propio cuerpo y generar en ese rango un espacio para sí. Confusión creadora de frontera que se habita y donde se levanta la alteridad. Es ésta, la alteridad, la que se presenta como murmullo polifónico territorializado que bordea en la sintaxis ordenadora del discurso único del logos para plantear otras semánticas sincrónicas y diacrónicas de las topografías propias y que plantean como desafío político diá-logos frente al monó-logo del Estado y su gestión del mapa, el espacio, el límite y los recursos del territorio.

Desafío desde la multiculturalidad que, atenta a los esencialismos de las políticas de la identidad (Segato, 2007), se proponga reflexionar la existencia de *polylogos* en intercambios de situaciones humanas en un contextualismo radical y no ya sólo de “culturas” (Fornet-Betancourt, 2006). Éste desafío requiere entonces de una hermenéutica diatópica (Panikkar, 2007) como apuesta a abandonar el logos de la razón y avanzar en un diálogo con otros lugares. En suma, estos lugares abren la posibilidad de la resistencia: lugares donde lo universal hace aguas frente a los particularismos. Resistencias oposicionales que sean flexibles, móviles, esquizofrénicas, diaspóricas y transhumantes (Sandoval, 2004), las de los bordes.

Lugares inconscientes que habitan el espacio de forma diferente desafiando los órdenes de lo instituido: cruzar el puente y hacer control aduanero. Resistencias de las sin-razón, sin-razón desde la que se habita y recorre el espacio. Lugares que re-dibujan los espacios como condición geográfica para la acción. Y no sólo como espacio entre sino más bien en

determinados lugares. Convergencia de la historicidad con la espacialidad sin reduccionismo ni ontologizaciones mono-lógicas. Es ésta la aventura de habitar los espacios desde la disidencia.

CAPÍTULO 6: CONFIGURACIONES DE LAS CORPORALIDADES

“Pero la principal iniciativa del Estado con el fin de restaurar la proporción deseada de población fue lanzar una verdadera guerra contra las mujeres, claramente orientada a quebrar el control que habían ejercido sobre sus cuerpos y su reproducción. Esta guerra fue librada principalmente a través de la caza de brujas que literalmente demonizó cualquier forma de control de la natalidad y de sexualidad no-procreativa, al mismo tiempo que acusaba a las mujeres de sacrificar niños al Demonio”.

Federici, 2010

En el capítulo anterior hemos problematizado los lugares geográficos *en, desde y con* los que trabajamos, como espacios liminares cuya ubicación en la epistemología cartográfica se constituyen como márgenes radicales (Soja, 2010) para de-construir las espacialidades neutras del proyecto positivista en la construcción del territorio nacional. En este apartado, como continuidad de las reflexiones suscitadas en aquel primer intercambio, reflexionamos acerca de las dinámicas y tensiones que implican las relaciones de mutación entre las formaciones corporales y las formaciones espaciales. Esta relación de modificaciones entre las densidades materiales es el foco de la atención que nos convoca, proponernos pensar los cambios que se suscitan en tales relaciones haciendo énfasis en la mutación de las corporalidades de las mujeres a partir del trabajo de cruzar mercadería por las ciudades fronterizas. En esos procesos se dirimen una serie de flujos y transacciones que implican cambios, mutaciones en los cuerpos.

6.1 La biopolítica en el cuerpo

El nacimiento de la biopolítica, como gestión corporal de la vida, ha sido coetáneo con el proceso de organización de los Estados-Nación en la modernidad. Ambas trayectorias de organización bio-corporal se iniciaron en el siglo XIX en occidente (Foucault, 2006 y 2007). La organización de la población a través del censo, el mapa y el museo (Anderson, 1983) no

es sólo la organización de la Nación sino también la administración de la vitalidad del cuerpo social: la gestión a través de las estadísticas y el control poblacional, la construcción del territorio espacial como límite y superficie de trayectorias vitales y, finalmente, las epifanías colectivas de las memorias habilitadas para ser recordadas. En este trazado no sólo se organiza el cuerpo-espacio social del común-comunidad-nación, en tanto plasticidad gobernada, sino también el cuerpo consagrado unidad segmentada sujeta a la administración.

La densificación del conocimiento como ciencia en su forma estatutaria disciplinar –tal como la conocemos hasta nuestros días– de las ciencias del hábitat (la arquitectura, el urbanismo, la ingeniería), de las poblaciones (estadística, demografía) y las médicas (medicina social, epidemiología, higienismo y sanitarismo), se sucedieron como procesos complementarios de la gestión biopolítica del cuerpo y la Nación. Se ensamblan entonces las dinámicas del régimen de normalización, que incluye y ocluye en operaciones simultáneas y complementarias, a través de las cuales se definen lo habilitado y aquello que no.

En la sucesión coetánea tanto de la organización de la Nación como de la unidad humana, la biopolítica moderna realizó un trazado de la espacialidad gestionando la vitalidad política desde las múltiples estrategias microfísicas de la normalización. De tal forma, la biopolítica se espacializó creando la agrodimensión del territorio y las corporalidades tras los modelos de gestión y administración. Surgieron así los lugares enclaves de la normalización, fuertemente disciplinares como el manicomio, la cárcel y la escuela que no pueden ser pensados sino como densidades mullidas de las redes microfísicas que se extienden por todo el espacio.

Como vimos en el capítulo anterior, el mapa, como modo de ver la Nación –y como modelo epistémico en la modernidad (Farinelli, 2013) –, es el punto máximo de la organización espacial en la *res extensa* de las espacialidades y en ellas las corporalidades. Emerge de aquí la figura arquetípica de la humanidad civil: el buen ciudadano, concurrente del espacio público, hombre blanco, burgués y heterosexual –al menos en su *parecer*–, sano y sujeto sanitario vigilado, como figura prototípica del habitante de esa espacialidad. El *Flâneur* de Baudelaire (Benjamin, 1972), que disfruta de la ciudad moderna, de su arquitectura y sus espacios, es la expresión de ese modo de habitabilidad urbana.

Pero la normalización tanto de cuerpos como de espacios nunca es plena aunque el automatismo parezca tal. Su función disciplinar es también proyectiva hacia la utopía: la construcción de un lugar, *topos*, como idealización. Y resuenan aquí ecos del proyecto iluminista de la razón en la organización de la República tanto en la ciudadanía nacional como en el habitáculo espacial. Y aunque la administración y gestión de los cuerpos y los espacios sea fractal, vectorizándose en múltiples y complementarios circuitos, en el damero se aglutinan formaciones distópicas que laceran la organización y administración.

Foucault pensó las potencialidades de tales lugares al hablar de los espacios heterotópicos (1999), como epicentros de la inversión o aversión a la normalidad. Alejados del proyecto utópico de la biopolítica, los lugares heterotópicos argüían sus propias dinámicas y reglas por antonomasia de aquellas sucedidas en el espacio público maleando la vitalidad corporal hacia otras formas y usos diferenciales y disidentes. Plasticidad del cuerpo que atiende a la dinámica ergonómica que se suscita entre las materialidades corporales y los espacios habitacionales vectorizando puntos de fuga que habiliten otros modos de pensar lo corporal.

En tanto puntos ciegos en el espacio, los lugares heterotópicos re-conjugan las dinámicas interseccionales que hacen a la relación cuerpos-espacios ampliando el espectro posible de entendimiento y comprensión tanto de las corporalidades como de los espacios, sobre todo pensando en las trayectorias vitales que se metamorfosean. Manifestación de otras materialidades corpóreas (Butler, 2002) que inauguran disidencias. Por ello, ha de requerirse una mirada estrábica cuyo objetivo sea un trazado heterotopológico, según la disciplina imaginada por el mismo Foucault (2006), de aquellas formaciones espaciales abyectas en un *cartografiado queer*, al decir de Preciado (2008), con particular foco en sus dinámicas cambiantes que hacen de la materia corpórea rasgos particularizados de ciertos lugares.

6.1.1 Cuerpos de frontera

Cuanto menos se inviste al cuerpo como “herramienta de trabajo” más se lo hace objeto de vigilancia y de cuidado, ya sean médicos, higiénicos, estéticos. Por el contrario una relación instrumental con el cuerpo de las y los trabajadores manuales supone una referencia a un cuerpo ante todo funcional, en oposición a una relación con el cuerpo formal, es decir una

atención a las apariencias corporales (Louveaur, 2007). La relación cuerpos y espacios en la genealogía biopolítica trazada en el apartado anterior nos permite señalar y reflexionar sobre las mutaciones que produce en sus cuerpos las mujeres bagayeras en ambas ciudades fronterizas.

¿Cuántos días a la semana trabaja?

Acá se trabaja todo los días, no hay feriado, no hay domingo, no hay sábado, no hay cumpleaños, no hay nada. Hay veces vienen mis hermanos de Jujuy y estamos ahí con ellos compartiendo un almuerzo y ya me llama y me dicen tengo carguita por favor vení y qué vas a hacer, porque si vos no venís en otra ya te dicen no, vos no me cumplís y ya te cambian por otro, entonces uno tiene que estar acá todo el tiempo.

¿Y cómo es llevar las cargas?

Así, nos cargamos en la espalda o al hombro y pasamos.

¿La carga cuánto llega a pesar?

Imaginate. Que no te va a destrozarse al otro día o esas noches estás toda dolorida, imaginate que te cargues, solamente al pasar el río y ese paso nomás, es pesado.

¿Y ustedes hasta donde llevan la mercadería?

Hasta La Quiaca, hasta la terminal. Hay veces hasta que cruzas el río nomás pero sino a la terminal.

¿Y en épocas de frío?

Acá hace mucho frío. Helado está el río pero en lo que vas y venís no sentís tanto, cuando hay que esperar es el problema.

¿Usa alguna ropa especial?

No, así nomás. Solo cuando hace frío me pongo botitas pero cuando está medio altito igual te pasa, así que no vale la pena, cuando hay poquita agua no te mojas. En la planta cuando te da el frío y andás así todo el día después estas acalambrada toda la noche.

¿Tiene mucho calambre?

Si. Las primeras veces era peor. El otro día no podía levantarme porque me he mojado toda y me agarró calambre toda la noche. Gritaba, no quería saber nada de venir. Es feo. Imaginate aquí algunas personas trabajan años, cómo se aguantarán.

Sandra, mujer bagayera de La Quiaca-Villazón

¿Vos trabajás todo los días?

Si, de lunes a sábado, todo los días

¿Hay muchas mujeres que realizan esta actividad?

Muchas, muchas. Muchísimas mujeres porque... más son a veces las de Oran, las de Bermejo, de acá son contaditas las que van, pero si van mujeres. Vos vas a ver que son mujeres que llevan el bulto en la cabeza, le llevan como mochila, hay mujeres que hacen dos o tres viajes. Si son muchas mujeres.

¿Cuánto puede pesar un bulto de esos?

Cuando llevás pesado, pesado, a veces son hasta 90 kilos, lo más pesado 100 kilos.

¿Vos alzaste 100 kilos alguna vez?

Si cuando sabían darnos, porque había un tiempo que había, era un tiempo de las sabanas, las zapatillas, las camperas, todo eso... y si, una vez 100 kilos. Vos le armás a la mochila y cuando no la podés alzar ahí te quiero ver. Ahí no hay nadie quien te apure nada, o si querés podés salir cuando quieras del desvío. Yo llevé una mochila así porque mi cuñada trabajaba más con sábanas, con camperas, con cubrecamas y todo eso... y si más de 100 kilos porque no era la mochila esa que estamos llevando ahora sino que era la mochila más chica todavía.

¿Cuántas horas puede durar desde que te contratan hasta llegar a Orán?

Yo hoy me fui a las ocho y volví a las 5 de la tarde.

¿Una sola vez pasás?

Si. Yo voy una sola vez. Salgo de la casa a las ocho de la mañana y vuelvo a mi casa a las cinco, seis de la tarde porque hasta que vayas, cruces acá, consigas auto, vayas allá, cruces el 28, hasta que llegues a Orán, tenés que desarmar toda la mochila y hacer la bolsa para que entregues a los dueños.

¿Cómo te ves en un futuro, te gustaría cambiar de trabajo?

Sí me gustaría volver de nuevo a trabajar de empleada porque es lo que más me gusta a mí, trabajar de empleada. No quisiera seguir con este trabajo porque se sufre mucho en el sol, se sufre mucho en la lluvia, vos tenés que tener... al menos yo nunca, yo no sabía coquear y a mí me ha enseñado a coquear mi hermana, el que ha fallecido porque un día yo me acuerdo yo estaba yendo a desviar y un día casi me he muerto porque me han correteado los milicos y casi me he muerto en el monte y él me dice 'tome comadre póngase esta hojitas de coca en la boca, es para que no se le seque la garganta y de ahí aprendí a coquear, ahora ya a la coca no la dejo, estoy lavando, estoy limpiando, haga lo que haga, yo agarro la coca y yo coqueo. Él me ha enseñado a coquear y he aprendido a coquear, no le dejo la coca yo ahora aunque sea cinco pesos me tengo que comprar y tener la coca. Voy por el monte y saco mi bolsita de coca y empiezo a coquear.

¿Muchas de las que trabajan tienen la bolsa de coca?

Mucha gente. Porque vos dejás la cosa y te vas por el monte en el sol, esa resolana que sale... vos vas y te podés quedar dura en el monte porque se te seca mucho la garganta. Eso sí, a mí denme coca y yo coqueo.

Angélica, mujer bagayera de Aguas Blancas-Bermejo.

El trabajo del bagayeo implica un aprendizaje de comportamientos kinésicos específicos: se deben incorporar movimientos, movilidades, conductas, posturas corporales. Hablamos de un conjunto de tácticas, ingenierías mecánicas y económicas que se combinan produciendo

un conjunto de saberes cuyos fines se orientan hacia un mayor rendimiento de sus cuerpos, transformando su forma y funcionamiento para adaptarlo al ciclo de trabajo.

Aquí resulta necesario volver a describir una vez más las distintas tareas que implica el bagayeo para luego analizar y reflexionar sobre esta práctica y las transformaciones que implican. El trabajo comienza en las ciudades bolivianas de Bermejo o Villazón donde se localizan la mayoría de los comercios que venden al por mayor sus productos: los bienes y mercancías van desde ropa y calzados hasta pequeños electrodomésticos⁵³. En la gran feria que es la zona comercial de ambas ciudades, entre sus calles, se encuentran apostados grupos de mujeres bagayeras a la espera de los comerciantes intermediarios que requieran de su servicio. Estos últimos llegan a estos lugares de concentración con sus mercaderías para confiarles a ellas sus compras. Aquí mismo se organizan las mercaderías en grandes y pesados bultos que las mujeres cargarán sobre sus espaldas transportándolos primero a través de los ríos Bermejo y La Quiaca, líneas limítrofes entre ambos países, y luego -en el caso de la primera- por un largo camino de tierra y piedras. Aquí se inicia entonces el largo recorrido por la frontera.

La dinámica del tránsito de la mercadería por toda la zona fronteriza, y en ella el cuerpo que la traslada, se organiza en función de los dispositivos de control estatal apostados en diferentes puntos. En el caso de la frontera Aguas Blancas-Bermejo estos enclaves de control, Gendarmería y Aduana (control poblacional y control comercial, respectivamente), tienen dos puntos fijos: el primero, a la vera del río y el segundo, a aproximadamente 25 km del límite. A la vez, como reafirmación del dispositivo estratégico de control, se arman puntos móviles en distintos lugares de la zona con puestos espontáneos. En el caso de la frontera La Quiaca-Villazón los dispositivos de control se encuentran al borde del puente del río. El trabajo de las mujeres bagayeras en ambos espacios consiste en transportar la mercadería evitando la incautación, por ello es necesario eludir tales controles, sorteando tanto sus puntos

⁵³ Durante el trabajo de campo, los comercios operaban económicamente con tres monedas: pesos bolivianos, peso argentino y/o dólar estadounidense. Como ya dijimos para las y los vendedores es fundamental interiorizarse del cambio del día de las monedas. En cada compra son ellas las y los que realizan la convertibilidad.

fijos como los móviles. De allí que el traslado de la mercadería sea también estratégico e implique una astucia cotidiana.

En esta dinámica de tránsito, las mujeres cargan sobre sus espaldas grandes y pesados bultos de mercadería. Sus cuerpos se adiestran a las ágiles tareas que el transporte implica: en el primera frontera cargar los bultos; subirse a las barcazas para cruzar el río, descargar los bultos del otro lado –aquí sortean el primer control aduanero–; volver a montar los bultos sobre sus cuerpos, trasladarlos hasta el vehículo que hace parte del recorrido por la ruta; para sortear el segundo control realizan parte del recorrido a pie, aproximadamente hora y media caminando, cargando la mercadería a través del monte; y si hay controles espontáneos, correr a campo traviesa –siempre con los bultos sobre sus espaldas– evitando la incautación de los bienes. En la segunda frontera implica: cargar los bultos sobre sus espaldas; cruzar el río caminando para sortear el control – siempre con los bultos en las espaldas-; y si hay controles espontáneos correr para evitar la incautación y así trasladar la mercadería hasta el final del recorrido.

En ambos casos se trata de una ardua tarea de transporte de las mercaderías a través de la zona fronteriza, en la que los cuerpos de estas mujeres no sólo soportan el peso y las condiciones climáticas –una con elevadas temperaturas estivales y la otra con temperaturas muy bajas gran parte del año–, sino también las múltiples estrategias que se requieren para sortear los controles espontáneos de Aduana, con el fin de mantener en posesión los bienes consignados por las y los comerciantes intermediarios. Este es el servicio que ofrecen: el traslado y resguardo de los productos para devolvérselos a sus dueños del otro lado de la frontera.

En toda esta dinámica de traslado, la corporalidad requerida para el desarrollo del bagayeo demanda de cierta astucia, cierta pericia y fortaleza para cargar los bultos y transportarlos en distintas instancias. Es aquí donde enfatizamos la mutación del cuerpo de las mujeres que se desempeñan en el bagayeo. En función del trabajo que realizan, sus cuerpos se fortalecen, se dinamizan. Y sucede aquí un desplazamiento del prototipo arquetípico de la corporalidad signada como femenina: cuerpos frágiles, livianos, delicados. Es un desplazamiento, una adecuación no sólo a las tareas que realizan sino también al espacio en el que lo hacen.

El desplazamiento señalado implica un complejo proceso de pedagogía mutante colectiva que se sucede en las comunidades de bagayeras, en tanto vínculos solidarios, de sororidad, de un yo comunal (Lugones, 2016)⁵⁴ entre mujeres. Es decir: la mutación del cuerpo se aprende y sucede en la misma práctica del bagayeo, en la tarea que realizan. Para hacer su trabajo, ellas incorporan movimientos corporales y conductas en un aprendizaje que está acompañado de imágenes y metáforas que se transfieren en la cotidianidad. Imágenes inscriptas en el proceso de socialización grupal entre las mujeres que realizan el bagayeo, así como reactualizadas en sus actos. Aprendizaje grupal, en suma, a través del cual opera el acondicionamiento de los cuerpos en las tareas y los espacios.

En la experiencia del bagayeo surgen para sí interpretaciones otras de la configuración corporal: *lo que el cuerpo puede hacer*. Esas otras interpretaciones desplazan los sentidos de propiedad y cualidad como umbral exploratorio de la corporalidad. El desplazamiento del arquetipo signado como *femenino*, como característica del pseudo destino biológico, implica una mutación del *volver-se* sobre el propio cuerpo que, en comunidad de tareas afectivas en la que se desenvuelve el bagayeo, está en permanente transformación de forma y función. La figura corporal de estas mujeres es entonces hiato mediado entre el trabajo y el espacio en el que se realiza la misma.

6.2 Aprender las mutaciones en la cotidianidad

Como plantemos en el apartado anterior, las corporalidades de las mujeres bagayeras se desplazan de la adaptación normalizada canónica a partir de las prácticas que realizan, abriéndose hacia mutaciones otras. Su cuerpo se metamorfosea en el trabajo y en el espacio. El proceso de socialización de las técnicas del trabajo -que produce las mutaciones en los cuerpos- ocurre en el contexto cotidiano, familiar. De alguna manera es el cuerpo el que

⁵⁴ Lugones (2016) define al yo comunal como los espacios cuya característica es poder buscar en los demás lo que nos resuena, lo que nos resulta placentero, lo que deseamos. Experiencias que se encuentran en lugares de educación popular o de organización comunitaria en donde se crea una vida comunal, “donde una percibe que tenemos más de un yo, que somos más de una persona y donde es posible ver nuestro ser discapacitado, reducido, fragmentado que no puede escapar de las porquerías que me imponen por ser una mujer” (Lugones, 2016:1). Son espacios con una lógica distinta a la de la opresión, que tienen una tendencia a pensar y crear juntas y que permiten que esa intención del yo sea otra, sea comunal. Estos espacios conviven sobrepuestos con otros opresivos (ibíd.).

aprende los movimientos, la intencionalidad así como las representaciones y las emociones que le están asociadas⁵⁵.

¿Hace cuánto que te dedicás a esto?

Y yo ya va a hacer 5 años.

¿Cómo empezaste?

Yo alquilaba allá arriba pero me vine para acá. Cuando alquilaba allá trabajaba de empleada y me pagaban al mes 300 pesos, imagínate 300 pesos no te alcanza para nada y después me vine acá y solita comencé, veía que la gente pasaba y como me queda más cerca al frente los negocios yo iba a comprar y yo veía que la gente trabajaba así entonces yo decía ¿Por qué yo no? Si yo no estoy haciendo nada. Después yo me largué, mi compañero no quería saber nada, me decía cosas, malo se ponía. Pero mis changuitos salieron por detrás. Vamos, nosotros te ayudamos me decían. Justo en ese tiempo había mucho para pasar así que yo ni paraba en mi casa. Así he empezado. Después mis hijitos se han largado solitos.

¿Y hora cuantos son los que pasan?

Somos 5, todos trabajamos. Yo tengo dos nenes, una nena y mi marido. Pero ahora a veces, antes había mucho trabajo, antes estábamos bien y la mercadería pasaba ropa de todo. Todos los días trabajaba y pasaba. Pero yo sabía que era ilegal porque andás disparando de los gendarmes, porque si te agarran te quieren quitar todo y te dicen que eso es ilegal, más si te conocen te gritan ya te vas sino te voy a llevar y te persiguen por eso no es lindo trabajar. No sé por qué no puedo trabajar, la gente de allá viene y ganan plata y se van a gastar allá porque yo no me puedo ganar la plata. Después ya me fueron conociendo y me decían vos sabes que es ilegal pero le digo yo tengo que trabajar porque no me alcanza para mis hijos pero algo ellos tienen el salario familiar peor yo les decía: que yo tengo cuatro chicos que cobran el salario pero los demás no porque ya son grandes y no viven acá y además ellos tienen que trabajar porque si les dejo en la casa se van a ir al cyber y les va a dar la vagancia, yo no quiero que sean así mis hijos, yo quiero que estén a mi lado y que trabajen, qué aprendan a trabajar, algún día quizás no, van a seguir sus estudios y por lo menos van a saber hacer algo. Y así, ahora ya me conocen todo.

Sandra, mujer bagayera de La Quiaca-Villazón.

⁵⁵ Ella al igual que sus hijos y la mayoría de las y los pobladores de la zona han crecido jugando entre los ríos sin tener en cuenta de que allí ‘termina un país y comienza otro’. Para muchos el río es apenas un lugar de juegos y donde su familia trabaja (Ver nota de trabajo de campo La Quiaca-Villazón). Con los años, de una manera cotidiana, aprenden que la época en los que las y los vecinos cruzaban más hacia las ciudades bolivianas o sus familias se iban más a cada rato para “la Banda” tenía que ver con las devaluaciones y conveniencias económicas (de qué lado conviene más comprar) además de sus trabajos. Como ya dijimos en el primer capítulo de la tesis los cambios en la economía marcan los ritmos de las fronteras.

¿Hace cuánto se dedica a esto?

Hace como 8 o 9 años

¿Y por qué comenzó?

Yo por necesidad porque tenía cuatro chicos y estaba sola, mi marido de entonces me dejó y tuve que trabajar. Ahora ya tengo seis así que más necesito. Yo trabajaba más antes y después conocí al que era mi marido que trabajaba en otro grupo y como después quedé sola tenía que trabajar.

¿Alguien la ayudó a entrar?

Si, una amiga. Después me hice conocida y pasaba yo por aparte. Entonces me han hablado para que les pase unos y después más y así. Ahora yo consigo y nos venimos nomás.

Susana, mujer bagayera de Aguas Blancas-Bermejo.

Del relato de las mujeres se entiende que el aprendizaje de las técnicas de movimiento se da sin demasiada explicación mediante, está inmerso en el contexto diario, permea las relaciones familiares y de amistad, está entretejido con los asuntos cotidianos. Pero además esta corporización intensifica las relaciones de las mujeres dentro de la misma performance. Se trata entonces de una comunión de experiencias: quien entra al trabajo concentra su atención en la mujer que está bagayendo.

Los cambios ocurridos en el cuerpo de las mujeres acompañan y son acompañados de transformaciones en el cuerpo colectivo. Aquellos que pertenecen a un mismo grupo social tienden a compartir ciertas imágenes corporizadas porque las han adquirido en un proceso de aprendizaje mimético (Rodríguez, 2010). Es decir que el aprendizaje está acompañado de imágenes y metáforas que también se transfieren en la socialización. El aprendizaje de las técnicas corporales son un medio importante para la socialización de las mujeres en los grupos de bagayeras a través de ellas y de su cuerpo, las mujeres llegan a conocer un oficio y a vivir de él.

En estos espacios fronterizos el cuerpo se expresa simbólicamente y se convierte en un emblema de la situación. Los tipos y cantidades de objetos consignados y las personas a quienes se asignan revelan: experiencias, recorridos, trayectos, relaciones de género. Así la “consignación” de la mercadería por parte de las y los clientes que llegan hasta las zonas de frontera desde otras ciudades tras horas de viaje por las rutas, da cuenta de una destreza y

reconocimiento de las experiencias de las mujeres bagayeras en el pasaje de la mercadería por la frontera. El cuerpo transmite información sobre la situación de las mujeres como por ejemplo la “astucia” para desenvolverse el recorrido: hacerlo más rápido, pasar desapercibidas y las actitudes al enfrentarse a un posible control de Gendarmería, entre muchas otras.

Tal y como expone Turner (1984) el cuerpo ofrece de por sí una amplia superficie apropiada para exhibir públicamente marcas de posición familiar, rango social, afiliación tribal y religiosa, edad, género. En el bagayeo, la consignación de los bienes a cruzar se sostienen a partir de lecturas que se realizan de las corporalidades y de las estrategias de astucia que pueden encontrarse allí, no sólo en la contratación discursiva del “servicio”, el pacto, sino también en el desenvolvimiento y la hexis corporal que sirve de marco a ese acuerdo. A partir de la cantidad de clientes que los grupos de mujeres puedan conseguir para el transporte de las mercaderías se ponen en juego una serie de reconocimientos: entre el revendedor y las bagayeras pero también dentro del mismo grupo entre mujeres.

En cada grupo existen dos figuras de mujeres. Las primeras llamadas patronas, ellas con el pasar de los años y con el éxito en los cruces se hicieron conocidas en estos lugares y han conservado clientes que las buscan en cada viaje de compra que realizan. Dados los grandes volúmenes de mercadería que deben transportar contratan mujeres para cruzar. Las segundas son las bagayeras, ellas dependen de las patronas para trabajar. Sin embargo la mayoría de las mujeres tienen clientes particulares, aun cuando trabajan para una patrona, con las y los cuales hacen tratos por fuera del grupo. Cuando se trabaja para las patronas se cobra un monto fijo que por lo general ronda los cientos cincuenta pesos por viaje y cuando se trabaja directamente con las y los clientes se cobra por prenda/artículo a cruzar.

Aquí nos parece importante volver a marcar que el aprendizaje de técnicas, así como la improvisación se renueva constantemente. Si bien es una actividad repetida en el tiempo y el camino es ‘siempre el mismo’, dentro de los mismos relatos se distinguen diferentes tácticas aprendidas o improvisadas a menudo. El bagayeo en tanto actividad que involucra sujetos y sujetas sociales se ve modificado históricamente por procesos que merecen una renovación de conocimientos de manera permanente.

6.2.1 Aprender en el cuerpo

El cuerpo de las mujeres bagayeras aprende e incorpora movimientos de sus compañeras para realizar las diferentes tareas que su trabajo implica, pero también asimila conductas: miradas, gestos de aprobación o desaprobación, gritos, etc. El conjunto de estas técnicas da lugar a un tipo de percepción que, además de unificar al grupo como ya dijimos, hace posible definirlo ante las y los compradores como propio y singular, con mayores o menores cualidades y tácticas para el cruce de mercadería.

¿Y cuánto pesa su lona?

Cuanto sabrá pesar, ponele cuarenta y cinco o cincuenta kilos. La de ellos pesa más, unos sesenta.

¿Cómo hace para soportar el calor en el desvío?

Un chicle. Me pongo un chicle cuando se me seca la garganta y no puedo caminar ya, siempre hay que tener aunque sea un chicle. Varias mujeres coquean.

¿Y cómo queda después del cruce?

Muerta, el peso te da cansancio, te da gana de no hacer nada, es feo. El calor es feo, en el invierno no se sufre tanto pero en el verano sí.

¿A usted le gustaría cambiar de trabajo?

Y sí, pero no hay trabajo, a mí me gustaría.

¿Cuánto cree que puede aguantar haciendo esto?

Un años más, hasta el otro año, estoy cansada ya. Ahora se me ha jodido el talón, antes no me dolía nada, ahora sí, cuando salgo del monte me empieza a doler el talón, es una cosa impresionante en las noches. Tomo pastillas, igual no se para el dolor.

¿Y cuántos días trabaja?

Día de por medio, martes, jueves y sábado. Pero antes veníamos todos los días, sino que ella ha mermado porque ya no tienen mucho.

¿Siente que en la frontera se puso más control?

Sí. Yo espero que nos dejen trabajar también. Está bien que nos revisen pero que nos dejen trabajar. Dicen que antes pasaba droga, en esas pelás que hacían pasaban la droga en medio de nosotros.

¿Ustedes revisan toda la mercadería?

Toda porque han pillado varios que quieren hacer pasar. En el monte han pillado a uno que en medio de las zapatillas llevaba la droga y eso nos hace quedar mal a nosotros.

Marta, mujer bagayera de Aguas Blancas-Bermejo.

¿Cuánto pesa su carga?

Depende, debe ser unos 13 kilos, 15 kilos. Por aquí no pasa tanto.

¿Eso es lo más pesado que ha llevado?

No, un poco más también. Pero no se puede alzar más, se lleva de poco en poco. Algunas llevan más y los varones también alzan más.

¿Y cómo cruzás el río?

Cruzamos así nomás el río, está bajita el agua. Si no te sacás las zapatillas y descalza nomás.

¿Y el cuerpo duele después?

Sí, hay veces duele, pero hay veces no hay mucho y pasás poco ahí ya no duele.

¿Entonces vos tenés clientes?

Si. Hay veces agarro de otras personas que vienen aquí, pero siempre tenés que conocerlo para llevarle porque si no vos no sabés que hay. Pero la gente también le da a las que conoce, ya cada uno tiene sus clientes.

¿Y hay mucho trabajo en esta época?

No hay ahora, a la mañana temprano hay más. Depende de los que te llaman para que les esperes a ellos.

Rosario, mujer bagayera de La Quiaca-Villazón.

Entre las estrategias que se enseñan en los grupos están las formas de traslado de la mercadería. El modo de organización de la misma busca en el cuerpo mejores condiciones para su pasaje ajustándose no sólo a las corporalidades mismas sino también al desplazamiento de éstas por el espacio. Así, la mercadería a cruzar es distribuida en bolsas y mochilas que faciliten la carga y, en el caso de grandes volúmenes, existe una distribución de la variedad de productos y su peso entre las distintas personas que van a ejecutar el cruce.

La distribución de los pesos de los volúmenes a transportar se realiza a partir de configuraciones históricas de lectura de los cuerpos, así las mujeres que recién comienzan ponen en circulación menores pesos que las de mayor experiencia. En esta misma línea fácilmente podría establecerse una igual distribución de peso entre los géneros -ergo, los hombres soportarían más peso que las mujeres-, pero la experiencia de tránsito en la frontera se revela contra esta lectura y da cuenta de procesos más conexos entre cuerpos. Es así que muchas de las mujeres, en el recorrido de su experiencia, llegan a soportar grandes pesos sobre sus espaldas para el traslado de las mercaderías. Eso hace *para sí* un formateo de las

relaciones de género y del cuerpo en este contexto. En los próximos apartados problematizaremos con mayor profundidad sobre esto observando la presión de los estereotipos sobre la agencia corporal de las mujeres.

Se aprenden además diferentes tácticas para que el cuerpo resista las horas que requiere el trabajo y principalmente las circunstancias a la que se exponen a diario. Hablamos de circunstancias climáticas (recordemos que en la frontera Aguas Blancas-Bermejo en épocas de verano las temperaturas alcanzan más de 40 grados y en la frontera La Quiaca-Villazón en épocas invernales la temperatura supera los 4° bajo cero), espaciales (crecidas de río, caminos de barro, pozos, piedras, alambrados) como también de controles (patrullaje de Gendarmería en diferentes puntos). Así las mujeres bagayeras copian tácticas, movimientos y hasta formas de cuidar sus cuerpos.

En el relato de sus experiencias, principalmente las que se mantuvieron en las observaciones de campo, las mujeres aprendieron a utilizar calzado y ropa holgada preferentemente de colores claros que les permite desplazarse por los espacios de la manera más cómoda. Además de las remeras y pantalones sueltos observamos que cada una de las mujeres entrevistadas, en ambas fronteras, utiliza el pelo recogido con una gorra arriba que las ayuda a protegerse de los efectos del sol.

La hidratación constante también resulta fundamental en estos espacios. En cada uno de los grupos se observaron botellas de agua, gaseosas o jugos que pasaron de mano en mano en horas de la espera de la mercadería como así también durante el cruce y la entrega de la misma a sus respectivos dueños. Para muchas de las mujeres entrevistadas solo el agua y la gorra no alcanzan para enfrentar las diferentes condiciones, por ello algunas como Marta incorporaron golosinas que refuerzan las energías o como ellas dicen *el azúcar*: chicles y chupetines en los bolsillos de los pantalones que se saborearon durante todo el trayecto del cruce y lo que es lo más común: hojas de coca⁵⁶.

⁵⁶ La hoja de coca crece en las tierras cálidas y húmedas de los Andes (región Yungas o Selva alta), en un rango de altitud que va desde los 800 hasta los 2,500 msnm. La planta de coca tuvo y tiene un papel importante en las culturas andinas, tanto para fines rituales, como energético para el trabajo, como digestivo, y con fines analgésicos y curativos en intervenciones médicas.

Durante todo el trabajo de campo (en sus dos instancias) observamos a la mayoría de las mujeres de ambas fronteras colocar antes de comenzar los respectivos cruces hojas de coca en forma de *acullico*⁵⁷ sobre sus bocas que, según sus relatos, incorporaron como enseñanza de otros y otras bagayeras para poder aguantar no solo las condiciones a las que se exponen, sino fundamentalmente el peso que deben soportar sobre sus espaldas durante todo el tiempo que dura su trabajo. Recordemos que las horas expuestas al peso y a las circunstancias climáticas varían día a día, ya que dependen de diferentes factores como por ejemplo la cantidad de compradores y compradoras que necesitan de sus servicios como de los patrullajes y revisión por parte del personal de Gendarmería⁵⁸.

Las personas pertenecientes a los sectores populares tienden a transmitir sus fuerzas físicas y también su transferencia del dolor (Louveaur, 2007). Entre las enseñanzas y los aprendizajes que requiere el bagajeo se encuentra el del dolor corporal. Todas las mujeres entrevistadas tienen más de cinco años trabajando y han aprendido a vivir con las consecuencias que ello tuvo sobre sus cuerpos. Aprendieron a soportar el dolor que provoca cargar mochilas, bolsas o lonas con un peso superior a cuarenta kilos diarios. Se han convertido en cuerpos dolientes: daños en sus espaldas, calambres provocados por el esfuerzo y el contacto de sus pies con las bajas temperaturas del agua, dolores en los talones y las rodillas resultado del sacrificio que se necesita para completar todas las actividades, son algunas de las secuelas que las mujeres bagayeras relatan sufrir en sus experiencias, con las cuales aprendieron a convivir. Son estos dolores también los que hacen pensar e imaginar a algunas de las mujeres en un retiro pronto del trabajo.

Históricamente existieron modelos y paradigmas que nos convocan a la identificación. Por supuesto, esos ideales son históricos y se relacionan con otros devenires: las relaciones de fuerzas, las pugnas políticas, las vocaciones sectoriales o clasistas, la definición de lo local o nacional, la hegemonía cultural. Efectivamente, a cada momento se ofrece, un modo de

⁵⁷ *Acullico*, cuyico (del quechua *akullikuy*) o acusi es un pequeño cúmulo de hojas de coca que se coloca en la boca entre mejilla y mandíbula para humedecerla y así extraer lentamente las sustancias activas y estimulantes.

⁵⁸ La cantidad de trabajo y el peso de las lonas también varían de acuerdo a la época del año. Es sabido que en fechas claves como fin de año (dada la Navidad, el Año nuevo y el día de Reyes magos) y el inicio del ciclo escolar, por ejemplo, estos espacios tienen más compradoras y compradores y por ende más trabajo para las mujeres bagayeras.

mujer que nos interpela, un cuerpo a imitar, una imagen a encarnar. Pero esas imágenes hegemónicas y que nos remiten a los predominios políticos y a las capacidades de emisión de discursos no pueden obliterar la existencia de *otros* cuerpos reales que se resisten a la acabada constricción a las que se los convoca (López, 1997).

Todas las técnicas que son socializadas y aprendidas en el cotidiano dan cuenta de una imagen de mujer con patrones de inversión y alteridad respecto de los estereotipos femeninos occidentales. La intención de exponer el marco interpretativo en el que esos cuerpos se formaron y establecieron su agencia dentro del imaginario impuesto por la mirada blanca y europea en nuestro país, tiene como fin mostrar una forma *otra* de ser mujer. Son un cuerpo hecho signo, apasionado y dolido, transpirado y resistente. Ser mujer bagayera es un hacer mucho más que discursivo y simbólico: es también vivencial y corporal de ser en estos espacios fronterizos.

6.3 La domesticidad del hogar

Para comenzar este apartado nos parece interesante relatar una de las escenas que vivimos en la segunda instancia del trabajo de campo: el día acordado con Noelia para tener la segunda charla, yo llegué a su casa un ratito antes de la hora acordada. Allí, uno de sus hijos, el mayor de los cuatro, me invitó a pasar para esperar a su mamá adentro en la cocina-comedor. Noelia estaba cruzando mercadería, era el primer día de la semana que trabajaba dado que las intensas lluvias del mes de febrero hicieron crecer el río Bermejo de una manera poco habitual, lo que imposibilitó el trabajo de las y los bagayeros. Ante esta situación sus clientes, al igual que la mayoría de las personas que intentaron llegar hasta la ciudad fronteriza, tuvieron que volverse a sus ciudades sin poder realizar las compras.

Después de diez minutos Noelia llegó. Su rostro rojizo y la traspiración en su frente daban cuenta del cansancio y el esfuerzo que requiere cruzar una mochila repleta de mercadería que pesaba alrededor de 50 kilos. Se sentó a mi lado y muy sonriente, como siempre, comenzó a contarme parte de su día. En medio de la charla su celular sonó, era un mensaje de su hermana, quién le recordaba que debía hacer pasta frola y galletas dulces para el cumpleaños de su sobrina. Noelia se levantó de la silla y llamó a su hijo mayor:

-Juan sácame la cocina y la garrafa a la galería, voy a hacer las pasta frola y las galletas dulces ahí, acá hace mucho calor.

- Dale Juan que es muy pesado para mí.

El cuerpo es, por excelencia, lugar de cultura, de socialización y tiene normas distintas para cada uno de los géneros. Las mujeres están sujetas a muchas prácticas disciplinarias que producen un tipo de cuerpo con características similares entre ellas. Los distintos espacios tanto públicos (la calle) como los privados (las familias) funcionan con normas distintas que determinan la forma de presentarse como así también la de interactuar con los demás. Entonces el cuerpo sirve para sustancializar y legitimar ciertos ideales, identidades y relaciones culturales por medio de reglas explícitas y de prácticas. Las disposiciones corporalizadas en los espacios generan y organizan representaciones de los géneros.

¿Desde que vos te incorporaste al trabajo sentís que hubo un cambio en tu vida?

Sí se ahorra, si sabes ahorras, se ahorra. Hay algunas que no ahorran nada y nunca tienen. Yo por ejemplo ahorré, desde que trabajo hasta ahora. Ahorré con la ayuda de mi mamá para pagar mi lote y entonces ahora estoy levantando mi casa. Mi marido los días que no trabaja con mi papá me levanta la casa y ya está un poquito más arriba, aunque están cara las cosas pero ya voy a tener mi casa, entonces ahorré con la ayuda de mi mamá. Mi mamá me pagó casi todo el lote pero ya estamos terminando la casa.

¿Cómo se organizan con tu marido para estar con tu hijo?

Mi marido casi no está con él.

¿Él trabaja todo los días?

Si, ahora como no hay, trabaja cuando mi mamá tiene o cuando su otro patrón viene de Buenos Aires recién. Jueves, viernes y sábado trabaja fijo pero sino viene a hacer la casa como te dije, entonces no para en la casa yo si paro toda la mañana en la casa con mi hijo, cuando no voy a Orán teniéndolo con la tarea, todo eso.

¿Y cuándo vas cómo haces?

Él se va a la escuela hasta las seis y veinte, a la seis y veinte se viene para aquí con mi sobrino o se queda con mi hermano el menor hasta que llegue.

¿Y después haces todo?

Si, le reviso los cuadernos, le reviso que se bañe porque es medio flojo.

Adriana, Mujer bagayera Aguas Blancas-Bermejo.

¿A qué edad se juntó?

Yo me junte a los 28 años. A los 29 años tuve a mi nena la mayorcita y así tuve a los otros tres.

¿Qué hacen sus hijos?

Están todos estudiando. Una en la Universidad de Salta y los otros en la secundaria. Uno me está por salir ahora del colegio, pero yo no puedo pagar todo así que ese va a ser policía.

¿Se separó?

Sí. El que era mi marido ahora vive en Jujuy, yo sola estoy.

¿Por qué?

Él era muy malo conmigo. Entonces cuando empecé a trabajar aquí me fui a lo de mi mamá

¿Y cómo hacen con las tareas de la casa?

Como se puede. Hay veces a mi casa yo llego tarde. Llego, tomo el té y ya está de noche. Los días que más cosas hago son los domingos, ese día tengo que hacer todo.

¿Y los días como hoy?

Yo tengo mi nenito grande, el que está por terminar va a la tarde, él cocina. Cuando tienen escuela a la mañana o algo yo dejo cocinando algo. Mi mamá por ahí nos ayuda pero ella ya está grande y no le gusta mucho.

Justina, mujer bagayera de La Quiaca-Villazón.

Si bien sostenemos que las mujeres bagayeras son una forma *otra* de ser mujeres en los espacios fronterizos, no es menos cierto que para ellas- como para la mayoría de las mujeres- la maternidad y el cuidado de sus hijos e hijas son una imposición social, una forma de delimitación y control de la corporalidad femenina. Para Federici (2010) fue la crisis poblacional de los siglos XVI y XVII, y no la hambruna en Europa en el XVIII (tal y como ha sostenido Foucault) lo que convirtió la reproducción en asuntos de Estado y en objeto principal del discurso intelectual. Por ello el Estado lanzó como iniciativa principal para restaurar la proporción deseada de población una verdadera guerra contra las mujeres, que quebró el control que habían ejercido sobre sus cuerpos y su reproducción al demonizar cualquier forma de control de la natalidad y de sexualidad no-procreativa. Proceso por el cual las mujeres perdieron el control que habían ejercido sobre la procreación, reducidas a un papel pasivo en el parto. Esta política de Estado fue complementada con el ideal de que las mujeres no debían trabajar fuera del hogar y que sólo tenían que participar en la producción para ayudar a sus maridos. La devaluación del trabajo femenino fue tal que pronto todo el

trabajo de las mujeres que se hacía en la casa fue definido como ‘tarea doméstica’; e incluso cuando se hacía fuera del hogar se pagaba menos que al trabajo masculino, nunca en cantidad suficiente como para que las mujeres pudieran vivir de él.

Aun cuando socialmente se reconozca la participación y fundamentalmente la importancia que tienen las mujeres en los diferentes espacios públicos, el reconocimiento ciudadano está mediado por la maternidad y la responsabilidad especial en la educación y formación para la vida de sociedad de sus hijos e hijas. Tal como señala Curiel (2011) las normas que se refieren al campo de las mujeres son más estrictas precisamente por su definición cultural de mujer/madre. Educadas o no, la responsabilidad para una mujer sigue siendo ser esposa/madre, sólo las monjas pueden escapar a la maternidad. Las mujeres están hechas para sentir un total fracaso si no se casan y no tienen hijos/hijas (Anzaldúa, 1987).

La casa que, en el imaginario dominante, representa a la familia es muy importante para la definición de la identidad de las mujeres⁵⁹. Las características asignadas a la función materna son producto de los aprendizajes y mandatos sociales establecidos. La socialización de la maternidad comienza a temprana edad en la vida de las mujeres, el cuerpo de ellas debe ser bello y al mismo tiempo fértil; es, sobre todo, un cuerpo para los demás (Hirsch, 2008). La ocupación primordial de las mujeres será entonces hacerse cargo de la función reproductora, es decir tener las y los hijos, cuidarlos y encargarse de su educación. Existe en el imaginario social la idea de que una buena madre es la que cumple con la atención de las y los hijos aun cuando pueda tener trabajos remunerados por fuera de su hogar, de lo contrario las mujeres suelen ser catalogadas como una madre desnaturalizada. Las mujeres deben tener la capacidad de generar recursos económicos, de adaptarse a los vaivenes de las economías de

⁵⁹ Los cuerpos de las mujeres son entendidos como símbolos de fertilidad de una Nación y por lo tanto la heterosexualidad para ellas es una imposición con el fin de la reproducción. Obligatoriedad que se transmite de generación a generación a través de mecanismos de herencia que son legitimados en el marco de la familia heterosexual (Curiel, 2011). Rich (citado en Curiel, 2011) coloca la heterosexualidad como algo distinto a una simple “práctica sexual”, “preferencia”, “orientación” o “elección” para las mujeres. Para ella, se trata más bien de una imposición institucionalizada para asegurar el acceso físico, económico y emocional de los hombres de las mujeres. La heterosexualidad, así como la maternidad, la explotación económica y a familia nuclear tienen que ser analizadas como instituciones políticas sustentadas en ideologías que disminuyen el poder de las mujeres (ibíd.).

estos espacios y de cumplir la supuesta ‘obligación’ del cuidado de sus hijos e hijas y de todas las tareas domésticas.

Las mujeres bagayeras que en estos espacios se presentan como mujeres *otras*, con mutaciones en sus cuerpos para poder soportar mochilas que superan los cincuenta kilos y actitudes para sobrellevar las diversas circunstancias a las que las expone su trabajo (aquí hacemos énfasis en las diferentes tácticas que aprenden para enfrentarse a los patrullajes de la Gendarmería), cuando vuelven a sus hogares aparece en ellas la domesticidad del hogar. Se transforman en mujeres/madres que ante sus hijos y su pareja (en el caso de las que no están separadas) deben volverse cuerpos débiles, frágiles. En sus relatos, el cuidado de sus hijos e hijas excede las responsabilidades de sus padres y son ellas las que se deben organizar para cumplir con las actividades que requiere el cuidado de ellas y ellos.

Ser vista forzuda, alzando cosas pesadas, es decir compromisos del cuerpo semejantes a los de los varones, no resulta beneficioso para esa aceptación social favorable en sus hogares porque son los modos de ser madre/padre muy concretos lo que crean problemas. Aquello que las mujeres incorporan con un mínimo de rebelión (cuerpos otros) suele incluirse en la normatividad de mujer/madre imperante. Entonces aquello queda excluido por la misma imagen que se postula como modelo a seguir, lo imposible de integrar, cuya negatividad no radica en la disidencia sino en la incomodidad que provoca su ineludible existencia.

Las mujeres bagayeras confrontan, resignifican y disputan muchos de los supuestos mandatos femeninos en los espacios públicos, pero sus hogares responden a ellos. A diferencia de esa fortaleza creada a partir de procedimientos rutinarios, en sus hogares existe un proceso rutinario que se inscribe en sus cuerpos creando otros, cuerpos dóciles. La familia en tanto institución social tiene una serie de delimitación y control en la corporalidad en las mujeres, las vuelve cuerpos frágiles al servicio de los hombres. La materialidad de sus cuerpos en sus hogares deberá concebirse entonces como los efectos más productivos del poder del patriarcado.

6.3.1 El límite de un oficio

Como ya dijimos, el trabajo del bagayeo no es una práctica individual sino más bien colectiva, sea en la contratación del servicio –un grupo– o en el cruce colectivo de la frontera.

La mayoría de esos grupos están constituidos por integrantes de una misma familia: hermanas primas, tías o relaciones de amistad muy estrechas. Esa familiaridad está dada por la necesidad de trabajar con personas de confianza, que aprendan el oficio para ‘cuidar’ la mercadería de un posible decomiso por parte de la Gendarmería, pero fundamentalmente por razones económicas, sociales y culturales. Las mujeres entrevistadas reconocen la falta de trabajo en estos espacios como el motivo principal por el cual aprendieron a trabajar y al mismo tiempo su vinculación cotidiana con el mismo. Muchas de ellas aprendieron de sus madres, hermanas y amigas el conocimiento con el cual se desenvuelven a diario

¿Te gustaría trabajar de otra cosa?

Si me gustaría pero aquí está feo el trabajo, no hay otra cosa.

¿Vos pudiste terminar tus estudios?

No, no terminé porque tuve a mi hija a los 17 y me junté y me quedaba en mi casa nomás.

¿Tus hijos trabajan acá?

No, yo no quiero. Por eso yo los apoyos en sus estudios para que no tengan que trabajar en esto porque es feo, se sufre mucho.

¿Qué dicen ellos de este trabajo?

No le gusta. A mi esposo tampoco. Ellos no quieren que este acá porque es feo cuando te agarran los gendarmes.

Soledad, mujer bagayera de La Quiaca-Villazón.

¿Por qué cree que hay tantas mujeres?

No sé, será por necesidad esa es la situación mía.

¿La mayoría de sus compañeras son madres?

Si todas son madres.

¿Usted cuántos hijos tiene?

Tres.

¿Y están en edad escolar?

Uno, otro ya es más grande tiene 22 años ya.

¿Trabaja acá?

No, es empleado porque tampoco estudió.

¿Y el otro?

Y la otra se ha ido a Santa Fe a trabajar. Y tengo el chiquito que tiene 10 años, ese está conmigo y va a la escuela.

¿Y le gustaría que su hijo se dedique a esto?

No. El del medio quería venir y yo tampoco lo he dejado. Venía antes cuando había solo mujeres, entonces había trabajo y no era feo, no había tiros, no te golpeaban, venía a ayudarme pero después cuando se empezó a poner feo ya no quise. No quisiera yo que trabaje aquí. Ahora igual se sufre mucho, el calor es mucho también.

Marta, mujer bagayera de Aguas Blancas-Bermejo

El hecho de que las mujeres entrevistadas trabajen en el cruce de mercadería muchas veces genera conflicto en sus familias pero no al punto de impedir su labor, sin embargo resulta llamativo cómo la mayoría de ellas prefieren evitar que sus hijos e hijas aprendan el trabajo y se dediquen a ello. Las diversas circunstancias que sus cuerpos enfrentan (ya sean climáticas, espaciales) y sobre todo la presencia y el accionar del personal de Gendarmería en estos espacios, impide que las mujeres puedan pensar a sus hijos e hijas inmersas en este mundo, terminando así cualquier posibilidad de transmisión de conocimientos de un oficio que permea la cotidianidad de ambas zonas de fronteras.

Ellas encuentran en la escolarización de sus hijos e hijas, fundamentalmente en la finalización de la educación secundaria y en algunos casos terciaria o universitaria, la posibilidad de un mejoramiento laboral. La salida de una vida marcada por las diversas violencias simbólicas y físicas que se vive en estos espacios consecuencia del bagayeo, aun cuando esto implique el desarraigo de las ciudades fronterizas para mudarse a ciudades más grandes.

6.4 ¿Cuerpos de cargas?

El trazado de una espacialidad neutra, extensa, pasible de ser gestionada, diseño administrado desde el mapa, por un lado y por otro, la organización de la sociedad civil, cuerpo social gestionado sanitariamente; son tecnologías complementarias y coetáneas que se anudan problemáticamente en la organización de la Nación en la Modernidad. El gobierno de los espacios y el gobierno de los cuerpos. La combinación de ambas generó una serie de procesos de dislocación y reubicación de los sentidos que unían cuerpos y espacios en relaciones específicas para pasar a ser organizados y administrados ampliamente. Se configuraba, en estos procesos, el espacio como territorio nacional y el cuerpo individual como el ‘buen

ciudadano'. Ambos, cuerpos y espacios, entraban en el anonimato moderno de la formación normalizada, prototípica, en tanto tecnología de gobierno múltiple.

La administración de dicha política nacional implicó la manufactura de la vitalidad social, moldeada en la figura humana tipificada, a su vez, en comportamientos estándares genéricos: hombre y mujer, como prototipos conductuales. Se borraban, de este modo, las marcas específicas de cada corporalidad-espacialidad, sean indígenas, sean étnicas, sean genéricas, entre otras. Sin embargo, la politicidad de la relación cuerpos-espacios continuó operando, volviendo desde su abyección, dando cuenta de las mutaciones que en tal relación se producen. Focalizar en éstas últimas nos sirvió como claves para pensar las corporalidades de las mujeres bagayeras, corporalidades diversas en espacialidades diferenciales.

No es nuestra intención que las descripciones realizadas de los cuerpos de las mujeres bagayeras (y sus prácticas) de ambas fronteras, cincelen corporalidades susceptibles de ser racializadas de formas positivas y/o negativas según conveniencia de los distintos sectores hegemónicos, ni que ellas sirvan para justificar una mano de obra extremadamente barata y flexible. Sabemos que las personas de los sectores populares han sido históricamente las y los más observados, narrados, expuestos; interlocutores principales de muchos trabajos de investigación académica. Sin embargo creemos que existe un número importante de ellos que refiere a las mujeres de dichos sectores con descripciones que deslizan cierta bestialización en sus prácticas (Gómez, 2010), lo que colaboró – de manera directa y no determinante- en la naturalización de la explotación, donde el capital se apropió de múltiples maneras del potencial de esos cuerpos femeninos.

Si bien en gran parte de este capítulo, y de la tesis en general, hacemos énfasis en las fortalezas, resistencia y vigor de las corporalidades de las mujeres bagayeras, no es nuestra intención abonar a una operación conceptual que tienda a explicar y fijar diversos rasgos ya sean culturales, fenotípicos sobre la base de argumentos que amalgaman la cultura y/o la biología para creer que ciertas capacidades de ciertos grupos sociales son innatas, indelebles y yacen en su componente biológico-genético (ibíd.).

No creemos en las corporalidades de las mujeres entrevistadas como un cuerpo 'naturalmente' acostumbrado a sufrir los excesos a los que están expuestas a diario, ni tampoco concebirlas como un mero instrumento del mercado; transportes de cargas. Lo que

hicimos fue reflexionar sobre algunas de las características que asumieran las corporalidades de las mujeres bagayeras producto de las diversas tareas y circunstancias que deben enfrentar a diario, dando cuenta de las dimensiones de género, raciales, étnicas y de clase, que se articulan en estos espacios.

I

A lo largo del recorrido realizado en esta tesis hemos construido una perspectiva de análisis que nos permitió dar cuenta -como ya dijimos, de manera siempre provisoria- de la experiencia de las mujeres bagayeras de dos fronteras argentino-bolivianas: La Quiaca-Villazón y Aguas Blancas-Bermejo, en relación a las configuraciones propias del Estado, la espacialidad y la corporalidad.

Esos objetivos iniciales se despliegan y ramifican a lo largo de otros cuestionamientos que impregnan cada uno de los apartados de la tesis. Para ello construimos una línea analítica apoyada principalmente en la perspectiva etnográfica, la cual nos permitió dar cuenta en profundidad de un corpus de análisis constituido principalmente por discursos, entrevistas, encuentros dialógicos cara a cara en conversaciones situadas, recolección mediática digital, gráfica y audiovisual disponible. La delimitación del tema de trabajo y la construcción del corpus de análisis fue acompañada por la reflexión teórico analítica y por las consideraciones críticas necesarias acerca de las concepciones epistemológicas y ontológicas que fueron parte fundamental de la posibilidad de formulación de esta tesis y en sus posibles intervenciones en campos de interlocución que la trasciendan.

Luego de dar cuenta de un necesario y fundamental recorrido conceptual procuramos configurar una red de referencias teóricas que dialogaron con el análisis y las reflexiones desplegadas en este trabajo. Fue así que trazamos un concepto de experiencia de mujeres como la intersección en la que confluyen y se entraman las condiciones materiales, simbólicas y las posibilidades de configuración y reconocimiento de dichas condiciones, que marcan la vida cotidiana, la memoria y las expectativas del grupo identificado como mujeres por el discurso hegemónico.

Aquí también apoyamos nuestras reflexiones en la concepción de la frontera como una dimensión constitutiva de las experiencias de mujeres perteneciente a los espacios fronterizos argentino-bolivianos. Las fronteras como sistemas complejos nos permiten pensar en

situaciones no lineales, penetradas por distintas dimensiones en distintos tiempos, desordenadas (Rizo García y Romeu Aldaya, 2009). Son espacios ontológicamente múltiples, abigarrados y transdimensionales, en todas sus instancias, en todos sus cruces, lo que nos permitió pensar y considerar nuestros contextos más próximos, en los que los adentro y los afuera, lo local-global, se complejizan en prácticas disruptivas que no entran del todo en la norma binaria o de escisiones ni a nivel de los espacios, ni de las experiencias, ni de los cuerpos, ni de las y los sujetos.

La relación de las mujeres con el Estado está estrechamente vinculada con los límites y la instalación de los controles aduaneros. En las sociedades modernas se crearon protocolos de normalización que determinaron modos conductuales del proceder, actuar y de entender determinadas prácticas estrechamente vinculadas a los intereses de los sectores históricamente pertenecientes a las elites. En esta secuencia, su eficacia se alcanza por la gran fidelidad a los mismos, es decir, por la “exactitud” entre los objetivos propuestos y sus efectos. Sin embargo, existen prácticas que dan cuenta del agotamiento de las convenciones, que tienen la capacidad de lograr efectos contrarios, los de su ineficacia. Reconocemos en el trabajo de las mujeres bagayeras la introducción de prácticas que interpelan tal fidelidad y que hacen a la inconsecuencia de los efectos.

Y es allí, en los espacios fronterizos, donde el efecto se desvanece y se modulan otras formas posibles. Pensando en las tramas de poder, en los modos de circulación de mercaderías a través de los formatos prescriptivos, como condiciones de uso, pero también modos de inversión que desarticulan tales protocolos de funcionamiento y proponen funcionamientos *otros*, diferentes, como estrategias posibles, modos pragmáticos de resolución casual que dan cuenta de formas ingeniosas de la supervivencia, de intervención, que refiere a escenas creativas en las que la imaginación se presenta como posibilidad subversiva.

Pero esa posibilidad otra de supervivencia es llevada adelante bajo una vigilancia casi siempre violenta. El bagayeo, como muchos de los considerados ilegalismos populares, es tolerado fundamentalmente por la cantidad de personas que viven de este trabajo. Esa “falta de control” que a los ojos del foráneo puede entenderse como una incompetencia por parte de las fuerzas de seguridad para frenar un supuesto delito, es en realidad una condición indispensable para el ejercicio legítimo de la violencia simbólica que viven las mujeres y

para la reinstitución cíclica del campo de poder. Así, las mujeres viven a diario y en cada una de las instancias que requiere su trabajo diferentes tipos de violencias por parte de los gendarmes, todos varones, que remarcan una subalternidad de clase, etnia y también de género. Un accionar que se entiende necesario para la protección de La Nación.

Es desde su experiencia, desde su entender otro de normas, legalidades, usos, espacios que las mujeres se apropian de las injurias que se construyeron alrededor de su trabajo para transformar su experiencia en su saber legítimo. Se apropian del término bagayera y al nombrarse con el mismo nombre que les destinan los sectores dominantes, lo revierten de sentido, produciendo algo distinto, allí donde lo establecido señala solo debilidad y marginalidad. Esa forma de apropiación de la injuria les permite además reconocerse como grupo de intervención fundamental en estos espacios.

Por fuera del invento estatal, algunos flujos propios de las fronteras tensionan de manera permanente y definitiva dichos espacios. No obstante la ficción protocolizada en el cuerpo de la ley que configura la espacialidad hegemónica de un territorio, las fronteras también son tránsito, movimiento, pasaje, circulación. Ciudades abigarradas (Rivera Cusicanqui, 2010) que se habitan desde una relación particular con el lugar. Las ciudades fronterizas se presentan como lugares bordes múltiples, no solo por su ubicación física en la ficción estado-céntrica de la geografía clásica, sino también bordes en la escritura, la reflexión.

Estos lugares desde los que se teoriza (las fronteras analizadas) se nos presentan como cronologías y topografías que se superponen y se articulan en un artefacto retórico cuya disidencia es, justamente, el acto político de argüir una identidad y, en ella, un lugar para sí. El relato de las experiencias de las mujeres da cuenta de que ningún punto de la superficie de la tierra pueda ser mirado tal como lo determina el mapa, el arquetipo, porque la comprensión de los espacios fronterizos no puede ser abstracta, depende de las y los actores que los viven, los experimentan. Son espacios de movimiento, donde todo está sucediendo, todo está en proceso, donde el uso del gerundio es infaltable en los discurso de las fronteras. Las mujeres bagayeras trazan su propio límite y revelan la finitud de la trama frente a la contigüidad del territorio habitado. Se trata entonces de lugares fronterizos con otras palabras, otros enunciados, otras formas de transitar y habitar la espacialidad. Otros recorridos que plantean habitabilidades e identidades propias. Las mujeres se vuelven una identidad dual que no se

acopla totalmente con los valores de la cultura argentina, sino que se plantea como una sinergia de dos culturas con diferentes grados de una y de otra.

Los lugares fronterizos se presentan en la experiencia de las mujeres bagayeras como continuidades. Ellas reconocen el límite, viven a diario las violencias simbólica y física por parte del personal de Gendarmería y Aduana cada vez que lo transitan, sin embargo la ciudad del frente es el lugar de trabajo, pero también de compra, de paseo, de visita. Más allá del bagayeo las mujeres pasan el diario, o esporádicamente, por la Aduana y hacen el trámite, suben a la chalana en la frontera Aguas Blancas-Bermejo o caminan por el sendero marcado en la frontera La Quiaca –Villazón y “se ubican del otro lado”. Cambian de dinero, compran, pasean, visitan parientes o amigos y luego vuelven haciendo el mismo camino. En todo este trayecto ponen en rotación signos, monedas, corporalidades. Ellas saben por experiencia propia que las atraviesan confines y a la vez que esos confines les atraviesan el cuerpo (Camblog, 2014), los imaginarios y el ajetreo de costumbre que modelan la vida misma en estos espacios.

Para las mujeres tanto la actividad del bagayeo como el control ejercido por el Estado Nacional no son conocimientos que aprenden en los libros o en una situación excepcional, sino que acceden por experiencia propia y a lo largo de toda su vida, Son las fronteras lugares donde la experiencia grupal resulta fundamental para ambos procesos. El grupo, las y los parientes, las y los amigos, se convierten en claves fundamentales para aprender y llevar a cabo todas las instancias y tareas que requiere su trabajo, pero también para enfrentar a diario los controles, maltratos y forcejeos múltiples de fronteras construidas por los sectores dominantes como “calientes”, donde se debe vigilar el narcotráfico.

En relación a las corporalidades de las mujeres bagayeras, dada la dinámica de tránsito que requiere su trabajo, en especial en los espacios en los que ellas deben cargar sobre sus espaldas grandes y pesados bultos con la mercadería que transportan, el cuerpo se adiestra a las ágiles tareas que implica. Las mujeres bagayeras de ambas ciudades aprenden astucias, pericias, fortalezas, estrategias y es aquí donde se produce una mutación. En función del trabajo que realizan, sus cuerpos se fortalecen, se dinamizan.

La pedagogía de la mutación se aprende, sucede y en la misma práctica del bagayeo es colectiva. Vimos cómo es en los mismos grupos que ellas incorporan movimientos

corporales, conductas, metáforas, imágenes que se transfieren en el día a día, en cada viaje. Imágenes inscriptas en el proceso de socialización grupal entre las mujeres que realizan el bagayeo, así como reactualizadas en cada uno de sus actos. Aprendizaje grupal, en suma, a través del cual opera el acondicionamiento de los cuerpos en las tareas y los espacios.

En las mujeres surgen configuraciones corporales otras, alejadas del arquetipo femenino que establece cuerpos dóciles y frágiles. En la experiencia del bagayeo surge para sí la interpretación de 'lo que el cuerpo puede hacer'. En esta secuencia, el cuerpo deja de pensarse como unidad segmentada para constituirse como forma analógica de continuidad con los espacios. De este modo, el ambiente, el entorno, el medio, los espacios, adquieren otra dimensión política que liga las corporalidades y las espacialidades.

En los procesos llevados adelante por las sociedades de normalización se configuró el espacio como territorio nacional y el cuerpo individual como el buen ciudadano. Ambos, cuerpo y espacio, entraban en el anonimato moderno de la formación normalizada, prototípica, en tanto tecnología de gobierno múltiple. La administración de la política ergonómica nacional implicó la manufactura de la vitalidad social, moldeada en la figura humana tipificada, a su vez, en comportamientos estándares genéricos: hombre y mujer, como prototipos conductuales. Se borraban, de este modo, las marcas específicas de cada corporalidad-espacialidad, sean indígenas, sean étnicas, sean genéricas. Sin embargo, la politicidad ergonómica de la relación cuerpos-espacios continuó operando, volviendo desde su abyección; el bagayeo se nos presenta entonces como un ejemplo de las mutaciones que en tal relación se producen.

II

Nuestro trabajo partió de la convicción acerca de la urgencia del involucramiento reflexivo en los estudios de las condiciones en que las mujeres construyen sus experiencias, sus vidas en los espacios fronterizos. Espacios en donde las y los pobladores históricamente han tenido un conflicto perpetuo con "el ser nacional" porque ese bastión metafísico ofrece un muy escaso albergue, nula convicción y poca comprensión. En estos espacios existen claras

definiciones sociales sobre qué hacen hombres y mujeres y qué significa cruzar para unos y para otras y sobre las definiciones de “las otras y los otros”. Es decir, hay relaciones de poder y dominación distintas para hombres y para mujeres.

Hemos mencionado repetidamente el valor fundamental que le damos a la teoría en un sentido contextual y contingente, en tanto que ella se esboza esencialmente por condiciones que se lo requieren y permiten, como por la función y el rol que ocupa, respondiendo y permeando desde la crítica a un marco contingente. Como ya dijimos, no pretendemos dar una visión totalizadora, ni acabada de las mujeres en los espacios fronterizos, sino reflexionar desde el relato de sus experiencias para mostrar formas otras de transitar y vivir.

Si bien reconocemos que las mujeres sufrimos opresiones en común, existen aquellas que por el color de la piel o la pertenencia de clase -por nombrar solo algunas intersecciones que las atraviesan- sufren opresiones y matrices de dominación distintas. Es por ello que nos resultó clave teorizar desde las mujeres bagayeras fronterizas, en tanto mujeres que sufren en sus cuerpos violencias que les son impuestas por fenómenos naturales, personal de gendarmería y aduana, el Estado y las ideas dominantes pertenecientes a las elites nacional y provincial. Pero no reflexionamos sobre sus experiencias solo como víctimas, sino que nos preguntamos a qué se debe tal condición. No es nuestra intención minimizar a las mujeres negando de forma total sus otras experiencias, vivencias o capacidades, lejos estamos de querer colaborar con el centro epistémico feminista y etnocentrista que pasa por alto los aportes teóricos de los bordes, sobre todo por considerar que el aporte de estos espacios es desde la víctima, no desde la teoría.

La problematización expuesta procuró formular posiciones claras que evidencian la dimensión política que hace parte de la teorización de los escenarios locales actuales. La teoría se concibe de manera consciente a fin de orientar la práctica en vistas a una transformación. Es un intento por participar de debates en los que nos involucramos, reconociendo en la traducción cultural formas posibles de visibilizar condiciones que actúan de manera desfavorable para un vasto sector social de nuestra región.

Un análisis de tipo visibilizador crítico y orientado a la búsqueda de un estatuto ontológico de las relaciones de las mujeres con los espacios fronterizos que las inscriba en términos que les sean propios, que hagan nombrables y decibles sus experiencias y deseos por fuera de las

restrictivas categorías de los sistemas hegemónicos de inteligibilidad normativa, resulta fundamental como instancia previa y de base para el planteo de investigaciones y proyectos que pretendan dar cuenta de las características diferenciales que adquieren las experiencias de mujeres fronterizas. Principalmente de las mujeres bagayeras sin invisibilizar la problematización, los conflictos, contradicciones, paradojas y contrasentidos de sus trabajos y de los espacios de frontera.

REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

ALABARCES, Pablo (2016). "El mundial es ficción". En revista Anfibia, Junio. Disponible en <http://www.revistaanfibia.com/ensayo/el-mundial-es-ficcion>.

ALARCÓN, Cristián (2012). *Si me querés, quereme transa*. Buenos Aires: Aguilar.

ALBUQUERQUE, Lindomar (2010). "Fronteras y movimientos: Los Brasiguayos en la región de la Triple Frontera". En Verónica, GIMENEZ BÉLIVEAU y Silvia MONTENEGRO, *La triple frontera. Dinámicas culturales y procesos transnacionales* (pp. 191-218). Buenos Aires: Espacio.

ALCOFF, Lidia (1999). Merleaux-Ponty y la teoría feminista sobre la experiencia. En Revista Mora N°5, octubre, IIEGE-FFLL-UBA, Buenos Aires, pp. 122-138.

----- (1992). "The Problem of Speaking for Others". En revista Cultural Critique, No. 20. pp. 5-32.

ANDERSON, Benedict (1983). *Comunidades Imaginadas. Reflexiones sobre el origen y la difusión del nacionalismo*. México: Fondo de Cultura económica.

ANZALDÚA, Gloria (2004). "Los movimientos de rebeldía y las culturas que traicionan". En Bell, HOOKS; Chala, SANDOVAL y Gloria, ANZALDÚA, *otras inapropiables. Feminismos desde las fronteras* (pp. 71-80). Madrid: Traficantes de sueño.

ANZALDÚA, Gloria (1987). *Borderlands/La Frontera. The New Mestiza*. Estados Unidos: Aunt Lute Books.

AMADO, Jorge (2004). *Capitanes de la arena*. Buenos Aires: Losada.

----- (2003). *Cacao*. Buenos Aires. Losada.

AUGÉ, Marc (2000). *Los no lugares. Espacios del anonimato. Una antropología de la sobremodernidad*. Barcelona: Gedisa.

AYOS, Emilio; DALLORSO, Nicolas; RANGUGNI, Victoria y RECEPTER, Celina. (2010) "La Argentina neoliberal: naturalización de la fragmentación social y exacerbación punitiva".

En SOZZO, Máximo (Comp.) *Delito y Sociedad: Por una sociología crítica del control social. Ensayos en honor de Juan S. Pegoraro*. Buenos Aires: Editores Puerto.

BACH, Ana María (2010). *Las voces de la experiencia: el viraje de la filosofía feminista*. Buenos Aires: Biblos.

BALIBAR, Étienne (2003). *Nosotros ¿ciudadanos de Europa?: las fronteras, el estado, el pueblo*. Madrid: Tecnos.

BARRIOS, Cleopatra (2012): “Memoria(s) de una ciudad compleja en clave de crónica periodística”. En revista *Questtioon* – vol. 1, n.º 35, pp 24-37.

BARTH, Fedrik (1976). *Introducción, los grupos étnicos y sus fronteras*. México: Fondo de cultura económica.

BACZKO, Bronislaw (1991): *Los imaginarios sociales. Memorias y esperanzas colectivas*. Buenos Aires, Nueva Visión.

BECKER, Howard (2012). *Outsiders. Hacia una sociología de la desviación*. Buenos Aires: Siglo veintiuno editores.

BENEDETTI, Alejandro y SALIZZI, E (2014). “Fronteras en la construcción del territorio argentino”. En revista *cuadernos de geografía, revista colombiana de geografía*. Vol. 23, nº 2, pp. 121-138.

----- (2011). “Llegar, pasar, regresar a la frontera. Aproximaciones al sistema de movilidad argentino-boliviano”. En *Revista transporte y territorio* N° 4 pp. 148-179.

BENEDETTI, Alejandro (2011). “Territorio: concepto integrador de la geografía contemporánea”. En SOUTO, Patricia (Comp) *Territorio, Lugar, Paisaje. Prácticas y conceptos básicos en geografía* (pp. 11-82). Buenos Aires: Facultad de Filosofía y Letras.

BENJAMIN, Walter (1972). *Iluminaciones II. Baudelaire, un poeta en el esplendor del capitalismo*. Madrid: Taurus.

BERGESIO, Liliana y GOLOVANEVSKY, Laura (2010). “Ferroviarios y zapleros en Jujuy: de la seguridad social a la inestabilidad laboral”. En: *Revista de Estudios Regionales y Mercado de Trabajo*. Número 6, pp. 7-41.

BIDASECA, Karina y VAZQUEZ LABA, Vanesa (2011). *Feminismos y poscolonialidad. Descolonizando el feminismo desde y en América Latina*. Buenos Aires: Godoy.

BHABHA, Homi (2010). “DisemiNación. Tiempo, narrativa y los márgenes de la nación moderna”. En BHABHA, *Nación y narración entre la ilusión de una identidad y las diferencias culturales* (pp. 385-425). Buenos Aires: Silo veintiuno editores.

BRAH, Avtar (2011). *Cartografías de la diáspora. Identidades en cuestión*. Madrid: Traficante de sueños.

BRAIDOTTI, Rosi (2000). *Sujetos nómades*. Buenos Aires: Paidós.

BOTANA, Natalio (1985). *El orden conservador*. Buenos Aires: Hyspamérica.

BUTLER, Judith. Y SPIVAK, Gayatri (2009). *¿Quién le canta el Estado-Nación? Lenguaje, política y pertenencia*. Buenos Aires: Paidós.

BUTLER, Judith (2007). *El género en disputa. El feminismo y la subversión de la identidad*. Barcelona: Paidós.

----- (2002). *Cuerpos que importan. Sobre los límites materiales y discursivos del sexo*. Buenos Aires: Paidós.

BURGOS, RAMÓN (2014). “Fútbol y política. El Club Gimnasia y Esgrima y la construcción de una identidad Jujeña (1975-2011)”. Tesis de Doctorado. Universidad Nacional de La Plata. Mimeo.

CAIMARI, Lila (2004). *Apenas un delincuente. Crimen, castigo y cultura en argentina 1880-1955*. Buenos Aires: Silo XIX.

CAGGIANO, Sergio (2012). *El sentido común visual. Disputas en torno a género, “raza” y clase en imágenes de circulación pública*. Buenos Aires: Miño y Dávila.

----- (2007). “Madres en la Frontera: género, nación y los peligros de la reproducción”. En Revista Iconos 28, Facultad Latinoamericana de Ciencias Sociales Sede Académica de Ecuador, pp. 93-106.

----- (2006). “Fronteras de la ciudadanía. Inmigración y conflictos por derechos en Jujuy. En GRIMSON, Alejandro y JELIN Elizabeth *migraciones regionales hacia la Argentina: diferencia, desigualdad y derechos* (pp. 47-68). Buenos Aires: Prometeo.

----- (2005). *Lo que no entra en el crisol: inmigración boliviana, comunicación intercultural y procesos identitarios*. Buenos Aires: Prometeo.

CAMPISI, Andrea (2001). “Argentinos, bolivianos, todos somos lo mismo... la comunidad cultural feriante y el problema de la frontera argentino-boliviana en las ferias de intercambios indígenas”. En revista *Andes*, núm. 12, pp. 1-18.

CALIZAYA, Andrea (2007). “Las huellas del Ferrocarril Belgrano en la frontera argentino-boliviana (La Quiaca-Villazón)”. En ZEGADA, Sonía; SOSA, Leonardo; GUTIERRES, Edgardo y CALIZAYA, Andrea *¿Hay alguien ahí...? Estudios de comunicación en la frontera* (pp. 117-134). San Salvador de Jujuy: EdiUnju.

CAMBLONG, Ana (2014). *Habitar las fronteras...* Posadas: EDUNAM- Editorial Universitaria de la Universidad Nacional de Misiones.

----- (2009): “Habitar la frontera”. En VELAZQUEZ, Teresa (coor.) *Fronteras de Signis 13* (125 - 133). Buenos Aires: La Crujia.

CASTRO GOMEZ, Santiago (2005). *La poscolonialidad explicada a los niños*. Colombia: Universidad del Cauca – Instituto Pensar Universidad Javeriana.

CITRO, Silvia (2009): *Cuerpos significantes. Travesías de una etnografía dialéctica*. Buenos Aires: Biblos.

CHAMBI CÁCERES, María (2013). *Vientos del sur. Villazón*. La Paz.

CHIOZZA, Elena y CARBALLO, Cristina (2009). *Introducción a la geografía*. Bernal: Editorial de la Universidad Nacional de Quilmes.

CEBRELLI, Alejandra (2014): “Representaciones de jóvenes mujeres wichis en medios y en la industria cultural. Otredad(es) y trayectos (des)encontrados”. En Carlos, GONZÁLEZ PÉREZ; Ramón, BURGOS; Liliana, BERGESIO (edit.) *Mapas comunicacionales y territorios de la experiencia* (pp. 99-114). San Salvador de Jujuy: EdiUnju.

CEBRELLI, Alejandra y RODRÍGUEZ, María Graciela (2013). “¿Puede (in)visibilizarse el subalterno? Algunas reflexiones sobre representaciones y medios”. En revista *Trampas de la comunicación y la cultura* N° 76, pp. 89-90.

CEBRELLI Alejandra y ARANCIBIA Víctor (2011). “Las representaciones y sus márgenes. Identidades y territorios en situación de frontera”. En *Reflexiones marginales*, Número. 10.

CELTON, Dora y CARBONETTI, Adrián (2007). Argentina-Bolivia. Historia de un espacio fronteriza. En DOMENACH, Hervé, CELTON Dora, ARZE, Hugo y HAMELIN, Philippe (Editores), *Movilidad y procesos migratorios en el espacio de frontera Argentina Boliviana* (pp. 25-35). Córdoba: IRD.

CURIEL, Ochy (2011). El régimen heterosexual y la nación. Aportes del lesbianismo feminista a la antropología. En: BIDASECA, Karina y VAZQUEZ LABA, Vanesa, *Feminismos y poscolonialidad. Descolonizando el feminismo desde y en América Latina* pp (49 – 94). Buenos Aires: Godot.

DE BEAUVOIR, Simone (2007). *El segundo sexo*: De Bolsillo.

DE CERTEAU, Michel (1995). *La toma de la palabra y otros escritos políticos*. México: Universidad Iberoamericana (UIA)-Departamento de Historia del Instituto Tecnológico y de Estudios Superiores de Occidente (ITESO).

DE LAURETIS, Teresa (1989). Tecnologías del género. En: *Tecnologías del género. Ensayos de teoría, cine y ficción*. McMillan Press, Londres.

DE SOUSA SANTOS, Boaventura (2009). *Una epistemología del sur. La reinención del conocimiento y la emancipación social*. México: Consejo Latinoamericano en Ciencias Sociales/Siglo XXI editores.

DELEUZE, Gilles Y GUATTARI, Félix (2002). *Mil mesetas. Capitalismo y esquizofrenia*. España: Pre-Textos.

DELFINO, Silvia (1998). “Desigualdad y diferencia: retóricas de identidad en la crítica de la cultura”. En *Revista Estudios* No. 7. CEA, Universidad Nacional de Córdoba, pp. 28-44.

DELFINO, Silvia (2013). *Seminario de doctorado “Prácticas y saberes de la comunicación”*. Universidad Nacional de La Plata. Apuntes de clase.

(1998). “Desigualdad y diferencia: retóricas de identidad en la crítica de la cultura”. En *revista Doxa* nº 18, pp. 28-44.

----- (1993). *La mirada oblicua. Estudios culturales y democracia*. Buenos Aires: Ediciones La marca.

DÍAZ, Justo (2012). *La Quiaca Vieja (Florida). Historia de la Puna*. San Salvador de Jujuy: S.E.

DI MARCO, Graciela (2011). *El pueblo feminista. Movimientos sociales y lucha de las mujeres en torno a la ciudadanía*. Buenos Aires: Biblos.

DOUGLAS, Mary (1973). *Pureza y peligro. Un análisis de los conceptos de contaminación y tabú*. España: Siglo XXI.

ELIZALDE, Silvia. (2008). “Debates sobre la experiencia. Un recorrido por la teoría y la praxis feminista”. En revista *Oficios terrestre* 23, Universidad Nacional de La Plata, pp18-28.

ESPINDOLA, Miguel y MICHEL, Valeria (2009) “La participación comunitaria construida por las metáforas cognitivas en “Los Viajantes”. Universidad Nacional de Jujuy.

EVANS-PRINTCHD, Evan (1997). *Los Nurs*. Barcelona: Anagrama.

FARINELLI, Franco (2013). “El mundo, el mapa, el laberinto”. En Bernat, LLADÓ (Editor) *Franco Farinelli. Del mapa al laberinto* (pp. 189-204). Barcelona: Icaria – Espacios Críticos.

FELDER, Ruth (2007). “¿Por qué te quedás en la vía muerta?: las políticas ferroviarias de los ‘90 y el debate acerca del futuro de los ferrocarriles”. En BASUALDO, Victoria y FORCINITO, Karina (coord.) *Transformaciones recientes en la economía argentina. Tendencias y perspectivas*. Buenos Aires: Prometeo Libros.

FORNET BETANCOURT, Raúl (2006). *La interculturalidad a prueba*. Alemania: Verlagsgruppe Mainz.

FEDERICI, Silvia (2010). *Calibán y la bruja. Mujeres, cuerpo y acumulación originaria*. Madrid. Traficante de sueños.

FEMENÍAS, María Luisa (2007). *El género del multiculturalismo*. Bernal: Universidad Nacional de Quilmes.

FICOSECO, Verónica; GAONA, Melina; HERRERA, Alina; LÓPEZ, Andrea; MOBILIA, Alejandro y ZUBIA, Gonzalo (2015). “Las fronteras de la escritura: apuntes problemáticos,

anotaciones marginales e intersecciones feministas en la traducción de Gloria Anzaldúa (Un ejercicio colectivo)”. Ponencia presentada en las V Jornadas de Becarios y Tesistas. Bernal.

FICOSECO, Verónica y GAONA Melina (2015). “Otros cuerpos y espacios en disputa. Cruces entre consignas globales y demandas históricas locales en la Marcha del Orgullo en una región de frontera argentina”. En revista *Nomadías* Número 20, pp. 211-226.

FICOSECO, Verónica (2014). “Experiencias de mujeres, virtualidad y género. Usuaris del entorno virtual de aprendizaje de la Universidad Nacional de la Patagonia Austral, Unidad Académica San Julián”. (Tesis doctoral no publicada). Facultad de periodismo y Comunicación Social, Universidad Nacional de La Plata.

FICOSECO, Verónica; GAONA, Melina y LÓPEZ, Andrea (2014). “La territorialidad como performación: límites sucios y experiencias otras en la ciudad global”. En CARBONE DE MORA, Giancarlo y QUEZADA, Óscar (editores) *Comunicación e industria digital. 14.0 Encuentro Latinoamericano de Facultades de Comunicación Social* (pp. 247 – 256). Lima: Universidad de Lima. Fondo Editorial.

FORNET-BETANCOURT, Raúl (2006). *La interculturalidad a prueba*. Alemania: Verlag Mainz.

FOUCAULT, Michel (2014). *Vigilar y castigar. Nacimiento de la prisión*. Buenos Aires: Siglo veintiuno.

----- (2014b). *Las redes de poder*. Buenos Aires. Prometeo Libros.

----- (2011). *Los Anormales*. Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica

----- (2007). *El nacimiento de la biopolítica*. Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica.

----- (2006). *Seguridad, territorio, población. Curso en el Collège de France: 1977-1978*. Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica.

----- (2002). *La arqueología del saber*. Buenos Aires: Siglo XXI Editores.

----- (1999) “Espacios diferentes”. En Michel FOUCAULT. *Obras esenciales. Volumen III. Estética, ética y hermenéutica*. Barcelona: Paidós.

----- (1995). *Saber y verdad*. Madrid: La Piqueta.

GAONA, Melina (2016). “Experiencia, ciudad e identidad en torno a la organización barrial Tupac Amaru de San Salvador de Jujuy”. Tesis doctoral no publicada. Facultad de periodismo y Comunicación Social, Universidad Nacional de La Plata.

GARCÍA, Marta y ALDAYA, Viviana (2009). “Interculturalidad y fronteras internas. Una propuesta desde la comunicación y la semiótica”. En VELAZQUEZ, Teresa *Fronteras de Signis* 13 (pp. 47-54). Buenos Aires: La crujía.

GARCÍA CANCLINI, Nestor (2000). “¿De qué lado estás? Metáforas de la frontera de México-Estados Unidos”. En GRIMSON, Alejandro *fronteras, naciones e identidad. La periferia como centro* (pp. 139-151). Buenos Aires: La Crujía.

----- (1997). “El malestar en los estudios culturales”. En *Fractal* otoño, pp. 45-60.

GARCÍA VARGAS, Alejandra; FICOSECO, Verónica; GAONA, Melina; LÓPEZ, Andrea y ZUBIA, Gonzalo (2016). “Democratización, políticas de acceso y vida cotidiana”. En revista *Oficios Terrestres* (N.º 31), pp. 143-169.

GARCÍA VARGAS, Alejandra (MS). “Los medios masivos como fuente para la investigación social: apuntes para una discusión sobre imaginación e información”.

----- (2010). “Sentidos de ciudad: espacio físico, espacio social y espacio mediático en san Salvador de Jujuy”. En VI Congreso de Ciudades y pueblos del interior. “Identidades, tensiones, conflictos y consensos en la construcción de la Nación. Universidad Nacional de Catamarca. Catamarca.

García Vargas, Alejandra, Arrueta, Cesar y Brunet, Marcelo. (2009): “Medios masivos: tramas y complicidades en Jujuy. Una mirada desde la década del 90”. En Marcelo, LAGOS director). *Jujuy bajo el signo neoliberal. Política sociedad y cultura en la década del noventa*. San Salvador de Jujuy, EDIUNJu.

GARRIGA ZUCAL, José (2012). “Un té para Pirelli. Los sentidos de la violencia para la policía de la provincia de Buenos Aires”. En revista *Question*, vol 1, N° 33 pp. 46-58.

GARLAND, David (2005). *La cultura del control*. Barcelona: Gedisa.

GARRAMUÑO, Florencia (2009). *La experiencia opaca. Literatura y desencanto*. Buenos Aires: Fondo de cultura económica.

GEERTZ, Clifford (2006). *La interpretación de las culturas*. Barcelona: Gedesa editorial.

GIDDENS, Anthony (1993). *Las nuevas reglas del método sociológico*. Buenos Aires: Amorrortu Editores.

GRIMSON Alejandro (2011). “Doce equívocos sobre las migraciones” En Revista Nueva sociedad 233 pp. 34-43

----- (2011b). *Los límites de la cultura. Crítica de las teorías de la identidad*. Buenos Aires: Siglo Veintiuno.

----- (2000). “El puente que separó dos orillas. Notas para una crítica del esencialismo de la hermandad”. En Alejandro, GRIMSON, *Fronteras, naciones e identidades. La periferia como centro* (pp. 201-231). Buenos Aires: La Crujía.

----- (2000b). “Introducción ¿Fronteras políticas versus fronteras culturales?”. En Alejandro, GRIMSON, *Fronteras, naciones e identidades. La periferia como centro* (pp. 9-40). Buenos Aires: La Crujía.

GRISWOLD DEL CASTILLO, Richard (1984). “La frontera y la línea fronteriza: puntos de vista mexicanos y americanos de la frontera México–americana”. En Estudios Fronterizos, año I, vol. I, núm. 3. pp. 19-24.

GOMEZ, Mariana (2010). “Fortaleza y laboriosidad femenina para el capital: la incorporación de las indígenas chaqueñas al trabajo de los ingenios”. En Silvia HIRSCH, (coord.) *Mujeres indígenas en la Argentina Cuerpo, trabajo y poder* (239-256). Buenos Aires: Biblos.

GROSSBERG, Lawrence (2009): “El corazón de los estudios culturales: Contextualidad, construccionismo y complejidad”. En Tabula Rasa, No.10, pp. 13-48.

GOFFMAN, Erving (2012): *Estigma: la identidad deteriorada*. Buenos Aires: Amorrortu.

Gordillo, Mónica (2010). *Piquetes y cacerolas. El argentinazo del 2001*. Sudamericana: Buenos Aires.

GUBER, Rosana (2014). *La etnografía. Método, campo y reflexividad*. Buenos Aires: Siglo veintiuno editores.

----- (2013). *La Articulación etnográfica*. Buenos Aires: Biblos.

GUTMAN, Florencia y REBOSSIO, Alejandro (2013). “Contrabando: estafa, viveza y tradición”. En Revista Anfibia, crónicas y relatos de no ficción, publicado el 13 de junio.

HABER, Alejandro (2011). “Nometodología Payanesa: Notas de Metodología Indisciplinada”. En *Revista de Antropología* N° 23, pp. 9-49.

----- (2008). “¿A dónde están los 99 tíficos? Notas de campo de arqueología subjuntiva”. En Feliz, ACUTO y Andres ZARANKIN (Copms.) *Sed non Satiata II. Acercamientos sociales en la Arqueología Latinoamericana* (pp. 103-120). Catamarca: Encuentro Grupo Editor.

HACHER, Sebastián (2011). *Sangre salada: una feria en los márgenes*. Buenos Aires: marea.

HALL, Stuart (1994): “Estudios Culturales: dos paradigmas”. En *Causas y Azares* No. 1

HALLSWORTH, Simón (2006). “Repensar el giro punitivo. Economía del exceso y criminología del otro. En revista delito y sociedad: revista de ciencias sociales N° 22, pp. 57-74.

HANSEN TAYLOR, Lawrence (2007). “El concepto histórico de la frontera”. En OLMOS AGUILERA, Miguel *Antropología de las fronteras. Alteridad, historia e identidad más allá de las líneas* (pp. 231:262). México:El Colegio de la Frontera.

HARAWAY, Danna (2004). “Testigo_Modesto@Segundo_Milenio”. En *The HARAWAY Reader*. Traducción de Pau Pitarch. Estados Unidos: Routledge.

----- (1999). “Las promesas de los monstruos: una política regeneradora para otros inapropiados/bles”. En *Revista Política y Sociedad*, Número 30, pp. 121-163.

----- (1995). *Ciencia, cyborgs y mujeres. La reinención de la naturaleza*. Madrid: Cátedra

HIRSCH, Silvia (2008). “Las mujeres indígenas en las antropología argentina: una breve reseña. En Silvia HIRSCH, (coord.) *Mujeres indígenas en la Argentina. Cuerpo, trabajo y poder* (pp.15-26). Buenos Aires: Biblos.

HOBSBAWN, Eric (2001). *Bandidos*. Barcelona: Crítica.

HOOKS, Bell (2004). “Mujeres negras. Dar forma a la teoría feminista”. En Bell, HOOKS; Chala, SANDOVAL y Gloria, ANZALDÚA, *Otras inapropiables. Feminismos desde las fronteras* pp. 33 – 50. Ed. Madrid: Traficantes de Sueños.

JELIN, Elizabeth y GRIMSON, Alejandro (2006). “Introducción”. En GRIMSON, Alejandro y JELIN, Elizabeth *Migraciones regionales hacia la Argentina: diferencia, desigualdad y derechos*. Buenos Aires: Prometeo.

JELIN, Elizabeth (2000). “Epilogo II. Fronteras, naciones, género. Un comentario”. En GRIMSON, Alejandro *Fronteras, naciones e identidades. La periferia como centro* (pp. 333-342). Buenos Aires: La Crujía.

----- (1996). “La Matriz cultural Argentina, el peronismo y la cotidianidad”. En JELIN, Elizabeth; GINGOLD; KAUFMAN, M. ; LEIRAS S, RABICH DE GALOERIN Y RABINICH *Vida cotidiana y control institucional en la Argentina de los '90*. Buenos Aires: Grupo Editor Latinoamericano.

JEREZ, Omar (2003). “Etnografía en una ciudad de frontera”. En Ana, TERRUEL; Mónica, LACARRIEU y Omar, JEREZ. (Comp.) *Fronteras, ciudades y Estado tomo II* (pp.105-130). Córdoba: Alción.

JURADO BARRANCO, María Eugenia (2007). “Las identidades forzadas. El caso de los refugiados guatemalteco en Chipas”. En Miguel, OLMOS AGUILERA (coord.) *Antropologías de las fronteras. Alteridad, historias e identidad más allá de la línea* (pp.71 - 90). México: El colegio de la frontera norte.

KARAKOLA, Escalera (2004). “Prologo. Diferentes diferencias y ciudadanías excluyentes: una revisión feminista” En HOOKS, Bell, SANDOVAL, Chala Y ANZALDÚA, Gloria, *otras inapropiables. Feminismos desde las fronteras* (pp. 9-32). Madrid: Traficantes de sueño.

KARASIK, Gabriela (2005). "Etnicidad, cultura y clases sociales. Procesos de formación histórica de la conciencia colectiva en Jujuy, 1970-2003". (Tesis doctoral no publicada). Facultad de Filosofía, Universidad Nacional de Tucumán.

----- (2000). "Tras la genealogía del diablo. Discusiones sobre la nación y el Estado en la frontera argentino-boliviano". En GRIMSON, Alejandro (comp.) *Fronteras, naciones e identidades. La periferia como centro* (pp. 152-184). Buenos Aires: La Crujia.

KAUFMAN, Alejandro (2014). "Animales sueltos". En voces en la Fénix, 32.

----- (2012). *La pregunta por lo acontecido ensayos de anamnesis en el presente argentino*. Buenos Aires: La cebra.

KESSLER, Gabriel (2009). *El sentimiento de inseguridad. Sociología del temor al delito*. Buenos Aires: Siglo Veintiuno.

KRISTEVA, Julia (1998). *Poderes de la perversión*. Catálogos: Buenos Aires.

LACARRIEU, Mónica (2003). "¿Ciudades de frontera o fronteras en las ciudades? Reflexiones conceptuales acerca de la "territorialidad" en las ciudades contemporáneas". En Ana, TERUEL; Mónica, LACARRIEU, y Omar, JEREZ (Comp.) *Frontera, Ciudades y Estado. Tomo II* (pp. 41-56). Córdoba: Alción.

LAGOS, Marcelo y GUTIERREZ, Mirta (2009). "La década del menemismo y la ingobernabilidad en Jujuy. Nación, región y provincia en los 90. En Marcelo LAGOS (comp.) *Jujuy bajo el signo neoliberal. Política, sociedad y cultura en la década del 90* (65-128). San Salvador de Jujuy: Ediunju.

LINS RIBEIRO, Gustavo (2012) "La globalización popular y el sistema mundial no-hegemónico". En nueva sociedad 241, pp. 36-62.

LINARES, María (2009). "Un puente en la zona transfronteriza: representaciones sociales, identidades y conflicto. El caso Posadas-Encarnación". En revista Estudios Fronterizos N° 20, México, pp 47-77.

LOMNITZ, Larissa (1988). "Redes informales de intercambio en sistemas formales". En LOMNITZ, Larissa *Redes sociales, cultura y poder: ensayos de antropología latinoamericana* (pp. 152-166). México: Miguel Ángel Porrúa.

LÓPEZ, Andrea y ZUBIA, Gonzalo (2014). "Lugares (in)proprios. Más allá de la cartografía estadocéntrica". En revista *Fronteras Volumen 1, número 1*, pp 34-70.

LÓPEZ, María Pía (1997). *Mutantes. Trazos sobre los cuerpos*. Buenos Aires: COLIHUE.

LOUVEAU, Catherine (2007). "El cuerpo deportivo: ¿Un capital rentable para todos?" En Stephane HABER, Bernard ANDRIEU, Pascal MOLINIER, *Cuerpos Dominados. Cuerpos en ruptura* (pp. 59-78). Buenos Aires: Nueva Visión

LUGONES, María (2016). "La potencia de quedarse sin palabras". En *Página 12*, 27 de mayo.

----- (1990). "Hablando cara a cara= Speaking face to face: An exploration of ethnocentric Racism". En ANZALDÚA, Gloria (edt.) *Making face making= haciendo caras: creative and critical perspectives by feminist of color*. San Fransisco: Aunt lute Books.

MASSEY (1998): "Espacio, género y lugar". En *Debate feminista*, vol. 17, pp.39-46.

MIGNOLO, Walter (2000). "La colonialidad a lo largo y a lo ancho: el hemisferio occidental en el horizonte colonial de la modernidad". En EDGARDO Lander (comp.): *La colonialidad del saber: eurocentrismo y ciencias sociales. Perspectivas Latinoamericanas*. Buenos Aires: CLACSO, Consejo Latinoamericano de Ciencias Sociales.

MONTENEGRO, Silvia y GIMÉNEZ BÉLIVEAU, Verónica (2006). *La triple frontera: Globalización y construcción social del espacio*. Buenos Aires: Miño y Dávila editores.

MOHANTY, Chandra (1991). "Cartographies of Struggles: Third World Womwn and the Poltics of Feminism". En Mohanty, A. Russo y Torres, L.(adit.) *Third World Womwn...*

MONTES, Alicia (2014). *Políticas y Estéticas de representación de la experiencia urbana en la crónica contemporánea*. Buenos Aires: Corregidor.

Murillo, Susana (2012). *Prácticas científicas y procesos sociales. Una genealogía de las relaciones entre ciencias naturales, ciencias sociales y tecnologías*. Buenos Aires: Editorial Biblos.

- PANIKKAR, Ramiro (2007). *Mito, fe y hermenéutica*. Barcelona: Herder.
- PÉREZ-TAYLOR, Rafael (2007). “Fronteras reales, fronteras imaginarias”. En OLMOS AGUILERA, Miguel (coord.) *Antropologías de las fronteras. Alteridad, historias e identidad más allá de la línea* (pp.61-70). México: El colegio de la frontera norte.
- PINHEIRO-MACHADO, Rosana (2010). “Camino del contrabando. La fiscalización en el puente de la Amistad y sus efectos en la cotidianidad de la Triple Frontera”. En Verónica, GIMÉNEZ BÉLIVEAU y Verónica, MONTENEGRO (Comp). *La triple frontera. Dinámicas culturales y proceso transnacionales* (pp. 99-118). Buenos Aires: Espacio editorial.
- PRIETO STAMBAUGH, Antonio (1998). “Identidades (trans)fronterizas: la puesta en escena poscolonial del género y la nación”. *Gestos, teoría y práctica del teatro hispánico*, año 13, núm. 25, pp154-165.
- PRECIADO, Betriz (2008). “Cartografías Queer: El flâneur perverso, la lesbiana topofóbica y la puta multcartográfica, o cómo hacer una cartografía ‘zorra’ con Annie Sprinkle”. En Juan Miguel CORTÉS (Ed.). *Cartografías Disidentes*. Madrid: Sociedad Estatal para la Acción Cultural Exterior de España (SEACEX).
- PORTES, Alejandro y HALLER, William (2004). *La economía informal*. Santiago de Chile: Naciones Unidas.
- RABEY, Mario y JEREZ, Omar (1999). “La frontera en los tiempos de cólera: una etnografía de trashumancias internacionales”. En Cuadernos del Instituto Nacional de Antropología y Pensamiento Latinoamericano, 18.
- REAL ACADEMIA ESPAÑOLA (2016). *Diccionario de la lengua española*. Madrid: Author.
- REGUILLO, Rossana. (2000): “Textos fronterizos: la crónica, una escritura a la intemperie”. En revista *Diálogos de la Comunicación* N.º 58, Perú. pp. 58-66.
- RENOLDI, Brigida (2008). *Narcotráfico y justicia: La autoridad de lo escrito en el juicio oral*. Buenos Aires: Antropofagia

RICHARD, Nelly (2009). “La crítica feminista como modelo de crítica cultural”. En Revista Debate Feminista Año 20, N° 40, pp. 75-85.

----- (2001). *Residuos y metáforas (Ensayos de crítica cultural sobre el Chile de la Transición)*. Chile, Cuarto Propio.

RIVERA CUSICANQUI, Silvia (2010). *Ch'ixinakax utxiwa: una reflexión sobre prácticas y discursos descolonizadores*. Buenos Aires: Tinta Limón.

ROCCATAGLIATA, Juan (1998). *Ferrocarriles ante el siglo XXI*. Buenos Aires: Editorial de Belgrano.

RODRIGUEZ, Paula (2013). “El poder del testimonio, experiencias de mujeres”. En revista Estudios Feministas 21 (3). Florianópolis.

RODRÍGUEZ, Manuela (2010). “Representando a mi raza”. Los cuerpos femeninos afrodecendientes en el candombe”. En Silvia CITRO (Coord.). *Cuerpos plurales: antropología de y desde los cuerpos* (pp. 277-297). Buenos Aires: Biblos.

ROGRÍGUEZ ALZUETA, Esteban (2014). *Temor y control: La gestión de la inseguridad como forma de gobierno*. Buenos Aires: Futuro anterior.

ROMAN VELÁZQUEZ, Patria y GARCÍA VARGAS, Alejandra (2008). “Entrevista con Doreen Massey: Hay que traer el espacio a la vida”. En Revista Signo y Pensamiento, N° 5, pp. 327-343.

RUIZ JUÁREZ, Ernesto y MARTÍNEZ VELASCO, Germán (2015). “Comercio internacional transfronterizo México-Guatemala desde una perspectiva de frontera permisiva”. En Revista fronterizo Vol. 16, Número 31, pp. 65- 89.

SALA, Gabriela (2000). “Mano de obra boliviana en el tabaco y la caña de azúcar en Jujuy, Argentina”. En Estudios migratorios latinoamericanos N°45, Buenos Aires pp. 337-370.

SADIR, Marcelo (2009). Interacciones entre argentinos y bolivianos en espacios fronterizos: procesos de estigmatización y discriminación, entre jujeños y bolivianos en 84 la frontera argentino-boliviana. Ponencia presentada en las x jornadas argentinas de estudios de población San Fernando del valle de Catamarca.

SAHLINS, Peter (2000). "Repensando boundaries". En GRIMSON, Alejandro (comp.) *Fronteras, naciones e identidades. La periferia como centro* (pp. 152-184). Buenos Aires: La Crujia.

SANDOVAL, Chela (2004). "Nuevas ciencias. Feminismo cyborg y metodología de los oprimidos". En VV.AA. *Otras inapropiables. Feminismos desde las fronteras* (pp. 81-105). Madrid: Traficante de Sueños.

SANTOS, Milton (1997). *La Naturaleza del Espacio. Técnica, tiempo, Razón y Emoción*. Barcelona: Editorial Ariel

SASSEN, Saskia (1999). *The global city: New York, London, Tokyo*. Gran Bretaña: Princeton University Press.

SCHIAVONI, Lidia (1993). *Pesadas Cargas, Frágiles pasos*. Misiones: Los tesistas Universidad Nacional de misiones.

SCOTT, Joan (1999). "Experiencia". En *Revista Hiparquia*, Vol.10, Nº 1. Asociación Argentina de Mujeres en Filosofía, Buenos Aires, pp. 59-83.

SEGATO, Rita (2011). "Género y colonialidad: en busca de claves de lectura y de un vocabulario estratégico descolonial". En Karina, BIDASECA y Vanesa, VAZQUEZ LABA (comp.): *Feminismo y Poscolonialidad. Descolonizando el feminismo desde y en América Latina* (pp. 17-48). Buenos Aires: Ediciones Godot.

----- (2007). *La nación y sus otros: Raza, etnicidad y diversidad religiosa en tiempo de Políticas de la Identidad*. Buenos Aires: Prometeo libros.

SOJA, Edward. (2010). "Tercer Espacio: extendiendo el alcance de la imaginación geográfica". En Nuria, BENACH y Abel ALBET (Ed.). *Edward W. Soja. La perspectiva postmoderna de un geógrafo radical* (pp. 181-209). Barcelona: Icaria – Espacios Críticos.

SONTAG, Susan (2012). *Contra la interpretación y otros ensayos*. Buenos Aires: Debolsillo.

SOSA, Leonardo (2007). "La conformación hegemónica del modelo de televisión hertziana en la frontera norte de argentina". En ZEGADA, Sonía; SOSA, Leonardo; GUTIERRES, Edgardo y CALIZAYA, Andrea *¿Hay alguien ahí...? Estudios de comunicación en la frontera* (pp. 61-92). San Salvador de Jujuy: EdiUnju.

- SPIVAK, Gayatri (2011). *¿Puede hablar el subalterno?* Buenos Aires: El cuenco del Plata.
- SPRANDEL, Marcia (2000). “Brasiguayos” Una identidad de frontera y sus transformaciones. En GRIMSON, Alejandro (comp.) *Fronteras, naciones e identidades. La periferia como centro* (pp. 299-320). Buenos Aires: La Crujia.
- SOUCHAUD, Sylvaia (2007). “Bermejo: la confusión de tipos urbanos en la frontera argentino-boliviana”. En Hervé, DOMENACH; Dora, CELTON; Hugo, ARZE y Philippe, HAMELIN *Movilidad y procesos migratorios en el espacio de frontera Argentino Boliviana* (pp. 133-162). Buenos Aires: IRD.
- SEGURA, Ramiro (2015). *Vivir afuera. Antropología de la experiencia urbana*. Buenos Aires: UNSAM edita.
- TABUENCA CÓRDOBA, María (1997). “Aproximaciones críticas sobre las literaturas de las fronteras”. En *Frontera Norte* vol. 9 Núm 18 pp 85-110.
- TEDESCHI, Antonio (2014). *Algins Apostamentos sobre história oral, gênero e hostória das mulheres*. Dourados-MS: UFGD.
- TIQQUN (2013). *Primeros materiales para una teoría de la jovencita. Hombres-máquina modo de empleo*. Buenos Aires: Hekht Libros.
- TOLA, Florencia (2008). “Construcción del cuerpo femenino entre los tobas (qom) del este formoseño”. En HIRSCH, Silvia (coord.) *Mujeres indígenas en la Argentina. Cuerpo, trabajo y poder* (pp. 59-78). Buenos Aires: Biblos.
- THOMPSON, Kenneth (2014). *Pánicos Morales*. Buenos Aires: Universidad Nacional de Quilmes editorial.
- TURNER, Frederick (1987). “El significado de la frontera en la historia americana. En *Secuencia*, VII, México D.F. pp. 187-207.
- TURNER, Bryan (1984). *The body and society*. Oxford: Basil Blackwell.
- QUIJADA, Mónica (2002). “Repensando la frontera sur argentina: concepto, contenido, continuidades y discontinuidades de una realidad espacial y étnica (siglos xviii-xix)”. En *Revista de Indias*, vol. LXII, núm. 22. pp. 103-142.

VALLEJO, Gustavo (2009). “Luces femeninas en el espacio público de una ciudad letrada”. En VALOBRA, Adriana (edit.) *Mujeres en espacios bonaerenses*. Buenos Aires, Edulp.

VILA, Pablo (2000). “La teoría de frontera versión norteamericana. Una crítica desde la etnografía”. En GRIMSON, Alejandro (comp.) *Fronteras, naciones e identidades. La periferia como centro* (pp. 99-120). Buenos Aires: La Crujia.

WEBER, David (1988). “Turner, the Boltonians and the Borderlans”, *Myth and the History of the Hispanic Southwest*, Nuevo México, University of New México, pp. 33- 54.

WITTIG, Monique (2006). *El pensamiento heterosexual y otros ensayos*. Madrid.: Ed. Egales,

YOUMG, Jock (2012). *El vértigo de la modernidad tardía*. Buenos Aires: Ediciones Didot.

ZEGADA, Sonia (2007): “Glostora, Tango y Club. Memoras del tango, la radio y la construcción de la identidad nacional (1940-1955)”. En Sonía, ZEGADA; Leonardo, SOSA; Edgardo, GUTIERRES y Andrea, CALIZAYA *¿Hay alguien ahí...? Estudios de comunicación en la frontera* (pp. 11-60). San Salvador de Jujuy: EdiUnju.

ZUBIA, Gonzalo (2012). “El territorio como lugar de resistencia: opciones epistemológicas en el estudio de los conflictos sociales en las Salinas Grandes, Provincia de Jujuy”. Ponencia presentada en la Jornadas de Becarios del Departamento de Ciencias Sociales de la Universidad Nacional de Quilmes.

ANEXOS